

CASA  
D LA  
CVLTVRA  
ECVATORIANA

1

REVISTA

tranjeras; y Miembros Asociados a valores de nuestra cultura, que deben estar junto a la entidad máxima, y trabajar con élla.

Esta Sección **La Casa y sus actividades**, que inauguramos hoy, registrará la obra de la institución, período por período, a fin de hacer conocer su vida y sus anhelos.

## NUESTROS CLASICOS

Hercedera de una obra que venía realizándose lentamente, la edición de los Clásicos Ecuatorianos, que fuera confiada sucesivamente a la Comisión de Propaganda Cultural del Ecuador y al Instituto Cultural Ecuatoriano, la Casa de la Cultura, va a publicar en estos días la obra poética de Olmedo, con prólogo y notas del Dr. Aurelio Espinosa Pólit S. I., eminente polígrafo e investigador y distinguido poeta, Miembro Titular de esta Entidad. Anteriormente circularon "Villaroel" y "Aguirre", editados y prologados por Gonzalo Zaldumbide, con la colaboración de Espinosa Pólit; "El Nuevo Luiciano de Quito", de Espejo, editado por Espinosa Pólit, con un prólogo del escritor Isaac J. Barreira; y "González Suárez", una selección interesantísima, debida a don Jacinto Jijón y Caamaño, prologada y anotada por él y avalorada con una importantísima bibliografía del gran historiador. Está al entrar en prensa la selección de Montalvo debida al sociólogo don Julio E. Moreno. Seguirán las demás obras del plan por todos conocido, y entre los prologuistas vale mencionarse a Benjamín Carrión, José Rafael Bustamante, Pío Jaramillo Alvarado, Augusto Arias, Manuel Elicio Flor, Enrique Gil Gilbert, Alejandro Carrión, Gabriel Cevallos García, Abel Romeo Castillo, Leopoldo Benites Vinuesa y otros escritores de gran importancia nacional. La obra de completar la colección de clásicos ecuatorianos ha sido asignada como básica tarea para la Editorial de la Casa de la Cultura. A esta colección habrán de agregarse la obra de Luis Felipe Borja, el gran juris-

# CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

REVISTA

QUITO — ECUADOR

CASILLA 67

---

Año I

Enero - Marzo de 1945

Nº 1

---

## CONSEJO DIRECTIVO :

BENJAMIN CARRION,  
PRESIDENTE.

JACINTO IJON Y CAAMANO,  
VICEPRESIDENTE

HUMBERTO MATA MARTINEZ,  
SECRETARIO GENERAL.

## DELEGADOS DE SECCION :

LITERATURA Y BELLAS ARTES.  
LEOPOLDO BENITES V.

CIENCIAS JURIDICAS Y SOCIALES  
ALFREDO PEREZ GUERRERO.

CIENCIAS FILOSOFICAS Y DE LA EDUCACION:

JAIME CHAVES GRANJA.

CIENCIAS BIOLOGICAS  
JORGE ESCUDERO.

CIENCIAS HISTORICO—GEOGRAFICAS:  
ABEL ROMEO CASTILLO.

CIENCIAS FISICO—QUIMICAS Y MATEMATICAS:  
ALBERTO D. SEMANATE O. P.

**REG L A M E N T O**  
**D E L**  
**SALON NACIONAL DE BELLAS ARTES**  
**PINTURA—ESCULTURA**  
**Y**  
**PARA LA CONCESION DE LOS**  
**PREMIOS NACIONALES DE ARTES PLASTICAS**

Art. 1.<sup>o</sup>—Cada año, en el mes de enero, la Casa de la Cultura Ecuatoriana, convocará a todos los artistas plásticos ecuatorianos, inclusive los nacionalizados, residentes en el territorio de la República o en el Exterior, a tomar parte en el *Salón Nacional de Bellas Artes*. Dicha convocatoria y su reglamentación, respectiva, deberán tener la más amplia publicidad, para los fines consiguientes.

Art. 2.<sup>o</sup>—El *Salón Nacional de Bellas Artes* se abrirá, en Quito, cada año, el 24 de Mayo, debiendo permanecer expuestas las obras enviadas durante quince días.

Art. 3.<sup>o</sup>—Solamente se admitirá obras de pintura al óleo o al fresco y esculturas en bronce, piedra (mármol, diorita, etc.) o madera.

Art. 4.<sup>o</sup>—Habrá dos Jurados: uno de Admisión y otro de Premiación, designados por la Casa de la Cultura Ecuatoriana, integrados por tres miembros cada uno.

Art. 5.<sup>o</sup>—Habrá dos premios, únicos de Artes Plásticas, a saber: "PREMIO NACIONAL DE PINTURA" y "PREMIO NACIONAL DE ESCULTURA", de diez mil sucres cada uno.

Art. 6.<sup>o</sup>—Dichos premios serán adjudicados, por mayoría absoluta de votos, del Jurado de Premiación, en deliberación secreta en la que actuará como Secretario, el Secretario General de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

Art. 7.<sup>o</sup>—Es facultativo del Jurado de Premiación declarar desiertos cualquiera de los dos premios antes citados.

Art. 8.<sup>o</sup>—La Casa de la Cultura Ecuatoriana podrá comprar las obras que el Jurado de Premiación recomendará.

Art. 9.<sup>o</sup>—Es condición indispensable, para ser admitidas en el *Salón Nacional de Bellas Artes*, que ninguna de las obras enviadas hayan sido exhibidas en exposiciones públicas.

Art. 10.—Cada artista podrá remitir cualquier número de obras, pero todas ellas deberán ser presentadas con la firma del autor o con su nombre de arte. La Casa de la Cultura Ecuatoriana reembolsará el costo del transporte de las obras que fueren admitidas.

Art. 11.—El hecho de concurrir al *Salón Nacional de Bellas Artes*, implica la autorización, hasta por tres meses, por parte de los autores a la Casa de la Cultura Ecuatoriana, para que ésta pueda utilizar sus obras, sean o no premiadas, en otras exposiciones que organice la Institución, quedando, en ese caso, la Casa de la Cultura Ecuatoriana responsable económicamente de los daños y perjuicios que sufrieren las mencionadas obras.

Art. 12.—El hecho de concurrir al *Salón Nacional de Bellas Artes*, implica, asimismo, el derecho de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, a reproducir fotográficamente las obras enviadas, sin tener que pagar derechos de reproducción al autor.

Art. 13.—La Casa de la Cultura Ecuatoriana dispondrá que en el *Salón Nacional de Bellas Artes* funcione un Servicio de Información al Público, sobre las obras expuestas, sus premios, referencias de autores, etc.

Este Reglamento fué aprobado por la Junta General de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, en sesión del 17 de Enero de 1945.

BENJAMIN CARRION,  
Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

HUMBERTO MATA MARTINEZ,  
Secretario General.

## Presentación

La Casa de la Cultura Ecuatoriana, creada con el carácter de “Instituto Director y Orientador de las actividades científicas y artísticas nacionales”, ofrece mediante esta Revista, un campo para las expresiones de la inteligencia, para las inquietudes de la investigación científica, para las manifestaciones del arte.

Campo libre y ancho. Sin limitaciones ideológicas, sin estrecheces de escuela, sin preferencias inhibitoras: estas páginas se ofrecen a todo empeño de verdad, a toda sincera aventura intelectual, a la curiosidad creadora, a la crítica que edifica y que guía.

En ellas dirá su verdad—que aspire a la verdad—el biólogo, el matemático, el químico, en sus aportes de investigación o análisis; y la dirá el poeta, junto con el historiador; el sociólogo y el jurista; el internacionalista y el geógrafo.

Esta Revista, quiere cumplir, en el profundo campo de la cultura, su parte en la faena de rehacer esta patria, golpeada y escarnecida en su tradición y su esperanza; pero que, segura de su vitalidad, animada de una reflexiva voluntad de vivir, aspira a que su vida en el futuro, sea iluminada por la cultura que, en siglos, ha acumulado el hombre; y que, en siglos también, ha atesorado el hombre latino-americano y el hombre ecuatoriano.

Sus páginas invitan, cordialmente, a los intelectuales y los artistas de América y del Ecuador en especial. Que en ellas se digan las palabras de clarificación y de esperanza, que necesita el mundo en esta hora universal de tragedia que se aproxima al último acto.

Esta Revista ofrece pues, sus páginas, para que hable la inteligencia y cumpla su deber.

# ENSAYOS



PIO JARAMILLO ALVARADO

## La Nueva Gran Colombia

El examen de los factores esenciales que concurrieron a la constitución de la Gran Colombia, por la unión de Venezuela, Nueva Granada y el Estado Independiente de Quito, permiten apreciar hoy si aquella organización política tuvo bases firmes para estabilizar su existencia propia, o sólo estuvo subordinada al prestigio de Bolívar, y a su ideología política.

Porque el ambiente de las naciones hispano-americanas, significado por su estructuración orográfica, revela que el localismo característico de éstas, está influido por sus cadenas de montañas que se extienden en plegamientos fantásticos a través del Continente, en forma adversa para la fácil comunicación entre las ciudades y los pueblos, y aún para las relaciones internacionales de los Estados, sin embargo del progreso de las vías de comunicación y de los nuevos sistema de transporte. Y esta estructuración andina determinó la localización de los antiguos señoríos y cacicazgos indígenas, con su propias marcas territoriales, que sirvieron de fundamento para la organización colonial de las audiencias, y con los grupos de éstas, el estableci-

miento del gobierno superior virreínicio. Pudo advertir Bolívar, al recorrer los países que libertaba, que en las actas de emancipación se señalaba como límite del territorio, el poseído según los títulos coloniales, los que a su vez se referían a los antiguos gobiernos y señoríos indígenas. De esta peculiaridad nació el principio del *uti-possidetis*, que los jurisperitos de la emancipación definieron concretamente, y que luego fué incorporado como uno de los fundamentos del Derecho Público Americano.

Asimismo los hechos demostraron, que tan pronto como la Guerra de la Independencia culminó, cada nación inició la defensa de su autonomía, y fué menester una obra de convencimiento y del prestigio del Libertador, para que la Gran Colombia se constituyera al fin. Pero su existencia se manifestó precaria desde el primer momento, pues la tendencia general fué federalista, denunciadora del localismo, y contra esta tendencia se produjo constantemente Bolívar en sus discursos y Mensajes, aconsejando la unidad de las naciones en grupos afines por sus antecedentes históricos, para llegar por este camino a la unidad continental.

Contrariaba también el propósito confederativo, la contradicción, en la proporción en que aparecieron sus componentes. Pues aún cuando la minoría blanca y criolla predominó en la política y en la captación de la riqueza agraria, germen del feudalismo americano, la inmensa mayoría indígena oponía la resistencia pasiva de su masa, como un peso muerto a todo empeño superior y a todo proyecto político de gran envergadura. Y estos hechos desconcertaban los planes económicos y políticos de los creadores de nacionalidades, constreñidos a estructurar sus proyectos en el estrecho troquel de las realidades cósmicas y étnicas.

Si la naturaleza se opone a nuestros designios libertadores de América, la venceremos, dijo Bolívar en frase épica, frente a las ruinas del terremoto de Caracas, que el godismo explotaba como una maldición del Cielo contra la Revolución democrática. Y Bolívar venció a la naturaleza en Caracas, como triunfó después en Pativilca, pero no pudo

vencer la gravitación andina en la estructuración económica y política de las naciones libertadas. Esta empresa ya era sobrehumana.

Sin embargo, ensayó la gran unidad colombiana; y sobre todo, enarboló el pendón de la solidaridad hispano-americana en Panamá, centro geográfico de convergencia en la encrucijada de los caminos de América y del mundo, y allí reunió en Congreso, la PRIMERA ASAMBLEA INTER-AMERICANA, para que los Plenipotenciarios hispano-americanos deliberen entre sí, con los representantes de los gobiernos de Norteamérica y la Gran Bretaña, acerca de las grandes cuestiones de la paz y de la guerra, en forma que la Asamblea "sirviese de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete de los tratados públicos cuando ocurran dificultades, y de conciliador, en fin, de nuestras diferencias".

Y en este primer ensayo realizado, culminó el pensamiento internacional bolivariano, pues si no han pasado cien siglos desde el Congreso de Panamá, al culminar la primera centuria de la Independencia, la posteridad busca ya el origen de nuestro Derecho Público Americano en los Protocolos del Istmo, y "en ellos encontrará el plan de las primeras alianzas que trazarán la marcha de nuestras relaciones con el Universo", según el presagio de Bolívar.

Ha sido necesaria esta responsabilidad para fijar en forma precisa la posibilidad de una nueva Gran Colombia, sobre el recuento de su pasado histórico, con los antecedentes de su formación, y confrontarla con los motivos de su disgregación, para llegar por un proceso dialéctico a la síntesis de su posibilidad actual.

En los once años transcurridos entre el Congreso de Angostura en 1818 y el Congreso de Colombia en 1830, que miden la existencia de la unidad grancolombiana, se puede examinar sus viscosidades y las bases evidentes que existen para su resurrección, talvez, con otras modalidades.

En las "Cartas del Libertador", editadas por don Vicente Lecuna, en las correspondientes a 1826, dirigidas al

General Santander, Vice-Presidente de Colombia, puede observarse que la creación estatal de Bolívar había entrado en una crisis aguda, de la que, si pudo salir con fortuna, fué para caer en la disolución tres años después. Documentemos rápidamente este proceso.

Desde Ibarra, el 9 de Octubre de 1826, le dice el Libertador a Santander: "El Sur de Colombia me ha recibido con ostentación y con júbilo, pero sus aringas son llantos; sus palabras suspiros; todos se quejan de todo; parece que es un coro de lamentación, como pudiera haberlo en el purgatorio. Me aseguran estos habitantes que la contribución directa los arruina, porque no es general sino parcial; y porque los indios ya no trabajan no teniendo contribución que pagar. Mientras tanto la tropa y los empleados están miserables y a la desesperación. No sé cómo no se han levantado todos estos pueblos y soldados al considerar que sus males no vienen de la guerra, sino de las leyes absurdas. El mal necesario consuela como el gratuito irrita. Todos piden una contribución general y personal para que el estado pueda marchar. También piden todos una nueva reforma de empleados inútiles y aún perjudiciales. ¿Creerá Ud. que los principales habitantes de Guayaquil, Riobamba y de Ibarra juzgan absurdo la creación de estas provincias y de la corte de justicia en Guayaquil? Pues así es, y yo también lo digo: son inútiles y perjudiciales. Lo mismo digo de la rebaja de derechos marítimos; y de otras muchas cosas podría decir otro tanto. Qué brillante organización tiene Colombia. Sus resultados serian inmensos si tuviésem la paciencia de esperarlos. Toda la sangre se ha sacado del cuerpo y se ha metido en la cabeza; así la república está exánime y loca juntamente. Mientras tanto los legisladores han sacado sus empleos, y los empréstitos han arruinado el crédito de la nación. En estas circunstancias, ¿qué debo yo hacer? ¿y qué debe hacer Colombia? Yo, por servir a la patria, debiera destruir el magnífico edificio de las leyes y el romance ideal de nuestra utopía. Colombia no puede hacer otra cosa, fallida como está, sino disolver

la sociedad con que ha engañado al mundo, y darse por insolvente. Si señor, este es el estado de las cosas, y a mi despecho tengo que conocerlo y decirlo”.

“A mi llegada a Bogotá resolveré últimamente lo que deba hacer; pues, hasta el día no he podido fijar mis ideas. Una dictadura quiere el Sur, y, a decir verdad, puede servir de algo por un año, pero esta dictadura no será más que una moratoria para la bancarrota que en último resultado ha de tener lugar. El Sur no gusta del Norte; las costas no gustan de la sierra. Venezuela no gusta de Cundinamarca; Cundinamarca sufre de los desórdenes de Venezuela. El Ejército está descontento y hasta indignado por los reglamentos que se le dan. La hermosa libertad de imprenta, con su escándalo ha roto todos los velos, irritado todas las opiniones. La pardocracia triunfa en medio de este conflicto general. En Guayaquil (que no es fuerte) hace repetidos y violentos ataques”.

“En una palabra, mi querido general, cada día me confirmo más en que la república está disuelta, y que nosotros debemos volver al pueblo su soberanía primitiva, para que él se reforme como quiera y se dañe a su gusto. El mal será irremediable, pero no será nuestro, será de los principios, será de los legisladores, será de los filósofos, será del pueblo mismo; no será de nuestras espadas. He combatido por dar la libertad a Colombia; la he reunido para que se defendiese con más fuerza; ahora no quiero que me inculpe y me vitupere por las leyes que le han dado contra su voluntad: este será mi código, mi antorcha; así lo he dicho a todo el pueblo del Sur, y así lo diré a toda Colombia”.

Desde Pasto le escribe Bolívar a Santander, el 14 de Octubre de 1826: “Mi única solución es pasar a Venezuela a terminar aquella disidencia y a preguntarle al pueblo lo que desca; lo mismo haré con toda la república, si toda ella me proclama dictador; y si no lo hace no admito mando ninguno, pues tengo demasiado buen tacto para dejarme atraer por esos imbéciles facciosos que se llaman liberales”.

“En una palabra, mi querido general, yo no conozco más partido de salud, que el de volver al pueblo-su soberanía primitiva para que rehaga su pacto social. Ud. dirá que esto no es legítimo; y yo, a la verdad, no entiendo qué delito se cometa en ocurrir a la fuente de las leyes para que remedie un mal que es del pueblo y que sólo el pueblo conoce. Digo francamente que si esto no es legítimo, será necesario a lo menos, y, por lo mismo, superior a toda ley; pero más que todo es eminentemente popular, y, por lo mismo, muy propio de una república eminentemente democrática”.

“Yo confieso sin rebozo que Colombia no se puede gobernar como está; que nadie tiene una popularidad universal, y que cada una de las tres secciones tiene un espíritu aparte, y, por consiguiente, que salgamos de estos compromisos por la gran vía popular, dejando que el bien o el mal se haga por la voluntad de todos. También confieso con sinceridad, que aunque gozo de una popularidad general, yo no sé cómo contentar a cada uno de los colores de que se compone nuestro pabellón. Esto me desespera hasta el último punto, de lo que resulta que tengo un desaliento mortal y un desengaño de mandar en Colombia, de que no puede Ud., imaginarse. Está Ud. cierto, mi querido general, de que yo no encuentro otro medio de salir de nuestros compromisos, sino adoptando el partido que he indicado”.

Habiéndose sublevado el General Páez en Venezuela y asumido el Poder, le escribe el Libertador desde Coro el 23 de Diciembre de 1826: “La proclama de Ud. dice que vengó como un ciudadano: ¿qué podré ya hacer como ciudadano? ¿Cómo podré yo apartarme de los deberes de magistrado? ¿Quién ha disuelto a Colombia con respecto a mí y con respecto a las leyes?”

“El voto nacional ha sido uno sólo: REFORMAS Y BOLIVAR. Nadie me ha recusado, nadie me ha degradado. ¿Quién, pues, me arrancará las riendas del mando? ¿Los amigos de Ud. y Ud. mismo? La infamia sería mil veces más grande por la ingratitud que por la traición. No lo

puedo creer. Jamás concebiré que Ud. lleve hasta ese punto la ambición de sus amigos y la ignominia de su nombre. No es posible, general, que Ud. me quiera ver humillado por causa de una banda de tráfugas que nunca hemos visto en los combates. No pretenda Ud. deshonorar a Caracas haciéndola aparecer como el padrón de la infamia y el ludibrio de la ingratitud misma. ¿Qué no me deben todos en Venezuela y hasta Ud. no me debe la existencia? El Apure sería la habitación del vacío, el sepulcro de sus héroes sin mis servicios, sin mis peligros, y sin las victorias que he ganado a fuerza de perseverancia y de penas sin fin. Ud. mi querido general, y los bravos de aquél ejército, no estarían mandando en Venezuela y los puestos que la tiranía les habría asignado serían escarpías y no las coronas de gloria que ahora ciñen su frente”.

“Yo he venido desde el Perú por evitar a Ud. el delito de una guerra civil: he venido porque Caracas y Venezuela no volvieran a mancharse con la sangre más preciosa. Y ahora me quiere Ud. como un simple ciudadano, sin autoridad legal. No puede ser. Este título me honraría millones de veces recibiendo por fruto de mi desprendimiento”.

“No hay más autoridad legítima en Venezuela sino la mía, se entiende suprema. El Vicepresidente mismo ya no manda nada aquí, como lo dice mi decreto. Ya no habrá motivo para queja ni desobediencia. El origen del mal de Ud., viene de municipalidades, data de un tumulto causado por tres asesinatos. Nada de esto es glorioso, mi querido general.”

Y al mismo General Páez, le escribe desde Puerto Cabello, el 3 de Enero de 1827: “Yo no puedo dividir la República; pero lo deseo para el bien de Venezuela y se hará en la Asamblea General si Venezuela lo quiere. Ud. verá, por una carta que tengo del General Santander para Ud., que he logrado convencer al gobierno de la necesidad de dividir a Colombia en tres estados. Santander quiere que todo se olvide para quedar como buenos amigos y vecinos. Yo creo que Ud. está loco, cuando no quiere venir a verme

y teme que yo le reciba mal. General, ¿Ud. puede persuadirse de que yo sea menos generoso con Ud., que ha sido siempre mi amigo, que con mis propios enemigos? No crea Ud. tal cosa. Voy a dar a Ud. un bofetón en la cara yéndome yo mismo a Valencia a abrazar a Ud. Morillo me fué a encontrar con un escuadrón y yo fui solo, porque la traición es demasiado vil para que entre en el corazón de un grande hombre”.

Y por fin, en Setiembre de 1830, en Bucaramanga, dice: “Examinad la conducta de Santander en Bogotá durante mi ausencia; la de Páez en Venezuela; la de Bermúdez en Maturín; la de Arismendi en Caracas; la de Mariño en la misma época y en todos los tiempos; la de Padilla en Cartagena, y os convenceréis de que todos, ocupando en Colombia las más altas situaciones, obstaculizaron mi camino, impidieron la organización del país, sembraron la discordia fomentando el odio en los partidos; perdieron la moral pública, e introdujeron la indisciplina en el ejército. Son ellos, en los diferentes grados del error, los únicos autores de los males de la patria, de la desmembración que se aproxima. Si, por el contrario, ellos y los que actuaban bajo su influencia, hubieran marchado de acuerdo conmigo, con perfecta fe, la República, su gobierno y sus instituciones se habrían fundamentado como sobre una roca y nada podría, no digo destruirlos pero siquiera hacerlos vacilar. Los pueblos serían libres y felices, todo marcharía por el camino del progreso, sin exclusión de la cultura y con ella el liberalismo y la verdadera libertad. No he podido yo solo hacerlo todo...”

Por estas declaraciones del Libertador, se puede afirmar hoy, que la existencia de la Gran Colombia careció de bases firmes para sustentarse, pues todo conspiraba contra ella, la naturaleza y los hombres. Bolívar solo no podía realizar el milagro de su existencia.

La unión de las naciones Hispano Americanas para su defensa de la agresión extranjera, por la acción de una Asamblea Anfictionica, revive hoy como un gran ideal in-

ternacional; y la estructuración de agrupaciones regionales de naciones, para hacer posible la defensa del Continente, y obtener las garantías necesarias para la existencia, como resultado de la post-guerra, es un propósito latente en la conciencia americana, que tiene ya su iniciación en el presagio de la unión de los países de la región del Caribe, así como en la de los del Río de la Plata, unión significada por la suscripción de tratados comerciales y culturales. La idea bolivariana de una Gran Colombia unitaria, ha vuelto a renacer en estos tiempos con entusiasmo, pero con reservas, como es posible examinarlas.

Pero ante todo, y para enjuiciar con acierto la utilidad de constituir una nueva Gran Colombia, sepamos, aún que sea en una forma sintética, la eficiencia que tuvo esta organización política en su primera etapa, en lo que toca a las relaciones internacionales.

Dos fueron las gestiones primordiales del Gobierno de la Gran Colombia para asegurar la autonomía de las naciones emancipadas del coloniaje español: constituir una Sociedad de Naciones Hispano-americanas, para hacer frente al peligro de la conquista extranjera, y constituir una República unitaria sobre las bases territoriales del Virreynato de Nueva Granada, como estuvo integrado en 1810, año inicial de la independencia.

Para llevar a cabo el primero de estos propósitos, la Cancillería de Bogotá, a cargo de don Pedro Gual, despachó en misión diplomática ante los gobiernos del Perú, Chile y Buenos Aires, a don Joaquín Mosquera, quien logró realizar felizmente su cometido, y se suscribió un tratado de unión con aquellos países, pero no de confederación con el Gobierno del Río de la Plata, pues estaba en discrepancia con las provincias de Uruguay y Paraguay a las que trataba de someter, previamente a la suscripción del tratado integral que proponía el Gobierno de Colombia. Y una misión diplomática parecida fué desempeñada en México y Centro

América por don Miguel de Santamaría, con igual buen resultado. Esta actividad diplomática sirvió para dar realidad al Congreso de Panamá, posteriormente.

La política continental de la Gran Colombia obtuvo el reconocimiento del gobierno de esta nación, por el de los Estados Unidos de Norteamérica, base indispensable para afianzar la independencia y alcanzar para otros Estados igual reconocimiento, como se pudo obtener de Inglaterra y al fin de España.

Los Gobiernos de Colombia y México acordaron intervenir en la libertad de Cuba, pero Norteamérica e Inglaterra se opusieron a este propósito que tuvo que ser abandonado. Asimismo ofreció Bolívar su intervención oficiosa para dar término a las diferencias entre Brasil y Argentina que las había llevado a la guerra. Y los resultados del Congreso de Panamá en orden a la aprobación del Tratado de unión y confederación, del principio del arbitraje como el mejor medio para solucionar las diferencias entre los Estados, y la organización de una Asamblea de Plenipotenciarios, como el centro vital de la diplomacia americana, colmó de prestigio a la política internacional de Colombia. Estas iniciativas perduran con igual oportunidad, hoy, como hace un siglo, lo que demuestra su acierto e importancia trascendentales.

El restablecimiento de una Nueva Gran Colombia es el proyecto en discusión en Colombia, Venezuela y Ecuador; y la urgencia de realizar la unión de las naciones hispano-americanas, en una Sociedad Interamericana, es una preocupación Continental.

Y con relación al primero de estos proyectos, se ha planteado por los Congresos del Ecuador y Colombia, la gestión inicial. La Cámara de Diputados del Ecuador, aprobó una resolución por la cual se sometía a la consideración de Colombia y Venezuela, la simpatía con que vería el Ecuador la unión de estos países para resolver conjuntamente la defensa de sus intereses afectados por la guerra del mundo, restableciendo con esto, en algunos de sus as-

pectos, la Gran Colombia de Bolívar. Y la Cámara de Diputados de Colombia ha contestado esta iniciativa, diciendo "Que en las naciones que formaron la Gran Colombia existe un sentimiento popular compartido por los grupos intelectuales y políticos de los mismos Estados, favorable al desarrollo de actividades tendientes a reconstruir moral y espiritualmente aquella creación del genio de Bolívar. . . ." "Resuelve: solicitar a la Cancillería de Colombia y a las Comisiones de Relaciones exteriores de ambas Cámaras que de común acuerdo estudien concretamente el problema de la reconstrucción espiritual de la Gran Colombia, a la luz del momento internacional".

No se conoce resolución oficial alguna por parte de Venezuela, pero en un reportaje hecho en Washington al General Isaías Medina, Presidente Constitucional de aquel país, ha dicho: "Que estaba listo para intensificar los lazos espirituales entre estos países (Venezuela, Colombia y Ecuador), manteniendo su absoluta autonomía". Y añadió: "Esta es la única fórmula para la unión de la Gran Colombia en estos momentos".

Estas declaraciones comprueban que el proyecto de Bolívar esta otra vez en discusión, y si en principio es aceptado, las naturales reservas, indican también, que "el problema de la reconstrucción espiritual de la Gran Colombia", como se ha dicho, es preciso estudiarlo concretamente, comenzando por definir esto de lo "espiritual", en el campo de las relaciones internacionales.

Desde luego, la reserva del General Medina, relativa a que la unión de la nueva Gran Colombia, incluye el concepto de que ésta sólo será posible "manteniendo la absoluta autonomía" de las naciones, era mejor decirla claramente, pues de un modo tácito ha quedado dicho por los Congresos referidos, al resolver que el problema es de carácter "espiritual". Por esto la necesidad de definir este concepto.

Lo que hay en verdad es, que hoy, como hace más de un siglo, el sentimiento nacionalista se opondría a toda

unión que comprometa en algún modo a la autonomía, y este es el desideratum de la fórmula que el Congreso de Colombia ha encargado estudiar y presentar, a fin de encauzar desde el primer momento, sin susceptibilidades, la acción positiva de un acercamiento para resolver en conjunto los problemas que presente la emergencia de la guerra y de la post-guerra totalitaria, y que puedan comprometer no sólo la autonomía, sino la existencia misma de las naciones hispano-americanas, casi sitiadas por la amenaza imperialista.

Además, se han emitido ya algunas opiniones por la prensa, y se han hecho algunas sugerencias interesantes, que pueden ilustrar esta cuestión de orden práctico, pero elevadas a la esfera de lo espiritual.

Entre estas opiniones, la de mayor peso, es la del doctor Antonio García, por la calidad científica del economista y escritor de claro talento y es también su opinión insospechable por lo franca y bien plantada, tal como se publicó en la revista "Continente", editada en Quito.

En diálogo socrático, pero a manera de reportaje según la usanza actual, el Sr. Dr. García plantea cuestiones de fondo sobre las repercusiones de la guerra y de la post guerra en Hispano-América, abandonada al acaso de las eventualidades por venir, y fiando sus destinos futuros a las promesas teóricas de documentos ya impugnados, como la Carta del Atlántico, por hombres de la integridad de Wendell Willkie. El Sr. Dr. García cree también que "El cumplimiento de la Carta del Atlántico no sólo debe depender de la voluntad unilateral de los gobiernos de Estados Unidos e Inglaterra, sino que exige la formación de bloques de naciones afines que logren un equilibrio de poder internacional. Juega por lo tanto, dice, un papel decisivo en la eficacia de la Carta del Atlántico, la forma de existencia de la solidaridad latino-americana.

—"Entonces cuál, es, a su juicio, el papel de la solidaridad latino-americana en la organización de la paz?"

—“La arco absolutamente vital. Sin una auténtica y compacta solidaridad interamericana que vaya más allá de las tradiciones de Cancillería, la post-guerra no será ganada por Latino-América. El documento más importante desde nuestro punto de vista de países que buscan su independencia y su transformación social, como la Carta del Atlántico, sin esta compactación solidaria no podrá ser sino un documento ideal.—El sentido de la Carta del Atlántico no puede ser sino un sentido democrático pero éste no sólo supone sino que exige la formación de bloques de naciones con afinidad de necesidades e intereses. Sin esta agrupación estrecha y orgánica, basada en una sustancial modificación de la política tradicional latino-americana, en cuanto a los sistemas de comercio, los cambios de las monedas, las prácticas aduaneras o los intercambios de cultura, se mantendrá la desproporcionada relación de poder entre los grandes y los pequeños países”.

...“La integración actual de una nación Gran-colombiana, libremente confederada, es hoy una necesidad de orden vital”.

Esta reconstitución dirigida no puede ser, naturalmente, una obra de convenios gubernamentales, sino un efecto de la coalición de intereses: se plantea, de conformidad, la necesidad de fijar las etapas graduales de esta política gran-colombianista.

—Y cuáles pueden ser las bases de esta política?

—Para mí, las que contemplen un conjunto orgánico de necesidades: de orden económico, de orden social, de orden cultural y político. En términos generales me atrevo a determinar las siguientes:

#### **BASES ECONOMICAS :**

- 1.—Organización de un sistema gran colombiano de cuentas corrientes y adopción de una unidad de cuenta gran colombiana—el bolívar—con valor dentro del área de los tres países o de aquellos que la aceptan—como

- divisa--compensación --para los efectos del intercambio mediante un sistema de trueque científico;
- 2.—Creación por medio de actos progresivos, de una unión aduanera;
  - 3.—Establecimiento de un cartel de ventas para los productos similares de los tres países, con el objeto de eliminar la competencia y la colisión de intereses;
  - 4.—Coordinación de la Banca Central de los tres países, con miras a constituir un Fondo Gran Colombiano de ayuda financiera y adquirir créditos internacionales con garantía solidaria.

#### **BASES CULTURALES:**

- 1.—Creación de una Universidad federada Gran Colombiana, integrada por facultades o institutos que aisladamente no puedan ser organizados racionalmente por ninguno de los tres países: (v. gr. una facultad de ciencias económicas con especializaciones en administración de empresas privadas o empresas públicas, en racionalización administrativa, etc.; una facultad de filosofía; un instituto de petróleo, un instituto de maderas, etc.;)
- 2.—Organización del intercambio permanente de maestros y profesores universitarios;
- 3.—Creación de un sistema de becas que garantice el carácter gran colombiano (en cuanto al alumnado y el personal) de las facultades, escuelas o institutos.

#### **BASES POLITICAS:**

- 1.—Otorgamiento de la ciudadanía recíproca a los nacionales de los tres países, por el solo hecho de la residencia;
- 2.—Organización de una comisión interparlamentaria, en materia mercantil, civil y administrativa;

- 3.—Unificación de la legislación mercantil, civil y administrativa;
- 4.—Creación de un solo organismo diplomático para unificar la política exterior.

#### **BASES SOCIALES:**

- 1.—Creación de una ley social unitaria;
- 2.—Organización de una Confederación Sindical Gran Colombiana.

“La integración nacional de la Gran Colombia, como base efectiva de una nación de países latino-americanos, es la mejor colaboración con los amigos norteamericanos de la América Latina, para impedir que el panamericanismo sea un **camouflage** de la “diplomacia del dólar”, y para asegurar la eficacia de la Carta del Atlántico”.

Las bases propuestas por el Sr. Dr. Antonio García, Profesor de la Universidad Nacional de Colombia, están muy bien pensadas, pues contienen la posibilidad del desarrollo de una suma de intereses recíprocos de orden económico, cultural, político y social, que sin afectar mayormente a la autonomía de las naciones gran-colombianas, estimularía su unión efectiva, creando un ambiente propicio, para llegar a la defensa de los intereses fundamentales; si no en la forma de una confederación bolivariana, por lo menos, para realizar precariamente el frente único de las naciones ligadas por intereses iguales y por la urgencia de defenderse con eficiencia en la tempestad que se avecina, por efecto del fin de la guerra, en los variados aspectos de la vida internacional.

Es verdad que no pueden resolverse cuestiones relacionadas con la economía, la cultura, y el bien social, fundamentos del orden político en la vida de relación de los ciudadanos entre sí, y entre los países vecinos, sin afectar a la autarquía de éstos en el proceso de su propia iniciativa y superación; pero situaciones excepcionales sí deben también obligar al sacrificio de la libre actividad, en forma re-

lativa, para resolver cuestiones de orden vital que puedan afectar a la soberanía, ya de hecho tan limitada en el régimen constitucional moderno. No es posible que por el exceso de soberanía de que se está hablando mucho en estos tiempos, no sea posible regionalizarla, para que no sea una barrera infranqueable en la cooperación económica, cultural, social, y en la acción internacional.

La reconstitución gran-colombiana dirigida, como dice el Profesor Dr. García, es una sugerencia que, pudiera ensayarse en algunos aspectos de las bases por él presentadas, y por etapas graduales ir aproximándose, con la experiencia, a realizaciones más definitivas.

Porque hay que considerar dos situaciones. La que se relaciona con la evidencia del fin de la guerra del mundo y de sus consecuencias en la post-guerra, que nos afectará en forma ineludible, si en el curso de la misma guerra—según la sabia advertencia de Welkie—no se constituyen entidades estatales de un volumen capaz de ser tomados en cuenta en las deliberaciones que se realizarán para consolidar la paz, sobre la base de una reconstrucción radical de los viejos sistemas económicos, culturales y de política internacional. Y en segundo lugar, no hay que echar al olvido, que toda Hispano-América está considerada como un continente colonizable, como Asia y Africa, y de hecho cada país, aunque se presuma lo contrario, es una semi-colonia yanque, inglesa y hasta hace poco, italiana alguno de éstos. ¿Qué es lo que puede acontecer en las eventualidades de una guerra de conquista y exterminio, que después de cuatro años de una lucha a sangre y fuego, es aún un enigma en sus resultados políticos finales, si estas semi-colonias no han podido realizar la unión continental según el plan bolivariano, o regional, con la agrupación de naciones afines, para su defensa solidaria efectiva?

Entre los comentarios publicados en la prensa sobre el proyecto de una libre y emergente reconstitución gran-colombiana predomina el concepto de la unión aduanera como la base económica necesaria. Otros sugieren la forma-

ción de un Consejo de las Naciones Confederadas, cuya sede estaría en las tres Capitales, donde funcionaría alternativamente, y constituiría el órgano central de la unión. Se ha dicho también que la medida esencial "sería la formación de una Confederación o Federación de Estados, bajo una sola cabeza directiva, para resoluciones generales de índole internacional, por ejemplo, conservando su autonomía en la resolución de asuntos privativos de cada una de las naciones". Y como actos previos a la formulación de las bases definitivas se ha insinuado la reunión de un Congreso Jurídico Gran Colombiano en Bogotá; la reunión de una Conferencia de Cancilleres de la Gran Colombia; y por fin, la construcción de una carretera que una al Ecuador, Colombia y Venezuela. Además de las insinuaciones de las Cámaras de Diputados de Colombia y Ecuador, ya referidas, por las que el proyecto de la Unión Gran-Colombiana pasa ya al terreno de las realidades iniciales.

En el fondo de todas estas actividades se puede observar, que prevalece, por una parte, la conciencia de un peligro cercano y la necesidad de conjurarlo por la unión; y por otra, la desconfianza revelada en la defensa de la autonomía. El recuerdo, aún latente, de los motivos que malograron los esfuerzos titánicos de Bolívar, y cuyo prevalecimiento en algunos de esos factores, no han desaparecido todavía. La constancia de las intervenciones políticas, militares e internacionales en la cuestión de fronteras con los países vecinos, y sobre todo, la secuela de la demarcación de límites no siempre leal, y en todo momento adversa a la cooperación para la solución conjunta, ha dejado su huella en la historia, y en el alma ciudadana, una ineludible desconfianza, sin embargo del abandono de toda recriminación, pero no del olvido.

Mas, por encima de una expresión de agravios necesaria para las rectificaciones futuras, como la hizo magistralmente el Dr. Remigio Crespo Toral, existe en el Ecuador entusiasmo evidente, por el ensayo de una Nueva Gran Colombia, aunque fuese limitado a la emergencia de la Gue-

rra del Mundo, y sobre todo, de la Post-Guerra y sus consecuencias. Los resultados dirían después, hasta dónde es posible llegar en este mundo Hispano-Americano, de idiosincracia localista, a la unión regional o continental permanente.

LEOPOLDO BENITEZ VINUEZA.

## Don Juan: El Anti - Amor

### UN HOMBRE SIN NOMBRE

Meditar acerca de don Juan es, necesariamente, divagar acerca del amor. Divagar es algo más que pensar: pensar circunscribe al pensamiento a una ordenación dirigida por una idea central, en tanto que divagar es, un poco, dejar que el pensamiento fluya como el agua cantante de esta fuente, que viene de quien sabe qué lejano hontanar o corra como esas nubes viajeras que se van por un azul encuecedor: el azul mañanero del cielo quiteño bajo el cual han nacido estos pensamientos.

Quizás el Padre Gabriel Téllez meditó acerca de don Juan en algún jardín de claustro semejante a este jardín mío: un jardín con árboles viejos en donde cantan pájaros seguros de que ninguna mano les hará daño, en donde hay violetas que nacen al pie de la fuente sin que nadie las corte y hay una paz sonora, olorosa y grata.

El frailecito mercedario que creó, hace más de tres siglos, el personaje, no pensó, seguramente, al meditar acerca de él en la paz claustral de su convento, que don Juan había de tener tan extraño destino: que exégetas y cruditos, psicólogos y endocrinólogos, poetas románticos y mú-

sicos, y hasta el hombre de la calle, habían de apropiarse de su personaje para darle los más extraños contenidos: que habría un don Juan ideal, enamorado y perdonado de sus tristes hazañas, un don Juan satánico, un don Juan ateo y hasta un don Juan femenino como pretende el doctor Marañón. Pues, leyendo a Tirso de Molina, nombre bajo el cual ha desaparecido el del Padre Gabriel Téllez, nos parece don Juan un personaje de sentido teológico como aquel de *El Condenado por Desconfiado* del que dice Menéndez Pelayo que es el "primer drama religioso del mundo". La diferencia está en que éste es un drama de teólogo y aquel—don Juan—un personaje de sentido teológico.

Un drama de teólogo es una tesis: se desarrolla pausada y lógicamente, como un argumento que tiene exposición, nudo y desenlace; el personaje de sentido teológico—don Juan—es un arquetipo: se explica por sí mismo, sin desarrollo lógico, sin argumentos, sin ponencias ni dialéctica. Es. Y por su existencia contiene un orden de hechos y los explica a la manera de la idea platónica.

Cualquier teólogo de cualquier país puede escribir un drama teológico. Es fácil tejer la urdimbre de la acción en torno de un problema como el de la predestinación, la salvación por las obras, la gracia o cualquier otro tema edificante. Pero un personaje de sentido teológico como don Juan sólo podía crearlo un español del Siglo de Oro como el fraile Téllez. Y crearlo sin propósito, sin premeditación, sin tesis a probar, como nació la figura compleja y magnífica de don Juan.

Por eso don Juan—lo mismo que el Quijote, la Celestina o el Cid—sólo pueden vivir en España o en donde la sangre española puso su calor, su fê, su realismo y su audacia. Fuera de España—de lo español, mejor dicho—don Quijote puede parecer un idealista loco, un erotómano como lo llama Ingenieros o un personaje de patología nerviosa. Sólo en función de lo español puede entenderse a don Quijote porque el Ingenioso Hidalgo es el símbolo vivo de la España que emprendió empresas descomunales con medios pobres.

Allí está su grandeza y su tragedia. El Cid Campeador podrá parecer un fanfarrón heroico, mata - moros audaz y un tanto cínico. Del mismo modo que don Juan, fuera de España, pierde su rica sustantividad y se desnaturaliza.

Ramiro de Macztu afirma que hay dos tipos de don Juan: el nórdico que una idealización del amoroso insatisfecho que va en busca del amor sin encontrarlo y el don Juan español que es el Burlador. El nórdico "es en sustancia una alma brava y cargada de amor que recorre el mundo en busca de una mujer ideal". El don Juan de España es "el hombre de apetitos, pero sin ideales, que se contenta con poscer las criaturas sin darles otro valor que el que alcanzan en la balanza de sus ojos".

Ciertamente que don Juan, como todos los símbolos, se desvanecen en interpretaciones varias. Cada creyente pone algo de su creencia y cada intérprete, un poco de su propio modo de enjuiciar la vida. De allí que don Juan sea un personaje múltiple y el donjuanismo una mensuración.

El personaje se multiplica. Se transforma. Es un tanto proteico. Pero el "tipo" es uno y no admite desdoblamiento. Sólo hay un don Juan y ese es el do Tirso de Molina que surge de la medioevalidad española —desde la leyenda al teatro del Siglo de Oro,— con toda su audacia, su "española arrogancia" como dice el burlado Octavio, su lujuria insaciable y su sentido teologal: la humillación de la carne, el castigo del pecado, la abominación de la mujer --de las mujeres - que se transforma, sublimando, en un incesante afán de "gozarlas" pero no de amarlas.

Este don Juan único, españolísimo, teologal, no puede ser otro que el que creó el Padre Téllez. El don Juan posterior —el del romanticismo— vuelve a España desnaturalizado, vestido a la europea, desprovisto de la rancia españolidad que hace de don Juan un símbolo.

Porque don Juan es un símbolo. Su apelativo es circunstancial. El Padre Téllez lo intuye maravillosamente y afloja del inconsciente una definición precisa: antes de dar su nombre, antes de identificarse, en la primera escena de la

primera jornada, al preguntarle quién es la engañada Isabela, el "tipo" se define:

—“Ah, cielo! ¿Quién eres hombre?”, clama la sorprendida y el Burlador responde:

“¿Quién soy? Un hombre sin nombre”.

Y ciertamente que don Juan es, en si mismo, un hombre sin nombre porque es un símbolo. Se llama don Juan Tenorio y hace lujo de su estirpe —“caballero soy— del Embajador de España”— pero no es tal Juan o tal Tenorio sino don Juan Tenorio único y sin otra fuerza que su propio ser: un hombre sin nombre, es un símbolo. Pero, como incluso a los arquetipos platónicos hay necesidad de nombrarlos, se llama don Juan Tenorio.

Y esto es españolísimo. En España hasta los símbolos necesitan expresarse con realismo. Don Quijote atiende el razonar del ventero y admite que, por Caballero Andante que sea, debe llevar camisas para cambiar y cuartos para pagar el consumo. El Cid pelea para ganar su pan. Don Juan Tenorio no se tiñe de metafísica como Fausto. Es un hombre sin nombre en cuanto a símbolo; pero humano —desvergonzadamente humano— en cuanto a personaje literario.

El don Juan nórdico —y el don Juan romántico es nórdico en parte porque el romanticismo es medularmente nórdico— se hace desvaído: en esto tiene razón Ramiro de Maeztu. El de Moliere, según él, tiene un desenfadado ateísmo y una cierta hipocresía, que desvirtúan su carácter que, por paradójico que parezca, está determinado por el sentido español del honor. El de Byron es atormentado, sensual. Y el mismo don Juan de Zorrilla está envuelto ya en la bruma romántica al enamorarse de doña Inés lo cual desvirtúa su esencia.

Este es el punto que todos los exégetas ven pero sin darle su significado de clave de su personalidad: don Juan no se enamora. No ama. Tampoco busca el amor. Ni siquiera el placer sensual, puro y pagano, en su plenaria simplicidad. Ni es un crítico, ya que el crotismo es un re-

finamiento: flor excelsa de la sensualidad gozosa. Su finalidad él mismo la define:

*" . . . . . El mayor  
gozo que en mí puede haber  
es burlar una mujer  
y dejarla sin honor".*

Don Juan no siente el placer radiante de la entrega compartida ni columbra el éxtasis en el desmayo de los cuerpos aún vibrantes que entran en dulce lasitud lenta y tibiamente. Desconoce el goce espléndido de la carne que se entrega con palpitaciones de frenesí. Ni siquiera es un sensual a la manera pagana que encendía de quejas entre-cortadas y suspiros anhelantes las florestas dionisiacas.

Don Juan no busca el placer. Ningún hombre cabal puede sentir el placer sin compartirlo. El placer masculino, es el de atraer y conquistar; pero don Juan no conquista sino que engaña. Es el supremo Burlador, nunca el conquistador arrogante. No es el seductor sensual y gallardo a quien las mujeres aman y de quien se dejan seducir.

Isabela es burlada en la complicidad de la noche y fingiendo ser el duque Octavio a quien ella amaba. Tisbea sólo se entrega bajo la promeas falaz de matrimonio. Doña Ana no es seducida sino poseída por trampa de jugador de mala ley. Y Aminta, la simple zagala, es burlada con engaños indignos de varón seductor.

Nada más falso que encontrar en don Juan al hombre ansioso de placer. Un placer sexual no compartido sino robado, se aproxima más a un aislado goce morboso que a un auténtico acto de plenitud varonil. Lo que busca don Juan no es su placer ni el supremo placer masculino de darlo. Es un cazador furtivo. Su placer es "burlar una mujer y dejarla sin honor". No el de compartir el goce sino el de humillar, escarnecer, rebajar la calidad humana de la mujer al burlarla y su calidad social "al dejarla sin honor".

Esta definición es pura y simplemente la expresión de algo más hondo: es la reacción del sentido teológico de la carne, la venganza contra el pecado encarnado en la mujer.

El fiel Castilín que a veces es, como Sancho frente al Quijote, el coro de la tragedia íntima y el anti-yo del Tenorio, resume con suma perspicacia esta cualidad esencia del Burlador. Cuando don Juan afirma :

*" . . . . Si burlar  
es hábito antiguo en mí.  
¿Qué me preguntas, sabiendo  
mi condición?"*

Castilín responde:

*" . . . . Ya sé que eres  
castigo de las mujeres".*

Y en otra parte, le dice:

*" . . . . Y tú, señor, eres  
langosta de las mujeres".*

Don Juan, visto tras este prisma, ofrece aspectos inesperados. No es el Conquistador. Ni el seductor de oficio. Ni siquiera el simple Burlador. Es, ante todo, el Vengador. Humilla a la mujer como símbolo del pecado.

## NUESTRA ENEMIGA, LA CARNE

El sentido católico de la existencia es triste. En los desiertos caldeados, en las Tebaidas contemplativas, en las ermitas en donde la soledad cristaliza en silencio, la santidad católica martirizó la carne pecadora que podía apega al hombre a este "valle de lágrimas".

El monje es el solitario. Y los enemigos del hombre son el mundo, el demonio y la carne: el mundo, o sea la alegría sensual, el gozo de la naturaleza; el demonio, o sea el orgullo rebelde; y la carne, o sea el instinto que atrae irresistiblemente hacia el otro sexo.

El amor—atracción simple de hombre a mujer—se transforma bajo el rígido catolicismo en pecado. Se echa sobre la carne—pecadora y flaca envoltura que aparta al hombre del Reino de los cielos—un denso velo de tristeza. Pero como el instinto se impone, debe santificarse: se convierte en “sacramento” que borra la impureza de la unión sexual pero que la limita al acto de la procreación. El mismo San Pablo habla del matrimonio como de un mal menor: “más vale casarse que quemarse”. Pues todo lo que ata al mundo, todo lo que hace que el hombre olvide que es un “Yo Pecador” que atraviesa el mundo como un camino expiatorio, quema como las llamas del infierno.

El ideal católico medioeval fué el aislamiento contemplativo. Esa aura soplaba desde los austeros yermos africanos sobre el mundo sangrante, rudo y fiero del Medioevo. El monje, en la soledad, sufría la **accidia**: la melancolía pungente de la vida solitaria. Se poblaron las celdas penitentes de visiones demoníacas: imágenes de mujeres pulularon en el silencio interrumpido por el lento sonar de las disciplinas y se alejaron al ver el dolor de las carnes desgarradas por los cilicios acuminosos.

El sentido católico anti-sensual se refleja en el arte. El cuerpo humano desaparece bajo largas túnicas. Se estiliza el rostro en retorcimientos dolorosos o se lo esquematiza en la simplicidad del éxtasis. Desaparecen la carne y la luz, la alegría sensual de la forma. La emoción del paisaje—el juego lujuriente de la luz sobre los campos coloreados—es desconocida en toda la Edad Media lo mismo en la pictórica que en la literatura.

La pintura se hace monótona. La escultura se une a la arquitectura tomando una naturaleza subordinada y serviente si bien suele rebelarse contra esa servidumbre en el gesto inmóvil de las gárgolas grotescas. La poesía huele a sangre: el Cantar de Gesta. La ciencia se reduce a esquemas formales—la Escolástica, ciencia de Scolas, de comentarios—contra la que a veces insurge la herejía en la retorta del alquimista o en la fórmula misteriosa del hermético.

Sólo la arquitectura despliega la opulencia de la forma. Se yergue sobre los muros sólidos del románico, va elevándose en forma casi sinfónica—si cabe la imagen—en el gótico primitivo hasta alcanzar la elevación triunfante, gloriosa, del arco ojival y del agudo campanario: expresión de una edad de fé que se eleva sobre el mundo, oración cristalizada, evasiónismo sublime de la realidad terrena, como obra que es de la colectividad en una edad colectivista y profunda.

Ciertamente que cada pueblo refleja el sentimiento católico de la vida con un índice propio. Los brumosos celtas no lo entienden del mismo modo que el germano rudo o el franco batallador. Y el africano no lo siente como el sutilizado bizantino.

En el pueblo español la ardiente sensualidad del ibero—emparentado de cerca, aun etimológicamente, con las tribus bereberes del norte de Africa—se mezcla con la sangre celta, y el tipo humano fundamental—el celtíbero—agrupa, en sus bases étnicas y psíquicas, cualidades singulares como son el sentimiento de independencia arraigada, de orgullo personal y de recio individualismo.

Martín Hume, en su Historia del Pueblo Español, hace notar que el cristianismo arraigó en España con un sentido propio: no plantó allí el arrianismo sino el catolicismo; pues placía más a la soberbia independencia y fiero orgullo del celtíbero la conquista del cielo por el propio mérito, por el esfuerzo individual, por la fé ardiente de cada hombre.

La fé católica española fué, desde sus comienzos, una mezcla singular de arrogancia y de humildad, de ardoroso afán de conseguir el cielo por su obra propia y de poner el sello de la individualidad en la creencia.

Es de notar que los santos españoles son combatientes y arrogantes: Domingo de Guzmán, sale incruentado a exterminar la herejía albigense que lograron someter a fuego y sangre las huestes de Simón de Montfort; Vicente Ferrer es político activo y muñidor electoral; Iñigo Yáñez de Oñaz y Sáenz de Balda, del solar de Loyola, funda la Milicia de Cristo. Teresa de Ahumada, bajo sus deliquios de amor y sus ardientes invocaciones, es sólo una mujer apasionada.

La Iglesia pudo mantener unificado lo que era, en sí mismo, dispersante y centrífugo. Los Concilios de Obispos sostuvieron el espíritu combatiente de los rudos nobles visigodos y de los campesinos celtíberos del norte en su avance de siete siglos hacia las espléndidas vegas del sur. La fé católica, en manos de Isabel, hizo el milagro de la unión de un país en que la geografía y la historia actuaban como fuerzas centrífugas.

El núcleo condensador de la nebulosa hispana fué la catolicidad. Las fuerzas dispersantes fueron condensándose en torno de ella. Todo lo que de dispar habían puesto las oleadas migratorias—griegos, fenicios, cartagineses, romanos, vándalos, visigodos, moros, árabes y judíos—se aglutinó en torno de la fé. Todo lo que la geografía de hoyas y de montañas divisorias tendía a separar, se unió por el ideal común.

Pese a que en el medioevo terminal—siglo XIII—Europa se alumbró con el humanismo que irradia desde la espléndida Córdoba como un primer Renacimiento; pese a las influencias orientales en la literatura—e incluso Assin Palacios llega a afirmar que la Divina Comedia es de origen musulmán—pese a la arabización de la filosofía y al influjo judaico-español en el pensamiento de las escuelas, la base firme e inmovible del pensamiento, de los sen-

timientos y hábitos del pueblo español fueron rígidamente medioevales hasta varios siglos después de terminada la Edad Media europea.

Hay quien cree que un cierto tinte erasmista coloreó momentáneamente la literatura española de fines del medioevo. Sea o no comprobable tal hipótesis es evidente que aún antes del erasmismo hubo en la literatura española la crítica buida y la burla urticante contra los clérigos inobservantes y viciosos.

En el debatido Libro de Alexandre, el incógnito autor, en pleno siglo XIII, declara :

*"Somos siempre los clérigos errados e viciosos,  
los preladados maores, ricos e poderosos".*

Don Pero López de Ayala, a quien Menéndez Pelayo hace el formidable elogio de llamarlo " el primer tipo de hombre moderno" no fué menos duro en zaherir al clero español de fines de la Edad Media :

*"Si esos son Ministros, sónlo de Satanás  
Ca nunca buenas obras tu facer los verás:  
Gran cabaña de fijos siempre les fallarás  
Derredor de su fuego: que nunca y cabrás.  
En toda la aldea non ha tan apostada  
Como la su manceba et tan bien ateytada!  
Quando él canta la misa, ella le da la oblada".*

El Arcipreste de Hita, al hacer el elogio del dinero, en el que anticipa dos siglos la ironía de don Francisco de Quevedo y Villegas, dice :

*"Si tovieres dinero, havrás consolación,  
Plazer e alegría é del Papa ración.  
Comprarás paraíso, ganarás salvación,  
Do muchos son dineros, es mucha bendición".*

La clerecía simoniaca y corrompida fué la que recibió la burla y si se extiende al Papado hay que recordar que el Papado nunca tuvo en España—ni aún en los momentos de

mayor fanatismo colectivo—la fuerza suficiente para des-españolizar el sentido católico. Los Reyes, de derecho divino, tenían potestad incluso para intervenir en asuntos eclesiásticos como nos lo hace ver el Arcipreste de Hita en la famosa Cántica de los Clérigos de Talavera en que hace decir a los clérigos amenazados por el Papado debido a los frecuentes escándalos con sus barraganas:

*".....amigos, yo querría que toda esta cuadrilla  
apellásemos del Papa antel rey de Castilla.  
Que maquer que somos clérigos, somos sus naturales,  
Servimosle muy bien, fuémos siempre leales:  
Demás sabe el rey que todos somos carnales".*

No es posible, pues, encontrar "erasmismo" en las bur-las donosas del Arcipreste ni el Rimado de Palacio del Canciller de Ayala. El "humanismo" no entró en España sino de contrabando. Los grandes siglos humanistas que son el XV y XVI encontraron a España poco dispuesta a la here-gia. Es el gran tiempo de Jiménez de Cisneros y de Isabel, la reina cabalgante que iba por los frágiles caminos de España aglutinando pueblos con su mano delicada y recia al par. Es la época de Torquemada y del Santo Oficio. El momento en que el pueblo español se hace Cruzado de la Fé Católica para extenderla por las vastas regiones de América y morir por ella en las inútiles guerras de Europa.

Ni el humanismo ni la Reforma entran a España sino tímidamente y corriendo los riesgos de caer en los quemaderos inquisitoriales. El Siglo de Oro —que es más de un siglo pues comienza con los Reyes Católicos y va más allá del XVI— es de ardiente catolicidad, de exacerbado españolismo, de observancia fiel del dogma. Ningún gran hereje aparece en esa España ni en la posterior. Ganivet, quien lo hace notar, dice grande verdad.

El catolicismo español es militante, no contemplativo. Por lo mismo, tenso y acerado como una espada. Penetra toda la vida española con un sentido de austeridad, de orgullo, de exclusivismo agresivo. Desde el rey —llámese

Isabel, Carlos I, o los Felipes del II al IV— hasta el último soldado o el más insignificante hidalgo, están penetrados de ese sentimiento ortodoxo y excluyente.

Los grandes autores del Siglo de Oro son soldados que han peleado por la fé como Cervantes. Frailes como Tirso de Molina, Luis de León y Luis de Granada. Devotos como Lope de Vega y Calderón de la Barca. Santos como Juan de Yépez y Teresa de Ahumada. Ninguno hereje. Ninguno capaz de atentar, ni remotamente, contra la ortodoxia católica.

La filosofía del Siglo de Oro no contiene la más pequeña dosis de humanismo. La extraversion, la vuelta a la naturaleza después de la introversión medioeval que, abominando el mundo, se refugia en el alma —por eso la filosofía medioeval no es fenomenológica sino lógica—; el anhelo de explicar el mundo que domina en el pensamiento filosófico renacentista, casi no preocupa a la filosofía española que sigue ahondando en el tomismo aristotélico en momentos en que el mundo se hacía platónico.

También en el arte español el renacentismo es limitado y se reduce casi exclusivamente a la influencia en la arquitectónica. En la pictórica se pasa, casi sin transición, del medioevalismo al tenebrismo. Nada hay de esa pompa suntuaria del renacentismo. Nada de esa lujuria de sol sobre la carne desnuda. Nada de esa iluminación fastuosa de color y ese derroche de forma. Del arte simplista del medioevo, desprovisto de sentido carnal, se pasa, con leves transiciones, al tenebrismo del siglo XVII, a las figuras extáticas de Zurbarán, al trascendentalismo del Greco.

El anti-renacentismo fué popular, arraigado en las masas fanáticas sobre las que ejercían su tutelaje espiritual los miles de frailes de todos los hábitos que pululaban en la península. El ideal católico agudizado por la reforma luterana de allende los Pirineos, produjo un afán de vida perfecta. Moderó al clero y condujo a la Contrarreforma que es la réplica española al humanismo religioso, si tal se puede llamar a la reforma.

La España del Siglo de Oro, devota y sangrante, que olía la carne del hereje, del moro y del judío quemada en las piras de la fé, con extraña delectación orgullosa, se muestra en la literatura como en un espejo: en eso que llamamos españolismo del Siglo de Oro entra, como parte dominante, el orgullo de la más fiera catolicidad.

Lo más grande que produjo el Siglo de Oro fué de raíz medioeval. Los romances se animan, toman forma activa, se traducen en actos. El Teatro Español —lo españolísimo del Siglo de Oro— es la traslación del romance a la acción dramática.

El sentido de honor, además de la catolicidad, domina sobre todos los sentimientos nacionales de España en el Siglo de Oro. Anima los dramas. Se universaliza, hasta la excelsitud, con aquel don Quijote que salió a redimir el honor de doncellas desvalidas y viudas desamparadas.

El Burlador, el hombre que engaña a las mujeres para "gozarlas" sin amarlas, no podría existir sin un sustentáculo moral que lo haga posible. Hay que recordar que el honor español se sostuvo —y aun no se ha sacudido de este prejuicio— sobre la castidad de las mujeres: el honor de una familia o de un hombre no sólo está determinado por su propia conducta sino por la de su esposa e hijas.

En toda la literatura española se encuentra repetido el motivo. El Cid Campeador de Castilla hubo de castigar a los yernos que habían ofendido a las hijas. En los dramas aparece siempre el padre ofendido, el esposo burlado, el novio engañado, reclamando su "honor" con la espada.

Y no se trata sólo de ficción literaria sino de copia de la viva costumbre, legalizada desde la Edad Media. En el Fuero Juzgo se establece que los adúlteros "sean metidos en mano del marido y haga de ellos lo que quisiere", un eco de lo cual vibra aun en nuestra legislación penal cuando no se considera crimen ni delito la muerte dada por el marido a los adúlteros sorprendidos inflagrante. Y en los anales Eclesiásticos y Seculares de Sevilla se encuentran nu-

merosos ejemplos de adúlteros entregados por la autoridad al marido para que los mate en el cadalso.

¿Cómo, pues, se explica que sea personaje popular de larga trayectoria triunfante en el teatro, este hombre sin honor, burlador de honras ajenas?

Es que don Juan —tal es nuestra tesis— encarna un sentido teologal que escapa a la comprensión de los eruditos y exégetas, pero que era sentido hondamente por los públicos de los corrales madrileños: don Juan es el castigo, la humillación de la mujer como tentación, la venganza del hombre contra uno de sus enemigos teologales: la Carne.

De todas las abominaciones del catolicismo, la más agresiva es la ejercitada contra el “pecado” sexual, quizás por ser la tentación más difícil de vencer. La mujer es símbolo de pecado. Mujeres se aparecían en las celdas a los penitentes extenuados y tentaban a los santos en sus éxtasis. Y cuando el catolicismo divinizó a la mujer —y debe recordarse la enorme parte que tuvo España en el dogma de la Concepción— hubo de representarla Virgen y sin pecado original —es decir, casta— aun cuando Madre de Dios. Este dogma tiene un significado claro y profundo.

Don Juan, al burlar a las mujeres, no busca su placer, el placer compartido y gozado por dos seres en plenitud de dación. Busca humillar a la mujer: “burlarla” y “dejarla sin honor”. Es la venganza contra el pecado encarnado en la mujer.

### DON JUAN: EL ANTI - AMOR

La antigüedad pagana, sensual y extravertida, nada dijo sobre el amor, amor de hombre a mujer como se entiende en el mundo moderno.

Cuando se lee los diálogos de Platón —sobre todo el Fedro— todo hombre cabal siente seguramente el mismo deseo imposible: que Platón estuviera vivo todavía para darle un formidable puntapié del modo más respetuoso. Pues Platón no entiende el amor sino el efebismo. Su amor

s una atracción de la forma y un goce de la amistad que olinda con el más repugnante homosexualismo. O entiende el amor con un sentido metafísico, como clave dialéctica para ascender hacia las Esencias: de la Venus Terrestre a la Venus Urania. Pero de ningún modo tiene relación su concepto del amor con esa cosa dulce y punzante, tierna y uerte, amable y triste, irisada y múltiple, que llamamos mar a una mujer.

Esta cosa indefinible, intraducible, que llamamos amor o fué entendida en la antigüedad. Salvo el episodio de Hecuba y Leandro, no hay el sentimiento de amor en la literatura pagana sino débilmente. En el poema de Longo, Dafnis y Cloe, no hay amor. Estos Pablo y Virginia sin romanticismo lo que hacen es el sencillo descubrimiento de los instintos que despiertan. Nada más.

El "ars amandi" romano es el de Ovidio: erotología que poco tiene de común con lo que llamamos amor. Lo demás del amor romano, es tan repugnante como una página del latiricón o un episodio de Suetonio.

La medioevalidad ruda y brutal de los primeros tiempos, tampoco entendió el amor. No se sentimiento germano o franco. Viene del norte céltico. O del sur árabe. La Gesta, expresión típica de la literatura medioeval, es el poema de guerra y de sangre. Y en el Cantar de Gesta, el amor tiene un lugar secundario.

Sólo tardíamente aparece en la Gesta el sentimiento del amor y la mujer. El amor de Rolando o Roldán, es para un espada. En el ciclo germano o carolingio de la canción de gesta, la mujer no tiene importancia. Son el Valor y el Honor los personajes centrales. Los eruditos afirman que el episodio de Auda, la esposa de Rolando, muriendo de pena al saber la muerte del héroe, es posterior al cantar de gesta primitivo. Y es singular que el único episodio de amor de Jarlomagno, cantado en el Mainet, sea el de Galiana, hijo de Galofre el rey moro de Toledo, o sea de origen extra-europeo.

El sentimiento de amor viene del norte: es del ciclo céltico de poemas de donde arranca y su expresión más profunda es el poema de Tristán e Iseo o Isolda. La poesía trovadoresca de Provenza divulga en la Europa de fines del medioevo tal sentimiento llevándolo a puntos de exacerbación morbosa. De todos modos el amor y la literatura amorosa son temas que provienen de la alta Edad Media.

Hay diferencias fundamentales en la idealización céltica y provenzal del amor: Tristán no se enamora de Isolda por la propia fuerza del instinto y del sentimiento sino por la magia del filtro de amor bebido equivocadamente; en cambio que la poesía provenzal desdobra el amor —real amor de hombre a mujer— en sus dos calidades inseparables al establecer, según se atribuye a la Condesa de Chauvane o la Vizcondesa Ermegarda de Narbona, la distinción entre el amor "espiritual" que ninguna mujer puede negar, incluso si es casada, y el conyugal.

Esta espiritualización del amor —amor de alma y amor carnal separados y hasta antagónicos— es lo que ha traído al mundo moderno esa terrible confusión acerca del amor. Y porque nadie se entiende acerca del amor, ha sido posible que de un ser que es su expresión antagónica e inconciliable —el Anti-amor, cosa distinta del odio— haya nacido una mística. De don Juan, que nada tiene que hacer con el amor, pues es su negación, ha salido el donjuanismo como expresión del amoroso insaciable y aun del hombre que busca eternamente una mujer ideal.

Don Juan nada tiene de común con el amor: ni con el espiritual ni con el carnal, si es que pudieran separarse. Don Juan es la negación: el Anti-amor. Esta es la fuerza teológica del símbolo.

La esencia del amor es la atracción inevitable. Lo que ocurre con él es que miramos sus efectos y no lo entendemos en su sí mismo. Vemos enamorados, nos sentimos enamorados; pero no sabemos qué es el amor.

Se nombraron con un mismo vocablo cosas diversas: el amor a Dios, el amor a la Patria, el amor a las Esencias Platónicas, el amor a esta o a la otra mujer, el sentimiento que nos estremece como una infinitud y el que nos hace palpitár con un espasmo fugaz. Si se medita en esta variabilidad y multiplicidad de conceptos dentro de un mismo vocablo, habrá que buscar lo que hay de común en todos. Y esto de común es que el que ama—sea a la Patria, a Dios, a una mujer que nos hace sentir infinitos o a otra que nos dá solamente un estremecimiento medular—; el que ama, tiene una voluntad de dar, siente una atracción irrenunciabile hacia otra cosa o persona externa y se siente vinculado—un minuto, un día, una vida entera— a lo que ama.

Y entendido así el amor no es incompatible con las manipulaciones que hacen los endocrinólogos en sus laboratorios para demostrar que tal o cual hormona despierta tal o cual amor: las gonadas, la atracción sexual pura; la pituitaria, el amor maternal y así por el estilo. Con exprimir el amor de hombre a mujer y de mujer a hombre en los matraces con el nombre de hormonas, nada se prueba contra el amor cuando éste se siente con infinitud, como algo que llena la vida entera: el amor supremo a una mujer.

Este sentimiento para nada necesita del filtro mágico del rey de Cornouailles ni del mefistofelismo del Dr. Fausto. No es sobrenatural ni demoníaco. Lo que ocurre es que lleva en sí mismo su magia y la proyecta sobre las cosas como el velo de la reina Mab.

La esencia del amor es la fuerza que ímpele al individuo a dar sin recibir: se ama a la Patria cuando el hombre se sacrifica por ella, se ama a Dios cuando se renuncia a todo para adorarlo, se ama a una mujer cuando somos incapaces de vivir sin ella.

El amante—tomando este nombre en su más amplia acepción—se siente atado al objeto amado, vinculado a él de modo indestructible. En los grados más altos, no sólo se siente vinculado con el objeto de su amor sino “en” el

objeto amado. Esa forma,—que se avecina al éxtasis—es la plenitud máxima; la entrega total, el amor místico que puede ser o no a Dios. Lo místico no es necesariamente religioso: es, esencialmente, amoroso. Es el clímax del amor.

Pero, por alto que sea el grado del amor, el afán inmensurable de dación, el amante aspira a poscer, en infinitud, al objeto amado. Lo tiene presente, vive en él, por él, para él. Y aun cuando no sea precisa la reciprocidad para sentir el amor, tal reciprocidad es siempre una aspiración. Puede el amante renegar del objeto amado: el patriota, sentirse abandonado por la Patria; el creyente, sentirse abandonado de la divinidad; el enamorado, no ser correspondido por la amada. Más siempre anhela tal reciprocidad y aspira a ella como a una meta, incluso por el renunciamiento aparentemente más desinteresado.

En la poesía española de la Edad Media está expresado vigorosamente este anhelo de reciprocidad del amor en una cuarteta de un poeta ignorado que bien puede ser Don Sem Tob, el judío Rabino de Carrión:

*"El amor tiene jurado  
que non será perdonado  
el que fuere bien amado  
si non ama".*

Aun si reducimos el concepto del amor a lo que generalmente se entiende por tal—amor de dos seres humanos que se atraen mutuamente—se puede ver que, entre el amor espiritual al que se llama platónico aun cuando Platón jamás creyó en él, y el amor carnal más medular y hormonal, no hay diferencia radical.

Entre el amor que nos hace sentir infinitos, en plenitud sublime, capaces de jurar sin perjuro que no amaremos más ni dejaremos de amar nunca, que somos entregados en todo a la persona amada y el amor que nos causa un breve estremecimiento medular y luego nos provoca esa tristeza que hizo decir al Padre de la Iglesia "después del

coito el animal es triste"; entre uno y otro extremo del amor, no hay sino una diferencia de grado y de modo.

La esencia del amor es, en el fondo, una: la atracción que sentimos por la persona amada. Esa atracción puede deberse al juego de las hormonas, a una excitación médulo-espinal, a cualquier otra causa fisiológica. Pero es lo cierto que no sólo es la fuerza hormonal o médulo espinal lo que nos inclina a la mujer que descamos. Siempre hay una ilusión. Un deseo de raíz biológica pero también psíquica.

Esa ilusión puede ser pasajera como la que se enciende como un relámpago al ver un joven cuerpo grácil bajo la incitante elegancia de un vestido que moldea las formas, al oír una voz acariciadora o percibir un penetrante perfume embriagador de mujer y sentimos la ilusión súbita que nace del deseo. Puede ser estable como cuando decimos que estamos enamorados, es decir, que deseamos con plenitud exclusiva a la persona amada. Pero es, de todos modos, una atracción de raíz biológica, sin duda, en la que hay un acto de voluntad de dación, de posesión cimentada en un deseo y al mismo tiempo una ambición de exclusividad.

Un escritor italiano trae, en una novela romántica, una antigua leyenda oriental que nos da la clave del amor en su más alto grado. Dice la leyenda que una vez un alma llegó a las puertas del Paraíso y golpeó. Cuando la voz del amado, preguntó desde adentro: "¿quién eres?", el alma respondió: "Abre, soy Yo". Pero la puerta permaneció cerrada. Y cuando tras mucho tiempo de vagar por la tierra, sufriendo y amando, el alma llegó nuevamente a las puertas del Paraíso, ya no dijo: "Abre, soy Yo", sino que respondió: "Yo soy Tú". Y sólo entonces se abrieron las puertas.

El climax ascendente del amor es cuando la fuerza de atracción es tan grande, la ilusión tan fuerte, tan intensa y desgarradora la necesidad de la entrega que, frente a la persona amada, puede decirse: "Yo soy Tú".

La propia Tisbea expresa ese sentimiento que don Juan no puede entender cuando le dice :

*"El rato en que sin tí estoy,  
estoy ajena de mí".*

En la lírica religiosa esta fuerza comunicativa del amor ha quedado inmortalizada en el famoso soneto llamado de la contricción perfecta que se atribuye a Santa Teresa :

*"No me tienes que dar porque te quiera  
pues aunque lo que espero no esperara  
lo mismo que te quiero te quisiera".*

Esta fuerza de atracción que toca en el renunciamiento del Yo y en el misticismo, es la misma que impulsa a macho y hembra a la simple conjunción de apetitos. Entre la excelsitud y la fugacidad del amor hay sólo una escala ascensional.

Sin embargo, uno y otro tienen su misma raíz de ilusión. El amor en su plenitud quiere ser eterno. Ortega y Gasset estudia bien este fenómeno amoroso cuando, al hablar del Adolfo de Constant, asegura que el amante que jura amor eterno es sincero en el momento en que lo hace pero que, como la esencia del amor es la ilusión, no se puede pedir al amor que sea, al mismo tiempo, realidad.

El amor, por ser ilusión, es perecedero. Romeo cree morir de amor por Rosalina y se enamora súbitamente de Julieta. Puede mantenerse el amor sólo en tanto que es ilusión: don Quijote no había hecho saber jamás su enamoramiento a Aldonza Lorenzo y por eso la convierte en Dulcinea.

Pero en cuanto deja de ser ilusión, muere. El amor, por lo mismo, tiene gradaciones diferentes: el que nos inspira el simple deseo carnal de una mujer obtenible y fácil parece casi siempre en el momento mismo de la entrega. La ilusión se apaga con la satisfacción; pero no por eso deja de ser ilusión.

Al mismo tiempo que es ilusión y dación, es anhelo de reciprocidad. Ningún hombre cabal, aun cuando sienta un deseo puramente carnal, deja de querer que el objeto de su deseo, la mujer deseada, comparta con él la ilusión del deseo. Hasta en los más bajos grados del amor, hay el deseo de compartir, de gustar, de ser deseado o amado. Y hay también el apetito de exclusividad, pues, ningún hombre entero dejaría que le arrebaten a su hembra, aun cuando no la amara con excelsa pasión. Y esto es lo que caracteriza, en general, al fenómeno amoroso.

Por eso don Juan—el de Tirso, el único don Juan—es el Anti - amor. Don Juan no ama. No desea ser amado. No le interesa el placer sexual en sí mismo. Ni el deseo. Su placer no es poseer sino humillar a la mujer: burlarla y dejarla sin honor.

No es un hecho que deba dejarse pasar inadvertido el que don Juan nunca posca a una mujer a la luz del día. Todas sus aventuras son envueltas en sombra nocturna, cuando no se ven los rostros ni se saben casi los nombres. No es tal o cual mujer la que don Juan desca. No desca a ninguna como hombre. Las quiere para burlarlas. Para arrancarles el honor. No quiere a las mujeres como mujeres sino como entes de los que se vengan del pecado. Las escarnece, las burla, las humilla, las deja sin honor.

Isabela no sabe que es don Juan, quién la posee, sino que cree que es el duque Octavio y doña Ana a quien anhela entregarse es al Marqués de la Mota. Cuando burla a Tisba, la pescadora, o a la sencilla Aminta, tiene antes listos los caballos para escapar en la madrugada. Es un ladrón de honras. No un amoroso ni un sensual.

Don Juan desconoce absolutamente la ilusión del amor. Cuando declara a Aminta :

*"Si, que yo te adoro.*

*"¿Cómo"—pregunta la infeliz.*

Don Juan responde cínicamente :

—“Con mis dos brazos”.

Y más adelante, cuando perjura ofreciéndole matrimonio, dícele :

“ . . . . . el alma mía  
entre los brazos te ofrezco”.

Y es así el “amor” de don Juan. No va más allá de los brazos. Pues don Juan—lo repetimos—no ama: es el Anti-amor.

Y si don Juan es el Anti-amor, el símbolo es claro. El amor, y especialmente el carnal, era para el catolicismo el triunfo de la carne, enemiga teologal del hombre. La encarnación del “pecado”. La mujer, la forma de la tentación: no en vano Eva tentó a Adán a probar el fruto del Arbol del Bien y del Mal. Al ser don Juan el Anti-amor, es la venganza contra la carne, el pecado y la mujer.

El Burlador, ladrón de honras, es el Supremo Vengador.

### LAS MUJERES DE DON JUAN

Ninguna de las mujeres de don Juan relleva una personalidad acentuada. Son figuras borrosas y como desdibujadas intencionalmente. Quizás el hecho de no revelar un carácter acentuado sea una inconsciente manera de ratificar el sentido simbólico de don Juan.

Las mujeres de Shakespeare son inolvidables como las de Esquilo. Julieta es la exaltación del amor que pone venda sobre la realidad —el amor es ilusión y entrega—; Desdémona, la feminidad que contrasta con el supermasculino Oteló; Lady Macbet casi no es mujer: trágica y horripilante, es la pasión furente y pura de ambicionar, la tensa voluntad sin trabas ni murallas.

Pero las mujeres de don Juan no tienen ningún relieve personal. Hay momentos en que la pescadora Tisba recuer-

da un poco a la Ofelia del atormentado Hamlet, cuando, semi loca va por la playa a arrojarse al mar gritando monótonamente:

*"Fuego, zagaes, fuego! ¡Agua, agua!  
Amor, clemencia, que se abrasa el alma".*

De todas las mujeres —Tisbea, Isabella, Aminta, Doña Ana— la única que tiene alguna personalidad es la pescadora desdenosa. Tisbea es la única mujer que se enamora de don Juan y aún así de modo precario que no llega a la pasión. Y este es un hecho que casi nunca ha sido puesto de relieve.

En efecto, don Juan —contrariando la leyenda vulgar del donjuanismo— es un hombre de quien no se enamoran las mujeres. No es el seductor gallardo ni el hombre supermasculino que las atrae con fuerza irresistibles. Ni el conquistador despiadado que las goza y las abandona. Don Juan no despierta amor en ninguna mujer, excepto la orgullosa Tisbea.

Y hay que ver en el amor de Tisbea un resorte psicológico de índole especial. El amor de la pescadora no es el amor-pasión. Hay otras motivaciones ocultas, además de la simple atracción amorosa. Es una psicología compleja.

Tisbea es, ante todo, la mujer desdenosa y segura de su poder seductor. Encarna el tipo frecuente de la mujer muy femenina que espera ser conquistada: es displicente con quien la adora sumisamente y se entrega a quien no la ama pero que la deslumbra con su presencia.

La esencia de la feminidad radica en este sentimiento de raíz biológica: el animal macho conquista a la hembra. Lucha por ella a dentelladas y zarpazos. Se engalana con las plumas más vistosas o con los atributos de una gallarda masculinidad. La hembra, espera el final de la lucha: lo mismo la reina del colmenar en su vuelo nupcial que la loba que entrega, cuando palpita aún el cuerpo despedazado

del rival fenecido, al macho triunfante. La mujer enteramente femenina no puede amar, con amor-pasión, sino al hombre que la atrae haciéndola sentir pequeñita y débil como la ternura. Desdén al que se arrastra ante ella en actitud suplicatoria de vencimiento. Y si bien exige siempre compartir el amor y ser amada, debe sentir la fuerza superior del hombre, fuerza física o moral, que la domina dulcemente.

Shakespeare, el más grande pintor de caracteres humanos, ha descubierto esa esencia de la feminidad en su más grande obra de amor que no es *Romco y Julieta* sino *Otelo*.

*Romco y Julieta* son el amor inocente y joven, deslumbrado por sus propios destellos. *Romeo* es feble y poco acentuado en sus rasgos viriles. Deja de amar a *Rosalina* y se enamora de *Julieta* con la misma inocente versatilitad. Hubiera podido morir por una o por otra. En cambio que el amor de *Otelo* es el amor en óptima madurez. En superada masculinidad.

*Desdémona* es quizás la más femenina de todas las admirables mujeres de Shakespeare: es la superfeminidad, delicadísima, que se siente atraída por la supermasculinidad de *Otelo*. Shakespeare, con fina intuición, afirma que las mujeres aman por los oídos. Es la leyenda de *Otelo*, la fama de sus proezas, la superlativa estimación de su valentía y constancia batalladora, lo que atrae a la dulce *Desdémona* aún antes de conocerlo. El hombre viril despierta a la mujer en su más íntima feminidad.

El hecho mismo de que *Otelo*, el moro, sea atezado y bronco, más hecho a las usanzas brutales de la guerra que a las delicadezas cortesanas, atrae a la femina *Desdémona* porque toda mujer muy mujer se siente más atraída por la personalidad fuerte de un hombre que por el efébo delicado. Es de notar —y esto pasó inadvertido a *Marañón*, exégeta del donjuanismo que hace notar la virilidad de *Otelo*— que las mujeres que han pasado el climaterio, es decir, que se han masculinizado, son las más frecuentemente

atraídas por el efebo lindo, lo que ha producido la industria internacional de gigoló; y que las mujeres en su dulce plenitud femenina se sienten más inclinadas hacia el hombre maduro y viril que impone el sello de su personalidad fuerte en cualquier actividad humana.

Tisbea, la rústica pescadora de Tarragona, desdén a los rudos zagales que le brindan sus amores. Hembra zahereña, ama el mar:

*"Y en compañía de otras,  
talvez al mar le peinó  
la cabeza espumosa".*

Se sabe amada de Anfriso que ronda su cabaña en las horas nocturnas adornándolas con "ramos verdes —que de los olmos corta" y cantándole de amores "con vihuelas dulces— y sutiles zampoñas". Pero ella permanece:

*"A sus suspiros sorda,  
a sus ruegos, terrible,  
a sus promesas roca".*

No deja de ser grato a Tisbea que el enamorado zagal que por ella muere de amor sea codiciado por otras mujeres. Quizás ninguna mujer puede amar demasiado a un hombre a quien otras mujeres no codicien:

*"Todas por él se mueren,  
y yo, todas las horas,  
le mato con desdenes".*

Cuando don Juan, náufrago, llega a las playas de Tarragona en donde cantan la hermosa Tisbea, ésta se encuentra en el momento maduro y óptimo para el amor. Don Juan llega inconsciente a la playa. Es un pobre ser inerte y moribundo. Como un niño, casi, por lo desvalido. Y al tomarlo en sus brazos, Tisbea debió sentir algo de ese fondo confuso de maternidad —ternura y piedad— por el manco "excelente, gallardo, noble y galán" que volvía de la muerte.

Frente a las palabras apasionadas —un tanto retóricas— de don Juan, Tisbea no siente ese estremecimiento de amor que ciega. Razona y recela. Se repite, en la escena —en la escena tercera del drama— como un estribillo cansino, por cuatro veces, la frase desconfiada:

*"Plegue a Dios que no mintáis!"*.

Frente a don Juan, Tisbea no es una mujer plenamente enamorada por más que el amor se exprese en ella con fuerza indiscutible. Se entrega a los requerimientos de don Juan pero con reticencias y reparos, bajo palabra de matrimonio, es decir, condicionadamente, en vez de darse en su salvaje e ilimitada plenitud. En el momento en que acepta rendirse, todavía vacila.

Cuando don Juan pregunta:

*"... Pues dí, ¿qué esperas?  
O, ¿en qué, señora, reparas?"*

Tisbea responde con esta frase que expresa el sentido del drama:

*"Reparo en que fué castigo  
De amor lo que he hallado en tí".*

El sentido teológico del drama aparece nítido en estos versos: don Juan requiere de amores sin amar, miente y promete lo que sabe que no va a cumplir. Tisbea, la desdénfosa, no se entrega con la radiante alegría de una mujer enamorada, sino que intuye —fina intuición de mujer, maravillosa perspicacia femenina— que ella es el instrumento del "castigo" del amor, el inconsciente e inocente juguete de una voluntad superior.

Debe repararse también en que Tisbea engañada, cuando sale de su ensueño de amor a la realidad del abandono, no clama en nombre del amor, no desespera por haber perdido al hombre amado —como sucedería en el caso de un amor profundo— sino por haber sido deshonrada:

*"Ah, falso hoesped que dejas  
Una mujer deshonrada!*

.....  
*Engañóme el caballero  
Debajo de fé y palabra  
De marido, y profanó  
Mi honestidad y mi cama".*

La preocupación del honor predomina sobre la del amor burlado:

*"Mas no importa que se vaya  
Que en la presencia del rey  
Tengo que pedir venganza".*

Y como una recriminación de sentido teológico, resuenan las palabras de Coridón, epílogo y moraleja de la escena:

*"¡Tal fin la soberbia tiene!".*

El "pecado" de la soberbia, castigado por el "pecado" de la lujuria. Tal es la secuencia moralizadora del drama.

Si se compara la figura de don Juan —el Anti-amor— y la de la engañada Tisbea —instrumento del destino para humillar la soberbia por la deshonra de otro pecado— con los personajes de Shakespeare que, a nuestro entender, encarnan la más alta forma del amor humano —Otelo y Desdémona— la diferencia resalta nitidamente.

Don Juan no ama, ni busca el placer, ni quiere ser amado. Huye al amanecer después de la fortuita posesión, con el gozo diabólico de haber burlado una mujer. Otelo, mata a Desdémona cuando teme haber perdido su amor. Don Juan huye porque no anhela la perennidad de poseer a la persona amada: es el Anti-amor. Otelo anhela tan aferradamente la exclusividad, la pertenencia eterna, que prefiere matar a la amada antes que resignarse a perder su amor. Pues el amor, en el momento cenital de su afirmación, produce la ilusión de eternidad. No puede concebir el amante vivir sin la amada, verla en brazos de otro. La muerte le

parece preferible a la vida vacía. Por eso el amor en su plenitud bárbara, mata pero no olvida.

Don Juan, que no ama, tampoco busca el amor. Aparte de la seducida Tisbea, todas las otras mujeres fueron burladas con engaño. Si don Juan no ama a ninguna, tampoco es amado por ellas. Las otras mujeres de don Juan --Isabela, Aminta, doña Ana,— son personas borrosas que cruzan por la escena. Sin relieve. Sin un carácter acentuado. Como coros de la tragedia que es la de la carne humillada en castigo teologal del pecado.

### DON JUAN Y EL ESPAÑOLISMO

José Ingenieros, exégeta del don Juan romantizado, se opone a que el don Juan de Tirso sea considerado como el auténtico personaje capaz de dar su nombre al donjuanismo. Para él sólo hay un don Juan: el del romanticismo. Y cree que "un don Juan incapaz de amar, mujeriego sin corazón, salteador de víctimas inexpertas, pudo concebirse en sociedades feudales que hacían gala de execrar el amor y de considerar como un pecado el más natural de los instantos".

Pero ésta es, precisamente, la característica de don Juan, lo españolísimo del personaje que han ido tomando sucesivamente Molière, Byron, Mozart, Schubert, Zorrilla, acomodándolo a las más diversas circunstancias y a las más subjetivas modificaciones.

El Quijote tampoco se hubiera podido dar fuera de España ni sería posible trasladarlo a un escenario romántico haciéndole suicidarse por Dulcinea con la pistola de Werther. Don Quijote es como es y don Juan lo mismo. Su carácter está dado por el pueblo que los creó. Cervantes o Tirso de Molina sólo son sus intérpretes.

La polémica en torno del españolismo de don Juan hizo que los eruditos se arrojen a la cabeza viejos infolios. Saber si la leyenda nació bajo el alegre sol de Sevilla o en la península itálica constituyó un motivo de largas disquisi-

ciones eruditas. Y aun cuando no se hubiere demostrado que el Leontio de los jesuítas de Ingolstadt nada tiene que ver con el don Juan de Tirso de Molina, el personaje por eso no habría dejado de ser auténticamente español.

Incluso se ha discutido acerca de si Leucino el personaje del Infamador de Juan de la Cueva y el Leónido de la Fianza Satisfecha de Lope son los genitores de la personalidad de don Juan de Tirso de Molina.

Cualquiera que sea su origen, el españolismo de don Juan es verdad que no admite prueba en contrario: don Juan es la respuesta teológica al sentido católico del amor españolamente considerado.

Resalta, en primer lugar, su realismo españolísimo. Nada hay de los filtros amorosos que enloquecieron a Tristán e Isco, impulsándolos a un amor supernatural y trágico. Nada de las manipulaciones mefistofélicas de Fausto. Nada hay de diabólico como en la tentación de Paulo, el ermitaño del Condenado por Desconfiado. Don Juan es personaje humanísimo aunque repugnante. No emplea artes de seducción: engaña, urde tramas de celestina y usa métodos de viles de canalla.

Este sentido realista es característicamente español. El Cid Campeador de Castilla es personaje de carne y hueso que pelea por la paga. Don Quijote, tocado de locura caballeresca, no olvida los menesteres más humanos. La Celestina es un ser real. Toda la novela picaresca está nutrida de realismo crudo. Y hasta una santa como Teresa de Ahumana es tan mujer que don Marcelino Menéndez Pelayo dice que ella habla de Dios y de los más altos misterios "como plática familiar de vieja castellana junto al fuego".

Don Juan no adoba de salanismo sus engaños. Ni los realiza con hechizamientos mágicos. Si engaña y urde infamias para "gozar" a sus víctimas y burlarlas, no se sale de lo verosímil y humano.

Lo sobrenatural aparece, ciertamente, al fin del drama: la invitación aceptada por el Comendador muerto, la

cena con el "convidado" de piedra y la muerte de don Juan, se salen de realismo dominante e invaden la esfera de lo supranatural. Pero aun así, esto es más aliño teológico que actitud demoníaca.

El resultado final, el desenlace fantástico del drama, parece provenir de leyendas aglutinadas, leyendas que en la imaginación popular tuvieron la fuerza de lo verosímil a fuer de repetidas. Y los eruditos han seguido la pista de tales leyendas con tenacidad de cazadores.

Aún acerca del mismo don Juan florecen las interpretaciones por generación espontánea. Desde el señor Ochoa que, en la edición de *El Tesoro del Teatro Español* afirma que existió un don Juan Tenorio, uno de los veinticuatro de la aristocracia sevillana, mozo fanfarrón que mató al Comendador de Ulloa, hasta los exégetas más modernos como Saíd Armesto, Menéndez Pidal y el doctor Marañón, se ha tratado de rastrear al personaje entre la espesa maraña de la leyenda. Y se ha visto el modelo o se ha discutido la autenticidad del original, en el Leucino de Juan de la Cueva, en el Leónido de Lope, en la leyenda de don Miguel de Mañana, grande seductor cuyas rosas aún florecen, en Villamediana y hasta en el devoto Felipe IV, según hipótesis de Marañón.

La leyenda fantástica de la muerte de don Juan tras el convite con el Comendador muerto, parece tener así mismo lejanos orígenes que se los hace arrancar del siglo XV pues un monje bretón llamado Morín, que murió en 1480, cuenta que en Rosporden unos mozos truhanes diéronse a asafar doncellas y hacer tropelías bajo disfraz y que por último, después de profanar una calavera, la invitaron a cenar habiendo concurrido a la cita y muerto el mozo atrevido.

Don Ramón Menéndez Pidal, en sus *Estudios Literarios*, sigue la pista de la leyenda. Y hay un viejo romance leonés, que reproduce don Marcelino Menéndez Pelayo, en que se narra la historia de un galán que "caminito de la iglesia—no diba por oír misa, nin estar atento a ella—que

diba por ver las damas, las que van guapas y frescas” y que, encontrando en el camino una calavera le dió un puntapié diciéndole:

*“Calavera, yo te brindo esta noche a la mi fiesta”.*

La invitación aceptada y el convite con la huesa —iguales a la leyenda bretona del monje Morin— hacen ver en ella el origen de El Convidado de Piedra que se aglutinó con la leyenda de don Juan para formar una sola obra.

Por otra parte, el ambiente hacía posible dar realismo a estas leyendas. La superstición era común al pueblo español como lo es aún para el de muchos pueblos hispanoamericanos. Se creía en los duendes y de esto nos sale fiador don Pedro Calderón de la Barca en su Dama Duende. Se creía en las tentaciones del demonio como lo prueba el mismo Tirso en el Condenado por Desconfiado. Pululaban las leyendas. Y el doctor Marañón afirma que hubo en ese tiempo un estado psicopatológico de alumbriismo.

Ramiro de Maczta sostiene que “todavía en el siglo XVII era costumbre de algunas familias españolas poner uno o dos cubiertos en la mesa para los muertos, en determinados días del año, como si aquel lugar o lugares vacíos hubieran de ocuparlos, invisibles, el padre o los padres del jefe de la casa”.

Cualquiera que sea el origen de la leyenda, al recogerla Tirso de Molina no hacía sino tomar del fondo popular algo elaborado y sumarlo a su tesis del castigo del pecado.

Sin embargo, tal finalidad sería innecesaria. La tesis toda, está contenida en el personaje que es un arquetipo —don Juan— y su anti-yo que es el fiel Catilínón.

Así como el humilde Sancho representa el sentido común frente al idealismo de don Quijote, Catilínón representa el sentido moral frente a la amoralidad de don Juan.

Cuando don Juan se propone burlar a la pescadora Tisbea, Catilínón advierte:

*"Los que fingís y engañáis  
Las mujeres de esta suerte  
Lo pagaréis con la muerte".*

Del mismo modo, cuando don Juan planea engañar a su amigo el marqués de la Mota hurtándole la novia, el sentido moral o sea Catilínón, aconseja:

*"... No lo apruebo.  
Tú pretendes que escapemos  
Una vez, señor, burlados;  
Que el que vive de burlar,  
Burlado habrá de escapar  
Pagando tantos pecados  
De una vez".*

También el sentido moral de Catilínón trata de impedir que consume el engaño a la sencilla Aminta:

*"Mira lo que has hecho y mira  
Que hasta la muerte, señor,  
Es corta la mayor vida,  
Y que hoy tras la muerte infierno".*

Don Juan a todas las amonestaciones, responde imperturbablemente la misma frase:

*"Tan largo me la liás".*

¿Es que don Juan es un hercje? Tal tipo no hubiera sido posible en España. Y tan no lo es que, antes de morir, cuando siente la proximidad de lo inexorable e inevitable, clama:

*".....Deja que llame  
quien me confiese y me absuelva".*

¿Qué es, pues, don Juan? Don Juan es la materia pura y simple, encerrada entre las cuatro paredes del presente. A su modo —un modo muy español y muy humano— reproduce a Calibán. Hoy, quizás, Calibán, sería banquero

de Wall Street y don Juan "un profesor de energía". No crec sino lo que sus sentidos le tráen más inmediatamente. No tiene sentido moral. Cuando Catilión le advierte que es mal día el martes para casarse, le responde con este evangelio pragmático de materialismo:

*"Mil embusteros y locos  
Dan en estos disparates.  
Sólo llamo aquel mal día,  
Aciago y detestable  
En que no tengo dineros;  
Que lo demás es donaire".*

Por eso—porque es un hombre sólo con sentidos—le es indiferente invitar a cenar al Comendador al que ha dado muerte. Lo supranatural no tiene valor para él y va al "negocio" de cenar con el muerto sin inmutarse.

Además, ha dado su palabra al muerto. Y este rasgo tan paradójico es españolísimo: don Juan que jura en falso cuando se trata de burlar a una mujer, tiene el sentido español del honor cuando se trata de palabra empeñada en algo cuyo incumplimiento pueda tomarse como cobardía.

Es difícil entender, desde la lejanía de nuestros puntos de vista morales, lo que constituyó el sentido del honor en la gran edad enfervorizada del Imperio, en que el pueblo español se convirtió en cruzado.

En este concepto se refractan los más variados sentimientos y los conceptos más contradictorios. Y apenas si puede rastrearse el sentido español del honor, viendo cómo éste se refleja en la literatura.

Aquello que llamamos el "honor" español del Siglo de Oro se asienta en los más variados hechos: la catolicidad ardiente, el abolengo, el ser de solar conocido—fijo d' algo—, la castidad de las mujeres de la familia y, sobre todo, en el orgullo del propio valer y de la personal bravura, así como en el sentimiento de la superioridad nacional.

Siete siglos de guerrear contra la morería—lo único industrioso y creador que tuvo la España Medioeval—ha-

bían creado una casta militar—los hidalgos—orgullosa y fiera para la cual el sentimiento de honor se fincaba en el catolicismo militante, en la valentía, en el sentimiento del personal valer—exagerado en un pueblo individualista y de agresiva independencia de cada hombre—y en la creencia de que ese “honor” era transmisible por herencia y debía ser custodiado.

Entraban en este sentimiento otros más: la fidelidad al rey cuyo respeto tuvo en España, desde la medievallidad, un carácter casi religioso; el cumplimiento de la palabra cuando ésta afectaba la idea que tuvieran los otros de su bravura personal; el desprecio del trabajo manual, digno sólo de moriscos, judíos y gentes de menos valer; la dignidad y la apariéncia de ella mantenida de modo que no se traluzca nada que pueda menguarla y otros varios complejos sentimientos, ideas y creencias.

La preocupación del honor fué quizás la manera de refractar cada hombre, con un índice propio, la gran ebriedad colectiva de grandeza que fué el sustentáculo del Imperio Español, el ahincado sentimiento de superioridad que cultivó afanosamente y la convicción de ser los llamados, como pueblo, a los altos destinos de la fé: redimir al mundo de la herejía protestante e imprimirle su férreo sentido de catolicidad.

Es tan fuerte ese sentido de honor que no puede sustraerse a él ningún hombre. En las dos obras de sentido teológico de Tirso de Molina—“El Condenado por Desconfiado y el Burlador de Sevilla”—se encuentra esa preocupación del honor en las formas más inesperadas.

Enrico, el bandolero y rufián de “El Condenado”, da muestras de esta singular preocupación, inconscientemente y a pesar de que, en el drama, el personaje es italiano. El canalla que mata por dinero, que explota a la dulce Celia y “le quita a bofetadas—las cadenas, los anillos”—, el bandolero Enrico, cuando el infame Escalante advierte que “nadie cuente mentiras”, responde irritado:

"..... Yo soy hombre.  
que en mi vida las dije ....."

La arrogancia jactanciosa, el ánimo favorable a defender ancianos y desvalidos, que entra tanto en el sentir caballeresco del Quijote, los pinta también Tirso en esta respuesta del bandolero después de matar a Octavio por haberle llamado "gallina" :

"A hombres como tú, arrogantes,  
doy la muerte yo, no a viejos  
que con canas y consejos  
vencen ánimos gigantes.  
Y si quieres probar  
lo que llevo a sustentar,  
pide a Dios si él lo permite,  
que otra vez de rescúite  
para volverte a matar".

El sentimiento de la propia grandeza, hasta en el mal, se revela en la respuesta que dió Enrico al ermitaño Paulo cuando, convertido en bandolero, le insta para que se arrepienta :

"Mira que eres pecador.  
hijo".

le dice el ermitaño. A lo que Enrico responde:

"Y del mundo, el mayor".

Así mismo en el materialista don Juan aparecen las preocupaciones españolisimas de casta hidalga, de valer personal y de respeto a la palabra—excepto la dada a las mujeres—como sustentáculo del honor.

Alardea de su estirpe y su abolengo :

"Yo soy noble caballero,  
Cabeza de la familia  
De los Tenorios, antiguos

*Ganadores de Sevilla.  
Mi padre, después del rey,  
Se reverencia y se estima,  
Y, en la corte, de sus labios  
Pende la muerte o la vida".*

En la escena del convite con don Gonzalo, Comendador de Ulloa, don Juan responde sin inmutarse ante el muerto que le pide la palabra :

*"..... Honor  
tengo y las palabras cumplo,  
Porque caballero soy".*

Este sentido de honor de la palabra empeñada nos la dá don Juan en la escena de la capilla frente a la estatua del Comendador :

Don Gonzalo :

*—"Y cúpleme la palabra  
Como la he cumplido yo".*

Don Juan :

*- "Digo que la cumpliré  
que soy Tenorio".*

La clave de este riguroso cumplimiento de la palabra empeñada la expresa don Juan en la escena de la capilla, frente a la estatua del Comendador :

Don Gonzalo :

*—"El muerto soy, no te espantes.  
No entendí que me cumplirías  
La palabra, según haces  
De todos burla".*

Don Juan :

*—¿Me tienes  
En opinión de cobarde?*

El valor personal de don Juan es imperturbable: valor de hidalgo español de puros quilates. Mientras Catilínón, al aparecer el muerto, huele mal.—“¡Vive Dios, que huelo mal!”—por igual causa que hizo exclamar a don Quijote: “huelas, Sancho, y no a rosas”, en la aventura de los Batanes, don Juan se muestra tan intrépido frente al Comendador muerto como don Quijote frente a los supuestos gigantes. Son la “española arrogancia”, la superestimación del valor personal, el honor vinculado a la bravura y el abolengo : el sentido español del honor, apareciendo, sin quererlo, bajo la amoralidad del personaje.

### EL INFAMADOR Y EL BURLADOR

En el Huerto de doña Elvira, allá por el año de 1581, se estrenó en Sevilla una obra de Juan de la Cueva, personaje extraño que decía provenir de la rancia estirpe de don Beltrán, aquel valido el imponente Enrique IV y padre de la dramática Beltraneja.

Por entonces el futuro teólogo Gabriel Téllez debió ser un niño que más amaría coger los frutos de los huertos que preocuparse de la obra que en el Huerto de doña Elvira se estrenaba. Pero la posteridad le ha imputado el que cogió también aquel fruto del poeta que acababa de retornar de los dominios de América, fruto que se exhibía en el Huerto sevillano: el Infamador, de Juan de la Cueva.

Por aquella época el teatro se había desprendido de los porches de las catedrales como se separa la antigua tragedia de los coros dionisiacos; Juan del Encina había sacado el teatro a las salas palaciegas y Juan de la Cueva, como Lope de Rueda, podían representar su obras a la luz de los corrales y de los huertos.

En aquella obra de Juan de la Cueva —estrenada por “el excelente y gracioso representante Alonso de Cisneros” ayudado por Francisco Zapata— se ha querido ver el original sobre el que había de calcar Tirso de Molina la figura

de don Juan, el Burlador. De una frase de Moratín nació esta singular leyenda que se ha perpetuado entre críticos poco acuciosos y copistas sin originalidad.

Mas, entre Leucino, el Infamador, y don Juan, el Burlador, no hay parentesco alguno. Ni influencia artística ni parecido psicológico. Son tipos distintos y excluyentes que nada tiene de común: Leucino es un difamador cobarde y don Juan un desaprensivo audaz.

Si se compara la comedia liviana de Juan de la Cueva con el drama hondo de Tirso, en su conjunto, las diferencias resaltan con más abultado relieve. Pues responde a dos concepciones diferentes tanto en lo artístico como en el fondo moral.

Juan de la Cueva está nutrido de renacentismo, de clasicismo. Su comedia es mitológica — densamente mitológica — lo cual revela su contacto con el humanismo italiano latinizante y helenista. En tanto que el drama de Tirso, si bien se encuentran alusiones mitológicas muchas veces impertinentes, domina ante todo el sentido religioso más austero: su drama es teológico y al par telcológico, tiene finalidades que se desenvuelven dentro del personaje mismo. En tanto que la comedia de don Juan de la Cueva no tiene propósitos ni fines.

Nada más liviano e intrascendente que la trama de esa farsa mitológica en que los personajes hablan con pedertería crudita de helenizantes y las diosas mitológicas bajan a desempeñar los más humildes menesteres: Leucino, un "galán y hombre rico" se aficiona de la esquiva Eliodora quien no corresponde a sus propósitos. Para seducirla entran en escena alcahuetes y diosas. Y cuando se propone burlar a la doncella, sale burlado.

Leucino, en el mundo de hoy, sería un "nuevo rico", un ejemplar de audacia materialista, para quien el mundo debe obedecer a sus pretensiones por el supremo derecho de tener dinero. Se aficiona de Eliodora como un rico de hoy podría aficionarse de una yegua de carrera o de una ve-

dette. El tiene dinero y esto le faculta para tener lo que desea:

*"pues sabes que no hay dama que rendida  
no traiga a mi querer por mi dinero  
y no por ser ilustre caballero".*

El mundo se valoriza para Leucino en doblones como se mide para un banquero de Wall Street en dólares:

*"Al que más le conviene  
por descendencia ilustre,  
si le falta dincio  
casi no es caballero,  
si lo tiene un villano es de gran lustre.  
porque con la riqueza  
hoy se adquiere la gloria y la nobleza."*

Pero Eliodora no es una yegua de carrera ni una vedette sino una dama española del siglo XVI, recatada y honesta, que no admite las propuestas de Leucino. Este triste personaje no tiene la arrogancia de don Juan para seducir a una mujer como Tisbea o para jugarse la vida en un engaño como el que hizo el Burlador a doña Ana. Leucino no es un hombre gallardo sino simplemente un rico que cree conquistar el mundo con escudos doblados, que para él son mejores que los escudos nobiliarios. Y en vez de tratar de seducir a Eliodora opta por un procedimiento de rico audaz: comprar el amor de Eliodora por intermedio de la alcahueta Teodora que sale arañada y golpeada de tal aventura villana.

Fracasado el propósito de quebrantar a la dama por medio de la "madre Teodora", acude a nuevas argucias y resuelve reunir una extraña junta de alcahuetas y rufianes:

*"Luego que dé su luz la blanca aurora  
una junta en mi casa hacer quiero  
de alcahuetas, que juntas a Eliodora  
hablen, y entre ellas enviaré a Proceros".*

En tanto Venus atiende al problema de Leucino con diligencia de rectora de casa de mancebía. La Venus de la comedia, es una Venus - Celestina y Morfeo se convierte en rufián. Ambos deciden adormecer a Felicina, criada de Eliodora, y Venus toma la forma de ella para poder seducir a la inquebrantable dama, inútilmente puesto que Eliodora rechaza las argucias celestinescas de Venus como había rechazado las de Teodora:

*"Venus no tiene en mi parte  
y así quiero corecer  
de su fruto y su placer".*

dice la honesta Eliodora que burla con su honesta castidad zahereña las sutiles patrañas de esta Venus Celestina y de este Morfeo rufián.

Ante tal resistencia, véase Leucino dispuesto a tomar por la fuerza lo que se le niega y encuentra a la firme Eliodora dispuesta a mantener su bravia castidad. De esta audacia salen mal parados el Arcipreste de Talavera, Cristóbal de Castillejo y el criado Ortelio. El Arcipreste de Talavera y el secretario Cristóbal de Castillejo porque sus libros han irritado a la dama, especialmente los del pobre Castillejo de quien dice que es "hombre de sano consejo —aunque a mujeres contrario". Y el criado Ortelio porque la dama honesta y letrada defiende su honor con el puñal —nueva Lucrecia— y mata al villano que acompañaba a Leucino.

Leucino acusa entonces a Eliodora de haber sido su amante y de haber dado muerte a Ortelio por estar con aquel criado en ilícitas relaciones. La doble acusación surte su efecto y van a dar en la cárcel los personajes: Eliodora, quien arrogantemente confiesa su crimen de homicidio y Leucino que la acusa. El desenlace inesperado es la aparición de Diana, quien haciendo un magnífico papel de Ministro de Justicia, acusa a Leucino, obtiene que se revoque la sentencia de muerte contra Eliodora y que se entierre vivo al infamador.

Es singular que en todo el desarrollo de la comedia no aparece por ninguna parte el sentido católico tan aferrado en el pueblo español. Todas las alusiones son mitológicas. Cuando se encuentra en apuros, no acude al cielo sino que clama a Eliodora;

*"Ninfas de este bosque y río,  
salidme agora a ayudar!"*

En el momento crítico, cuando se va a cumplir la sentencia, quien aparece a salvarla es la diosa Diana. Nada hay de sentido religioso ni de intención teológica en esta farsa. Nada que envuelva la intención que se encuentra en el drama de Tirso.

El único personaje donjuanesco del Infamador, no es Leucino sino Reicenio, el seductor de quien la Justicia hace una breve descripción pero que no siquiera aparece en escena.

Leucino no es un burlador de mujeres: es el Infamador, el Difamador, el mentiroso y cobarde que no logrando su fin de rufinesca aventura mancha el nombre de la dama, tipo perfectamente conocido de canalla que se perpetúa hasta nuestros días. No seduce, ni engaña, ni burla como don Juan sino que trata de comprar el amor por tercerías de alcahuetas y tretas de rufianes.

Francisco de Icaza, quien estudia bien la personalidad de don Juan de la Cueva, dice acertadamente:

*"Leucino es un difamador y nada más que un difamador. Es un rico necio y fanfarrón. Imagina que el dinero pone en sus manos las voluntades ajenas, sin excepción alguna, y ni siquiera sabe usar del arma poderosa de sus riquezas. Nada logra si no es el castigo de sus intentos y no es el Burlador, sino burlado. Por lo tanto, lo menos donjuanesco posible"*.

Tal es, en efecto, la diferencia. El don Juan de Tirso de Molina no tiene un ascendiente en el teatro español. Quizás si nació de la leyenda sevillana. Pero es, más vero-

símilmente, obra nacida de la imaginación del Padre Téllez, sin antecedente ni original a copiar. Fué su gran genio creador el que dió al mundo este personaje llamado a tan varia fortuna.

## EL SENTIDO TEOLOGICO DE DON JUAN

El Padre Gabriel Téllez profesó Teología y amó cultivarla. Esto explica que Menéndez Pelayo haya dicho, al referirse al Condenado por Desconfiado, que "sólo de la conjunción de un gran teólogo y de un gran poeta en la misma persona pudo nacer este drama único". El teólogo influye en el poeta, no sólo en el Condenado, sino también en el Burlador. Por eso hemos afirmado que don Juan es un personaje de sentido teológico.

La tesis no se desarrolla con la minuciosidad lógica que en el Condenado, especie de teorema en el que Tirso de Molina se propone desarrollar como poeta una tesis del teólogo Gabriel Téllez: el poeta demuestra lo que el teólogo quería demostrar.

La "tesis" del Condenado por Desconfiado es clara y se nota desde el título que es como el enunciado: el problema de la gracia y de la predestinación es el que plantéase lógicamente, como una exposición matemática. Y hay que recordar que todavía tenía vivencia la contienda plantada por el ex -agustino Martín Lutero respecto del punto teológico de si el hombre se salva por la gracia divina o por las obras, por la predestinación o por la fé, querella que manchó de sangre, la Europa de los siglos XVI y XVII en que vivió el Padre Téllez.

El Condenado por Desconfiado es un desarrollo lógico. Desde la primera escena del drama, ya apuntan la hipótesis, la tesis y la demostración. La duda teológica - angustia metafísica— asalta al solitario Paulo desde la primera jornada: el sueño casi extático que perturba al ermitaño

en su soledad, le hace plantear el problema de su salvación o su condenación eterna:

*“¿Qué fin he de tener? Pues un camino  
sigo tan bueno, no queráis tenerme  
en ésta confusión, Señor eterno.  
¿He de ir a vuestro cielo o al infierno?”*

.....  
*Respóndeme Señor, Señor eterno,  
¿he de ir a vuestro cielo o al infierno?”*

El Demonio —el otro enemigo del hombre como la Carne— aprovecha la desconfianza tanto como de la confianza cuando son extremas y se apresura a intervenir como un fiscal de audiencia:

*“Este, aunque ha sido tan santo,  
duda de la fé, pues vemos  
que quiere del mismo Dios  
estando en duda, saberlo.  
En la soberbia, también  
ha pecado; caso es cierto.*

.....  
*Y con la desconfianza  
le ha ofendido, pues cierto  
que desconfía de Dios  
el que a su ló no dá crédito.  
Un sueño la causa ha sido;  
y el anteponer un sueño  
a la fé de Dios, ¿quién duda  
que es pecado manifiesto?”.*

La “tesis” así planteada por el santo dubitante y el demonio que sabe de Teología, se desarrolla a lo largo de las incidencias del drama: la tentación del Demonio en figura de ángel para que vaya a Nápoles en donde encontrará a Enrico, cuya vida es igual a la del ermitaño en cuanto al destino futuro; la descripción del bandolero Enrico; la conversión del ermitaño en bandolero para seguir su destino; la inútil tentativa de hacer que Enrico se confiese para salvar su alma; la fé firme del bandolero que, en medio de sus

crímenes, cree en la bondad y el perdón de Dios; y la salvación de éste por el amor al viejo Anareto, su padre, mientras el ermitaño se condena, son sólo el desarrollo de la "tesis". El "es lo que queríamos demostrar" de los teoremas, está en las frases finales de Pedrisco:

*..... Mi amigo,  
quien fuere desconfiado  
mire el ejemplo presente."*

En cambio don Juan, sin "tesis" previa ni desarrollo lógico, es también un personaje de sentido teológico. Es mejor que no intervenga el Demonio transformando el don Juan Tenorio en un don Juan -Fausto. La "tesis" está oculta, inherente, consubstancial al personaje. Se expresa de por sí.

Don Juan es, ante todo, el Anti -amor. Santa Teresa dijo que Satán no fuera Satán si fuera capaz de amar. Pero don Juan es algo más: es un materialista en pugna con el espiritualismo católico. Ciertamente que don Juan no es un sensual a la manera pagana. Que tampoco es un sensual a la manera shakesperiana del personaje de Las Alegres Comadres de Windsor. No es un Falstaff grotesco. Es simplemente un materialista guiado por lo que dicen más inmediatamente los sentidos. Vive en plenitud de presente. Sin que la vida futura —la única eterna para el catolicismo— le inquiete ni le atraiga. Por eso, frente a las recriminaciones de Catilión —sentido moral— responde con el estribillo:

*"¡Qué largo me la liáis!"*

El castigo del pecado de la carne simbolizado en la mujer, se refleja en aquel otro estribillo repetido hasta la monotonía por Tisbea e Isabela:

*"¡Mal haya la mujer que en hombre fija!"*

Si don Juan —símbolo de la concupiscencia— no fuera castigado, el poeta hubiera vencido al teólogo. Por eso —y aquí está una de las diferencias fundamentales con el don Juan romántico— el don Juan de Tirso de Molina no se enamora ni es perdonado, en tanto que el de Zorilla se enamora y es salvado por la inocencia y el amor de doña Inés.

La moraleja teológica la exponen —como exponían en la tragedia griega— los coros, esta vez coros de voces invisibles:

*"Adviertan los que de Dios  
 Juzgan los castigos grandes,  
 Que no hay plazo que no llegue  
 Ni deuda que no se pague".*

Y en otro lugar:

*"Mientras en el mundo viva  
 No es justo que diga nadie:  
 "Qué largo me la fiáis!"  
 Siendo tan breve el cobrarse".*

Y con una grandeza trágica espantosa, el Comendador de Ulloa, repite, como para que se grave eternamente, la frase:

*"Esta es justicia de Dios:  
 Quien tal hace, que tal pague".*

De esta manera el sentido teológico, españolísimo, del drama, se explica por sí mismo: si Paulo, el ermitaño, por la desconfianza perdió el cielo, don Juan que ni confía ni desconfía sino que es indiferente a Dios y al sentido moral, no podía ser perdonado.

## DON JUAN Y DON QUIJOTE

El más grande amador, el enamorado más cabal que produjo la España del Siglo de Oro, no fué, en verdad, el audaz Burlador de Sevilla sino el bueno Alonso Quijano

cuando, tocado de locura caballeresca, salió por los campos de Montiel armado de su lanza, su espada y su fé. No es don Juan Tenorio sino don Quijote de la Mancha.

Don Juan que ni ama, ni es amado, ni aspira al amor, contrasta con el hidalgo manchego que sale a conquistar el mundo para ponerlo a los pies de la dama, combate con gigantes, recibe palos de follones y malandrines, y, cuando vence algún descomunal enemigo, le impone como rescate que vaya a dar sus nuevas a la hermosa Dulcinea.

Don Quijote es el enamorado que quiere conquistar gloria y fama, por grandes que sean los sufrimientos, para ser digno de la amada. La esencia del amor, lo que singulariza el fenómeno amoroso, es esa generosa vocación de darse entero al objeto amado. Don Quijote que pone el pensamiento en Dulcinea cuando el destino le depara aventura en que ha de ganar fama, que piensa en ella mientras vela sus armas y pasa vigiliias razonando de amores en coloquio ideal, es el enamorado para quien el amor pone un tupido velo de ilusión sobre las cosas.

El hecho de que don Quijote no hubiera visto sino cuatro veces en luengos años a Aldonza Lorenzo y mantenga de por vida la fuerza intacta del amor para ella, convirtiéndola en Dulcinea, revela la hondura de ilusión de ese amor. Desprendimiento de ánimo, generosidad sin tasa, ilusión sin orillas, las del enamorado caballero que pone, en el ideal del amor, la fuente de sus grandes hazañas.

Todas las andantescas aventuras del Quijote —peleas con gigantes, acometida a ejércitos, vencimiento de grandes y descomunales peligros— son con el ánimo puesto en la señora Dulcinea, guía e inspiradora de los sublimes hechos.

No importa si, en lugar de gigantes, topa con molinos de viento o si alancea rebaños en vez de ejércitos. Lo importante es que el señor don Quijote los cree tales y si no vacila la fuerza de su brazo y de su corazón es porque se encomienda a la señora Dulcinea.

Don Miguel de Unamuno —el más grande español de los tiempos últimos, quien ha calado como nadie en el espí-

ritu quijotesco— vió bien la diferencia fundamental que va del Burlador al Amador:

“Don Quijote —dice— amó a Dulcinea con amor acabado y perfecto, con amor que no corre tras deleite egoísta y propio; entregóse a ella sin pretender que ella se le entregara. Se lanzó al mundo a conquistar gloria y laureles para luego depositarlos a los pies de su amada. Don Juan Tenorio habríase dedicado a rendirla con la mira de poseerla y de saciar en ella su apetito; no más que por amor de gozarla y pregonarlo; don Quijote, no. Don Quijote no se fué de galán al Toboso a enamorarla, sino que se echó al mundo a conquistarlo para ella”.

Tal es, en efecto, la diferencia. Don Juan nada daría — ni un solo momento de su vida— por esa dulce gloria de amar a una mujer. Don Quijote da su vida entera a la dama sus pensamientos, sin apetito de poseerla sino con afán ilimitado de amarla. Entre el Burlador que humilla a la mujer y el enamorado que se consagra a ella, hay una antítesis. El real amador es el flaco don Quijote antes que el gallardo don Juan.

Existe en el amor perseverante del Quijote un rasgo de acentuada varonilidad: el hombre entero es el capaz de dar la vida por la mujer amada, arrostrar por ella peligros, desafiar al mundo. El famoso caballero don Suero de Quiñóncz, que tiene en esto algo de quijotesco, se echó una argolla al cuello y, para desagraviar a su dama, puso cartel de desafío a todos los caballeros del mundo: el Paso Honroso es un acto de masculinidad plena. Don Manuel Ponce de León lanzándose a recoger el guante de la dama en la jaula de los leones, es otro ejemplo de amor gallardamente masculino.

El perfecto amante no es el huidizo cobarde que tiene listas las yeguas para fugar en la madrugada y usa la ajena capa para burlar a la ajena amada como lo hace don Juan. Es el capaz de grandes hazañas e inverosímiles aventuras para honrar a la amada.

El hombre es más hombre —en relación al amor— mientras mayor es su capacidad de protección a la mujer amada, mientras más fuerte y gallarda en su lucha para conquistar su amor. No conquista donjuanesca sino sometimiento admirativo por los grandes hechos que puede inspirar. Y la mujer, mientras más mujer, más ama sentise protegida por la fuerza viril del hombre amado.

Don Juan, que nada daría por amar y proteger a una mujer, que no se apasiona de alguna sino para burlarla y humillarla, agresivo y brutal, es la negación de la masculinidad amorosa en tanto que don Quijote es el amador excelso. En la pasión del Quijote se encuentran todos los rasgos más nobles del amor: perseverancia, constancia sin declinación, valor capaz de vencer todo, ánimo generoso, voluntad ilimitada de darse, fuerza poderosa de ilusión.

El hecho mismo de que Aldonza Lorenzo sea transformada en Dulcinea, sin par en hermosura, y que don Quijote no sólo lo crea así sino que quiera que todos lo crean, es cualidad amorosa de alto significado varonil. El amante llena el mundo con la ilusión del amor como don Quijote lo llena con la omnipresencia de Dulcinea. No hay momento de la existencia del amante que no se refiera al objeto amado. Las tres dimensiones del tiempo —pasado, presente, porvenir,— están para él henchidos de sentido amoroso: el pasado como recuerdo, el presente como plenitud, el futuro como esperanza.

Para don Quijote no hay reina ni princesa que pueda quebrantar su fidelidad amorosa. Se da todo, sin limitación ni reserva, a su dama. Pone en ella sus pensamientos para dar vigor al brazo esforzado cuando el peligro le asedia. Todo el mundo circundante está lleno para él de la presencia amada. Y en los momentos vacíos de la lucha, hace penitencia por ella en las ríspidas soledades de la Sierra Morena.

Pero el amor del Quijote no es solamente voluntad de dación, energía triunfante capaz de hacerle luchar contra todo y contra todos para honra de su dama; es, también,

necesidad de que todos sepan y proclamen las excelencias de Dulcinea. La fuerza de la ilusión amorosa es tan expansiva que el amante tiene necesidad irrevocable de confesión: es tal la fuerza de la extraversion amorosa, tal la virtud comunicativa del amor, que el amante, en el momento en que se siente lleno de amor hasta los bordes como una cratera que se derrama, tiene el anhelo irrecusable de la confidencia.

Don Quijote, cuando la suerte le depara ventura y vence a sus enemigos, exige que vayan a dar cuenta a su dama de la hazaña. Quiere que todos declaren que es hermosa y sin par. La duda de los mercaderes de Toledo, hombres prácticos que quieren ver al retrato antes de confesar las altas prendas de Dulcinea, saca de quicio al hidalgo. Sansón Carrasco las hubo mal cuando, convertido en Caballero de los Espejos, fué derribando y obligado a confesar la belleza de Dulcinea.

Pero anda errado quizás don Miguel de Unamuno cuando cree que don Quijote no necesita de la correspondencia de la amada. Ciertamente que don Quijote, como caballero sin tacha, es enamorado de los castos y continentes, no gañán rijoso capaz de alentar —siquiera sea en pensamiento— contra la honestidad de su dama. Mas nadie se lanza a hazañas descomunales ni envía a los vencidos caballeros a rendir tributo de admiración a la dama de sus pensamientos si no aspirara a la dulce gloria de entrar en el corazón de la amada.

La otra calidad del amor —la necesidad de la reciprocidad— se encuentra en el ánimo de don Quijote si bien que castamente y sin despo material. En él se reúnen las dos condiciones del amante: la voluntad de dación y el anhelo —aun cuando sea remoto— de la reciprocidad, en proporciones sublimes e idealizadas.

Si don Juan es el Anti - amor, don Quijote es el super- amor: la idealización del amor hasta constituir una mística. Don Juan se consagra a humillar a la mujer en tanto

que don Quijote la convierte en la fuente de las más nobles hazañas y de los más elevados pensamientos.

El sentimiento de amor — masculino amor que vence peligros— se encuentra en la literatura española desde los tiempos más remotos: se cree que ya en el siglo V se encuentra el origen del romance de Gaiferos que aun se cantaba en tiempos del Quijote; historia de amor ésta en que el Conde don Gaiferos pasa el campo enemigo llevando en su caballo a su dama:

*"Ya cabalga Melisenda  
en un caballo alazán;  
razonando van de amores,  
de amores, que no de al;  
ni de los moros han miedo  
ni de ellos nada se dan:  
con el placer de ambos juntos  
no cesan de caminar,  
de noche por los caminos,  
de día por los jarales,  
comiendo las yerbas verdes  
y agua si pueden hallar".*

En el sentir caballeresco que informa la locura del Quijote —si hay tal locura— entró en mucho la idealización celta del amor, llevada a España por la cohorte copiosa de caballeros andantes, castos y enamorados. Pero tal sentimiento caballeresco de exaltación de la mujer entraba no sólo en la literatura sino en las costumbres del Siglo de Oro. ¿Acaso no fué ese caballero sin tacha y también sin miedo que se llamó don Francisco de Quevedo y Villegas quien dió grande herida en duelo al bellaco que, en su presencia, se atrevió a dar bofetadas a una dama desconocida?

Esta afirmación puede parecer paradójica si hemos dicho que don Juan, el humillador de mujeres y eterno burlador, es personaje españolísimo que refleja la manera de entender el amor en la católica España del siglo áureo y que representa el repudio de la mujer como símbolo de pecado. Mas no hay tal contradicción.

El catolicismo repudia a la mujer como sexo: la mujer - Carne, enemiga del hombre. Presenta al instinto como una caída y su satisfacción deja de ser inclinación natural y apetito simple para convertirse en pecado. Por eso santifica la procreación bajo sacramento de matrimonio, sin dejar de condenar todo lo que eleve el gozo de la carne a una alegría pagana. Si pudiera suprimir el placer, reduciendo la procreación a un deber protegido por un sacramento de la Iglesia, lo haría. De allí que insista en la idealización de la mujer y del amor, espiritualizándolo, quitándole todo sentido carnal, tratando de elevar entre los sentidos y el alma una especie de barrera absurda y deleznable.

En esta división está la clave que permite explicar, como representación de un mismo concepto del amor, a don Quijote el amador ideal y a don Juan el Burlador. Don Quijote representa el amor espiritualizado, sin pecado, sin carnalidad, por más que sea don Quijote el tipo del amante masculino que emprende extraordinarias aventuras por el amor de su dama; don Juan representa la rabia inconscientemente acumulada por el catolicismo contra la carne pecaminosa y por eso no ama sino que humilla sexualmente a la mujer al burlarla y dejarla sin honor. Son dos aspectos que ilustran el sentido católico español del amor en el Siglo de Oro.

Si la pecaminosidad del amor carnal, sin la tristeza que puso el catolicismo sobre el instinto genésico, sin el miedo a la tentación de la Carne ---enemiga del hombre--- encarnada en la mujer, no sería posible don Juan el Burlador; pero tampoco sería posible don Quijote, el amador casto y continente que idealiza el amor. Pues don Juan al sentir la fobia teologal de la Carne, procura escarnecerla en la mujer; don Quijote, al idealizar a la mujer, la despoja de todo sentido carnal, haciendo del amor una mística de la andante caballería.

Entre el Anti - amor de don Juan y el Super - amor del Quijote, cabe ciertamente el simple amor, la alegría de compartir la ilusión y de hacer de la entrega amorosa una fuente

to de gozo que no se avergüenza de serlo sino que considera el cuerpo —la Carne— como un maravilloso instrumento de la naturaleza y entiende la atracción sexual como una fuerza cósmica, que madura la miel dorada de la fruta, hace nacer el canto con alas de los pájaros, la música áspera de los élitros, el grito triunfal de la fiera en celo, la sinfonía del bosque, y produce en el hombre esa infinitud de ilusión, esa fuerza sin limitación, que lo hace capaz de las hazañas grandiosas, de los esforzados trabajos y de los éxtasis sublimes.

Ya el Arcipreste, sensual y realista, había expresado con vigor esa virtualidad del amor como fuerza determinante de la actividad humana:

*"Como dijo Aristóteles, cosa es verdadera:  
El mundo por dos cosas trabaja: la primera  
por aver manteneñcia; la otra cosa era  
por aver juntamiento con fembra plaserera".*

El amor, desprovisto del ropaje triste que puso sobre él la idea del pecado carnal, es integralidad, afán de dación, voluntad de entrega y de reciprocidad, fuente de acción ennobecedora, infinitud de ilusión. Convertido en "pecado", no tuvo sino dos caminos: el rencoroso camino del Burlador que busca vengarse de la carne en la mujer o el camino ideal, la ruta del Quijote que ama a Dulcinea sin que ella lo sepa, la sublimiza, la despoja de toda carnalidad. El Siglo de Oro español, dominado por la idea teológica de la caída del hombre y del pecado de la carne, pudo producir, al mismo tiempo, a don Juan y a don Quijote.

Carlos Reyles, en su prólogo a la edición sudamericana del don Juan de Byron, expresa un paralelismo de ambos personajes, si bien su tipo de don Juan es el de seductor atractivo, sensual y erótico, que despierta una pasión sensual también y un erotismo colindante en masoquismo, en las mujeres que le aman.

"Ha querido el destino —dice— que los polos opuestos del enamorado los encarnen los dos tipos literarios más cum-

breros y ahitos de sentido de la literatura castellana: don Quijote y don Juan. Aunque antípodas, son producto de la misma tierra; son nacidos, y no podía por ser menos de ser así, en la España monástica, caballeresca, aventurera y conquistadora de la de los siglos XV, XVI, y XVII. El mozo calvatrueno de la voluptuosa Sevilla es el contrapunto del casto caballero de la ascética Castilla. Aquel simboliza, entre otras cosas, los ímpetus y las intemperancias del amor de los sentidos; el Caballero de la Triste Figura, el amor ideal, desinteresado, limpio de apetencias carnales. Don Juan engaña, burla, viola, hace víctimas, es el seductor delirante; su ansia de vivir a toda vela no se para en barras no reconoce respetos humanos ni divinos pero atrae, hechiza, sabe verter en los oídos los misteriosos filtros que adormecen la voluntad; sabe hacer sonar los violines de Hungría, ofrece deleites y, por eso, aunque dominado, tiene un altar en el corazón de cada mujer. Don Quijote no hace sufrir, sufre él; no causa tormentos, los padece o quiere padecerlos; convierte a la burda aldeana Aldonza Lorenzo en la fina y sin par Dulcinea, y vive, pelea, conquista gloria para ella; constituye el arquetipo del amante rendido y fiel, todo caballerosidad, delicadeza, elevación, pero su magrura y desgarbo no ofrecen tentaciones ni deleites; no encanta, no crucifica, sino que, verdadero Cristo del Amor, se crucifica él".

Ciertamente que el Quijote es ese Cristo del amor. Pero don Juan está muy lejos de ser el seductor amado, al menos el don Juan de Tirso de Molina que es el auténtico don Juan. Lo que ocurre es que, siendo un arquetipo, cada uno encuentra en don Juan —lo que se llama ser un don Juan o poseer el arte del donjuanismo— algo que quisiera tener en sí: enloquecer doncellas, hacer morir de amor a las mujeres, poscerlas y dejarlas. Cada hombre envidia o ama a don Juan —el de las barriadas y los cafés— porque cree ver en él algo de una potencia de la que carece o de la que cree estar henchido. Quisiera hacer morir de amor a mu-

jeers innumerables —las mil y tres del don Juan romántico— pasando desdeñoso sobre el amor que se inspira.

Pero don Juan es distinto del donjuanismo. No sólo distinto, sino contrario. Don Juan ni ama ni es amado. Es frío como un símbolo. En tanto que el donjuanismo es aspiración de ser amado por todas las mujeres, lo que Marañón ha clasificado como un estado sexual más colindante con la feminidad que con la austera varonilidad diferenciada.

Sin embargo, aun el donjuanismo nace de la concepción católica de la vida amorosa. La coacción ejercitada en el hombre para que aparte sus ojos de la mujer - tentación, insurge contra las represiones y conduce al donjuanismo que es cacería del amor no sentimiento vivo y ardiente pasión. El donjuanismo es casi siempre reacción contra el amor que toma la forma de un ilimitado deseo de hacer sufrir, de ser amado sin amar, de poscer sin pasión.

El hombre cabal puede amar a muchas mujeres —sentir pasión, apetito, infinitud— pero en todo caso siempre el amar da algo de sí, pone ilusión y afán de entrega. El donjuanismo —aun siendo distinto de lo que encarnó don Juan— tiene algo de común con el personaje teologal: no ama, no da nada de sí, no pone ilusión sino que es una caza vedada, del amor por vanidad, por egoísmo o por hábito.

JULIO ENDARA.

## Caldas y Espejo

### O EL ANSIA DE LA SABIDURIA

*Conferencia leída en el aula  
máxima de la Facultad de  
Derecho de la Universidad  
Nacional de Bogotá el 13 de  
Octubre de 1944.*

Señores y Señoras :

Casi todos los hombres de estudio que visitan los Estados Unidos de Norte América, recuerdan cómo muchos espíritus cultos de la gran nación sajona, en su empeño por robustecer las bases—y hasta crearlas—de la tradición, reverencian y exaltan, con fervor verdaderamente religioso, todo aquello que en alguna forma puede favorecerlas. En determinados casos, es cierto, tal empeño pudiera ser comparado al del **snob** que dedica buena parte de su holgura

*Casa de la Cultura — 6*

económica a la elaboración y explotación de árboles genealógicos destinados a lucir en el salón de recepciones. Pero también es cierto que el culto de la tradición y de lo tradicional no siempre obedece a tan frívolos impulsos. Porque lo legítimo es que cuando la mayoría sobreviene, en hombres o en pueblos, ella no aparece equilibrada y apta para la lucha del porvenir si el espíritu no se encuentra animado de cierto sentimiento de seguridad, de ese sentimiento que sólo puede madurar gracias a las raíces incrustadas en el pretérito.

Y es que el respeto por lo actual, y aún más, el respeto por la propia personalidad, no toma cuerpo ni adquiere firmeza, sino cuando traduce la disposición de cumplir con los deberes que imponen todos aquellos esfuerzos y luchas que llevaron a cabo nuestros antepasados, en su afán de asegurarnos un porvenir venturoso. Cultivar la tradición, por ende, significa el cumplimiento de obligaciones impuestas por la gravedad de los tiempos idos; significa la comprensión y la utilización de la experiencia; significa el reconocimiento de las escasas posibilidades de que una generación aislada puede disponer y, por lo mismo, la necesidad de que, apreciando con modestia la calidad y capacidad de ella, los avances hacia el porvenir conserven cierto ritmo, cierta mesura, como fatalmente tiene que conservarlos el hombre que sube una escalera o transita por la calle. Sin saberlo, está desarrollando un automatismo de los más complejos, que, para llegar a la actual perfección, ha necesitado que centenares de generaciones escalonadas en el tiempo vayan logrando el ritmo interior y la armonía indispensables para actuar en un ambiente determinado.

El respeto y el culto del pasado vienen a ser así los resortes más seguros del progreso, porque la mentalidad de cada nueva generación siente que se encuentra en el caso de llevar a cabo lo que en épocas pasadas no fué posible lograr; porque sólo así se entienden los deberes del hombre como elemento vivo y útil de un conglomerado social. Sólo así el hombre del presente puede ser un elemento ca-

paz de contribuir al establecimiento de las nuevas formas de la cultura.

Se vé claro que semejante concepción se contraponen por entero a la pesimista estimación de los vencidos que, para dar una razón de su impotencia, entre suspiros, exclaman : "Cualquier tiempo pasado fué mejor". A medida que los lustros se suceden la humanidad multiplica sus exigencias y al mismo tiempo tiene conciencia, en carne viva, de que las soluciones conocidas no puede aplacarlas sino en parte. Se imponen nuevos procedimientos, nuevos sistemas, nuevas interpretaciones, porque de otra manera la angustia humana deja de ser una vibración emotiva de tono menor para convertirse en la fragua de una gran tragedia.

El culto de la tradición, no es materia, ni mucho menos, de uso exclusivo de los que nacieron quietos, mansos, tranquilos, como hechos para el muelle descanso de las piezas de un museo, sino más bien para los que la toman como punto de reparo para establecer proyecciones distantes dentro del futuro; para los espíritus no conformistas que experimentan la necesidad de progresar; para los que, sabiendo que el mundo no se conoce recorriendo un camino circular, se lanzan valientemente a campo traviesa; para los que sienten la vida como un deber sagrado; para los que están seguros de que el espíritu humano guarda posibilidades infinitas que tienen que convertirse en hechos (amassados con el paso de los tiempos); y, por fin, para los que, en el empeño de ahogar el temor que inspira todo el futuro, aprovechan del conocimiento de lo preférito y se aprestan para empresas de mayor envergadura.

Pero concretemos nuestro pensamiento en algo más real y conocido. Todos los días el conferencista, el periodista, el profesor, el político, etc., siempre que se refieren al cultivo de cualquier disciplina científica, sobre todo en nuestra América, destacan el hecho de que la cultura de nuestros países, si bien frondosa en expresiones y creaciones literarias, se encuentra todavía en un situación de balbuceo en cuanto investigaciones y conquistas científicas.

Anótase con especial acentuación la diferencia que hay entre el ambiente europeo o norteamericano y el latinoamericano; mientras aquel, desde hace siglos elabora cuanto pudiera ser estructura original y el segundo organiza empresas de gran vuelo, el último se muestra no sólo parco en aspiraciones y frutos sino, lo que es peor, parece no poseer todavía aptitud sino para la imitación o la reproducción, todo ello sin verdadero aliento creador.

Tanto se ha insistido en estas afirmaciones que seguramente más del noventa por ciento de los que comentan acerca de la cantidad y calidad de la producción científica en nuestra América, se conforman con aquella estereotipia verbal y no sólo que menosprecian el presente —que ya dá frutos de indiscutible jugosidad— sino que, en un intento de interpretación de dicho fenómeno, acusan a las generaciones desaparecidas, calificándolas de estériles o incapaces. Así, al referirse a la época colonial anotan las trivialidades políticas o económicas y borran con un plumazo autoritario todo lo que fué afán científico, reconociendo a veces que, si algo de ello hubo en aquellos tiempos, fué de proapia europea.

No es el momento de hacer un esfuerzo de memoria ni de citar unas cuantas decenas de nombres que indiscutiblemente iniciaron en los tiempos coloniales una seria y bien fundada actividad científica. Basta por hoy recordar a dos mentalidades geniales, cuya obra y cuyos afanes bastarían para enorgullecer a un continente. Y si los preferimos a éstos, entre muchos, es por la circunstancia especialísima de tratarse de dos ingenios típicamente grancolombianos; ambos sabios, ambos mártires, ambos patriotas, ambos autores de obras que todavía parecen estar en espera de una más cabal valoración.

Y vamos a recordarlos nó con el propósito de estudiar sus producciones ni de justipreciar su valor dentro de las respectivas especialidades; tampoco con el de esbozar su biografía, sino más bien con la intención de evocar la tragedia

íntima de estos espíritus en cierto modo ahogados por las condiciones sociales de los tiempos que vivieron.

No será posible, desde luego, para lograr nuestro deseo, tentar un ensayo de psicología profunda, porque ni el tiempo de que disponemos ni la oportunidad se prestan para ello. Pero, en cambio, interesa destacar el valor que la vida y obra de estos espíritus deben tener en el acervo de nuestras tradiciones y lo que ellos representan para todos los que, en la actualidad, disponiendo de medios y facilidades, se dedican a laborar en el campo de la ciencia. En otras palabras, si se nos ocurre recordar ahora los nombres de Caldas y Espejo es porque sus inquietudes y sufrimientos, sus afanes y aspiraciones, constituyen algo de lo más importante entre nuestros valores tradicionales. Evocando sus empeños, apreciando ahora sus sacrificios, nos convenceremos de varias cosas: de que el genio latino, enraizado en nuestro continente, de ninguna manera fué inapto para la investigación científica, ni aún en las horas más crueles de su vida, es decir en aquellas en que los mejores afanes los dedicaron a la campaña emancipadora; de que Caldas y Espejo aparecen en momentos de neblina intelectual y luego de fragor y sangre, y sin embargo lucen como luminarias purísimas, legítimamente comparables a aquellas que adornaron los mejores tiempos del renacimiento; de que su recuerdo más sistemático y comprensivo tiene que valer en la actualidad tanto como los mejores estímulos destinados a avivar las impacencias de los que, contando con capacidades adecuadas, se dedican a tales o cuales tareas de carácter científico; y, por fin, de que su memoria es el mentís más rotundo a todos los que procediendo de ligeros se atreven a calificar de mediocre, científicamente hablando, a la época en que se gestara la organización de nuestras nacionalidades.

Francisco José de Caldas, niño tímido y curioso, advierte muy pronto que las disciplinas de los planteles educacionales que frecuentara no eran medios capaces de satisfacer las aspiraciones del que había nacido con arrestos de

explorador de mundos ignorados, gracias a la genial contextura de su intelecto. La escolástica y el verbalismo lo atosigan; adivina que la instrucción no puede llevarse a cabo con máximas y repeticiones de tratadistas petulantes; intuye que la búsqueda de la verdad tiene que hacerse dedicándose al esfuerzo heroico de arrancar los secretos a la naturaleza, utilizando los métodos más primitivos, adivinando procedimientos, fabricando instrumentos con materiales toscos o inapropiados. Sediento de saber, relega las aspiraciones paternas porque siente que su misión en el mundo no es la corriente de buscarse el sustento, sino la de ascender a esferas donde la gimnasia intelectual le descubrirá secretos reservados sólo para las muestras más calificadas de la especie humana.

Un maestro tinoso lo inicia en el estudio de la filosofía a través de cierta fundamentación físico-matemática. Hélo aquí livianamente preparado para iniciarse en la especulación astronómica—mecánica celeste—. Y tan pronto como el telescopio primitivo le revela secretos de las esferas distantes, vuelve los ojos a la propia tierra, sorprende como una novedad el panorama ecuatoriano y se dedica a los estudios botánicos, geográficos, arquitectónicos, buscando en todo momento las leyes que regulan la armonía de la naturaleza, unas veces muy distante y otras, muy cercana. En lo sucesivo, este espíritu curioso y al parecer un tanto vacilante irá afirmando sus conocimientos teóricos y luego aplicándolos a la realidad, en innúmeras manifestaciones, porque está convencido de que el progreso de las ciencias no tiene sólo un interés teórico, sino que, conforme es mayor, más útil será para el país al proporcionar la solución de sus problemas. Pero antes era necesario saber, era indispensable adquirir un dominio técnico suficiente que le permitiera juzgar en su justo valor los fenómenos de la naturaleza; era indispensable que la conquista de la sabiduría —que ya la adivinaba árdua y gradual— se afirmara o posibilitara mediante el concurso de maestros expertos.

Caldas sintió muy pronto que su intelecto poseía las dotes suficientes para iniciarse en disciplinas tan difíciles como obscuras; experimentó una como llamada interior —aquellos que la psicología moderna conoce con el nombre de “vivencia”— que le advertía los deberes que había contraído al aparecer en el ancho mundo; y supo, dando forma concreta a sus aspiraciones y deberes, que estaba predestinado a la sabiduría. Nada de artificial había en aquella orientación; ningún egolamamiento en su actitud. Caldas nació para sabio y lo percibió plenamente, así como otros nacen para poetas, para militares o vagabundos.

Sentimiento natural y fluyente; ansia de maduración; satisfacción de cuanto pudiera aspirar en la vida; y si se quiere, fatalismo contra el cual ninguna fuerza espiritual ni material podía organizar obstáculos; esa era la necesidad de sabiduría, centro y núcleo de la personalidad ideofectiva de Caldas. El mismo lo decía: “Este amor a la sabiduría, esta insaciable sed de saber ha llegado en mí a tal punto, que ya se equivoca con el furor y con la desesperación; jamás había sabido mi corazón que era el desco del oro y de la plata, hasta que he sentido su necesidad para ser sabio”. Carta 15 a S. Arroyo. 1802.

Se inicia así lo que pudiera llamarse la tragedia de la sabiduría, que luego va a cubrir toda la vida del sabio panyanés.

En primer lugar encuentra serias dificultades para ponerse en estrecho contacto con Humboldt, el astro luminoso cuyos resplandores se derramaban por todo el universo. Caldas, con sus ansias de saber y de explorar, había sublimado todas sus apetencias intelectuales y emotivas en el empeño científico. Para él no podía concebirse la vida sino en cuanto ella pudiera satisfacer, y por la vía más corta, sus exigencias de sapiencia. No se imaginaba que al lado de la tarea sistemática y austera que constituye el estudio hay el existir social, colmado de frivolidades al parecer sin importancia, pero que al cabo animan y ahorran un gasto excesivo de energías cuando llegan a dorar las asperezas del

humano existir. Caldas estaba convencido de que el único comportamiento compatible con la sabiduría era el de una máxima austeridad; estaba seguro de que la especulación científica de hecho cubría, hasta ahogarla, toda manifestación viviente que no representara un aporte positivo y claro al progreso de los conocimientos. Convencido de la absoluta verdad de su criterio, imaginaba que aparte de la indiscutible calidad científica del Barón de Humboldt, sus condiciones morales y sociales armonizarían totalmente con aquella. Y más convencido estuvo de ello cuando el coloso de la lejana Germania conoció sus trabajos y sin ocultar su sorpresa y admiración, le dedicó el elogio más cordial y entusiasta: "Es sorprendente que este joven americano se haya elevado hasta las más delicadas observaciones de la astronomía por sí mismo y con unos instrumentos fabricados por sus manos". Carta 46.

Sabiéndose tan bien conceptuado, nuestro joven sabio imaginaba con todos los visos de una cercana realidad cuán íntimo iba a ser su contacto con Humboldt. Y así, en cuanto se realiza su personal conocimiento del Barón, se dirige a Mutis para decirle: "La llegada del señor Barón de Humboldt a esta ciudad ha hecho que mi alma se inflame de nuevo en el más vivo reconocimiento por usted. Este sabio viajero me ha dado expresivas memorias, me ha dicho el aprecio que ha hecho Ud. de mis pequeñas producciones. Yo no soy capaz de dar a usted una idea justa de lo que ha pasado y de lo que actualmente siente mi corazón. Mi amor y mi gratitud para con Ud. ha llegado a un grato tan eminente que ya no son capaces de ningún aumento. Sería yo un ingrato si no lo hiciera así presente al sabio, al generoso Mutis. Yo no tengo otras riquezas que un corazón sensible y agradecido, y ésto que poseo, ésto pongo en manos de mi benefactor". Carta 46.

Como muestra de su capacidad admirativa por la ciencia, que la venera mayormente y la palpa cuando toma la forma humana, recordemos unos párrafos de otra carta a Mutis:

“Qué grande es Mutis! Que no tenga en mis manos todas las coronas del universo para acumularlas sobre su cabeza! Mi corazón está agitado; yo no como, yo no duermo; en todos los momentos se presenta a mi imaginación Mutis, el sabio, el virtuoso Mutis. Ya es pequeño mi corazón para amar a hombre tan grande. Quién pudiera ir de nación en nación a publicar una generosidad de que no tenemos ejemplos en la historia? Ilustre sabio: recibe estas cláusulas concebidas en los transportes de mi alma conmovida, como la efusión de un corazón tiernamente agradecido. Padre mío: sí, lo repito; padre mío, acabo de recibir de vuestra mano beneficios dignos del padre más amante y tierno. Ya no puedo decir que no tengo protectores. Si no soy sabio; si no sostengo con honor la gloria del hombre único que tiene la nación, no tengo de qué quejarme; toda la culpa se imputará a mi pereza”. Carta 53.

Luego viene el momento cumbre en que Caldas se sabe entusiastamente recomendado por Mutis al Barón de Humboldt: “Ah día 3 de abril de 1802! Te borrarás alguna vez de mi memoria? Este día, día glorioso y terrible hará época en mi vida. A las dos de la tarde se aparece en mi casa un criado del Barón de Humboldt, me entrega un pliego, conozco la letra del ilustre Mutis, mi corazón se conmueve, abro, veo este nombre: J. C. Mutis, mis lágrimas asoman, no puedo contenerme, beso esta firma respetable, leo, cielo santo! Sólo tú eres testigo de lo que pasó en mi alma; mis ojos se anegan; mi garganta se anuda; corro como loco; no hallo un amigo a quien dar parte de mi felicidad y con quien disipar una parte del fuego que me abrasa; voy a casa de Humboldt, no le hallo; vuelvo a la mía; no atino, no puedo fijarme en nada; todo es amar a Mutis, todo es admirar su generosidad. Qué cúmulo de ideas se me presentan! Qué gloriosos trabajos los que voy a emprender! Hé aquí al mortal más feliz”. Carta 53.

Establecido el contacto con la figura gloriosa de Humboldt, éste, que llega de las cortes europeas, que es un contertulio de reyes y príncipes, que gusta y saborea el boato

palaciego, que aparte de sabio es "bon vivreur", ante la perspectiva de viajar por tierras extrañas e inhóspitas, en su empeño por describir la contextura del mundo americano entonces casi incógnito para la Universidades y Academias del viejo continente y puesto a escoger compañeros para sus andanzas, experimenta cierto recelo ante la excesiva severidad de Caldas; encuentra que éste sería un admirable colaborador de sus afanes netamente científicos pero que le resultará un mediocre amigo cuando de saborear los placeres se trate. Y entonces esquivo su compañía, prefiriendo a otro amigo más campechano y sabidor del goce del vivir. Grave momento para el joven payanés; grave crisis para su vida; serio fracaso para sus aspiraciones; tremendo dolor que amenaza con desorganizar sus reservas morales. Oigámosle relatar su coloquio con Humboldt:

"La fuerza de la verdad le oprime y me dice: mi amigo, yo he mentido a usted; el señor Mutis me habla a la larga del asunto; pero yo, que he resuelto viajar solo, no quería dar a Ud. esta pesadumbre. Qué rayo, qué golpe sufre mi corazón. Del colmo de mi gloria, en un momento paso a la melancolía más profunda y a la desesperación. Qué reflexiones tan espantosas me oprimen! Todo el vasto edificio de mis proyectos se desploma; todo desaparece como el humo. Qué contraste el que se presenta a mi imaginación. Mutis, celoso, amante de las ciencias, abre sus tesoros. Humboldt, amante de un desembarazo pueril, le oprime el modesto equipaje de Caldas, le parece complicado el aparato de una persona más". Carta 53.

Y luego: "El carácter de Humboldt y el de Caldas son muy diferentes. El primero tiene una viveza que ya toca en la inquietud, locuaz, amante de la diversión y de la sociedad; el segundo, con un fondo de actividad, conserva un cierto grado de lentitud en sus operaciones, taciturno, de una vida un poco austera y amante del retiro; su semblante frecuentemente tranquilo; rara vez risueño, no salta, no canta, no corre, no lucha. Este es el origen, diga lo que quiera el Barón de Humboldt, de su negativa; así lo

dijo a un amigo. Si no es así, de dónde la estrechez, las satisfacciones con unos jóvenes que no saben sumar, que no conocen un ángulo? La amistad más viva, el amor más verdadero no pueden igualar al que el Barón ha manifestado en Quito con esta especie de gentes. Este es un hecho público y de que darán testimonio todos sus habitantes; es joven, es extranjero, no es inglés. Una conducta severa y tranquila no es del gusto del Barón. Bien pronto conocí que el modo de agradarle era hablar, reír, correr. Pero yo no puedo contrahacer mi carácter: paso antes por disgustar al Barón". C. 53—149.

Sigue el comentario dolorido: "Esta pasión de saber, sin los medios de conseguirlo, es mi cruz y mi suplicio; entro en furor que se equivoca con la desesperación. Por qué me ha dado la naturaleza este amor a la sabiduría, si me había de privar de los medios de conseguirla?". C. 53—151.

"Qué diferente es la conducta que el señor Barón ha llevado en Santafé y Popayán de la que lleva en Quito! En las dos primeras ciudades fué digna de un sabio; en la última, es digna de un hombre ordinario. El aire de Quito está envenenado; no se respiran sino placcres; los precipicios, los escollos de la virtud se multiplican y se puede creer que el templo de Venus se ha trasladado de Chipre a esta ciudad. Entra el señor Barón en esta Babilonia, contrae por su desgracia amistad con unos jóvenes obscenos, disolutos; lo arrastran a las casas en que reina el amor impuro; se apodera esta pasión vorgonzosa de su corazón, y ciega a este sabio joven hasta un punto que no se puede creer. Este es Telémaco en la isla de Calipso. Los trabajos matemáticos se entibian, no se visitan las pirámides, y cuando el amor a la gloria reanima a este viajero, quiere mezclar sus debilidades con las sublimes funciones de las ciencias; mide una base en las llanuras de Quito, aquí viene el objeto de sus amores o el cómplice de sus fragilidades. A veces compadezco a este joven, a veces me irrito". págs. 153—154. C. 54.

Sin embargo, este mismo Humboldt, al otro lado del mar, era objeto de este comentario de Goethe, por boca de Eckerman: (1826): "Qué hombre! Hace mucho tiempo que le conozco, y sin embargo, lo nuevo en él me causa asombro. Puede afirmar que en conocimientos y en sabiduría viva no hay quién le iguale; tiene, por añadidura, una variedad como nunca he encontrado. Dondequiera que se le lleve, se siente en terreno propio, y nos abruma con los tesoros de su talento. Es como una fuente de numerosos caños en la que todos beben, y que, aún así, sigue fluyendo rápida e inagotable. Aquí estará unos días, que valdrán para mí como años enteros". "Humboldt, el Monstruo heráldico del Orinoco". M. Sánchez Sarto. Cuadernos Americanos. 3. 1942. Págs. 142, refer. citada.

Pasó el tiempo. Caldas se dedicó con el mayor empeño a la expedición botánica a la que lo incorporara Mutis y, cicatrizadas las heridas, hacia reiteradamente y con todo entusiasmo y nobleza, referencias a cuanto aprendiera de Humboldt, a lo que éste significaba para el conocimiento del mundo americano, y pese a la positiva ingratitud del germano, en todo momento proclamó la grandeza de este genio arrebataado pero con vigor casi sobrehumano.

Diferencias de temperamento y diferencias de educación; no requieren mayor atisbo psicológico para explicarlas. Lo interesante de ellas consiste en que a lo largo de las relaciones —si bien distantes en el espacio— entre Humboldt y Caldas, se advierte una constante interdependencia, una admiración mutua y, sobre todo, el calor de la llama de la sabiduría que si en Caldas parecía localizarse exclusivamente en el cerebro, en Humboldt, naturaleza impetuosa en su intimidad y en su comportamiento, avivaba hasta las cercanías ambientes, permitiéndole gozar con voluptuosidad de los encantos que nada significaban para el mártir de la sabiduría que era Caldas.

No está por demás recordar aquella circunstancia de su matrimonio que el azar quiso que fuera feliz, pero que pudo perfectamente ser el comienzo de una tragedia. Un

ría incorporó Caldas a las preocupaciones de su mentalidad la exigencia del instinto que le pedía establecer relaciones afectivas con el otro sexo; y acaso, pensando que si él no obtenía la realización de sus anhelos, podía ser posible que la lograrian sus descendientes. Y así encargó a un amigo de su confianza la tarea de encontrarle una esposa. Logró su propósito, y su compañera, que la suerte le brindó noble, afectuosa y comprensiva, representó su mayor consuelo en las horas de la tragedia política, cuando la causa de la libertad lo llevó hasta el cadalso.

Exagerando la nota romántica, dirige estas líneas a la que pronto había de ser su esposa: "Usted me ha costado mucho. Cuántas dudas, cuántos pasos, cuántos días de incertidumbre, de pena; para que Ud. lo sepa todo, cuántas lágrimas he derramado por Ud. Cuando imaginó Ud. que un hombre que ha mirado con la más fría indiferencia a todas las mujeres de la tierra, un hombre a quien Ud. no ha saludado, un hombre sumergido entre libros, entre instrumentos, que tiene sus ojos fijos en el cielo, que vive a cien leguas de Ud. podía derramar lágrimas copiosas por Ud. en el Observatorio de Santafé?" C. 113.

Cuánta ingenuidad, cuánta bondad y cuántas esperanzas revelan estas líneas del sabio que confiaba entonces al acaso lo que podía ser su futura felicidad o desgracia y que no era susceptible de ser apreciado con sus aparatos astronómicos ni con sus ansias de saber. Pero el hombre acertó y fué feliz; alguna compensación —aunque transitoria— para ese dilecto espíritu que no supo ahorrar sacrificio ni esfuerzo en bien del progreso humano.

Tan obsesionado estuvo siempre por su destino de hombre de ciencia que en la representación que dirigiera a Enriles, tentando despertar un acorde humano en el corazón del soldado ignaro, comienza con este gesto de franciscana humildad: "Un astrónomo desgraciado se dirige directamente a Vuestra Excelencia sin otro mérito que el saber que vuestra excelencia profesa las ciencias exactas y que conoce su importancia y mérito. Esta es una ventaja para

mí, y confiado en ella, ruego a Vuestra Excelencia presto por un momento su atención a un profesor desgraciado y afligido". C. 151. Oct. 1816.

Luego habla de sus trabajos, pormenorizando la clase y valor de sus investigaciones, afirma propósitos en enmienda, promete contribuir a la gloria de los que reclamen su esfuerzo de investigador y de sabio, con más calor del que pudieran despertar sus intereses de hombre.

Un intento pedestre de interpretación psicológica diría que a Caldas pudiera clasificársele entre los esquizoides anestésicos, anotando todas las circunstancias referidas como pruebas de despego por lo que es verdaderamente humano y animado; o talvez se lo describiría como uno de esos obsesos para quienes lo que importa es satisfacer su egotismo, multiplicando las satisfacciones que alimentan la vanidad de cada uno —en este caso se diría "la necesidad de saber"—; se pensaría talvez en la necesidad de balancear o relacionar las exigencias de la sabiduría con los deberes que impone el patriotismo, cuando éste encuentra el caso y la circunstancia propicia para demostrarse; por fin, algunos insistirían sobre su timidez, achacando a cobardía su expreso arrepentimiento de haber tomado parte en la insurrección contra la corona de España. Pero nadie, que yo sepa, se ha atrevido ni se atreverá a una tentativa de psicología retrospectiva que pudiera venir en perjuicio de la personalidad de Caldas. Y no creo que tal ocurra porque a poco que se medite en la verdadera significación de sus gestos y de sus palabras —ya que nó de sus obras—, que implicaban un gran esfuerzo material e intelectual, acabará por convencerse de que la heroicidad de Caldas, defendiendo la alteza del saber en una época en que los valores morales e intelectuales eran mediocremente cotizados, coloca al genio en un nivel hasta el que no pueden alcanzar las interpretaciones bastardas.

La vida de Caldas, contrastada con los valores guerreros de la gesta heroica, viene a destacarse con singular brillo. Tuvo su pasión, su gran pasión: la ciencia, este algo

a veces impalpable, porque en parte es materia sensible y en parte aspiración y ensueño. Qué podría decirse, cómo podría comentarse esa adherencia del payanés apasionado que desde los primeros albores de su madurez intelectual hasta las horas aciagas de la ejecución, no quiso ni pudo ocultar que las altas disciplinas científicas eran el más rico patrimonio del hombre, eran su distintivo de dignidad y de capacidad, eran la posible solución de mil conflictos que hacen desgraciados a los hombres? Por eso Caldas debió parecer a mucha gente de su tiempo como una personalidad insensible y hasta intransigente. Pudo exagerar la crítica, como cuando comentaba el ambiente material y moral de Quito, pero todo ello le salía del alma, en su fervor incontrolable porque las cosas fuesen perfectas y las gentes dotadas de una recia complejión moral. Se necesitaba—y se necesita aún ahora—una valentía sin par, como la tuvo Caldas, para llevar la crítica hasta el extremo de censurar aquello que más se quiere. Ya hemos recordado no sólo la admiración sino la devoción y el amor de Caldas para Humboldt, y sin embargo, ellos no obstaron para que siempre que anotara en él un defecto lo denunciara y criticara, creyendo que si las cosas hubieran sido de otra manera, los momentos de jolgorio del sabio germano habrían sido más fructíferos. Entonces y ahora tal actitud es en verdad intransigente; pero si ahondamos un poco, contemplemos con emoción, pese al transcurso de los años, la llama misma del genio, que no quiere ni puede ajustarse al cartabón de lo corriente, porque invade como ciclón las sitios por donde atraviesa. Este es el sentido heroico de la vida de Caldas. El haber querido y haber logrado ser un sabio, cuando el clima espiritual y material no eran los más propicios; el haber trabajado con tesón sin igual y el haber obtenido frutos que, aparte de su valor intrínseco, constituyen un ejemplo de selección para las generaciones presentes y futuras.

Colombia, país que entre sus méritos lo tiene en alto grado el de ser sensible, inteligentemente, a los valores

de la tradición, debe sentirse orgullosa de cultivar como cultiva el recuerdo de Caldas. Pero hace falta que dentro y fuera de este país, en todo el ámbito americano y preferentemente en el grancolombiano, se conozcan mejor la vida y milagros de este sabio modesto, para que sirvan de estímulo a las generaciones que se suceden y que aún le temen a la actividad científica, creyendo que ella sólo puede llevarse a cabo donde y cuando hay grandes facilidades materiales. Es posible que esta vida ejemplar pueda alentar algunas vocaciones; es probable que el conocimiento de ella sirva para templar caracteres vacilantes o aún sofocar crisis que pudieran venir en perjuicio de nuestra cultura. Y es un deber de los hombres que piensan y meditan, atentos al progreso de nuestras nacionalidades, velar por la conservación de estos grandes monumentos de la latinidad y en cuyo esfuerzo se constata el comienzo del afán científico en nuestro continente.

Haciendo **pendant** con la figura excelsa de Caldas lucen Quito y la ciencia americana otra de sus mentalidades geniales: la del doctor Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo.

Aunque el primero se dedicara a la astronomía, a la botánica, a la geografía, a la ingeniería, sus afanes, sus dolores y sus esperanzas son similares. Espejo, igual que Caldas, casi sin maestros, se inicia en el conocimiento de la medicina en aquellas épocas en que su ejercicio estaba reservado a pocos porque socialmente era una profesión de menor cuantía. Luchador, esforzado, andaba, lo mismo que el payanés, a caza de libros, a caza de experiencias, para elaborar una orientación que le permitiera navegar *por el mar sin confines que es la salud humana*. Se inicia al lado de los empíricos para luego, sistematizadas sus lecturas y su práctica, renegar de ellos porque no demostraban afanes de progreso. Tienen el más alto concepto de la medicina como ciencia y como factor esencial de sociabilidad. Por eso, sus "Reflexiones médicas sobre la vida de Quito", y a propósito de una famosa epidemia de viruelas,

dice : "Por más que muchos escritores hayan desacreditado el Arte Médico, y que hayan extendido sus invectivas hasta los mismos Profesores; no es de dudar que el arte es saludable y necesario a la Humanidad; que el médico bueno es el don instimable que hace el cielo al lugar donde lo quiere poner. Si éste es malo, no hay peste tan devorante que se la parezca, ni contagio más venenoso a quien se lo pueda comparar." Pág. 137.

Qué condiciones, según Espejo, debe llenar la persona que se dedique a su estudio y ejercicio? Como principales, éstas: vocación, disposición previa de buenos talentos, educación tanto en el sentido de cultura como de delicadeza para el contacto humano; elocuencia, preparación matemática, física, botánica, dominio de lenguas, etc.; y luego, coronándolas, una buena práctica hospitalaria. Ahora estas exigencias podrían acaso parecer triviales, pero tengamos presente que Espejo hablaba en el Quito de 1875. La impresión será más fresca si escucháis algunos otros párrafos referentes a ello:

"A los talentos se sigue la educación. Por más excelentes que sean las potencias animales de algún gran genio, es preciso que ellas sean cultivadas, pulidas y amoldadas por la enseñanza. De ordinario son más perniciosos a la sociedad los buenos talentos sin doctrina, que las almas de plomo en su natural inercia. En parte de la educación debe entrar el conocimiento de las lenguas griega, latina y francesa, porque las obras médicas que son indispensablemente necesarias están en estos idiomas. Cuánta complacencia y utilidad no sacará el estudiante de leer a Hipócrates en su original? No hablo de las lenguas orientales en las que escribieron los Averroes, Avicenas, Mesues, Razes y otros muchos que formaron una época muy distinta en las edades de la medicina, porque quiero limitarme a la lengua latina" (138 - 139).

"Detrás del conocimiento de las lenguas, viene la instrucción de la buena Lógica, y las reglas de la Retórica; con la primera sabrá lo que son las ideas y su origen, conocerá las potencias del alma y sus usos tan distintos; verá lo que es razonamiento, lo que es verdad, lo que es crítica, opinión, escepticismo; con la segunda aprenderá a hablar correctamente, pondrá los raciocinios bien colocados, las palabras con aptitud y proporción, las cláusulas con cadencia, un discurso y una oración con armonía, propiedad, elegancia y precisión, caracteres sublimes pero que constituyen la verdadera elocuencia, sin ella ya se ven los razonamientos monstruosos que nacen de los labios de los hombres; de manera que a veces, sea que mueva la lengua, sea que tomen la pluma a la mano, no se ven ni se oyen sino ingominias de nuestra educación". Pgs. 140. Reflexiones.

Ahora bien, cuál es el valor de la figura de Espejo dentro de la medicina americana y especialmente ecuatoriana? Es la de un precursor, de nuestro gran precursor.

A propósito de aquella epidemia de viruelas afirma insistentemente la posibilidad de que ella, como otras enfermedades se transmiten por medio de gérmenes invisibles. Sostiene el criterio de la infección y desde luego la existencia de los microbios. Oídlo: "Ante todo es preciso que el pueblo esté bien persuadido que las viruelas son una epidemia pestilente... Acá las nuestras (gentes) parece que están en la persuasión de que es un azote del cielo que envía a la tierra Dios en el tiempo de su indignación. Por lo mismo, haciéndose fatalistas en línea de un conocimiento físico, creen que no le pueden evitar por la fuga, y que es preciso contraerlo o padecerlo como la infección del pecado original; impresión perniciosa, que las vuelven indóciles a tomar los medios de preservarse". 140. Garcés.

"...El aire mismo no es la causa inmediata de las enfermedades, especialmente de las epidémicas; y esas partículas que hacen el contagio, son otros tantos cuerpecillos distintos del fluido elemental elástico que llamamos aire. Luego es necesaria la comestión de aquellos y de éste,

para que resulten esos maravillosos fenómenos que aparecen de cuando en cuando, para terror y ruina de los mortales". Reflex. 60.

"En la casi infinita variedad de esos **atomillos vivientes**, se tiene un admirable recurso para explicar la prodigiosa multitud de epidemias tan diferentes y de síntomas tan varios que se ofrecen a la observación. La dificultad más insuperable es la que causa la viruela, acometiendo a todos los que no probaron su contagio, perdonando también a casi todos los que ya la habían padecido. A donde está el ingenio más luminoso que pueda penetrar estos arcanos? Aquí no hay sino humillarse a confesar nuestra debilidad y nuestra ignorancia". 142. Garcés.

Espejo, en aquellos tiempos es, como se vé, el epidemiólogo genial, que ya intuye el hecho de la inmunidad.

Consecuente con su criterio acerca de la existencia de los microbios y del contagio, Espejo elabora una serie de consejos de carácter profiláctico que son otras tantas normas higiénicas que subsisten hoy con todo su vigor. Después de referirse al aseo de la ciudad, a la limpieza del vestido, insiste en las condiciones en que deben suministrarse y consumirse los alimentos, fija ciertas condiciones indispensables para que una alimentación sea completa, señalando, por ejemplo, la gran utilidad de la carne.

Al tratar de las enfermedades venéreas se lanza violentamente contra la absurda afirmación de que la sífilis sea nativa de América y hace consideraciones clínicas de evidente importancia, como puede apreciarse por estas reflexiones: "Por eso, no acabo de admirar la alucinación que han padecido en esta parte casi todos los médicos modernos, atribuyendo a las Américas el origen de esta enfermedad. Quizá no hay más fundamento que la aseveración que de ésto hacen los médicos españoles, sevillanos ambos, que son Rodrigo Dacio y Nicolás Monardes. El primero en su tratado de Morbo venéreo y el segundo en el suyo de las drogas de América, quieren hacer creer que es regional o endémica en las Indias orientales y que de ellas

fué llevada a Europa el año de 1429, después que Cristóbal Colón había descubierto la Española a quien conocemos más por la Isla de Santo Domingo. Esta alucinación proviene de la pereza natural que hay en el hombre para entregarse a la íntima indagación de las materias; de la propensión que hay en casi todos de gobernarse por la ajena autoridad y de seguir sus huellas; finalmente, de la ignorancia de la antigüedad". Siguen luego consideraciones para el diagnóstico diferencial entre el chancro específico y el blando.

Lamento que el tiempo no me permita continuar el comentario acerca de los conocimientos y anticipaciones médicas de Espejo. Pero es preciso recordar que la lucha empeñada por él contra la ignorancia ambiente lo colocó poco a poco en el sitio de los renegados y de los peligrosos. Repellido por su saber, por su virulencia y hasta por sus orígenes humildes, Espejo no se descorazona. Cobra, al contrario, mayores bríos, y como erudito y culto que es, toma contacto con los elementos que crecen en la necesidad de llevar a cabo una revolución en el ambiente colonial. Se convierte en periodista y panfletario, publica sus "Primitias de la Cultura de Quito" y muy pronto se encuentra alistado entre los primeros percursoros de la independencia americana. Su viaje a Bogotá le proporciona la oportunidad de ser amigo de Nariño y Zea, cultivando de consuno los mismo ideales. Muere después de sufrir por largo tiempo los tormentos de la cárcel, en 1795, antes de que cuajaran las ideas emancipadoras. Murió acusado por sus tendencias sediciosas y al vejarlo y apartarlo de la comunidad, nada pesaron sus talentos ni su preparación en el arte médico que en aquellos tiempos tuvo sólo escasos y casi siempre mediocres cultores.

Espejo, como Caldas, fué crítico despiadado. Nada ni nadie pueden impedir el libre ejercicio de su análisis acerbo y exagerado. Si comparamos, por ejemplo, la descripción hecha por ambos del Quito de aquellos tiempos veremos que el juicio era coincidente en muchísimos aspectos. Pero en ninguno se cala mala intención; todo lo contrario.

Se aprecia que sus observaciones agudísimas y por lo mismo punzantes van encaminadas a lograr una mejora de las costumbres y panoramas, reformas que tenían por objeto el mejoramiento físico de los pobladores y el progreso de su cultura.

Otra de las similitudes entre Caldas y Espejo en su desinterés por las inquietudes sexuales. Caldas, por su lado, talvz más ecuánime y sereno, encontró, por gracia de la suerte y de los buenos amigos, una solución definitiva de sus inquietudes sentidas claramente o a través de un estado de relativa latencia. En cambio, Espejo, hombre de temple agresivo, consagrado a sus libros y a su medicina en los principios, y luego incorporando a sus actividades la gran causa por la libertad de los pueblos dominados por la corona española, ahoga definitivamente toda inquietud sexual. Aquí la sublimación o la reflexión fueron máximas. Talvez Espejo se daba cuenta de que por más que acumulara saber, y en este sentido sus necesidades era insaciables, se veía en el caso de no formar un hogar porque presentía que la lucha política en que iba a comprometerse sería demasiado cruenta y prolongada y no estaría bien obligar a otros seres a juntarse con él para emprender el via crucis del rebelde congénito, que estaba predestinado para terminar en una cárcel o en un patíbulo. Talvez más sabio que Caldas en este aspecto de la consideración humana, o menos exigente en punto a satisfacer las exigencias primarias del instinto, sofocadas muy temprano por su origen humilde y sus pretensiones desmedidas de censura, se mantuvo lejos de esas preocupaciones. Una interpretación posible, intentada por mi inteligente discípulo y amigo el Dr. Enrique Garcés, sería la siguiente:

“Eugenio Espejo, frustrando al amor, sublima la potencia sexual para dejar de ser un hombre del montón biológico. La genialidad no es sino una impotencia para usar la potencia sexual. Espejo es como San Francisco de Asís, entregando su potencia al más delicado misticismo que justamente por eso llega a ser sublime. Es como don Quijote

de la Mancha, porque la Dulcinea es mentira que vivió en Toboso alguno, sino que era la centralización simbólica de una tarea que tenía que cumplir Don Quijote en favor de los débiles, tarea que debía llevarse como ofrenda a los pies de tanta hermosura. La Dulcinea de Eugenio Espejo fué la sabiduría. A ella amó desbordadamente. A Ella dedicó su vida de mártir. A los pies de la sabiduría puso la ofrenda de la sabiduría en favor de los débiles". Garcés 47.

Y así se comprende que a tal punto había logrado la sublimación de su instinto, que la erudición acabó por servirle, ya nó para sus campañas políticas o médicas, sino aún para la confección de sermones que casi siempre eran pronunciados por su hermano, clérigo de profesión y que, pasados los años, merecieron el cálido elogio de esa otra gran figura ecuatoriana, el ilustrísimo Arzobispo Dr. Federico González Suárez. LVII. T. 1.

He aquí como evocamos las figuras de Caldas y Espejo. Accreándonos a sus obras o tratando de reconstruir sus vidas a través de las lecturas, experimentamos por sobre todo un gran consuelo. El de tener la íntima convicción de que nuestras tierras americanas, aparte de la riqueza de sus recursos naturales, aparte de la indiscutible floración literaria, y pese a su todavía deficiente estructuración política, han contado y cuentan con ingenios capaces de respirar en las más altas esferas de la sabiduría. Por eso, su culto resulta ya nó una simple curiosidad histórica sino, lo que es más, una necesidad y un medio de los más eficaces para constituir y dar contorno de alto relieve a nuestra tradición.

Así nos sentiremos maduros para la lucha y seguros en nuestro empeño de forjar nacionalidades que sepan colocarse con firmeza en el lugar que les corresponde, es decir, dentro del sector culto de la humanidad.

BENJAMIN CARRION

## Biografía del Trópico

Hombres de Andalucía, y también de Castilla, del Levante frutecido de naranjas, de la Extremadura polvorienta y de Galicia; hombres de todas las regiones de España, emprendieron el éxodo,—como los hebreos en los días de la Biblia, guiados por Moisés—; hacia las tierras del oro y de las esmeraldas, cuyas nutas fueron abiertas, primero por Colón, y luego, por la temeridad de Cortez y los suyos, de Pizarro y los suyos.

Balboa había mojado sus pies en las aguas del mar que se hallaba después de atravesar la jungla asesina de la Tierra Firme, y que él bautizara Mar Pacífico. Y más lejos, ¿quién sabe? Cypango, el Imperio del Gran Kan, las tierras de El Dorado . . . .

La Gran Aventura, había llegado al trópico verdad. Al de las culebras envenenadas y de las fiebres asesinas. Al del mosquito que nos chupa la sangre y la sabandija que nos hiere los pies. Pero los hombres de España no se detenían. Antes que el encuentro con el hombre, fué el encuentro con la naturaleza: desierto y selva, sol calcinante y lujuria milagrosa de los elementos. Y en esa lucha—que aún no ter-

mina—del hombre con el trópico, del hombre con la naturaleza en plenitud de maldad y de excelencia, ya podemos anunciar la victoria del hombre. Y acaso no la victoria del hombre, sino la fusión del hombre con la naturaleza, el empate lento, pero cada vez más cierto de los dos adversarios.

El encuentro del español con el indio, no tuvo en las tierras del sur el mismo valor de hazaña que en las tierras de Anáhuac, en lo que pronto sería Virreinato de la Nueva España. El aborigen, cargado de tradiciones y de místicas, con una organización centralista absoluta, cuando perdió la cabeza—con el asesinato de su soberano—en la dolosa traición de Cajamarca, fué presa fácil, víctima innecesaria de la innecesaria crueldad española.

Atahualpa, Hijo del Sol, Dios y Emperador al mismo tiempo, arrastró con su caída a toda la admirable organización humana que fué el incario. Sin lucha y sin defensa. Enredado en un fatalismo al que pudiéramos encontrarle características mesiánicas. “Como espigas cortadas por la hoz”, cayeron los indios ante el arcabuz, el puñal y la espada de los conquistadores . . . .

Faltó a la conquista del incario, la presencia evangélica de un Motolinía, de un Don Vasco de Quiroga, de un Bartolomé de las Casas . . . . Valverde, “el inquieto y deshonesto clérigo”, como dice Cieza de León, presidió al juicio mendaz y traicionero y a la muerte cruel del gran quiteño, de ese Atahuallpa, Rey de las Cuatro Partes del Mundo, fruto de la alianza del más grande de los Incas, de Huayna Cápac, esa especie de Carlomagno de las Indias Occidentales, con la princesa Paccha, hija de los Schyris, de los señores del Reino de los Quilus.

Y el español entró a mandar, en las tierras del Tahuantinsuyo. A depredar, a explotar; pero también a plantar.

El indio, sujeto de una esclavitud paternal en tiempo de sus señores naturales, pasó a ser sujeto de una esclavitud rapaz, implantada por aventureros ansiosos de riqueza.

Pero el trópico tiene sus armas para la lucha con el invasor. La fruta que se cae en las bocas hambrientas, la malaria que postra, pero que retiene, la hembra india que se entrega con humildad y que da hijos, el tabaco que llena de placideces las horas cálidas del día. Y el español se fué quedando en las tierras calientes, sembrándolas con su sangre, creando vida.

España comenzó su éxodo a las tierras nuevas por ella descubiertas, en los precisos momentos en que arrojaba al moro de los dominios peninsulares. Todavía no descabalgaba el Cid de los lomos de Babieca, y las espadas de Cortéz y de Pizarro fueron forjados según el molde de Tizona.... Éran, pues, esos hombres con

“el alma de nardo del árabe español”

“que todo lo ganaron y todo lo perdieron”....

según el decir del poeta andaluz.

Machos fecundos y rijosos, los españoles, salvo raras excepciones, no trajeron mujeres para la obra de conquista. Solamente después, cuando se había realizado la sembradura humana, las mujeres de España vinieron a las cabeceras de los virreynatos a inaugurar, con sus hombres, la nueva aristocracia. El trópico, de soles terribles que acríbillan al hombre y lo obligan a buscar techado, de lunas grandes y bobas, calientes y propicias, aumentó el calor sexual del aventurero. Y la india sumisa—sumisa antes al Apu indígena y hoy al Apu español—comenzó a realizar la obra del mestizaje, que aún no se completa y consolida en México, Guatemala, Ecuador, Perú y Bolivia, especialmente.

\*

\* \*

Después de los Reyes Católicos, que hicieron la unificación, que arrojaron los moros, que fundaron el imperio, empuñó el cetro de las Españas, Carlos de Gante, Empe-

rador de Occidente. Y con él, se inició la gran empresa de conquistar a los hombres, a todos los hombres, para el cielo. Su hijo, Felipe II, heredó del gran emperador, el destino y el mensaje. Y construido ya con la tierra yema y el aire transparente de Castilla, puso en la obra de evangelización y cristianización del hombre, su fría y ordenada tenacidad, su sentido burocrático.

Yñigo de Loyola, fué el inspirador, el teórico y el realizador de la empresa magna. Y fray Tomás de Torquemada, Gran Inquisidor de las Españas, el ejecutor de altas obras, en esa empresa inmensa, una de las más vastas y ambiciosas de la historia del hombre.

Vino al trópico el ecumenismo evangélico de Felipe II. La militancia religiosa de la Compañía de Jesús. La mística implacable del fraile Torquemada.

Y no solamente por ser colonia, sino singularmente por ser trópico, la mística española—negro y rojo—prendió en estas tierras con características acentuadas de crueldad y de rito, de avasallamiento y de dominio.

Un clérigo extraordinario, encarnación auténtica del alma nacional del Ecuador,—la patria de García Moreno—, Monseñor Federico González Suárez, Arzobispo de Quito, al escribir la Historia del Ecuador, dedica muchos volúmenes a pintar, con acopio de investigación por nadie superado, la vida colonial de la Audiencia y luego Presidencia de Quito, hoy República del Ecuador.

Todo según él, giraba en torno de la vida monástica. El volumen Cuarto de la Historia General del Ecuador, del virtuoso Arzobispo, es una sucesión de escándalos entre frailes y monjas, la crónica de corrupción y vicios más nutrida que pueda leerse.

Cuando Carlos III decretó la expulsión de los jesuitas, una sensación de alivio parece que corrió por toda esta sección tropical de las colonias españolas. Monseñor González Suárez, al historiar el episodio, lo comenta así :

"Siendo ésta la situación de los jesuitas en la colonia ¿cómo se explica esa facilidad, con que fué ejecutada su expulsión? ¿Por qué, un pueblo tan piadoso como el de la colonia se cruzó de brazos y miró con tanta serenidad y hasta impavidez la expulsión de una comunidad religiosa, tan influyente como la de los jesuitas?..... Da el Rey un decreto severo, exterminador: no alega razones, no justifica motivos: por toda causa, aduce la conveniencia de su real servicio, y, sin embargo, la regia pragmática se obedece al punto, y los jesuitas son expulsados, sin que nadie levante la voz para reclamar, ni siquiera para suplicar, en favor de los desterrados. ¡Expulsados! así conviene a mi real servicio: yo os lo mando!!

Tales fueron las palabras del monarca español, y esas palabras fueron obedecidas en toda América, puntualmente, sin réplica ni dilación. Jamás orden de rey absoluto ha sido cumplida como lo fué la que expidió Carlos Tercero para expulsar a los jesuitas de sus dominios de América!

No es propio de una historia particular, y puramente nacional como ésta, el referir los motivos, que le habían inducido a Carlos Tercero a tomar contra los jesuitas una resolución tan severa e inexorable; pues la expulsión de los jesuitas de todos los dominios españoles de América, y la extinción que de la Compañía de Jesús decretó más tarde el Papa Clemente décimo cuarto, son hechos que pertenecen a la Historia General de América y a la universal de las naciones civilizadas del mundo, a fines del siglo pasado: a nosotros, como historiadores de la República del Ecuador, lo que nos toca es explicar por qué causas se llevó a cabo tan fácilmente en la antigua Presidencia de Quito la expulsión de los jesuitas, siendo tanta la influencia que ellos ejercían en la colonia en aquel tiempo.

La expulsión de los jesuitas no sólo en todas las ciudades secundarias de la antigua Presidencia, sino en Quito, en la misma capital, se ejecutó con facilidad y con el mayor orden: no hubo obstáculos, demoras, ni dificultades de ninguna clase. Dijuá dió orden de preparar setecientas bestias, unas de silla y otras de carga: y el día señalado, las setecientas mulas estuvieron en Quito, y los jesuitas fueron conducidos al destierro, y ese destierro era fuera del continente americano y para siempre: la despedida de

los jesuitas era eterna, su adiós era para siempre: ¿Cómo Quito los vió partir sin hacer demostración ninguna en su favor?

Los buenos, los de veras virtuosos, los de conciencia timorata, lloraron y se afligieron en silencio: la gente devota no tardó en tranquilizarse, pues los predicadores se encargaron de exhortar a los cristianos al rendimiento a la voluntad divina y a la obediencia y sumisión a los decretos y órdenes del Rey: ponderaron los predicadores en sus pláticas la justicia del monarca, su rectitud, el celo de que en servicio de la Religión estaba animado, y el pueblo acabó de persuadirse que la expulsión de los jesuitas había sido necesaria para el bien y la tranquilidad de las colonias".

"Pero lo que más perjudicó a los jesuitas, lo que facilitó más su expulsión fué su riqueza, esa casi fabulosa riqueza que los constituía en árbitros de la colonia. Sus haciendas equivalían en el territorio de la moderna República ecuatoriana a ochenta leguas cuadradas o a cuatro grados geográficos; pues una de ellas, el Obraje de San Ildefonso, comenzando en el valle de Patate, se extendía hasta las selvas orientales bañadas por el Napo, tras la cordilera andina. La propiedad estaba, pues, en tiempo de la colonia, a mediados del siglo décimo octavo, muy desigualmente distribuida: la Presidencia de Quito era muy pobre y entre los particulares casi no había un solo independiente, porque las casas de las ciudades, las granjas en los campos, las haciendas extensas y hasta los cortijos pertenecían, de un modo directo o indirecto, al estado eclesiástico y principalmente a los regulares: casi toda casa reconocía un censo, casi toda propiedad pagaba un cánón en dinero. Con la riqueza de los jesuitas sólo podía compararse la de las otras comunidades religiosas, sobre todo la de los dominicanos, cuyo Provincial lograba gozar hasta de cien mil pesos de renta anual; entre tanto, los seculares gemían en la pobreza, y no había negocio ninguno en que pudieran trabajar, porque en todos la competencia de los jesuitas no podía ser vencida. Como ellos eran los mayores productores de la colonia, ellos daban la ley en el mercado público, vendiendo sus efectos al precio que les parecía mejor, lo cual, algunas veces, dió ocasión a quejas y lamentos del pueblo y a protestas del Cabildo Civil.

A tantas riquezas se añadían los privilegios y las exenciones que siempre hacen odiosos a los privilegiados: suprimidos los obrajes, conservaron los suyos y sostuvieron el comercio de paños con el Perú, para lo cual tenían un procurador especial en Lima: establecido el estanco de aguardiente, ellos fueron los únicos a quienes se les concedió que lo fabricaran en sus haciendas, y lo vendieran de su cuenta. Los ricos se felicitaron, pues, de la expulsión, viendo acabada la competencia, que hasta entonces los había mantenido tan caídos de fortuna; los necesitados, se halagaban, con la esperanza de que las haciendas de los expulsos pasarían a ser propiedades de la Corona y se venderían a los particulares: el pueblo conjeturaba que la riqueza acumulada por los jesuitas se distribuiría entre los vecinos, aliviando la triste condición de muchos de éstos. Es necesario estudiar atentamente los documentos de aquel tiempo, para convencerse de que nuestros mayores habían llegado a concebir una especie de horror a la riqueza de los jesuitas, y que ansiaban verse libres de ella. ¿Qué más? Cuando la guerra de la Gran Bretaña contra la Península ¿no se pensó, acaso, en Quito, que era conveniente entregarse a Inglaterra para remediar de una vez el estado de miseria en que se encontraba la colonia, a causa de las grandes propiedades de los regulares? ¡Proyecto desesperado, pero que manifiesta la situación de la sociedad en aquella época.

He aquí, pues, cómo la riqueza de los jesuitas les dió mucha influencia; pero, al fin, esa influencia, fué la del acudalado sobre el menesteroso, influencia nada amable: antes por el contrario, pesada y temible!

La Historia no puede callar otra circunstancia muy digna de ponderación, y es que, parte de esa riqueza, había sido ocasión de litigios perennes en los tribunales, y hasta de levantamientos en algunos pueblos, donde, como en Cuenca, por ejemplo, se alzaron los campesinos, para estorbar a mano armada, que los jesuitas tomaran posesión de las heredades que iban comprando. ¿Nos admiraremos, pues, de que la expulsión se haya verificado, SIN ESTREPITO Y CON EL MAYOR ORDEN Y DECENCIA, como decía el Presidente Diguja escribiendo al Conde de Aranda? ..... Los vecinos nobles de Quito se prestaron, sin repugnancia a cooperar a

la expulsión; y después, ellos y sus descendientes alegaban, entre los servicios prestados a la Corona, el haber contribuido al destierro de los jesuitas. Había además un cambio bastante notable en las ideas y sentimientos de los hombres de la colonia, y ya para entonces la opinión pública había aceptado algunas de las acusaciones, que en otras partes se habían divulgado contra la Compañía de Jesús: en el mismo año de 1767, pocos meses antes de que llegara a Quito la cédula de expulsión, se elevaron al Rey varias representaciones en favor de los jesuitas, a nombre de algunas ciudades de la Presidencia; y, por esas representaciones, se conoce cuánto había cambiado la opinión pública respecto de los merecimientos de los Padres de la Compañía de Jesús. La expulsión fué, no obstante, una grave calamidad para la colonia, pues en la escandalosa relajación de las demás comunidades religiosas no quedaban sino elementos de ruina para la moral cristiana: las costumbres privadas de los jesuitas eran limpias, y guardaron hasta el día de su proscripción una dignidad decorosa que inspiraba respeto y admiración: prudentes en no recibir un número crecido de religiosos y sagaces para no conservar en su seno a los que daban muestra de la ruindad de su origen, prehirieron siempre la excelencia del mérito al aumento del número: ni tuvieron curatos, ni dirigieron monjas, ni manejaron caudal propio, ni pelearon escandalosamente por el mando y las prelacías ..... Su expulsión habría sido, acaso, más difícil, si todos ellos hubieran sido criollos, nativos de estas ciudades; pero no sucedió así, porque la mayor parte era de extranjeros: alemanes, bohemios, sardos, italianos: los españoles y los nativos de Quito y de otros puntos de la Presidencia eran relativamente pocos. Como las divisiones entre americanos y europeos eran cada día más profundas, la expulsión de una comunidad, en la que el número de religiosos extranjeros era crecido, no fué difícil. Hubo también algunos engaños, que contribuyeron a facilitar la expulsión: se creyó que Carlos Tercero retractaría en breve su propósito, y que su regio enojo se trocaría en clemencia: aún los mismos jesuitas se consolaban con la esperanza de que su destierro no se prolongaría indefinidamente, y no acababan de persuadirse que el Rey católico quisiera desterrarlos de América para siempre; y, no obstante, el destierro fué para siempre, y la expulsión fué

*inexorable: de los jesuitas expulsados de Quito, ninguno volvió acá; todos fallecieron proscritos y algunos perecieron estando todavía de camino". \**

Las aduanas espirituales de estas tierras del trópico estuvieron prácticamente cerradas durante la dominación española. El Virreinato de la Nueva España—acaso su nombre mismo lo está revelando—estaba construyendo la Madre Patria para un destino de ampliación de la metrópoli: así se explica que México haya podido incorporar al Siglo de Oro del idioma, nombres tan altos como los más altos de España: Juan Ruiz de Alarcón, Sor Juana Inés de la Cruz. El uno, en la línea de la dramaturgia, con Lope y Calderón. La otra en el rango—único en todas las literaturas—de la mística, junto con Teresa de Avila, Juan de la Cruz.

\* \*  
\*

Como en una Edad Media silenciosa de labor de piedra; haciéndonos recordar a Chartres, Ruán, Colonia o Burgos, en Quito, en ese sitio donde la altitud vence al calor del trópico, y se goza de una luz incomparable; donde el clima es tan dulce todo el año como el de Sevilla en Abril, allí, los frailes y los indios se dedicaron a edificar los templos católicos más bellos de este mundo.

QUITO.—Más que valle, es una oquedad—una huecada—entre varias colinas, a 2.840 metros sobre el nivel del mar. Clima de "primavera eterna", según clisé inevitable y siete millones de veces repetido. Pero, a la verdad, no existen mananas más luminosas, ciclos de un azul más profundo, transparencia de ambiente más diáfana. Alfonso

---

\* FEDERICO GONZALEZ SUAREZ.—*Historia General de la República del Ecuador*.—Tomo V.—Capítulo Quinto.—Págs. 250 y siguientes".

Reyes habría dicho nuevamente al viajero que se acercaba al "lugar más puro del aire".

Talladores en piedra y en madera, escultores, doradores, pintores—como en la hora mejor de la Florencia de los Médicis—realizaron durante el remanso colonial, una de las más completas, más perfectas expresiones de arte de todos los tiempos. Ya comienza el turista embobado a irrumpir por las naves de San Francisco de Quito, de la Iglesia de la Compañía de Jesús, de la Capilla del Rosario; por los claustros de San Agustín, por el Santuario de Guápulo. Y van por los caminos del mundo a contar cómo, en estas quiebras abruptas, la fe y el rito de misioneros y colonizadores, ha edificado monumentos de suntuosidad extraordinaria.

En realidad, se necesita pensar en Toledo, para dar la explicación de Quito. Pero mientras la villa que iluminara el Greco, se levanta de todos los lados, por sus calles pinas y estrechas; los senderos de la capital de García Moreno, descienden hacia el centro, como para alcanzar lo más profundo de un profundo anfiteatro. Desde las laderas del Pichincha—monte que hiciera célebre una de las decisivas batallas de la libertad—; desde el Panecillo, ese montículo que es a la vez un juguete, una tomadura del pelo de los Andes al viajero coleccionador de precipicios; desde los desfiladeros de Allpahuasi y las graciosas colinas de Itchimbia, desde las ascendentes llanadas del Batán, todas las perspectivas convergen hacia el centro, hacia la Plaza Grande....

La entrada—o salida—del Sur, es un sendero de cabras entre los riscos. La entrada—o salida—del Norte, es la que ofrece perspectivas de llanura, de expansión, de anchura . . . . En medio, está Quito, el de siempre. Al Norte, el Quito que nos harán las villas de todos los estilos y de todos los gustos, esa ciudad que la higiene y el **confort**, le están imponiendo a todos los lugares augustos de la tierra. Irremediamente.

\*  
\*   \*  
\*

Cerca de quinientos kilómetros—ochenta largas leguas, y no las cincuenta y tres que afirma don Manuel Gálvez, historiador argentino del Dictador ecuatoriano—separan Quito, la capital del reino de los Schyris, de la Audiencia y Presidencia en tiempo de la Colonia, de la República del Ecuador en los tiempos actuales, del puerto principal, Guayaquil. Este Guayaquil ardiente, “capital del Trópico de América” como alguna vez le llamáramos. Tierra del cacao y de García Moreno.

GUAYAQUIL.—La lisa costa occidental de Sur América, tiene una sola abra grande. Una sola hendedura, hecha por la macha potencia de un río, el Guayas . . . En el Delta del Guayas, una isla grande, la Puná, sitio de residencia de un tipo de civilización indígena, la civilización punae, que tanto nos está enseñando ahora, merced a exploraciones de arqueólogos, paleontólogos y artistas. Allí se sitúa también un episodio heroico en la lucha contra la invasión del Inca, en el que los punaes se defendieron con una hábil estratagema.

Es un gozo de trópico, un júbilo de tierra cálida. Las cabelleras al aire de los millones de palmeras, quisieran acaso espantar los mosquitos, que hacen la guerra a hombres y animales. Tras la isla, el estuario del Guayas. Lo bordea la selva en plenitud, que actualmente la civilización ha alejado bastante, para acercar a la orilla, los inmensos prados poblados de vacas, las sementeras de región caliente, esa palmera generosa de dones que es el plátano, los cañaverales. Pero todavía—y un todavía muy largo—la vecindad traicionera del manglar, hipocresía de la naturaleza, maldad increíble del trópico, porque evita esa línea franca, varonil, definida entre el agua y la tierra, que es la zona are-

nisca de la playa, y esa bravía oposición de la tierra a las aguas, que es el acantilado y la duna.

Todas las palabras que sirven para pintar el trópico, valen aquí para la pintura de la región del Guayas. Las buenas y las malas palabras. Pero sí creo que, en el balance final, más puntos ha ganarse el arroz y la piña, el cacao y la papaya, el café y el plátano, las garzas blancas por miríadas, el ancho río bordado de palmeras, que el mosquito, la sabandija, la espina, el pantano, la malaria y el mangle. El hombre, para probar esos frutos—tan ricos y tan sanos, tan abundantes como para alimentar a todas las gentes de este mundo—está ya librando la batalla de la salud, contra la fiebre, la culcebra y el mosquito. Para comer el plátano y la piña, el hombre rubio, inventor del jabón y masticador de chicle, nos está ayudando fraternalmente a los hombres morenos del sur a exterminar los males. Ya lo hizo en la región del Canal de Panamá, “**pro-mundo benefici**”, como reza el lema de la bandera panameña. Solamente que, al aceptar esa benévola ayuda, no hemos de comprometer, no debemos comprometer nuestra personalidad, nuestra cultura, en entregamientos que signifiquen un nuevo coloniaje.

\*

\*      \*

En esta tierra caliente, la tierra yunga, no hubieron muchos indios al tiempo de la venida de los conquistadores, como en las tierras costeras del sur, ayllus de los **chimus**, de los **piuras** y de los **lambayecos**. Menos aún que en las tierras del páramo, heladas y luminosas, propicias a las grandes edificaciones: Sacesa-huaman y Machu-picchu, Ingapirca y Yavirac, en cuyo torno se formaron las grandes parcialidades pre-incaicas—¿Tihahuanacu?—e incaicas. El indio, más indefenso que el conquistador, huía quizás de la malaria, a pesar de que en los bosques subtropicales del

**ayllu de los Zarzas**, hoy tierras de mi tierra natal, Loja, se hallaba el montecillo milagroso, cuya corteza la sanaba... la quina.

En esta tierra caliente, en la época de García Moreno y, con ligeras variaciones ahora, habita en los campos, el **montuvio** y en las ciudades, un tipo que cada vez se está diferenciando más, de gentes mercaderes, laboriosas, ágiles y agitadas, en cuyo mestizaje, generalmente, ha entrado menos el aporte indígena; en mayor cantidad el blanco y, en proporciones pequeñas, el negro. El negro, en señorío y abundancia, se ha situado en la provincia de Esmeraldas, y en algunos valles intertropicales del Interior, como el de Catamayo y el Chota.

El montuvio. Ya José de la Cuadra nos ha dado el retrato de este hombre de los campos litorales. Y los novelistas de "el grupo de Guayaquil", lo han hecho entrar por las puertas más anchas de la literatura americana.

\*  
\*   \*  
\*

La gente de ciudad, en Guayaquil, contra todo lo que se pudiera suponer, dada su innegable laboriosidad, su espíritu emprendedor y viajero, su contacto mayor con el mundo externo es, en las **altas clases**, la gente más ridículamente chapada de prejuicios nobiliarios de este mundo. Y más entregada —por una consecuencia que encuentra natural— al fanatismo religioso practicante, a la mogigatería. Hay un prejuicio generalizado de creer a la **gente bien** guayaquileña, como más abierta, más libre: acaso lo es en el grácil e incesante parloteo, en el vestido vistoso y lleno de gracia que el calor le impone. Pero, cuando el afuereño mira el espectáculo del club y de la **casa grande**, tiene que confesarse a sí mismo que no ha conocido antes —ni en mi remota Loja, cuna de todos los nombres nobles de la República— nada más pintorescamente almidonado,

más **collet monté**, que la llamada aristocracia de Guayaquil. Para quienes conocen el auténtico señorío, de sencillez que se nos antoja demasiado estudiada, de las gentes de Lima; y el escondido y vergonzante sentido nobiliario de los nobles quiteños, salta más de relieve esta vitrina de aristocracias que es Guayaquil, donde la resurrección de la partícula **de**, con pícaro sentido aristocratizante, está hoy amparando ya la ensortijada rebeldía de muchas cabezas negroides. . . .

Nada en cambio más sano, más alegre, más vital, que las gentes de trabajo, las buenas gentes —no las **gentes bien**— de Guayaquil.

\*

\* \*

Sierra y Costa. He allí las dos realidades adversarias, en el trópico ecuatoriano. Trópico de tierra baja y trópico de tierra alta. Mientras en el litoral toda la potencia de la naturaleza hace explosiones bravías e incontenibles; a medida que se asciende por las rugosidades de los Andes, y el calor se va quedando perdido en vaharadas horizontales sobre las nubes de la tierra baja, la vegetación se achica, el cielo se hace más diáfano, y las montañas comienzan a anunciarse por los contrafuertes de roca en que parecen apoyarse y por la sonoridad de los torrentes, que más abajo eran remansos calmosos y enturbiados, y acá arriba, son ya comienzo de torrentera bulliciosa, transparente y helada, que viene desde los deshielos de los grandes montes.

Y de pronto, coloreando el paisaje que ha ganado en transparencia pero ha perdido en riqueza, aparece el indio. El indio con la llama, raramente. El indio con el burro, casi siempre. O con la yunta, o con la vaca, o con la oveja. Con la mujer y los hijos.

El agro de la tierra baja está ensuciado de mercantilismo fenicio, de tipo banqueril, en el que con un poco de rapiña justificada con papeles, y otro poco de crimen, de

cuatrería y asesinato, se hace la explotación del montuvio, bonachón y confiado; pero que a la postre, acaba por defenderse con su machete, si es que antes no ha sucumbido en manos de abogados y tinterillos, que le exprimen el último centavo. Entre este tipo de extorsión pseudolegal, la malaria y la tuberculosis, agoniza el campesinado del litoral ecuatoriano, muy singularmente en las regiones de El Guayas, Los Ríos y El Oro.

Para el indio de las serranías heladas, no ha habido siquiera la hipocresía legal, sobre todo durante la colonia y los primeros años de la República, hasta la época de García Moreno. La vieja polémica exegética de si el indio era un animal o un hombre, se falló definitivamente en estas tierras en el sentido de que era un animal. Y como tal fué tratado durante la colonia y como tal—salvo raros momentos y raras excepciones más que todo literarias—sigue siendo tratado hasta ahora.

Ese estado de esclavitud triste, andrajosa y misérrima— acaso más lastimera que la esclavitud negra, por la indudable mayor indefensión del indio—, explica acaso el tipo del **blanco**, del **rico**, de la sierra ecuatoriana: terrateniente, comerciante, militar, cura, burócrata. Nos da una posible interpretación de su posición y su actitud, como clase social, como jerarquía superior en la escala humana de estas tierras.

En Europa, donde el problema racial—excepto el crimen bárbaro del antisemitismo—no señala categorías de hombres, es el dinero, es la tradición, es la estructura varias veces centenaria la que determina esas diferencias; pero, en último término, no se duda de que el gran señor blanco y su lacayo, blanco también, los dos son hombres.

En el Ecuador, en el Perú, en Bolivia, no sólo que se duda: se tiene la certidumbre de que no son hombres. Certidumbre contradicha por la literatura, por cierto humanitarismo protector, de origen religioso o educacional. Pero certidumbre expresada en conducta, en modo de ser y actuar.

El señor ecuatoriano—terratendiente, burócrata, comerciante, industrial, militar, profesionalista o cura—es una rara clase de amo: es un amo de bestias, no de hombres. Casi no llega a ser deliberadamente cruel. El arriero o el carretonero que dan laligazos a los burros o a las mulas, no cree que está, en realidad, cometiendo un acto de crueldad: está trabajando y haciendo trabajar a sus bestias. Por eso es que, alguna vez, el buen amito, el buen patrón de indios, es el que los tiene contentos por medio de préstamos usurarios para fiestas, chicha y aguardiente; que acepta ser su compadre y tomarse con él una copa: nada para mejorarlos moral ni físicamente. Nada para defender y conservar esa barata tradición animal, esa energía de músculo, que se utiliza hasta que sirve, y que se arroja cuando deja de servir, como trasto regalado.

Pero la garañonería del colonizador español, primero y del patrón campesino, sobre todo después, los llevó a utilizar sexualmente a la hembra india. Los colonizadores rubios: ingleses, holandeses, no han descendido hasta ese extremo: ellos exterminaron a los nativos, cuando no se sirvieron eventualmente de ellos; pero siempre o casi siempre, llevaron sus mujeres para cuidar de la pureza de la raza, cuando resolvieron establecerse en un lugar cualquiera del planeta. Vino, pues, el mestizaje, cuyo proceso de acomodamiento a la tierra continúa en nuestros días.

El mestizo tiene, como su expresión más difundida, el cholo. En el Ecuador y en el Perú. El cholo no es el término medio endulzador, atenuador de las rudezas en las relaciones entre el blanco y el indio, como podría creerse. No. El cholo, es un aliado natural y obvio del dominador blanco. Un adversario, un despreciador del indio, del cual quiere sentirse lejos, con el cual querría romper, o por lo menos hacer olvidar todos los lazos que lo unen. El cholo surge toda esa clase intermedia de administradores de haciendas, de capataces de fábricas, de sobrestantes de trabajos públicos y explotaciones mineras, clase que es el verdadero verdugo del indio, del campesino en general.

En la época de García Moreno, esa clase social, más reducida que ahora, fué el verdadero instrumento de todas las explotaciones y de todas las tiranías. Es la que hizo posible, la que determinó nuestra tragicomedia democrática, que aún no termina. A esa pertenece hoy todavía, en general, el trinomio de la explotación: el mayordomo, el cura, el teniente parroquial.

Pero de allí también—ya lo podemos augurar desde ahora—ha de salir la redención, por medio del educador, del maestro de escuela.

La gente de Quito—ubicada en cualesquiera de esos casilleros pseudoraciales, pseudoeconómicos: blanco, con su exaltación hasta el aristócrata; mestizo, con su tipificación hacia el cholo, e indio—la gente de Quito, exige un ensayo rápido de interpretación.

Existe un dogma quiteño—que lo es de muchas ciudades con espíritu: Sevilla, Lima, Bogotá—sobre su dominio, su exclusividad sobre el chiste: la sal quiteña, es algo que no se discute. Una excelencia que es a la vez una arma, una arma terrible, para foetear vicios sociales y políticos: muchos gobiernos impopulares, muchos regímenes malvados y hasta traidores, se han salvado de la venganza popular, porque las iras públicas se han desfogado en un chiste que, al desarrugar el sueño de las gentes, les ha hecho al mismo tiempo caer el arma de las manos.

Otra característica quiteña—ilustrada desde su partida de bautismo como ciudad republicana, es su espíritu colectivo de rebeldía, su capacidad para sentir grandes rabias colectivas, de esencia y contenido popular, que se traducen casi siempre en acción. ¡El pueblo de Quito! Es una garantía y es una amenaza, al mismo tiempo.

En realidad, Quito, ni Guayaquil, el Ecuador entero, no ha producido el Héroe individual, **con mayúscula**, ni en las guerras de la independencia, ni en la época republicana. El Héroe que se convierte en mito, y que haga la tipificación obvia de un pueblo: la patria de Bolívar, la tierra de Martí, la nación

de San Martín. Figuras interesantes, sensacionales, dramáticas, como García Moreno, como Alfaro. En cambio el Ecuador entero, Quito y Guayaquil en especial, tienen en América la singularidad del heroísmo colectivo, del heroísmo en masa: las dos fechas magnas de la historia ecuatoriana, son historias de masas: el 10 de Agosto—primer grito de independencia en la América española—se realizó en Quito. No fué obra de un hombre, como el Grito de Dolores, en México, sino la obra de un pueblo, representado por un grupo de patriotas. El 9 de Octubre, en Guayaquil, es lo mismo. Y el 28 de Enero de 1912, en que se produjo la “hoguera bárbara”, en que se quemó a Alfaro—según la expresión de Pareja y Díez Canseco. Finalmente, el 15 de Noviembre de 1922 en Guayaquil, primera fecha obrera y clasista de nuestra historia—en realidad, una de las más tremendas páginas clasistas en la historia universal—, en que un gobierno títere, manejado en la sombra por manos oscuras—que más tarde realizarían por cuenta propia la destrucción de la República—perpetró el asesinato en masa de más de mil quinientos obreros, mujeres y niños, en las calles inermes y llenas de sol tropical de Guayaquil . . . .

La otra característica en nuestra historia heroica, es la de que los héroes individuales que hemos tenido, han sido mujeres, bellas mujeres de amor y de alegría: Manuela Cañizares, que albergó en su casa los conciliábulos gloriosos de la independencia de la patria; Manuelita Sáenz, la amada del Libertador, la inspiradora y la salvadora del Genio.

Por lo demás, el Ecuador es provincia. Provincia de América, como otra vez ya dijéramos. En la Costa, trópico ardoroso, lujuria de la naturaleza, mayor contacto con el mundo por medio de las anchas avenidas del mar. En la Sierra, trópico de cielo límpido, con sol violento en las mañanas, con lluvias torrenciales, con neblinas crepusculares. Y mucho indio. Y muchísimo mestizo. En las dos zonas, un buen pueblo, ansioso de justicia. Hombres que es-

peran un día de liberación real. Y tanto arriba como abajo, trópico, trópico, trópico.

Y producto del trópico—del de abajo en su nacimiento y en su infancia, del de arriba en su acción y en su muerte—como el cacao y la piña, es Gabriel García Moreno.

(El anterior ensayo es capítulo del libro: "GARCIA MORENO O EL GRAN TEOCRATA", próximo a publicarse).

ANTONIO GARCIA

## Las Generaciones en la Historia de Colombia

### 1.—El concepto de "generación"

Para el estudio histórico de las sociedades es menester realizar un tarea de parcelación, buscando la homogeneidad de las partes o fracciones. A primera vista parecerá ésta una tarea de descuartizamiento o desmembración artificial, pero cuando se comprueba que una sociedad—vinculada por una historia, de libertad o de fuerza—no es una cosa uniforme y compacta, sino un conjunto de partes heterogéneas, con diversidad de posición y objetivos, entonces la clasificación de las fuerzas sociales es no sólo una cuestión de método sino una cuestión de necesidad crítica. Las divergencias se presentan al adoptar un criterio para realizar lógicamente esta clasificación de la sociedad por grupos homogéneos. La filosofía de la historia o la ciencia social no siempre adoptan los mismos **comunes denominadores**, por cuanto sobre este criterio se elabora la ideología política:

mientras para el socialismo el principal elemento de la dinámica social es la **clase**, para la filosofía corporativa es el **gremio** y para el liberalismo romántico la **generación**. El primero es un concepto vital, que parte del acondicionamiento de los hombres para satisfacer sus necesidades; el segundo es un concepto formalista, que agrupa en orden a las actividades, comprendiendo sectores sociales heterogéneos (patrones y obreros del mismo gremio) y el tercero concibe la sociedad como una estratificación biológica de **generaciones**.

Pero aunque es inaceptable científicamente este concepto de la generación como extracto biológico-social, substitutivo de la noción esencial de clase, puede emplearse para el estudio de ciertas afinidades que ligan a hombres y grupos de muy diversa condición social pero nacidos espiritualmente bajo el imperio de unos mismos hechos y de un semejante sistema de reacciones. Acepto, pues, el criterio de que la sociedad no puede dividirse en generaciones para el efecto de explicar sus tendencias orgánicas, pero sí para explicar el tono de los planteamientos, la sensibilidad ante ciertos hechos o la preocupación por ciertos grupos de problemas. Tomo, pues, el concepto de generación, no como un substitutivo sino como un complemento de la noción de clases o grupos de intereses afines.

## 2.—Noción de generación

Siguiendo el anterior punto de vista o sea, desechando el criterio de que la historia social pueda estudiarse como un proceso de generaciones, se simplifica y adquiere contornos precisos el concepto de generación, despojándolo de su carácter abstracto y retórico. Una generación no es, pues, un todo homogéneo, ni desde el punto de vista de la composición social, ni desde el punto de vista ideológico. El nacer de una misma época no es una fuerza niveladora, que reduzca los valores económicos e ideales a un común denominador; ni se produce un desclasamiento ni una unifica-

ción ideológica. El elemento constitutivo de la generación es pues el tono de vida, la actitud emocional, el sistema de fobias y afinidades, la adopción o la destrucción de mesías y mitos, la preocupación o la indiferencia por los hechos cardinales bajo cuya estrella se nace.

### 3.—Las generaciones en nuestra historia colombiana.

Es curioso que haya Colombia celebrado como una fiesta 40 años de paz. Esto no es, realmente, sino la concesión a un fetichismo por la paz. No trato de sentar que la paz en sí valga o nó la pena de conservarla; lo que afirmo es que **en sí misma** la paz no es un sistema de construcción sino una simple oportunidad para hacer o no hacer. Y cuando la paz es sólo un intermedio negativo y opaco, una época de simple crecimiento vegetativo, de egoísmo rígido y ausencia moral, o cuando es la imposición de una oligarquía que concentra un alto poder coactivo en sus manos, entonces nada hay que la justifique: en el primer caso hay una paz estéril y en el segundo una paz simulada. La paz en Colombia **ha matado** más juventudes que las guerras civiles, porque no se ha fundado sobre el espíritu de la solidaridad para una común tarea de creación, sino sobre un principio de seguridad para la libre expansión de los apetitos individuales. No es una paz de construcción nacional, sino de fácil enriquecimiento de casta, no es una paz como medio político sino como mercado. Por ésto, creo—como convicción íntima que me ha dejado el análisis humano de nuestra historia—que las grandes generaciones colombianas, las de mayor capacidad constructiva, más alto poder de sacrificio y más profundo sentido nacional, han sido las formadas en las universidades de las guerras civiles: la generación heroica de la independencia, que aprende a crear por medio de la fuerza y ya luego no puede libertarse de su fatum; la generación romántica liberal que es antítesis de la anterior y que pretende crear por medio de la simple fuerza moral de la ley; la nueva generación heroica que

surge al acartonarse el liberalismo en el poder y ser desplazado por un golpe de Estado—el de Núñez—que tiene que plantear la defensa de la libertad en la lucha armada; y la nueva generación romántica liberal—la del Centenario—que por reacción simplista frente al espíritu de las guerras civiles crea el felichismo por la paz. Son en síntesis dos ciclos de generaciones que se repiten, como generaciones con función de estructura o de eje: la generación de la guerra civil y la que no puede llamarse de la paz sino de la anti-guerra; la que se forma en el empleo de la fuerza y la que está convencida de que todos los problemas son problemas de reforma constitucional o de modos de elaboración de la ley. Entre estos grandes jalones sólo existen causas y apéndices, generaciones incoloras, sueltas y deleznable, sin fuerzas externas que les hayan creado la necesidad de la cohesión o sin dramas que las hayan hecho permeables y convertido en vasos comunicantes. Estas generaciones satélites han tenido generalmente un opaco destino: el de servir de intermediarias históricas, el de mantener una psicología oscilante e impersonal o el de no tener más oficio que el de materia de expresión de otros. Son generaciones sin voz propia, cuya inteligencia vive en función de secretaria, incapaces de emprender obras políticas por su propia cuenta.

#### 4.—Las generaciones de la guerra civil.

Al examinar los hombres que dirigieron al país en el siglo XIX—sobre todo los que sirven de jalones a un ciclo completo de nuestra historia, el que va de una guerra a una constitución— hallamos en casi todos un sentido profundo y vital de nación. Contrasta este sentido unitario y vivo con la concepción vacía, helada y abstracta que tienen de la nación las generaciones apreciadas bajo la influencia de la generación del Centenario: en el primer caso advertimos la presencia física de una geografía y de un pueblo, la noción real y directa de patria; en el segundo ca-

so la nación es un concepto verbalista y retórico. Este contraste entre las maneras de **comprender** la nación dos siglos—el XIX y el XX—es aún más violento si se recuerda que nuestro siglo XIX sólo dispone de un patrimonio de obstáculos que mantienen el país descuartizado en pequeños islotes locales: ni vías, ni comunicaciones que neutralicen una estructura geográfica monumental y aislante. El siglo XIX —pese a su pequeña trama de ferrocarriles de un poco más de 300 kilómetros cuadrados— vive a la fuerza bajo el imperio de las grandes distancias y por contrapartida, dentro de un invulnerable encerramiento regional. Cada islote geográfico —la cuenca del río, el altiplano, el valle— tiene que soportar un estado permanente de sitio. De otra parte, tanto por el carácter rudimentario del Estado (que no le permite organizar un conocimiento científico), como por el arraigo de las orientaciones pseudo-metafísicas de la Colonia, el país sólo puede ser **conocido** por la vía de la intuición o por la vía del contacto directo.

La historia de las guerras civiles—iniciada con la Independencia— es la historia de ese contacto directo, de esa convivencia íntima con la geografía y el pueblo. La guerra civil rompió el bloqueo que hacía de la **vida local** una verdadera isla amurallada, fuera de los valores nacionales de tiempo y espacio.

El guerrillero no es un turista ni un comerciante, sino un político: anda y desanda los ríos, las pampas y las cordilleras, haciéndose un nudo ciego con el medio geográfico, para convertirse en su conciencia íntima. Así vemos aparecer en todas partes la oleada de guerrillas: la que tiene su raíz en 1781, con la Revolución de los Comuneros—que adquiere cuerpo en 1810 y extiende su área de influencia hasta 1902. Desde Galán hasta Uribe o Tulio Varón, el guerrillero elabora su conciencia política después de vivir la vida de su pueblo y de pisar su propio terreno: en él se expresa el pueblo naturalmente, como con su propia voz.

La guerra civil no ha sido sólo el campo de batalla: ésta es la parte más vistosa de su escenario, inclusive la de

mayor trascendencia militar, pero no la de importancia social más grande.

La guerra civil ha sido el emulsionamiento de pueblos, la ruptura del aislamiento local, la comunidad de vida, el diálogo entre los conductores y los hombres anónimos de la ciudad y del campo, el vínculo de continuidad entre regiones amuralladas y discontinuas, el conocimiento humano y comprensivo, la convivencia fraternal en los sacrificios y la instauración de una democracia —por cierto nómada y provisional— basada sobre méritos individuales, manteniéndose en entredicho la clasificación social por la riqueza. Bien es cierto que las guerras civiles —que forman naturalmente una concepción viva de patria— llevan también, al final, como en los tiempos de la conquista, a los grandes repartos de tierras entre los conductores afortunados: la distribución del botín territorial, crea intereses para neutralizar las nociones y los ideales adquiridos en la universidad de la guerra.

De dónde extrae Bolívar su concepción política sino de esta comunidad que se establece al convivir con todos los pueblos y al tener que andar de Caracas a Lima, de Panamá a San Francisco de Apure, dejándose envolver por esta densa trama de caseríos, desiertos, llanuras, bosques y cordilleras a esa cámara lenta que es el trote de un caballo? De dónde sale la ciencia viva de Caldas sino de esas dilatadas peregrinaciones de las montañas de Loja a los valles hondos del Magdalena? Cómo se forma Santander sino en la tarca de sacar ejércitos de la nada, acumulando raciones y hombres en los cuatro puntos cardinales de un país que no se oía de un pueblo a otro? Y cómo se elabora la conciencia de los generales analfabetos? Y cómo surge el sentido nacional de los filósofos como Muriello Toro o Rafael Núñez? Todas estas generaciones—románticas a su modo— están ligadas por el mismo destino, por la presencia de unos mismos hechos y unas mismas necesidades: son parte de una misma familia política que conoció la historia de su país porque participó en ella y ad-

quirió su noción geográfica porque estuvo presente en sus laberintos interiores y en sus límites de mar, bosque y cordillera. Esta familia política comprende los más disímiles valores —caudillos liberales como López o inquisitoriales como Julio Arboleda, y justamente lo que más sirve para reunirla en la historia es lo que más la desunió en su época de turno: los odios y los ideales.

Esta **concepción directa** de la patria no podía llevar sino a ese mesianismo activo que cubre el siglo XIX, que comprende una tendencia simultánea de creación y destrucción de mitos. Este es el principal resorte de ese romanticismo que hacía por igual guerras y constituciones utópicas y que murió por obra de dos espíritus coaligados: el del régimen teocrático que enclaustra el país desde el Concordato de 1887 y el de la Generación del Centenario que vacía el concepto de nación y le transmite una muerta sustancia retórica. Así quedan emparejados en pleno siglo XX los últimos representantes de esta escuela apasionada y vitalista, que dirigía guerras y gobiernos intuitivamente: Rafael Uribe y Rafael Reyes.

### 5.—La generación del centenario

La generación del Centenario siendo la más impersonal (1) es la generación más personal de nuestro siglo XX, la más identificada en los ideales y en las maneras, en la oratoria y en los trucos. Se alimentó de hechos —las últimas guerras civiles y la dictadura constitucional de Reyes— y de una filosofía de segunda mano: la de José Enrique Rodó y de quienes revivieron la teoría del Estado neutral. A más de eso, en la generación del centenario hizo crisis la infección greco-latina, esto es, la idolatría por las grandes frases y las grandes portadas. Catón regresó a nuestra historia como un ideal de teatro. Y así como a fines del XIX España nos reconquista con los Pontífices de la Real Academia, después de 1910 lo hace a través de los liberales del Ateneo.

La expresión política de esta Generación es el Partido Republicano, que pese al purismo de su doctrina —la expuesta por Eastman, Restrepo, Santos, Olaya— se convierte a la larga en un punto burocrático de coincidencia de los dos partidos, en una nueva denominación del sistema tradicional de las coaliciones (cuyo principal objeto ha sido la modificación de los turnos de gobierno). El fracaso del Partido Republicano vino a demostrar que el progreso de la democracia no es efecto de los juegos verbales, sino de una transformación de la economía y del orden social. En un país de grandes señores de la tierra y de peones y artesanos, de un parlamento familiar y hereditario, pensar en la transformación por medio del Estado neutral —“algodón entre los dos vidrios”— era simplemente permitir que continuase el drama oculto de la nación detrás de una filosofía puritana, nacionalista y barroca.

La generación del centenario abre un boquete ideal en las murallas con que el régimen teocrático cerca al país, para estar seguro de su incomunicación e incontaminación espiritual: es realmente el único conducto que nos liga al mundo exterior y que permite enfrentarse a la ciega dictadura del dogma. La generación es un instrumento de desinfección espiritual y aún algo más: la iniciación de un tono amable en la vida política y en la filosofía —tan impregnada de humanismo— cuando el país vivía encogido en su claustro colonial. Por eso la llegada de los filósofos rodonianos en 1910 tenía cierta semejanza de fondo con la llegada de los filósofos roussonianos a fines del siglo XVIII: sobre todo importa el contraste entre los mitos amables de la sociedad natural o el Estado sin clase y sin partido y el tono rígido y colonial de la vida.

Los hombres representativos del centenario son los abanderados de “la paz por la paz”, pero su escuela también ha sido la guerra civil: su doctrina de política sin beligerancia, de pugna apolítica de ideas, es una creación en-

teramente artificial y abstracta: de ahí su expresión ampulosa, huera y retórica. Sin embargo, sería ingenuo creer que la lucha por la paz no era la consigna más constructiva de principios del siglo: pero su fuerza era tan grande y su necesidad tan irrotable, que siempre se pensó que bastaba hacer la paz para que la construcción social se realizase espontánea y automáticamente. Así como medio siglo antes se creía en que la única condición de existencia de la libertad era el ausentismo o marginamiento del Estado, en la post-guerra se planteaba como única condición del progreso nacional la extinción de la guerra. Según esto, la paz era por sí misma un mecanismo de construcción. Esta consigna política era una expresión tan exacta de romanticismo como la del "arte por el arte". Pero a partir de entonces el concepto de nación fué ya un concepto de gabinete, abstracto y sin sentido vital, a pesar de nuestras fuentes científicas de información, de nuestros correos, de nuestros medios de neutralizar las más grandes distancias.

#### 6.—La literatura social del siglo XIX

Las guerras aventan las nuevas y viejas generaciones a las zonas más intrincadas e inaccesibles de la geografía tropical. Para este espíritu sin miedo del siglo, no existen las áreas muertas o los sitios inquebrantables: la Amazonía, los llanos del oriente, el Darién, las selvas del Opón, los ríos perdidos o los caños y afluentes del Magdalena—el río madre—son cruzados casi al azar. Esta presencia de ánimo sólo es comparable a la de quienes—cerca de cuatro siglos antes—realizaron la empresa de los descubrimientos. El país estaba descuartizado en pequeños lotes, pero sus pueblos minúsculos que se trasladaban con bestias y mujeres a los sitios más distantes (ya que los ejércitos carecían de una neta fisonomía militar) llevaban en sí un país unitario y ligado por una misma conciencia. En un mundo de miasmas, despoblado y sin rutas, nadie conoció los obstáculos: Bolívar cruzó el páramo de Pisba con un

ejército de llaneros; Páez pudo manejar tropas entre los fangosos esteros del llano; Santander hizo su cuartel general en los miles de kilómetros de la hoya del Meta; Mosquera pudo escribir su geografía casi recorriendo de memoria los caminos de sus invasiones y sus batallas; Obando cosió con su tropa de lanzadera el mortífero valle del Patía; Julio Arboleda se movió ágilmente por las altas montañas de Berruccos al Guaytarilla; José Hilario López ligó casi los valles de Popayán y los de Timaná y La Plata—al otro lado del bloque andino—de tanto franquear la cordillera sin caminos; Rafael Uribe—derrotado en Santander—condujo su tropa por un bosque inverosímil hasta ganar el río liberador del Magdalena. Por los ríos del Chocó aparece el Almirante José Padilla, José M. Córdoba por las tajantes montañas de Antioquia, el negro Marín por los desfiladeros del Cauca, Tulio Varón por el llano reseco del Tolima, el indio Yajimbo por los vericuetos de Tierra Adentro: estos son los generales que salen de la entraña del pueblo—porque las guerrillas nivelan lo blanco, lo negro y lo cobrizo—que han aprendido instintivamente—dentro del curso normal de la vida—a manejar el suelo como una fuente de recursos o como un arma de la guerra; su táctica militar se deriva de su compenetración natural e íntima con las fuerzas naturales. Casi todos los generales de esa guerra civil que dura el siglo XIX—con paréntesis para discutir derecho constitucional, filosofía política y códigos civiles o dogmas religiosos—tienen un sentido de orientación propio de animales migratorios: vienen de la Guajira al Arauca, pasan los grandes ríos del Llano y regresan por el Putumayo al Valle de Neiva. Las guerras civiles—que son en el fondo grandes migraciones en pequeños lotes humanos, casi un proceso de transfusión demográfica—tienen una movilidad de escenarios: de la costa van al Caquetá, de los Llanos a los ríos costeros del Cauca grande, del Andágueda saltan al Cauca o al Meta, el río que acerca el llano a la cordillera.

Por presión directa despueblan regiones enteras como la de Santander, por presión indirecta pueblan toda la hoya de un río, como la del Cauca.

En esta atmósfera del siglo XIX, la burocracia administrativa que atiende las relaciones exteriores, el tesoro, los estancos, la contabilidad y la justicia, reside en Santa Fe de Bogotá, pero las verdaderas fuerzas de dirección del país hacen vida de gobierno nómada, defendiendo una constitución hecha o una constitución por hacer: toda revolución lleva su equipo de filósofos, que elaboran indistintamente proyectos de ley o reglamentos de hacienda. Por eso nunca las revoluciones están al margen de la ley.

Así aprenden a gobernar nuestros hombres, medio militares y medio civiles, sin que logre establecerse una neta especialización para la paz o la guerra, para el cuartel o para el doctorado. Y tras de estos gobiernos o estos mandatos en transhumancia, iban todos los ciudadanos que se iniciaban en la vida política: así lo hicieron desde el principio hasta el fin del siglo. Letrados o analfabetos, no ingresaban al mundo de la política por demostraciones de eficiencia en la práctica electoral (por cuanto el **voto universal** no podía existir ni para la décima parte de los ciudadanos) sino por esta honda convivencia con el país, haciendo su vida y participando obligadamente de sus sacrificios. Aún los estadistas más letrados, tienen que pasar por esta que bien cabe llamar "escuela activa y democrática", usando la expresión de Caldas en su Discurso sobre la Educación en el Seminario del Nuevo Reyno de Granada: este puede señalarse como el origen del **sentido social** que distingue el pensamiento del siglo XIX. Esta clave histórica nos explica la concepción socialista de Núñez al fundamentar la Desamortización de Bienes de Manos Muertas, como política destinada a romper el orden de privilegios territoriales y "dar la tierra a los que trabajan y hacen producir"; o la doctrina social agraria de Murillo Toro, basada en el reconocimiento del derecho a la tierra en función de las obligaciones sociales cumplidas por el propietario; o la doctrina

jurídico-social de Aníbal Galindo, tendiente a desplazar el título inscrito como base exclusiva del derecho de propiedad y a reconocer los derechos que emanan de la actividad económica y el trabajo; o la concepción social que del liberalismo tiene Rafael Uribe.

Esta vida política de exploración y reconocimiento de un país sin unidad, desarticulado en muchos países (retraídos en su personalidad geográfica, en sus tipos de economía, en su cultura, en sus hábitos y en sus formas de expresión literaria o lingüística) si no logra elaborar una **ciencia social** (por la dificultad de improvisar orientaciones y de entregarse a la investigación científica) crea una literatura social hasta hoy no superada: la literatura de los viajes de exploración y descubrimiento. Ese es el carácter esencial de la obra que realizan —por intuición y por experiencia— los grandes maestros del siglo XIX, obra que a pesar de su dispersión e irregularidad es más orgánica y unitaria que la de nuestros artistas, científicos y literatos del siglo XX.

#### 7.—La obra social de nuestro siglo XIX.

No se trata —desde luego— de un balance general de la economía y la cultura en el siglo XIX, sino de un planteamiento en cuanto al **carácter** del siglo XIX, considerado como marco en la historia de tres grandes generaciones reducidas a un común denominador. Y en este caso se plantea el que, no obstante la permanencia del orden colonial dentro de la República, es evidente el carácter social de la literatura, como obra de la compenetración de un hombre con una naturaleza y un pueblo, o más exactamente, con muchas naturalezas y muchos pueblos. No de otra manera se explica el que, a pesar de la dictadura de los caudillos o substitutos de los encomenderos regionales (dictadura encubierta por la trama de leyes y la simulación de un orden parlamentario) y a pesar del federalismo absolutista que repartía el país en Estados Soberanos para

que la aristocracia territorial ejerciese unilateralmente y sin contrapeso esa soberanía, permaneciese vivo el sentido de la **unidad colombiana**. Donde todo estaba roto por los intereses de pequeños países enclaustrados en sus feudos, lo unitario residía en el **sentido** de los hombres dirigentes, formados no en la **vida local** sino en la vida de todo el país colombiano, no en la porción sino en la unidad, no en la parte sino en el todo. Esta noción del **todo** en un país sin unidad real —ni cultural ni económica— es de que no podía ser suministrado por las universidades o las instituciones académicas, sino por la **obligación del contacto directo**: sin la presión de la guerra civil no hubiera podido existir en el siglo XIX **conciencias nacionales**, concepciones unitarias de la nación. En este sentido bien cabe afirmar que la guerra civil fue la principal herramienta política que —si no logró crear una nación orgánica, por falta de claridad en los objetivos— evitó la dispersión nacional.

De ahí que el burócrata sedentario que se mantiene al margen de la guerra —aún dentro de ella misma— no puede tener la nación colombiana un concepto **vivo**, porque está aprisionado en el estrecho horizonte de los intereses locales: la nación —desde su punto de vista— es sólo una multiplicación aritmética de regiones e intereses locales; nada hay que pueda suministrarle una visión total o una noción viva del conjunto.

Las Memorias oficiales de la generación de independencia —las de Zea, Castillo y Rada, Francisco Soto, Santander, Mosquera, etc. se inspiran en esa concepción directa. Lo mismo se advierte en historia de la revolución como la escrita por José Manuel Restrepo o por quienes —como él— tenían primero que hacerla para escribirla: lo fundamental de esta historia —como documento— no es lo que tiene de transcripción notarial de hechos (según la concepción académica) sino lo que tiene de expresión personal, de forma individual de absorción de grandes experiencias y pasiones sociales. En Restrepo —para citar al clásico de la historia revolucionaria de principios del si-

glo— no busco la fidelidad al detalle sino la concepción, que es en el fondo el aprovechamiento de una imponderable capitalización: la de las experiencias de un pueblo con el que se ha vivido. De ahí que para hacer una historia como esa que se escribió en la guerra de independencia, se necesitará **crear** otra guerra de independencia: los historiadores vendrán naturalmente con ella.

La concepción unitaria de Bolívar es tan completa como su conocimiento geográfico y social de la Nueva Granada, Ecuador y Venezuela: por eso nadie como él —en la historia del Continente— ha planeado las guerras con una más clara conciencia política. Bolívar no se pierde en el episodio, porque no es sólo un buen artesano de la guerra, sino un verdadero político de la guerra: en el lapso de las guerras libertadoras —viniendo a libertar la Nueva Granada, huyendo a Jamaica o elaborando la Constitución de Bolivia— nunca pierde estos objetivos fundamentales que en lo **militar** es la **independencia** pero en lo político es la **integración**.

En más de un siglo de vida independiente no se ha logrado superar —como concepción social, no como estudio sistemático— en Ensayo sobre las Revoluciones Políticas Colombianas de José M. Samper, escrito cuando todavía se respiraba la atmósfera de la guerra de Independencia, cuando carecían de importancia científica las fuentes de información y cuando para filosofar sobre la historia de Colombia era menester haberla recorrido muchas veces. Será difícil aumentar o corregir lo que Samper dijo sobre el carácter de los partidos, sobre la constitución real del Estado, sobre la orientación fetichista de la religión, sobre el juego de ciertos grupos sociales. Al lado de José M. está Miguel Samper, economista salido de los mercados móviles del río Magdalena, cuya vida es una lucha constante por la libertad económica (en estado de sitio por las barreras de aduana y los monopolios) y la libertad social (anulada por los sistemas coloniales de reclutamiento, el uso del trabajo personal subsidiario en los campos y obras

públicas, los cacicazgos de los grandes hacendados) no obstante el liberalismo acendrado que se manifiesta en su obra periodística (recogida en los Escritos Político-Económicos). En el caso de Miguel Samper mejor que en el de ningún otro puede advertirse que sólo cuando el liberalismo se *socializa* —en el sentido estricto de aclimatamiento social— puede hacer un aporte efectivo en la tarea de construcción colectiva.

Manuel Ancizar vierte sus experiencias geográficas y humanas en Peregrinaciones de Alpha, descripción de la vida natural y social en zonas inexploradas de la cordillera del Oriente. Camacho Roldán escribe sus Notas de Viaje, realizando un estudio comparado de nuestra economía y nuestro sistema de transportes con los de Estados Unidos. Felipe Pérez elabora una geografía monumental de los Estados Unidos de Colombia, en la que es importante la contribución personal y el esfuerzo de síntesis, más que el alarde de exactitud informativa. Aníbal Galindo el iniciador de la Estadística Nacional— aparte de su obra puramente general como la Teoría de los Bancos, emprendió estudios como Apuntamientos para la historia económica y fiscal del país, limitaciones de dominio y adjudicación de tierras baldías y la polémica sobre Ferrocarriles Colombianos sostenida con Salvador Camacho. Vergara y Velasco escribe una Geografía de Colombia que a pesar de su barroquismo y la “retórica estadística” (expresión de la fantasía en cifras, por tomar literalmente el apotegma de la “elocuencia de los números”) vale como documento de una concepción geográfica y social. La transhumancia de la vida política hace de todos un poco geógrafos, sociólogos y economistas, aunque sin posibilidades de realización de una obra orgánica, porque no hay tiempo, ni elementos, ni mercado: los civiles y los militares rivalizan en esta tarea de creación de una literatura geográfica y económica.

Francisco José de Caldas es un naturalista y un astrónomo: pero su participación activa en la guerra civil de Independencia —como teniente coronel de ingenieros—

demuestra que no era un sabio de gabinete sino una conciencia del pueblo granadino. En Caldas remata y culmina la tradición geográfica representada por los misioneros exploradores del siglo XVIII: el P. José Gumilla, autor del *Orinoco Ilustrado*, el P. José Cassani, de las Misiones del Llano oriental y el P. Manuel Rodríguez, de las regiones amazónicas. Pero el sentido racionalista de Caldas lo hace avanzar al terreno de la antropogeografía, sirviendo de eslabón entre la vieja geografía descriptiva —insegura y carente de una fisonomía científica— y la geografía moderna. Sus exploraciones forman en él una conciencia geográfica, una visión unitaria de su país expresada en “Estado de la Geografía del Virreynato de Santafé de Bogotá, en relación con la economía y el comercio” —publicado en 1808 en el *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*— y en su *Discurso sobre la Educación*. El ensayo “Del influjo del clima sobre los seres organizados”, concepción sistemática expuesta mucho antes de editarse la obra de Humboldt y de aparecer Federico Ratzel, muestran a Caldas como un precursor de la geografía social. Sus documentos de la geografía nacional, de su economía y de sus problemas sociales son comparables cualitativamente a ensayos fundamentales de Humboldt, como *Viajes por las Regiones Equinoxiales del Nuevo Mundo* y *Ensayo Político sobre la Nueva España*: la diferencia estriba en que Humboldt era una condensación de cultura europea —avezada ya en la técnica de investigación y conocimiento— y Caldas una iniciación de cultura (empieza por construir los aparatos de observación y en el terreno de los principios, por “inventar la pólvora”); Humboldt era la ciencia adquirida por varios siglos de experimentación europea y Caldas la ciencia casi intuitiva; Humboldt podía obrar con plena independencia económica en sus investigaciones y Caldas estuvo circunscrito a su pequeño sueldo oficial.

Caldas recorre —con una fugaz interferencia y en un mundo geográfico más reducido— un camino paralelo al de su amigo Alejandro de Humboldt, formándose en la

misma escuela de exploraciones constantes, fuera de los gabinetes y los laboratorios y analizando desveladamente el problema de la naturaleza en función del hombre. Aunque de escasa bibliografía, Francisco José de Caldas es también —como el gran Humboldt— un precursor de la geografía moderna y de la sociología americana.

El fin de siglo es la culminación de esta tendencia de conocimiento social: los problemas de crédito, monedas, precios, mercados, transportes, consumos, son analizados por los Calderón, Jorge Holguín, Mariano Tanco, Manuel Ancizar, Justo Arosemena, Antonio José Uribe, dejando obras documentales como *El Problema de la Moneda en Colombia*, *Regulación del Sistema Monetario*, *Teoría de la Moneda*, *Crédito*, *Moneda y Bancos*. Este contagio por lo social invade hasta las academias de gramáticos: Carlos Martínez Silva, Abadía Méndez, Caro, participan activamente de los grandes debates económicos. Pero es fácil advertir que esta tendencia social de fin de siglo rehuye los planteamientos vitales, se despoja de "ideología" y esconde su repugnancia por el análisis de la constitución social del país dando proporciones exageradas de "gran problema nacional" a la cuestión monetaria. En este sentido, se llegó al imperio del formalismo económico, concentrándose la atención analítica en la superficie del mercado, nó en los problemas orgánicos de la economía nacional.

Ninguno de los estadistas liberales de fin de siglo —no juzgando por la accidental matrícula de partido sino por las tendencias filosóficas— llega a planteamientos sociales más avanzados, que Rafael Núñez, no obstante las contradicciones que abundan en su obra, como la de estar al lado de una tesis materialista —la de que la política está determinada por la economía— la providencialista de Bossuet de que "el verdadero motor de las evoluciones sociales no es sino el Supremo Autor de lo creado, que continúa por medio de ellas impulsando su misteriosa obra". Estas contradicciones que no se advierten en estudios orgánicos como *Ensayos de Crítica Social* o en las motivaciones de la

reforma económico—fiscal de 1861—62— son manifiestas en una colección de artículos como La Reforma Política en Colombia, entre los que hay expresiones sinceras de pensamiento y simples concesiones tácticas. Desde luego ahí está más la experiencia que representa Núñez en la historia nacional: la del sacrificio de la doctrina por la táctica, de la filosofía por el juego político.

La minería de Antioquia —formada en la tarea transhumante del catco o en la no menos provisional de extracción de minerales— da al país la colonización de la cordillera central hasta la hoya del Quindío por migraciones sucesivas de campesinos y barehuceros que no tienen otra brújula para guiarse que los ríos auríferos y las tierras de sembradura. Allí se realiza en paz la transfusión humana que en el Oriente, en la Costa o en el Cauca Grande tiene que hacer la guerra. Los pueblos toman —por fuerza de gravedad— las hoyas, los boquetes de la cordillera, las vías geográficas: así llegan a Salamina, Manizales, Pereira, se desbordan por el Quindío y siguen —tomando el mismo nivel natural —el río Barragán hasta Caicedonia y Sevilla; o así reconquistan la zona abandonada de Pensilvania, Samaná y Victoria, la antigua sede de minería colonial, en el propio valle del Magdalena; o así rebasan la cordillera occidental y bajan por el río Juan —lo mismo que cuatro siglos antes los conquistadores— en busca de oro. Y con estas grandes masas migratorias, da una escuela de geógrafos, economistas, literatos y mineros, formados todos en los ríos de aluviones auríferos, en los socavones o en la "guaquería": a esa escuela pertenecen Camilo A. Echeverri y Manuel Uribe Angel, quienes escriben sus estudios industriales sobre la minería antioqueña en 1856 y la Geografía del Estado Soberano de Antioquia (Uribe Angel); Vivente Restrepo —historiador y metalúrgico— que elabora una Memoria sobre la Amonedación en la Nueva Granada y un denso Estudio sobre las Minas de Oro y Plata en Colombia, obra en la que se recogen las grandes experiencias mineras de la Colonia a través del conocimiento

directo y de la investigación de cronistas y archivos; Antonio José Restrepo, Eastman, Tomás Carrasquilla, Efe Gómez, Alejandro López. De la Antioquia patriarcal y campesina que se expresa en la poesía virgiliana de Gutiérrez González y Epifanio Mejía a la angustiada, nómada e insaciable buscadora de minas —naturales como el aluvión o la veta o hechizas como el “entierro” indígena— existe no sólo una inmensurable distancia económica, sino técnica en un país en el que la escasez de tierra agrícola no podía retener una población densa— comienza la nueva psicología de Antioquia, tan fantaseadora y tan práctica. Y así como en la Colonia el refranero popular halla el común denominador de la vida localista y cerrada diciendo que “todo mundo es Popayán”, con la imposición de la minería y la “dilatación nacional” de la población antioqueña que se realiza a fin de siglo —estrecha en su marco la cordillera abrupta— se pasa a decir que “todo el mundo es Antioquia”.

Pero donde este **espíritu** social del siglo XIX tiene que vencer mayores dificultades para expresarse, es en el terreno de la valorización de las culturas indígenas: porque ni sabe enjuiciar críticamente la Colonización española, ni posee elementos para un estudio sistemático del indio, en su pre-historia, en su historia colonial o en sus modos de existencia contemporáneas. Al mismo tiempo que permanece la mentalidad de Conquista frente al indio y la aristocracia continúa demostrando su pureza de sangre, se continúa juzgando la obra española en las Indias con el criterio unilateral y rencoroso que imperó en las “guerras libertadoras”. “Las plumas del siglo XIX —escribe Silvio Zavala en la Revista de Historia de América (Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, abril 1941)— en la mayoría de los casos, sólo trazaron una caricatura de ese pensamiento (el de España en las Indias) para avivar la lucha por la Independencia o algunas contiendas civiles posteriores”. Pero esta negativa reacción anti-española no condujo a una comprensión del indio —por

estudio de sus problemas sociales.— sino a una encontrada resurrección de cosas prehistóricas.

Pero entre el indigenismo arqueológico de Ezequiel Uricocchea o Vicente Restrepo y la reacción anti-española de Anibal Galindo o Felipe Pérez, se cuentan ensayos como los de Miguel y José M. Samper, en los que se estudia críticamente la sociedad colonial y las necesidades y formas de evolución social de los pueblos indígenas. De la exaltación fantástica por lo chibcha que suscita el cura Duquesne, al fin se llega a la comprensión de Miguel Triana, quien estudia (por cierto fantásticamente) las cuestiones de la cultura chibcha pre-colombiana en función de una población indígena sobreviviente.

Pero de todos modos se busca el “descubrimiento” y la afirmación, aunque sea **simplemente** negando o simplemente afirmando.

### 8.—La literatura social del siglo XIX

Toda nuestra historia en el siglo XIX muestra la necesidad vital de que el **individuo**, como valor aislado no existiese. Las guerras civiles y la lucha desproporcionada contra una naturaleza dura y monumental, hacían inevitable la fusión entre los hombres, la extensa y honda convivencia. Las grandes “individualidades” no pueden desprenderse de ese fondo compacto, sin deshumanizarlas o convertirlas en mitos o valores ficticios: es tan estrecho el contacto que nadie podría señalar la línea divisoria entre la personalidad social y la del individuo. En un escenario primitivo, el entrelazamiento de los hombres—presionados por la naturaleza aplastante y por el peligro de la guerra, en doble asedio—es casi un fenómeno de injerto biológico: el héroe de la guerra civil resume tanto la acción colectiva—en una “individualidad ficticia”—como el poeta anónimo que recoge las canciones impersonales del pueblo.

Por un prejuicio de formalismo liberal, nuestro procedimiento ha sido justamente el de realizar la **inversión**

de la historia, convirtiéndola en una acumulación de diseciones individuales. Pero esto que podría tener ciertos visos racionales en un continente en proceso de "individualización"—como el europeo de Carlyle—es en nuestra historia y en nuestro hogar geográfico una torpe y escueta mutilación. Dónde están los **hombres individuales** si Rosas es tan pueblo gaucho como Martín Fierro, y Páez es la sabiduría del peón del llano y el cura Morelos tiene los mismos perfiles de un vecindario mulato y mestizo, y Manuel Rodríguez, el chileno, no se distingue de sus montoneras?

Así como las generaciones del siglo XIX se van transmitiendo—por ósmosis, en las guerras o en los parlamentos un espíritu que es común a todas, los pueblos en lucha o en estado de entrega se van fusionando a sus héroes, sus poetas o sus líderes. De allí que el verdadero valor de la literatura del siglo XIX no podrá descubrirse mientras se le contemple como una expresión individual, como una adherencia biográfica de Julio Arboleda o Jorge Isaacs, de Núñez o Pombo, del general Bolívar o del abogado José Joaquín Ortiz. Cómo podríamos separar la literatura de la independencia—absorta en la guerra y en la pasión por la aventura y el descubrimiento—de la Guerra de la Independencia? Cómo aislar la poesía de Pombo o Núñez de ese escenario humano que es la época de las apasionadas luchas teológicas y de la pugna social entre el espíritu jacobino y el espíritu religioso? Cómo reducir "La María" a la estilización literaria de un conflicto personal de Jorge Isaacs, si toda la época estaba enferma de ese mismo conflicto? Cómo afirmar que Alvaro de Oyón—el poema de Julio Arboleda—es sólo una proyección novelesca de Alvaro de Oyón —el rebelde contra el Rey— o de Julio Arboleda —el rebelde contra la República?

Esta mixtificación de la literatura del siglo pasado tiene como origen el narcisismo literario, la preocupación fetichista por los valores externos o gramaticales y el desconocimiento de la vida en el siglo XIX. Es que Julio Arboleda o Jorge Isaacs —para citar dos altas cifras del ro-

martirismo, épico y lírico— no participaron totalmente, sin reservas, de las grandes luchas de su tiempo, no fueron contagiados y sacudidos por los sismos políticos, no sufrieron muchas veces una **muda de alma**? Es que quien vive en muchas vidas puede sustraerse al proceso de la recreación? Las obras literarias trascendentales —como La María o Alvaro de Oyón— son un resumen de experiencia vital, una revelación de los valores sociales que se han acumulado en los cauces de un individuo: Julio Arboleda es inquisidor y guerrillero, tiene la fe y el odio, conoce igualmente la autoridad y la rebeldía —anverso y reverso de una misma medalla— accecha y es perseguido, reza con piedad y fusila implacablemente, es decir, revive en su corazón y en su conciencia el estado de alma de la Conquista y ese trasvasamiento da origen a un poema de apariencia autobiográfica: en ello reside su valor social o su trascendencia humana. Y quién es Jorge Isaacs? Trashumante, llevado y traído por la guerra, por la pasión del gobierno o la pasión de los descubrimientos; combate en los Chancos y luego se pierde en el Valledupar —guiado por un indomable instinto de constructor— en busca de yacimientos carboníferos: sirve de puente u “hombre de contacto” entre la vieja empresa señorial —que mantiene intacta su fisonomía de dos siglos— y la nueva empresa capitalista, en el período de la aventura; se entrega a la guerra civil como un héroe romántico de Chateaubriand y nó a la manera de los sádicos caballeros españoles; y es proclamado Presidente del Estado de Antioquia en 1878 por un levantamiento del pueblo armado que realiza—sin saberlo—una revolución social y un golpe de Estado, con su consigna “viva el radicalismo” “abajo los ricos!” vive la exaltación de la época que nace—en Colombia y en toda la América—pero también la añoranza y la melancolía ingenua de la época que se muere, con sus mitos señoriales y sus emociones caballerescas. En esto reside la **universalidad americana** de esta novela romántica: en que expresa el entrelazamiento y el conflicto de dos épocas y en que—por reacción de

inconforme—vuelve los ojos atrás como el Quijote, para situar la Edad de Oro en el tiempo que fué. Y esto es—en esencia—el momento de Isaacs: nó el salto adelante, sino la visión hacia atrás; nó la intuición, sino el recuerdo; nó la decisión radical de ser nuevo sino el dulce placer de refugiarse en un mundo viejo.

En este cuadro de la literatura social—o como expresión social—ocupa Antioquia el lugar que es la antítesis del antiguo Cauca—país de feudos señoriales—por cuanto la montaña creó una economía familiar, patriarcal y cerrada, agrupada en pequeños islotes cerca de los Reales de Minas: la voz de este pueblo campesino— a pesar de vivir en la corriente brutal de las minas—encarna en dos poetas eglógicos: Gregorio Gutiérrez González y Epifanio Mejía. Ambos son un pueblo crecido—en muchas vidas inalterables—con la emoción de los barbechos o de los caminos de arriería. Pero luego se **desenvuelve** la otra Antioquia, la antítesis de la que gobernaron Mon y Velarde y Francisco Silvestre—sobre el Cauca, el Nechí y el Porce, levantada y criada en el peligro de la selva o del socavón, amasada con las sangres que duran, la negra y la india. En el punto crucial está Tomás Carrasquilla—en medio de las nuevas corrientes que todo lo anegan pero hablando en lenguaje de viejo castellano—y como expresión de este desbordamiento social, un minero y taur: Efe Gómez. En la literatura de don Efe se halla—como en un pozo ácido—esta Antioquia nacida en la minería y la migración: fanática, desalmada, sin principio de estabilidad, movida por íntimas corrientes biológicas, llena de mitos y cada vez más próxima a su raíz animal: nadie lo ha dicho mejor que Pedro Nel Gómez, el retratista monumental del pueblo minero.

Sin pretender sentar juicio literario sobre la literatura costumbrista, como la de Díaz o Guarín, deseo mostrarla como una tendencia a la descripción simple y anecdótica de la vida social. Es una literatura sin otras pretensiones que las de fidelidad externa a maneras, tipos y lenguaje; su ideal no es revelar el espíritu de los pueblos sino reprodu-

tir como un espejo las formas sociales. El tipo del "costumbrista" es el de un pequeño espectador de la vida, al margen de las conmociones y sacrificios que lo ponen a uno en contacto "interior" con los pueblos: lógicamente, la "literatura de costumbres" ha sido la del hacendado patriarcal, la del pequeño burgués aislado en la aldea quieta e inmovible en su vida vegetativa, la del cura envejecido en la tranquila parroquia: es la literatura de José Manuel Marroquín, Eugenio Díaz, Tomás Rueda Vargas, José David Guarín. Para ella no cuenta el tiempo ni el espacio: es siempre la misma—como los romanos sociales en los que se desarrolla—sin mostrar edad ni experiencias, lo mismo en tiempos de Pedro Fermín y Vargas, el de Escenas de la Gleba que en los de El Moro o en los del último de los hacendados "orejones", don Tomás Rueda Vargas.

### 9.—La generación del Centenario

Mucho y poco se ha dicho sobre la generación del Centenario, porque la abundancia de literatura se ha compensado en su escasa densidad crítica. Prácticamente no han existido sino dos puntos de vista, identificados en su posición negativa; el de los apologeticos—que es naturalmente el juicio de la propia generación del Centenario—y el de los detractores. Las nuevas generaciones—la de post-guerra, la de "fin de régimen" y la actual—se han formado en la veneración fetichista por los "hombres del Centenario", como que han salido de sus escuelas o sus parlamentos y no han conocido otra fuente importante de cultura que sus bibliotecas, sus ensayos periodísticos y sus informes de Gobierno. Dentro o fuera del Estado, como régimen gubernamental o de oposición, el país se ha acostumbrado a su tono de vida, a sus verdades hechas, a su optimismo democrático y hasta a sus pequeñas audacias. Nuestras escuelas, nuestros textos, nuestros periódicos, nuestras academias,

han sido el vehículo de realización de la generación del Centenario; por su conducto le dieron al país un nuevo espíritu, no estoy seguro de que una nueva conciencia. Cuando llegó el régimen republicano de Olaya Herrera, en 1930, ya el país estaba viviendo en su órbita ideal, como que la sensibilidad "republicana" se había incorporado a nuestra Constitución en 1910 y había hecho vida social a través de una generación culta en maneras, respetuosa de la autoridad, insinuante y múltiple—con la más perfecta división del trabajo—solidaria y compacta. Si alguien quisiese determinar las características esenciales de la generación del Centenario, no vacilaría en escribir éstas:

- a)—sensibilidad "republicana", en el sentido específicamente colombiano de la palabra;
- b)—veneración por el principio de autoridad legítimamente constituida;
- c)—diversidad tan justa como si la Generación—reunida previamente en concilio—hubiese repartido estratégicamente las especializaciones;
- d)—solidaridad tan automática que con ella se realiza el principio de los vasos comunicantes: un hombre de ella en el Gobierno, en el semi-gobierno que es la prensa colaboracionista o en el anti-gobierno que es la prensa de oposición (los verdaderos generadores de la opinión pública) suponen una infiltración inevitable de los hombres más representativos de la generación, hacia la derecha o hacia la izquierda: las ganancias políticas se reparten automáticamente;
- e)—pasión parlamentaria, bien concibiendo el parlamento como un foro o como una tertulia;
- f)—concepción formalista de patria, como un "ente emocional" pero no como un organismo vivo, unitario y diverso.

Esta presencia colectiva, constante y universal de la Generación—la única que en el siglo XX tiene contornos

definidos y carácter preciso (no obstante su nebulosidad ideológica)—ha producido en las juventudes de hace 20 o 25 años una reacción servil o iconoclasta: en el primer caso, la expresión es la tendencia y la **asimilación**, a la pérdida de los derechos a una personalidad nueva, a la agregación simple y sin reservas, a la conversión en cauda; en el segundo caso la expresión es la hostilidad verbal, el uso engreído de la excomunión o de la caricatura, la exhibición ingenua y estéril de valor ante la fuerza incommovible de los valores consagrados y los mitos. Nuestra reacción contra la Generación del Centenario—como tutela invisible sobre el siglo XX fué tan enconada como fugaz: lo uno y lo otro se explican porque todos empezamos a verla como una Sociedad Anónima y llegamos a concluir que la más importante tarea de táctica política era penetrar a ella por la compra de sus acciones. Este es, en el fondo, el proceso de **incorporación** de las últimas generaciones a la del Centenario: es así como han adquirido una nueva carta de naturaleza política, una posibilidad de acción gubernamental, una estable posición de secretaría perpetua.

Cuáles son los materiales “plásticos” de esta generación republicana? Tres hechos de un desigual patetismo: la guerra de los mil días, la semi-dictadura del general Reyes y la separación de Panamá. La guerra de los mil días fué una guerra de agotamiento, elástica y sorpresiva, en la que intervinieron los más grandes caudillos militares formados en la propia escuela de la guerra civil—Uribe, Herrera, Reyes, González Valencia—, y que sólo pudo terminarse por consunción: su duración se explica porque ya no era una pequeña colisión de guerrillas locales y porque en ella operaba casi un siglo de experiencia en la conducción de la guerra. La separación de Panamá se realiza en un momento de desangre total, cuando el país puede encolerizarse pero no combatir: esta amargura impotente genera una concepción fraternalista y romántica. “La generación del Centenario—escribe Luis Eduardo Nieto Caballero—que comenzó a vivir intelectualmente cuando Colombia se

desgarró con la separación de Panamá, sintió esa angustia en carne viva, a flor de piel, y de ahí nos nació una adhesión honda a la patria". Es ésta, la más justa definición del origen de ese patriotismo lírico que nivela el espíritu de la generación: para quienes nacieron en la Primera Post Guerra—en una atmósfera de rectificación universal y de decadencia nacionalista—ese "patriotismo lírico" era una emoción vacua, gaseosa, de una hiperestesia verbal o—para usar la calificación despectiva de entonces—"veintejuliero".

La "dictadura" de Reyes fué un régimen de emergencia, en un país que todavía respiraba en la guerra: su carácter se deriva del propio orden de las cosas. La reacción pacifista trajo la historia contra cierta fusión de la jerarquía militar y política—como que los jefes de los partidos y del gobierno habían sido conductores de la guerra—sin ver el alcance de las conquistas reales (participación de la minoría en el parlamento, gobierno de fondo coalicionista, reconocimiento oficial de una necesidad de reforma, etc.): de la dictadura democrática de Reyes sólo se tomaba en cuenta lo que tenía de pequeña comedia de cuartel, pero nó sus objetivos de restablecimiento de un nuevo orden civil. Es dentro de esta "dictadura" que se fortalece el espíritu liberal de los partidos—el mismo que luego se cristaliza en a reforma constitucional de 1910—como no sucedió anteriormente dentro de los gobierno legalistas y democráticos, que llevaban en sí una oculta dictadura de casta.

De estos tres grandes hechos se derivan las tres condiciones peculiares de la Generación: su pacifismo ascendralo, su nacionalismo emocional y su purismo o formalismo democrático. Su pacifismo se basa sobre la teoría de que a paz es en sí, sin ninguna condición, un sistema de transformación y de gobierno; su nacionalismo no se expresa en un terreno de construcción real y orgánica sino en una literatura de cruzada, vaga y romántica, que enseña a amar la patria pero no a crearla; su formalismo democrático usca desveladamente la inmunidad de las instituciones legales y el tranquilo goce de los derechos, manteniendo an-

te la ley una veneración supersticiosa y siguiendo el precepto del general Santander: "Haced con la Constitución el bien, si el bien se dicta; pero si el mal, el mal se hará".

Con esta filosofía romántica nace en el Centenario de la Independencia—absorta en los actos de academia—la generación republicana, generosa en su mentalidad pero que nunca se ha sacrificado por el país, nacionalista en su espíritu pero vinculada a las castas y fácil a las concesiones, sincera en su vocación republicana pero que ha encubierto la existencia de tres simulaciones: la de nación, la de paz y la de democracia.

#### 10.—Generaciones de la crisis de la libertad

Con la Primera Guerra termina nuestra vida patriarcal, pero no comienza una vida adaptada a las nuevas condiciones del mundo. Los grandes cataclismos de la historia contemporánea —que al mismo tiempo, como las guerras y las crisis, son oportunidades revolucionarias para mantener el orden capitalista y perfeccionar la trama de su dirección y de sus leyes— sorprendieron a las generaciones nacidas a partir de la primera post-guerra con una mentalidad rodoniana, metafísica y monacal. Podían crear una atmósfera revolucionaria, pero no organizaciones y conciencia revolucionarias; podían enfrentar la juventud a todo el orden político o cultural, pero sin que esa actitud se plasmase en una insurgencia regular, metódica y constructiva. Y, naturalmente, toda fuerza ciega que se desata ayuda a destruir irregularmente y sin persistencia, pero es incapaz en definitiva de crear nada: aunque teóricamente sea constructiva, prácticamente es nihilista.

En este dramático periodo de crisis de la libertad, parcelado por guerras totales y crisis totales, se han formado tres generaciones incompletas, que no han logrado condensar y dar forma a su angustia y a sus planteamientos, que se han agitado ante los más grandes y vitales problemas y se han disuelto o desmoronado antes de adquirir una ma-

durez crítica, un nuevo estado de alma, una conformación de equipos capaces de imponer o estimular la revisión de los modos de vida:

1.—la generación de la primera post-guerra nacida bajo el signo internacional de la revolución, de la universalización de la vida humana y de la insurgencia romántica y humanista contra la guerra;

2.—la generación que presencia la crisis más orgánica del capitalismo, la que se inicia en las postrimerías de 1929, que se alimenta igualmente de mitos y denuncias, de sublimaciones sociales y de disección realista y brutal de los problemas humanos, y que oscila entre la violencia desorganizada de los ejércitos mendicantes de pueblos sin trabajo y la violencia organizada de los ejércitos fascistas;

3.—la generación que asiste —como un espectador de teatro— a la organización militar del mundo y al desencadenamiento de la guerra total.

### 11.—La generación de la primera post-guerra.

Una doble crisis acompaña el apareamiento de esta generación: la internacional —generada por el fin de la guerra, la incapacidad social del Estado, el desleimiento físico y espiritual de los pueblos y la atmósfera revolucionaria— y la crisis interna de los partidos y del Estado, en cuanto bases patriarcales de nuestra vida política.

Formada esta generación en una escuela metafísica y colonial —como la impuesta al país por un régimen teocrático basado en un total aislamiento y un sentido monástico de la vida— o en una pseudo-racionalista —como la inspirada en los ideales de la generación del Centenario— era incapaz de entender críticamente la guerra y la post-guerra, de explicarlas como hechos sociales y como experiencias. Resultaba así, por la fuerza de las cosas, la generación más impropia para vivir semejante historia: no podía adquirir sino una noción literaria de la guerra, la revolución y la crisis del Estado y el orden político. Pero su

incapacidad crítica ya que la capacidad no podía improvisarse y surgir de la nada o del absolutismo escolástico— no la hacía impermeable a las tremendas influencias del universo en descomposición, antes bien, la convertía en un campo cultural y psicológico sin defensas ante esas grandes fuerzas disociadoras y esos principios de infección enraizados en la patología de la guerra. Siendo una generación desarmada técnica y moralmente, su actitud era —ni más ni menos— la de un recipiente ideológico hecho para la aceptación pasiva y colonial de reacciones y dogmas. Lo que en la Europa de post-guerra se realizaba como drama, en nuestra Colombia virgiliana y monacal se repelía como comedia.

Aunque vivíamos a distancia del drama —más grande en el sentido histórico que espacial— carecíamos de una perspectiva para comprenderlo conceptual o emocionalmente, identificándonos con quicnes estaban encadenados a su ámbito, por una especie de accesión simple y mecánica. La distancia ni aumenta nuestro ángulo de visión ni disminuye nuestra miopía, explicándose el que, también para nosotros, copartícipes artificiales del drama, los árboles no dejasen ver el bosque.

Por estas causas, las juventudes —vinculadas colateralmente con fuerzas orientadoras como la revolución socialista de la URSS— no veían en todas las fuerzas sino impulsos sobrehumanos de negación y anarquía. Al romanticismo centenarista basado en la simple afirmación, opusieron el romanticismo basado en la simple negación y la actitud de protesta. Para esta deleznable generación de la primera post-guerra, las corrientes universales de la literatura, el arte, la política, la filosofía o las ciencias, no podían clasificarse racionalmente en negativas y positivas, en formalmente revolucionarias o reaccionarias, terminando por ser —unas y otras, indistintamente— fuerzas de confusiónismo ideológico, sordas e iconoclastas.

Dado el bajo nivel de cultura política, las ideas revolucionarias llegaron preferentemente por la vía de la lite-

ratura nihilista pre-revolucionaria —de Dostoiesky a Andreiev— y los textos marxistas de Lenin, Plejanov, Bujarin, Engels y Marx, se tomaron dogmáticamente, sin beneficio de inventario, con el mismo criterio absolutista y bíblico con que se habían tomado las obras del proselitismo católico, la literatura nacionalista de Daudet y Maurras, la teoría nietzscheana del super-hombre o los viejos dogmas librecambistas de Adam Smith y Juan Bautista Say. Sin la criba de la conciencia política, se volcaron sobre el país —o más exactamente, sobre sus zonas más ventiladas y abiertas a la inquietud del mundo— todas las manifestaciones expansivas del alma europea, detenidas por las empalizadas teocráticas de casi medio siglo, como una avalancha de fuerzas caóticas e indiferenciadas: se creó así un clima revolucionario, pero enteramente deletéreo e insubstancial, que no residía en ninguna parte, que no estaba confiado a ningún organismo ni poseía la más elemental técnica de expresión ni el más primario modo de asegurar la supervivencia: se produjo así —en la esfera del arte, de la literatura, de la política y de las ciencias— la conversión de los impulsos revolucionarios en tendencias difusas, sin contornos ideológicos estables, expresadas doctrinariamente en una nueva metafísica. La sensibilidad revolucionaria —sin una estructura conceptual— se convertía en un campo movedizo, en el que sólo cabían un nihilismo romántico, un marxismo formalista y hueco —que revestía con un nuevo vestuario idiomático, la antigua y cerrada lógica tomista— un socialismo místico tolstoiano o a la imagen y semejanza de Sacha Yeguleff. Expresión de esta época son Luis Tejada, el cronista que hace de la revolución una forma literaria de la bohemia y que en el propio marco de los periódicos liberales inicia el culto a Lenin; Germán Arciniegas, el agitador universitario y apóstol socialista de la primera época, que luego se refugia en una historia amable, irregular y optimista, inocua desde el punto de vista político; Jaime Barrera Parra, el ágil espíritu que absorbe y proyecta sobre el país la subversión de las formas clási-

cas literarias y da a la crónica y al relato un heterodoxo ritmo de jazz; Alberto Lleras, el más literario de los políticos, en el que reencarna la romanista y formal concepción de República del liberalismo "draconiano" del siglo XIX, individualista, amanerado y parlamentario; Fernando González, la fuerza escudriñadora e implacable en busca de sistema, que desemboca en una filosofía iconoclasta y sin cauces lógicos, destructora y creadora de mitos; Rafael Vásquez, marxista y puritano en la poesía, la que inflexiblemente mantiene dentro de la línea estética de Heredia y Mallarmé; León de Greiff, al que recoge —en cantos sinfónicos— la voz limpia y picaresca del pueblo antioqueño o la extraña inquietud de los vikingos nórdicos o el tremendo e invencible cansancio de los pueblos hartos de historia y de vida; Rafael Maya, el que en la ciudadela greco-latina de Popayán construye poemas con una técnica de arquitectura romana o gótica; Mario Carvajal, el que da a la poesía un abstracto sabor de alegato teológico; Luis Vidales, el orientador de la época heroica del partido comunista, que del estridentismo literario pasa al campo rígido del verso de clase y de éste al terreno cálido de la poesía popular.

Pero son dos voces poéticas —situadas en los extremos de la filosofía y de la lírica— las que expresan con mayor fidelidad las tendencias contradictorias de nuestro espíritu: las de Porfirio Barba Jacob y Gilberto Garrido, la una voz de angustia desencadenada, brazo rebelde de naufrago, y la otra voz filtrada y mística, que resuelve el problema de la angustia atándose a una hermética y apasionada concepción de Dios. En Barba Jacob la poesía exhibe la lucha desorbitada y trágica del hombre contra las corrientes adversas del mundo —síntesis emocional de la insurrección anarquista—; en Garrido, la poesía muestra al cristiano renunciamento del hombre a la lucha, encadenándose voluntariamente a sus sentimientos y a sus mitos, síntesis de la resurrección del espíritu monacal.

Esta antítesis en la poesía corresponde a dos formas contrarias de vida humana: la de un juglar demoníaco y trashumante, la de un río elemental que se amasa con el limo ardiente y levantisco de América, la de un líder que anima levantamientos y pierde muchas veces —como un heroico tahur— sus nuevas patrias, la de un hombre que lleva condensadas en el corazón las fuerzas contrarias del pueblo antioqueño, la que impulsa al nomadismo y la que presiona al arraigo, la que se guía por la fuerza de dispersión capitalista o la que señala la dirección ancestral del antiguo campo cristiano; y la del hombre que sostiene un sitio fijo y sereno en la vida, que se mantiene en el ámbito de un mundo patriarcal y sin sacudimientos, isla de paz impermeable en un universo de guerra. Porfirio no se limita a vivir su propia historia sino que anda en busca de la historia de los pueblos —por México, Honduras o Guatemala— y por un ciego impulso de angustia llega a ser —indistintamente— un héroe, un santo, un luchador de la libertad o un traidor a ella, una llama o un simple pozo de cieno; Gilberto Garrido es el espíritu inmutable del viejo Cauca, contemplativo en su órbita de haciendas señoriales, que se entrega sin tasa y rectamente, según los dogmas morales de hace tres siglos, y que reacciona ante el infortunio —que tiene que buscarle en su propia casa— dejándose inundar por la marca mística y por un lacerado ascetismo, como los caballeros cristianos de la antigua Nueva Granada.

Todos estos son —tan extraños y confusos— los ingredientes de la generación a la que tocó hacer el primer contacto con una historia universal de guerras y despedazamientos. Su papel es el de servir de vehículo a todas las corrientes en lucha —las de los pueblos, las de las clases, las de las naciones, mantenidas en las barricadas, en los parlamentos o en las academias— para que nuestro país —nuestro pobre país enclaustrado y simple— ingresase al nuevo escenario. Qué podía crear esta generación sin órbita, sin herramientas de análisis, impreparada para el

manejo de los grandes hechos y dentro de una patria mendicante pero sin angustias? De allí el que su fatum la redujera a la función de mover sin crear, de agitar sin transformar nada, sin intentar siquiera la realización de un nuevo ideal político, de una nueva concepción del arte, de un nuevo rumbo de la filosofía y de las ciencias sociales. Es por esto que la generación no logra vivir como todo compacto —articulado a la manera de la generación del Centenario— y su mentalidad subversiva se licua en la crónica intrascendente, en el ensayo político intrascendente, en la glosa marginal, en la literatura epistolar de las secretarías o en los grandes pero individuales esfuerzos de superación. Así nació y murió una generación que todavía está viva, emparedada entre el “mundo del Centenario” —tan ordenado en sus raciocinios abstractos, tan neutral y compuesto— y el “mundo de hoy”, tan fragmentado y unido por las fuerzas en lucha, tan descompuesto y tan lógico, tan dominado por los sentimientos contrarios de la angustia y de la esperanza.

Este medio histórico de la generación de la Primera Post Guerra, sirve de clave para explicar varios esenciales fenómenos de su proceso:

- 1.—el de una conservatización más rápida que el envejecimiento biológico;
- 2.—el de la conservación artificiosa de mitos revolucionarios;
- 3.— el del narcisismo contemplativo, cuando el país vive cada día más intensamente las tragedias del mercado y de la política universales;
- 4.— el de una plasticidad negativa, el convertirse en modo de expresión de otras generaciones y tan distantes históricamente como la del Centenario: careciendo de organismos o herramientas de creación, la incorporación a los mecanismos partidistas o académicos tradicionales no significaba que la generación los utilizase sino justamente lo contrario, que era utilizada por ellos.

## 12.—La generación de la crisis de 1930

La generación aparecida en un largo y dramático período de cinco años de crisis, a partir de 1930, se mueve en una atmósfera de contradicciones pero no confusionista, está dominada por grandes angustias—las del estado capitalista, las de los pueblos desarmados pero disputándose a dentelladas los silios de trabajo, las de un mercado en desmoronamiento, las de quienes diseñan un reajuste substancial del mundo—pero tiene direcciones realistas y exactas, a la izquierda y a la derecha. Es la crisis una escuela tan llena de experiencias y existen tan definidos sistemas de explicación y conocimiento, que nadie puede sustraerse a la elaboración de su propia conciencia. Nuestro momento no es de dispersión de fuerzas, sino de polarización extrema de ellas: de ahí el que la generación se viose impulsada al más crudo e insobornable realismo —en las ciencias, en el arte, la literatura o la política— y alejada de las antiguas situaciones extremas, el escepticismo o la parcialización optimista o pesimista. Todos resultan elementos excepcionales en esta escuela en la que cada quien se forma a sí mismo: la pesada saturación de los mercados y la quiebra del principio de que la economía puede guiarse espontáneamente por la ley del lucro individual; la influencia revolucionaria de millones de obreros sin trabajo; la crisis de la libertad política; el maduramiento de izquierdas y derechas, alineadas según su papel en contra o a favor del sistema; el crecimiento gigantesco de las organizaciones revolucionarias o reaccionarias y el perfeccionamiento de la técnica coactiva; la substitución de la política como arte por la política como ciencia de la movilización social y de las luchas —ofensivas y defensivas— entre naciones y clases; la dilatación del Estado, adaptándose a las nuevas funciones sociales, a las nuevas necesidades financieras y a los nuevos problemas técnicos; la acentuación del proselitismo; el triunfo de la planificación socialista —como nueva.

forma de manejo de la economía al servicio del hombre— y el apareamiento de una organización totalitaria de la nación y del Estado, como nueva forma de manejo militar de la economía al servicio de un ideal de conquista.

En esta atmósfera revolucionaria y reaccionaria —pero no iconoclasta, ni propicia a las simulaciones— se formó mi generación, alimentada con dogmas e incapaz de desmontarlos, pero animada por un acervo realismo: su tendencia inicial no fue sólo la de poseer una filosofía, una línea de conducta, un sistema de pensamiento o una dogmática, sino la de crear organizaciones y construir herramientas que respondiesen a esa nueva alindación ideológica. En rigor de verdad, fue nuestra generación —con Gerardo Molina, Gilberto Vieira, Lino Gil Jaramillo, José Jaramillo Giraldo, Juan Francisco Mújica, Gilberto Alzate Avendaño, Antonio García— la que dió al país las fronteras ideológicas de las nuevas épocas y la que revisó las imprecisas y móviles fronteras de las generaciones anteriores, circunstancialmente enmarcadas en partidos o facciones circunstanciales y gaseosos. Y de nuevo —como en 1910 (20 años de distancia con un siglo de diferencia mental)— la generación, en la izquierda o en la derecha, asumió posiciones integrales, en la política, en la filosofía o en el arte: pero a diferencia de 1910, la generación no se alindó con un criterio de sociedad anónima, ni se preocupó por determinar zonas de confluencia y “justo medio”, áreas “republicanas” destinadas al *status quo* y al armisticio burocrático. Nuestra generación logró poseer instrumentos críticos y organizaciones propias —revolucionarias y reaccionarias— para llevar a término sus ideales, por lo menos para tener donde luchar por ellos: tendrá en sus manos el poder, las palancas de comando, el tiempo que logre definirse una estrategia revolucionaria. Pero, mientras ésto suceda, no es fácil que sea un conjunto de funcionarios mendicantes o una voz de otros o una coalición involuntaria de creadores de caos. Ninguna generación ha tenido, como ésta, un sentido más constructivo de la lucha y un

más acendrado afán de evitar el esfuerzo estéril o el desperdicio de valores, en el terreno de la economía, de la sangre o de la cultura. Es Gilberto Vieira el modelador de los nuevos cauces del partido comunista, después de un heroico aprendizaje en las petroleras, en las haciendas, en las trilladoras, en las fábricas, en todos los sitios donde se agrupa el pueblo combatiente y donde nos dimos la mano la mayor parte de nosotros; es Gerardo Molina el que da una alta categoría intelectual al socialismo y lo define como fuerza actuante en el marco del orden tradicional y lleva al país un nuevo sentido del derecho social, el que condensa el espíritu de los sindicatos obreros; es Gilberto Alzate Avendaño el que da forma y rumbos al movimiento "nacionalista" —que si más que un idearium es una actitud y una fraseología—, proyecta sobre la nación colombiana la insurrección violenta del fascismo europeo y arrastra a las juventudes sin arraigo que se mantenían como cuerpos yacentes en los partidos tradicionales, pero en particular en el conservatismo, como partido dominado por la nostalgia de un destierro burocrático; es Juan Francisco Mújica el que —dentro del propio andamiaje acartonado de la Corte Suprema de Justicia— realiza una revolución jurídica y rectificadora —dura e inflexiblemente solitario— la línea del derecho tradicional en un país que adora la ley, el ceremonial y la exégesis, que tiene un sentido religioso del procedimiento y de la administración de justicia y que se ha hecho decapitar —en cientos de años— por respetar el "derecho adquirido"; es Francisco Gómez Pinzón el que suministra cauces fisiológicos al estudio de la psicología, enfrentándose al medio reaccionario —impentablemente católico o débilmente liberal— con las herramientas tomadas a su maestro Paylov; es Pedro Nel Gómez el que inicia y conforma una pintura monumental en la que se incorporan los pueblos de los ríos mineros o que transitan como ríos —con sus picos, su sensualidad, su matriarcado y sus animales domésticos— por las fisuras y los abiertos de las cordilleras, cargando sus mitos, su poder

cohesivo, sus impulsos biológicos, sus implacables enfermedades sacadas del filón del trópico, convirtiéndose así en el pintor de la América enfrentada desigualmente a la naturaleza, como Rivera es el pintor renacentista de la historia colonial de América, como Clemente Orozco lo es de la revolución americana —caótica, sin reglas, bárbara, emulsionamiento de caudillos y montoneras— o Portinari lo es del acoplamiento de la naturaleza y de las sangres, conquistadoras y conquistadas; es José Antonio Osorio Lizarazo el que —respondiendo a la voz homérica y continental de José Eustacio Rivera— da a la novelística colombiana una nueva fisonomía, nó porque haya aportado nuevas técnicas (que otros pudieron hacer aportes mayores, tomándolas escuetamente de Proust, Joyce, Andrejev, Pérez de Ayala, Lewis, Gold o Baroja, para citar desordenadamente valores disímiles) sino porque ha contribuido con la vida de nuestro propio pueblo, dura, profunda y llena de úlceras, descuvelta—al azar encima o debajo de la tierra; es Eduardo Zalamea el que—con un desapacible espíritu de Ulises—inicia los angustiados descubrimientos de pueblos y territorios mantenidos sordamente a la otra orilla de la nación, sumergiéndose en la vida del pueblo goajiro, entre el pastorco nómada, la pesquería de perlas y la extracción de sal marina; son Luis Alberto Acuña—el pintor del bosque y del pueblo indígena—; Carlos Correa, el buceador de mitos; Ramón Barba, el escultor que talla a nuestro pueblo en piedra y madera; Luis B. Ramos, el artista penetrado por el espíritu elemental de nuestro campo; Luis Eduardo Nieto Arteta, el que interpreta con un nuevo criterio la historia de nuestra economía y nuestra cultura; o Jorge Rojas y Arturo Camacho Ramírez que expresan, líricamente, están inmensas pero equilibradas pasiones que invaden y rebasan los límites de nuestro tiempo.

Por un lógico contraste, la generación surgida y formada en la crisis de la libertad, es la que edifica o trata de edificar un orden político o cultural en el que se asegure la libertad, como sistema de perfeccionamiento del hombre,

sometiendo a esclavitud científica los medios económicos y materiales que han de servir para lograr este objetivo socialista y humano. Es esta la generación que, en la escuela experimental de la crisis, aprendió los planteamientos vitales de la economía, las finanzas, la organización del Estado y de una concepción formalista y deshumanizada del derecho, la filosofía, la literatura y el arte, llegó a unas nuevas nociones, directas, unitarias y vivas.

### 13.—La generación de la guerra total

Pero a pesar de todas las luchas, de la demarcación y reajuste de fronteras, de la insurgencia de nuevas fuerzas con propósitos más o menos nitidamente delineados, de los grandes desajustes de los partidos tradicionales, del Estado y de las academias, de la crisis del orden parlamentario, de la revisión ideológica en el arte, la literatura y la ciencia, en nuestro país persiste el espíritu insular. Las viejas fuerzas, las del dogmatismo escolástico o la del neutro escepticismo rodoniano, han sido golpeadas pero permanecen intactas, con el natural auxilio de quienes—sin otra perspectiva que la de su propio interés de individuo o de grupo—toman la línea de menor resistencia, la posición de eco o flatus vocis. La generación del Centenario—cuya reciente apología hiciera Alberto Uleras Camargo, en un documento que es una brillante partida de defunción de los hombres de la primera post-guerra— gobierna el país, desde todos sus ángulos: en el Estado o en la oposición, en la casa o en la calle, en el teatro o en la escuela, en la iglesia o en la universidad. Y este espíritu que comenzó expresándose en nociones generosas—por lo menos teóricamente— representa ahora una monstruosa tendencia aislacionista, un principio de reclusión o franco retraimiento.

La última generación nació entre la crisis más universal y la guerra más universal, pero con una mentalidad hedonista y pequeño burguesa. En las universidades se pedía

una orientación profesionalista más acentuada, para dejar al Estado que resolviese solo sus problemas. El arte acogía los residuos decadentes del surrealismo. Y mientras se inició la época del desangre universal, del éxodo colectivo de los pueblos, de la movilización total para la guerra, del cambio de rumbos del espíritu humano, la poesía se refugia en pequeños ideales eróticos y deshumanizados, bajo la estrella artificial de Juan Ramón Jiménez, de Góngora y de Salinas. Pero esta poética—asentada sobre un subjetivismo huero, verbalista y formal—por el hecho de guiarse por valores inmortales como Bécquer o Juan Ramón, Góngora o Salinas, no podía lograr su recreación, ni el aprovechamiento de sus elementos vitales. La poesía,—la más sensible antena de la vida humana—no puede elaborarse artificiosamente, al margen de la atmósfera pasional en que respiran los hombres: aún las formas más aparentemente abstractas y subjetivas deben reflejar este substratum emocional que se acumula, como los aluviones de los ríos, por acarreo espontáneo, en el espíritu del hombre, sin fronteras de nación, de raza, de creencia o de clase.

Esta es la síntesis de la última generación colombiana: conformista y sumisa en un instante de rebeldía universal; adherida burocráticamente a los cauces tradicionales en un momento en que el orden tradicional es una fuerza pasivamente alimentadora del caos, inerte y simoníaca; sin instinto de lucha en un mundo que debe vivir combatiendo, sin tregua ni cuartel, para defender las cosas en que cree, en que espera o en que sueña; individualista en una historia en la que se enfrentan pueblos y sistemas; sedentaria cuando por todas partes se advierte la presión de los pueblos transplantados por la violencia a todos los continentes; frívola y hedonista cuando la historia es trascendental y cuando nuestra patria no muere sólo porque no puede físicamente morir.

Quito, 22 de febrero de 1945



# RELATO



*JORGE ICAZA.*

## Rumbo al Sur

Salimos de New York al atardecer. El barco empezó a deslizarse por la bahía con cautela felina. Pegados a la borda, rumiando frescos recuerdos, absortos en las luces de un puerto zozobranante, los pasajeros se habían quedado inmóviles. Un mozo aventurero, quebrando el silencio, creyó hacer el retrato del paisaje que nos rodeaba:

—Muge el mar con queja ronca de animal herido por la sirena de un trasatlántico. En el horizonte de ventanas se borran, entre la niebla, las puntiagudas siluetas de los rascacielos cual sonámbulos mástiles de una golceta cósmica. Rueda entre los pliegues ingrátidos de las olas el pulso afiebrado de un mundo recién nacido.

Quizás por su condición de "recién nacido" se mostraba receloso e impertinente, dando la identificación minuciosa de lo que nos dió la vida y hasta de lo que fingíamos ser. Una joven artista, con madre de doble uso, no se cansaba de regalarnos con viejas tonadillas, chismes de teatro y recortes de crítica; un nuevo millonario—disfrazado de turista y político— nos hablaba de flamantes proyectos en per-

petua actitud de discurso pomposo; unas familias, aventadas desde la hoguera del Viejo Mundo, maldecían, en forma filosófica, del Estado, de la Iglesia, de la red económica, de todo lo que entorpece y anula la libertad y el espíritu del hombre, y profetizaban, con voz de Eclesiastés, la nueva era de tinieblas de la humanidad; más de una docena de "girls" —con rumbo al flete en los cabarets de Panamá— usaban con porfía maneras de matrona honorable. . . . ¡Ah!, pero todo pasó a segundo término cuando hice amistad con Dorotea, mi adorable compañera de mesa. Venía de curarse una apendicitis—me afirmó entre rubores—. En nuestras largas charlas fui notando que ella sentía especial deleite en subrayar la evocación de la casita donde nació, de la familia, de los padres, del novio, del perro, del jardín, del perfume de los rosales.

Confieso que, llevado de ese malsano impulso por avasallar la gran virtud que me hizo entrever y excitado por el empuje de un cuerpo de temblor caliente, fui tomando cariño enloquecido a su presencia, a su voz, a su boca madura, la ingenuidad de sus negras pupilas, a la lánguida actitud de sus manos, a todo cuanto en ella era verdad o era mentira.

Sus recuerdos amorosos con el novio, en Panamá Viejo, a la sombra de las ruinas que dejaron los piratas, en vez de apenarme, agigantaban la transferencia del ensueño, y me veía —como en capítulo apasionado de novela romántica— haciendo la persecución del mancebo primerizo a la niña pavorosa, por los prados, entre las palmeras. . . . Me sentía caer en éxtasis de descanso, envuelto en sus brazos y sus carcajadas, a las orillas del mar. . . .

Tanto debí pensar en aquello que una tarde que el Caribe agitaba duramente al barco, ella me dijo:

—Quisiera adormecer mi corazón en este oleaje. . . . Para siempre. . . Sin dolor. . . . Hasta morir. . . .

—¿Desesperada? ¿Por qué? —interrogué con vehemencia, apuntándome un punto de triunfo en mi orgullo de seductor.

—Tonterías —respondió bajando los ojos y estrechándome las manos.

—Es tan dulce.... Es tan bella que....

—Calle.... Ahora quiero mostrarle muchas cosas.

—¿Algo prohibido....?

—Mis grandes secretos....

Sacó de la cartera unas fotografías y las abrió ante mis ojos como un abanico de barajas....

—Conozca mi casa. No es muy lujosa pero es cómoda.... Mire las gradas del jardín.... Aquí tengo sembrado unos rosales.... Al amanecer huelen que es una gloria —aspiró en el aire con la delicia del presidiario a quien le hacen mirar la calle por breves instantes—.

—¿Al amanecer?

—Sí.... Me levanto a misa muy por la mañana....

—¡Ah!

—Este es Toto, el perro.... Me quiere mucho.... ¡Mire ....!, ésta es la oficina donde trabajo de secretaria de mi padre.

—Es una gran casa comercial.

Disimulando esa graciosa turbación, rubor inopinado, tantas veces sorprendido en ella, me interrogó:

—¿Conoce usted....?

—No.... Decía por el aspecto.... La fachada....

—Es él —murmuró tratando de ocultar una de las fotos.

—¡Su novio....! —grité apoderándome del rival.

—Sí....

—Pero....

—No está bien.... La sombra del automóvil —disculpó sin dejar que mis celos den con los desperfectos— Me quiere mucho....

—Como Toto.... —embromé.

Hizo un mohín de resentimiento que echó por tierra cuanta alegría y esperanza había venido usando en nuestro trato. Sin permitir el enojo me tomó de la mano, olvidó las fotografías, y me quedó mirando con ternura casi

maternal. "Soy su gran amor", pensé dando rienda suelta a todas las fantasías de la pasión.

Creció la confianza, y una noche subimos a cubierta. Nos echamos sobre una lona, cara al cielo. El palpitar del bardo, el ruido del mar, el misterio de las negras lejanías, nos postraron en un silencio purificante.

—Esa es la Cruz del Sur.... Esa es la Osa Mayor  
—murmuró como si hablase a solas.

—¿Quién le enseñó a conocer?

—Un marino....

—¿Eh?

—Sí.... Un pariente mala cabeza.

¿Buscaba en la pausa que mi deseo se arrastre hasta sus labios? Me tembló el corazón, me temblaron las manos, pero no pude evitarlo. Fue algo jugoso en mis entrañas, algo cálido y estremecido en mis músculos, algo narcotizante en todo mi ser. Ella nada dijo, me había recibido inmóvil, indiferente. No desechó el beso, teniendo como tenía novio que la esperaba en el puerto. La casta timidez, el rubor inopinado, ¿qué se hicieron? Tomó coraje el atrevimiento y la caricia febril pretendió regarse por lo más recóndito de su cuerpo. De pronto, como quien vuelve de un sueño, de un olvido fatal, esquivó la cara y se puso a llorar repitiendo mi nombre:

—Diego.... Diego.... ¿Cómo es posible....? Yo creí que....

—Perdóneme....

La disculpa quedó en proyecto porque ella desapareció como una sombra.

En la desesperación de los últimos días, en la inminencia de perderla para siempre, ofrecí todo:

—Me quedo con usted....

—No....

—Hablaré con sus padres.... Nos casaremos....

—Cállese.... No sea loco....

—¿Por qué?

—Mejor así.... Mañana, todo habrá sido un sueño....

—Comprendo.... Su novio....

—No es eso....

—¿Entonces? Bien sé que no puedo ofrecerle la huída, porque para una mujer como usted aquello es ofensa....

Enmudeció en forma extraña. En los ojos pensativos adiviné que se le abría de pronto impensados horizontes. ¿Quizás dió con una posible solución?

—Diga.... Estoy dispuesto a todo —insistí buscando sus manos. Se abandonó amorosa, pero rehuendo la mirada me dijo en voz leve:

—Nosotros deseamos, queremos, hasta soñamos, pero sólo es una apariencia.... Si yo pudiera decir.... Si yo pudiera zafarme....

Asustada con el eco viviente de sus palabras se refugió en el silencio.

—¿Decir qué....?

Se abrieron y se cerraron sus labios, como si algo muy difícil de expresar se hallase en trance de agonía.

—Dentro de un par de horas estaremos en su casa —amenacé.

—¡No!

—Bajaremos juntos....

—No....

—¿Entonces?

—Cállese.... Se todo lo que piensa.... Tengo la convicción de que usted me ha querido un poco.... Pero no puede ser....

—¿Es más lo otro, verdad....? El honor de la palabra.... El novio conocido.... El sentimiento familiar....

—Lo que hemos soñado mucho y algún día lo vivimos.... Largos años, breves días, pocos minutos, no importa el tiempo si nos damos a ello con todo nuestro ser.

—No le entiendo....

—Mejor así.

Cuando la ví en el muelle, entre los pasajeros que se quedaban, y me hizo señas con la mano, se me abrió una enorme sensación de soledad. Traté de aturdirme—aquí

Las crisis románticas siempre me fueron cursis—, no obstante, con seriedad de hombre derecho, pensé: “hubiera podido ser la madre de mis hijos . . . . No quería o no la dejaban . . . .”

Hervía en la sangre el clima tropical. Se agigantaba en la espera todo lo de cárcel que tenía el barco.

—¿A qué hora nos vamos?—interrogué con la urgencia de quien cree perder la cita de un olvido renovador.

—Nadie sabe.

—¿Cómo?

—Estamos varados

—Explíquese.

—¿No ha visto?

—¿Qué?

—Han llegado las escuadras . . . . La del norte, la del sur, no sé, hay de todas las latitudes . . . . Hemos tropezado con los hombres del mar y ellos tienen la primacía . . . . Hay orden de esperar hasta mañana . . . .

—¿Bajaremos, entonces?

—Naturalmente, amigo. La nochecita que nos espera hará época en la historia de nuestras calaveradas.

No me fué difícil dar con la casa. En el jardín me ladró el perro. “Mi viejo conocimiento” me dió derecho a llamarle por su nombre:

—Toto . . . Estese quieto Toto . . .

El animal ladeó la cabeza, gruñó desconfiado, pero me dejó pasar.

No había exageración en la pintura hecha por Dorothea de la madre. Una señora jovial, quien, al saber que buscaba a su hija, sonrió picaronamente y me condujo a un gabinetito con ventanas al jardín. Con una serie de reverencias se disculpó:

—Me perdona. Tengo tantas cosas que hacer por adentro. Ella no tardará— Siéntese, haga el favor . . . . Queda usted en su casa . . . .

Efectivamente, “se respira paz”, me dije, “una paz olor a rosal florido”. Espié por la ventana para comprobar

los detalles del jardín... Pero de pronto sonó la puerta. Compuse mi figura precipitadamente: me arrojé el cuello, la corbata, los puños. "La volveré a ver entrando como una reina", pensé sacando la sonrisa de las grandes tenazas...

Ante mí, como en los sueños, una joven de tipo airoso, pelo rubio, ojos claros, discretamente vestida, deslumbrante. Me quedó mirando con la curiosidad con la cual hurgamos un bicho desconocido.

—¿Quién es usted? ¿A quién busca?

—A Dorotea.

—¿Eh?

—Sí....

—Aquí me tiene.... Yo soy Dorotea Landa.

—No puede ser.... Digo.... Usted perdone.... La que yo busco es Dorotea a secas.... Mejor dicho yo no sé el apellido, no me acuerdo.... Sería necesario volver al barco, examinar el registro....

—¿Entonces? —interrogó la desconocida con la autoridad de quien tiene la razón.

—Dígame, señorita.... ¿No tiene usted una hermana?

—Que yo sepa.

—Sí, no es rubia pero tiene un cabello negro que huele a virginidad de selva, no son azules sus ojos....

—¿Usted es poeta? —preguntó la dama deslumbrante con cierto dejo de desprecio.

—No...., pero estoy enamorado....

—¡Ah!

—No es la piel tan clara.... Su cuerpo....

—Yo no tengo ninguna hermana —interrumpió la "intrusa Dorotea", tratando de salvarse de atrevidas metáforas.

—Eso sí....

—Usted trabaja.... Es la secretaria de su padre.

—Claro.

—Le regalaron en Navidad un collar de perlas. Tiene cocina eléctrica, cuarto de baño.

—Es verdad.

—Ha conseguido cuanto la vida exige para sentirse cómoda.

—Naturalmente.... Pero, yo no sé a qué viene este interrogatorio....

—Antes le creí poeta, ahora me parece un....

—Loco, ¿verdad? Pero las gradas, el perro, la casa, el perfume de los rosales, la mamá, el papá, el trabajo honrado....

—Todo eso es mío....

—Lo sé.... Digo no.... Debía ser de la otra también.... Digo, así le soñé. Me comprende.... Quizás esté equivocado....

Hecho un verdadero enredo me alejé de aquella casa, preguntándome: "¿Por qué las cosas se vuelven de pronto incomprensibles?" "¿Por qué aquella mujer deslumbrante, adornada de tantos dones, no es la que busco?" Es y no es ella, de eso parecía estar seguro.... Rectificando mi primer pensamiento, y un poco resentido y avergonzado por el trato que me dió la desconocida, murmuré a media voz: "¡Dones.... Dones!.... Lo son porque tiene todas las posibilidades materiales para que brillen...." ¿Entonces las fotografías que guardaba en la cartera con cuidado de ilusión? ¡Ilusión de mi pobre Dorotea....!

A medida que se enfriaba el bochorno se iba oscureciendo la alegría, los vivos colores experimentados en el viaje. Entraba en una zona oscura, sin límites, como la noche, como los barrios bajos a donde había llegado, como la gana parda de acanallarse, como la penumbra repleta de maldiciones, de música tropical, de tufillo de batracios podridos, de olas de marinería estrellándose en el goce sexual industrializado.

Había girado el mundo y en el reverso di con la calle de las tiendas parpadeantes, donde se subasta la mujer, donde los hombres de mar cargados con todas las aberraciones de la abstinencia hacen interminables colas. Cada vez que una puerta se abre y devora a un hombre, la sierpe humana que espera se congestiona, grita y maldice por las

cien bocas en cien diferentes lenguas. Muchos de los que han llegado al límite del turno, y se felicitan por hallarse en el umbral de la hartura, sintiendo la proximidad casi corpórea de voluptuosas visiones, fiscalizando la unión ajena por la rendija de la puerta o por el hueco lateral de una ventana, adelantan su placer arrimándose el muro desconchado, y, en languidez agotada, con furias de virilidad que fué, ceden su turno ofreciendo retornar al amanecer.

En mitad de aquel festín desenfrenado, sin duda para diluir un tanto la queja casi animal de las hembras cansadas, los gritos de la marinería, las blasfemias de los borrachos, los cantincros del barrio dan el mayor volumen a la música de las electrolas y permiten a los niños y a los ancianos —mulatos o negros— que se ganen la vida bailando, en la vereda, frente a cada establecimiento, rumbas y congas, con todas las sinuosidades obscenas y los templores calientes del trópico. Aquel desenfreno rítmico trata de vaciar las profundas nostalgias, dejando en el hueco negro de la calle el son diabólico de la indiferencia donde van degollándose los más ancestrales rubores. Todo se exhibe con inocencia y desesperación de enfermedad: el gesto espumoso del marrano, los templores nerviosos del caballo en celo, el sadismo del gato, las urgencias lloriqueantes del perro, las desnudeces del hombre.

En aquel guirigay, suena de pronto como en el jazz el disloque del escándalo. Rechiflas, voces, carcajadas, hacen coro el grito de una mujer:

—¡No. . . ! ¡Noooo!

Estirándome en puntillas traté de mirar. Sobre el cuadro de luz que deja una puerta, se dibuja en negro la silueta de una hembra. La infeliz, perdida en el convulso oleaje de los prostíbulos, se defiende, con un enorme garrote, de la serpiente humana enroscada en torno al umbral de la vivienda. Alguien ofrece, en esa batahola —alguien son todos y no es nadie—:

—¡Two dollars!

—¡No money! —grita la menuda silueta acorralada.

—¡Five dollars!! —ofreció un gigantón sacudiendo los billetes en alto.

—¡No, money.... No!

—¡Ten dollars!!

—¡Ten.... Ten....! —vociferó el coro estremeciéndose de babosa emoción y avanzando confiado sobre la presa.

—¡No, money.... No, puercooooo....! —chilla, defendiéndose salvajemente con el garrote, la víctima.

La turba de hombres retrocede entre carcapadas y maldiciones. Aturdido por el remolino de voces y de cuerpos de aquella subasta, sorprendí el informe auténtico de un mulato, experto, sin duda, en secretos de burdel. Se adivinaba al tipo petulante por su ropa ceñida, su sombrero ladeado sobre la oreja y un gran mechón de pelo motoso cubriéndole la frente:

—Es una hembra quemada, requemada.... No aguantará más por Diosito.... Debe haber estado en el hospital largo tiempo.... Falta de ejercicio.... ¡Diez dólares!.... Perra bruta.... Quemarse así.... Debe estar sintiendo vidrio molido y pimienta en las entrañas....

Envuelto en el ir y venir de la muchedumbre, en los comentarios, en los pisotones, llegué al primer plano, frente a la mujer. Cosa extraordinaria, se calló de pronto, abatió el garrote. Mis ojos encandilados por la luz que llegaba de la vivienda y que hasta entonces sólo me habían dejado distinguir la silueta, no querían dar crédito a la realidad. Ella retrocedió atemorizada en medio de una pausa llena de silencios escalofriantes. Sentí como si estuviese apretado contra una pared al rojo vivo. Un montón de rumores lejanísimos se reflejó en la noche de mi scr. Alguien que era yo mismo preguntó:

—¡Dorotea....! ¿Eres tú?

—Diego —susurró una voz en distancia de angustia.

—¿Pero cómo....?

Le vi bajar la cabeza con ese rubor excitante con el cual me hablaba del novio, de la casa, de la madre....

“Aquella la Cruz del Sur... Aquella la Osa Mayor...”

El apetito que llega del mar no entiende de largas pausas.

—¡Le damos la primacía, pero que no se lleve a la hembra! —propuso alguien con voz de triunfo, con grito de batalla ganada, y centenares de manos me empujaron hacia adelante. De lo más íntimo surgió a flote la cobardía y asesinó al coraje.

En la puerta, en la ventana, repletas de esperanza, de lujuria, se quedaron las caras, los puños, las burlas, los gestos de baba apetitosa, fiscalizando el menor detalle de nuestro relajo.

Nunca estuve tan consciente de ella como en ese segundo: estremecida de terror, de agotamiento, tendida sobre la cama, con los brazos cubriendo los ojos llenos de vergüenza, los dientes apretados, los dedos estrujando la sobre cama de raso —único papel celofán para envolver el amor en los burdeles baratos—, esperándome como jamás antes esperó en la vida.

Traté de huir pero me sentí inmovilizado por la rechifla de los hombres de mar, desde la puerta, desde el hueco de la ventana, desde lo más recóndito de mi hombría. Carcajadas, ojos mirando, cual gritos de amenaza, por todas las rendijas. “¡Estréchale en el consuelo y perdón de tu abrazo, como a una sombra arrepentida”, gritó mi espíritu.

—¡Tómala como un hombre...! —respondió desde fuera la sierpe humana.

Me abalancé sobre la mujer... Afuera, al parecer en una distancia de miles de años oí aullar a la muchedumbre:

—¡Bravo... Ha sido macho!

Con el hastío del final encontré hecho pedazos el tabú de la unión amorosa —sin la intimidación estremecida, sin el dulce abandono que linda con la muerte, como objeto de experimentación en medio del turbio apetito marineró.—

Al desprenderme de la pesadilla una voz candente se me pegó en la nuca:

—Que vengan todos hasta morir....

Había emprendido la huida con el terror de quien no quiere oír, de quien no quiere pensar. En desolación de ojos espantados me pregunté medrosamente: ¿Y la cura de la apendicitis....? ¿Qué puede sobrevenirme si al final de cuentas eso ha sido todo? ¡Canalla!

—Pobres marineros—murmuré en alta voz:

La respuesta fué la duda: ¿Será....? ¿No será....?

Un desangre de fuga, una urgencia de correr hasta la plaza principal, donde podía encontrar flores, estatuas de héroes, iglesias abiertas para pedir de rodillas, con lágrimas de Magdalena, que Dios me desinfecte de la duda de la "apendicitis", y reconforte la dignidad en peligro —por los malos encuentros—de un caballero del Sur, fué mi único anhelo.

PEDRO JORGE VERA

## La Sangre y la Palabra

La espuma iba elevándose silenciosamente como una pequeña ola blanca aprisionada en la estrecha tina y las oscuras manos de la lavandera apretaban la ropa contra el fondo del recipiente, con una obstinación llena de rencor.

La mujer interrumpió su tarea y alzó sus ojos opacos al cielo nublado, que aparecía como un toldo gris sobre el patio miserable de la covacha. Acaso mirara al cielo pidiendo amparo para sus riñones atormentados por invisibles tenazas, para sus hombros estrujados, para sus manos reblandecidas y fofas. Y el ciclo dábale una respuesta hostil anunciándole inminente lluvia.

El niño de diez años que a pocos pasos se empeñaba en alegrar a un perro somnoliento, también se interrumpió y quedóse mirando tímidamente a su madre.

—José—dijo la mujer mirando duramente al niño—, vas a llevar la ropa donde la niña Mercedes.

El muchacho contrajo las mejillas y aflojó al perro. Odiaba esos viajes por los encuentros con esa señora que le hablaba siempre de su posible dominación. “¿Te gusta-

ría vivir conmigo?", era su pregunta inicial, y como el muchacho se encogiera en un instintivo gesto de defensa, ella insistía, variando el tono de su voz, hasta convertirla en una prevención terrible: "¡Majadero, qué más te quisieras vivir en una casa decente!"

La lavandera volvió con una gran canasta, donde la ropa limpia y tiesa descansaba cuidadosamente ordenada.

—Toma —dijo entregando al muchacho una pequeña moneda— para que vayas y vuelvas en carro, que va a llover. Guarda la plata que te paguen, en el bolsillo.

José salió a la calle y se detuvo un instante a reflexionar. Sí, era segura la lluvia, pero él llegaría antes a la casa de la niña Mercedes y salvaría ese real con el que podría hacer tantas cosas. Apretando el paso comenzó a avanzar por los puentecillos de madera. En la esquina, una charca de aguas cenagosas invitábalo a la aventura. Se metió en ella silbando alegremente y prosiguió su camino, dando saltitos. Una hermosa tarde. La lluvia próxima ponía un olor alegre en el aire ¡y él tenía un real!

Se detuvo ante una rueda de muchachos que iniciaban una partida de rayuela. Era demasiado fuerte la tentación. Además, ya podía venir el aguacero... Doblando la esquina estaba la casa de la niña Mercedes y los portales lo protegerían.

Así fué como el pequeño José, aquella tarde gris de 1910, se quedó jugando rayuela, y cuando tras de una acalorada discusión, resolvió marcharse, constató aterrado que la canasta de ropa había desaparecido. Miró a los muchachos con expresión desolada y como sintiera que las lágrimas acudían en tropel, dió media vuelta y se alejó corriendo.

Corría aceleradamente, tropezando en los pasadizos, hundiéndose en las charcas y sartenejas, mientras la lluvia caía despiadada sobre su cuerpo y las lágrimas resbalaban libres por sus mejillas.

Se detuvo frente a la covacha. Había corrido como un perseguido, sin reflexionar. Y ahora, estremeciase al pen-

sar en el encuentro con su madre. Tras una larga vacilación penetró furtivamente en el patio.

La puerta de su cuarto estaba cerrada. Escurriéndose, atravesó el patio y fué a refugiarse en el espacio libre entre el piso de los cuartos y el suelo. Tal vez recordó que allí huían los perros de la vecindad para librarse de las iras de sus dueños.

Las lágrimas y la lluvia seguían cayendo. Arriba, en su habitación, nada se oía. El no buscaba una solución; simplemente esperaba. Ni siquiera puede decirse que pensaba; barajaba temores y visiones dolorosas. Veía surgir ante sí las siluetas de su madre y de la niña Mercedes, las dos crueles, y no podía escoger.

Así estuvo largas horas. Cesó la lluvia y las sombras del crepúsculo se extendieron suavemente. José vió las piernas de su madre descendiendo por la pequeña escala. Movidó por un impulso inexplicable, abandonó su escondrijo y se introdujo en la pieza, a acurrucarse en el rincón más oscuro.

Volvió su madre con su andar encorvado. Cayó pesadamente en el viejo catre y el pequeño José la oyó sollozar. Gustábale verla así porque en tales casos acudía a consolarla y era feliz cuando ella abandonaba su habitual dureza y lo acariciaba amorosa. Pero esa vez el miedo fué mayor que su ansia de ternura. Permaneció quieto en su rincón. La mujer se levantó y encendió el candil de kerosén. A la incierta luz de la lámpara descubrió el cuerpo encogido del niño. Le bastó verlo para comprender que algo grave había ocurrido y su expresión de dolor se transformó en una mucca hostil.

Y cuando el niño, con palabras entrecortadas dijo la verdad, la mujer elevó los brazos al cielo, prorrumpió en maldiciones que eran ahullidos infrahumanos, y con un grueso leño descargó golpes atroces sobre su hijo. El quedó tendido en el suelo como un montón de ropa sucia, mientras su madre estallaba en sollozos convulsivos.

—La ropa del doctor —gemía—. Allí estaba la ropa del doctor.

Nunca el niño había sido tan fieramente castigado. Semi - inconsciente, percibía el amargo *ritornello* como una voz de otro mundo:

—La ropa del doctor. . . . La ropa del doctor. . . .

Pasó un largo tiempo, insensible para los dos. El llanto de la mujer había quedado reducido a silenciosas lágrimas. Lentamente se acercó al niño, lo alzó con dificultad y lloró con él, acariciando sus doloridas carnes.

—¿Qué haremos? —baluceaba— Allí estaba la ropa del doctor.

Y de pronto, con un gesto torvo, puso al muchacho frente a sí y lo interpeló como sólo una madre puede hablar a su hijo:

—No, sirviente no, sirviente no. Tú no eres de esa raza, hijito ¿entiendes? Sirviente no, eso es lo peor. Eso es lo que ella quiere, pero no. . . . Antes que eso. . . . No, sirviente no.

Calló desfallecida. De repente, sus labios se entreabrieron para volver a su estribillo:

—Allí estaba la ropa del doctor. ¿Qué haremos?

Nada pudieron hacer. La ropa del doctor fué evaluada por la niña Mercedes en varios cientos de sucres. Mas, ella era generosa. Sirviente, no. Ella nunca había querido a José para tal. Quería educarlo como a un hijo, ya que ella no los tenía. Porque le gustaba la grave seriedad del muchacho. Claro que las cosas debían quedar en regla. Y si la madre tenía que trabajar en quién sabe qué, había que hacer una escritura. Pero sirviente, no.

## II

Al verse en la elegante casa que tanto había temido, no derramó una lágrima. Como si los sucesos que habían hecho realidad tan horrible perspectiva hubieranle traído resignación ante el destino. La niña Mercedes lo declaró

un muchacho dócil, si bien se quejaba de su falta de cariño hacia ella.

No era un sirviente, en verdad; sus tareas se limitaban a una que otra compra en las tiendas vecinas, o a llevar algún recado al doctor. Claro que por su bien había que tratarlo con rigor cuando tardaba más de lo necesario, por quedarse jugando en los portales.

—¿Quieres ser un criminal como tu padre? —le gritó una vez que llegó al almuerzo cuando su patrona estaba sentándose a merendar.

De su padre, él nada sabía. No le importaba lo que hubiera sido. Pero su madre... Anhelaba tener noticias de ella. Y entonces se atrevió a pedir:

—Mi mamá... Quiero ver a mi mamá.

—¡Qué sé yo de esa perra! No me la vuelvas a nombrar.

Ese día quedó sellada la suerte de José. Como odió desde entonces a esa mujer que así ultrajaba su más caro, tal vez su único sentimiento.

Su odio lo llevaba a hacer todo lo contrario de lo que ella deseaba. Y si al comienzo aprendía rápidamente lo que la vieja profesora lo enseñaba, desde ese momento descuidó por completo el estudio. Al perro de la casa, al que tanto quería, comenzó a tratarlo con crueldad inaudita. Tardábase cada vez más en los mandados. Pretendía olvidar las oraciones que ella le enseñaba. Rompía intencionalmente su ropa. Compraba la carne —el plato preferido de su ama— de la peor calidad posible. Y los castigos que sufría a causa de esto, se compensaban con el inmenso placer de ver a la niña Mercedes temblando de furor.

Finalmente, provocó la catástrofe. Su ama habíale advertido repelidamente que cada vez que tuviera que entregar un recado verbal o escrito al doctor, esperara que éste quedara solo, sin testigos. José había cumplido la recomendación, sin cuidarse de su significado. Pero desde que odiaba a su patrona, habíase aguzado su instinto para descubrir cuanto pudiera afectarla. La cocinera le confir-

mó lo que él sospechaba vagamente: la niña Mercedes sólo era la moza del doctor Tomás J. Caballero.

Y el día que fué enviado al estudio con el llavero que el doctor había olvidado en casa de su amante, lo entregó en presencia de la elegante señora que él suponía ser la esposa del abogado.

—Aquí manda el llavero la niña Mercedes.

El abogado palideció y extendió el brazo con un movimiento de autómeta. José abandonó apresuradamente la oficina. Sabía que lo esperaba un duro castigo, pero también que su patrona se llevaría un tremendo disgusto.

En efecto, al día siguiente el doctor Caballero llegó a blandir el látigo sobre el pequeño José. La niña Mercedes hizo su defensa exaltada. “Nada me importa tu mujer —gritaba protegiéndolo— pero al muchacho no le pegas por ésa”. Tras violenta discusión entre los amantes, él abandonó la casa dando un portazo y desapareció durante unos días, “Maldito —gritaba la niña Mercedes mientras golpeaba al muchacho— por tu culpa lo he perdido”.

No lo perdió. El doctor volvió poco después y desde su regreso persiguió tenazmente al pequeño José. A menudo su ama salía en su defensa. Pero cuando él mantenía su disgusto, ella le ofrecía, como la cabeza del Bautista, el cuerpo amoratado del niño.

### III

Habían pasado cuatro años desde su ingreso a la casa de la niña Mercedes, cuando ella le anunció la muerte de su madre. El quedó inmutable, con su expresión fatigada. Oyó refunfuñar a su patrona:

—Estos animales no tienen sentimientos.

En la soledad de su cuartucho, él contempló tristemente su escapulario. De ese pasado de hambre y dureza, pero en el cual no existieron los amos, sólo quedaba esa reliquia con su soplo divino y humano. La contempló largamente y la besó. Era el homenaje a su madre muerta,

que fué, seguramente, lo que afirmó su patrona, pero que fué también su madre, cruel, ciega, tierna. ¿Lágrimas? El ya no sabía llorar. Si hasta cuando recibía el castigo físico de sus amos, sus ojos permanecían secos, y entonces la niña Mercedes lo golpeaba con mayor violencia.

—¡Bandido soberbio! Tienes que llorar.

El lloraba al fin unas pocas lágrimas silenciosas y la niña Mercedes comentaba:

—Lo peor es que a estos animales ni siquiera les duele.

Había renunciado a hacer de él un hijo. Seguramente porque, como decía el doctor Caballero, no era posible hacer una persona decente de quien llevaba la esclavitud en la sangre. Su instrucción se había detenido cuando supo leer, escribir, las cuatro reglas. Y era ahora cuando él realmente amaba sus pobres conocimientos. Entregábase con fervor a los cuadernos de Buffalo Bill, adquiridos con los centavos que le obsequiaban sus patronos, y a los folletines de "Ada, o el amor de un pirata", que le prestaba su amiga la cocinera. Ellos despertábanle su dormido amor por la aventura, su vocación de hombre. A la cocinera le confió su secreto. Ella lo miró con ternura, tomó sus manos entre las suyas y le dijo resueltamente: "Andate, hijo, andate. Andate a cualquier parte, sé lo que puedas ser, pero deja de ser sirviente. Si no te libras ahora, no te librarás nunca, y sirvientes serán tus hijos, tus nietos y toda tu parentela".

#### I V

Su primera tentativa de fuga la frustraron los agentes de investigaciones. El regreso fué humillante. La niña Mercedes lo recibió con carcajadas de triunfo. "¿Conque fugándote, no? ¿No sabes que nos perteneces, que el doctor Caballero te compró? ¿Tú te creías libre, verdad?"

Durante varios días lo mantuvo encadenado y lo exhibió así a sus visitantes.

—Para que escarmientos — decía.

¡Qué iba a escarmentar! Un año después realizaba su segunda fuga. Internándose en los campos logró burlar las persecuciones. O acaso sus patrones, que los últimos tiempos lo encontraban "muy resabiado", juzgaron conveniente abandonarlo a su propia suerte.

La primera dificultad la tuvo en el ingenio al que se presentó a pedir trabajo.

—¿Cómo te llamas? — preguntó el capataz.

—José.

—¿José qué?

—Y como él no contestara, gritó al capataz:

—¡Animal! ¿Qué apellido?

¿Qué apellido? Doctor Tomás Caballero, señorita Mercedes Moreno.... Todos tenían dos nombres: él se llamaba José, nada más. Nunca le habían dicho su apellido. Nunca había inquirido por él.

—José Moreno —dijo lentamente.

Lo mismo pudo haber dicho José Caballero. Pero tal vez percibió vagamente que ese apellido le estaba aún más lejano.

## V

¡Oh, el trabajo era una cosa hermosa! En los ingenios y en las haciendas, José Moreno convertíase en uno de los miles de hombres que anónimamente edificaban la grandeza y la miseria nacionales. El sólo sabía que comenzaba a vivir. Por primera vez éranle dados los tesoros de la naturaleza. Conoció a las mujeres. Tuvo amigos. Vadeó los ríos. Arañó la tierra. Enfrentó a los hombres y a las alimañas. Cuando en un lugar las condiciones de trabajo tornábanse hostiles, emigraba sin vacilar. No cuidaba más que del germinar de su cuerpo y de su alma primitiva. A veces el trabajo escaseaba. El capcaba valientemente el temporal, realizando trabajos eventuales, ayudando, a cambio de la comida, a algún finquero amigo.

Sí, esto fué posible antes de Tránsito. Ahora tenía a

su lado, como su mujer de verdad, a esta moza montuvia, enérgica pero frágil, y al niño de cuatro años que ella habíale dado una noche tempestuosa cuando los ayes de la parturienta se perdían entre los gritos y los aletazos del cielo.

Y ahora el temporal no daba señales de amainar. Los mayordomos decían que el dólar, que la incautación. Lo mismo decían los diarios de la ciudad.

José Moreno tomó una resolución audaz: trasladarse a Guayaquil. En opinión de un abogado de Milagro, nada tenía que temer de sus patrones, pues ya había cumplido la mayor edad, era un hombre libre.

Esto fué en setiembre de 1922. Con sus escasos ahorros, se instaló en una covacha del Astillero. Su vecino, el viejo obrero de un aserrío; también hablábale del dólar y la incautación, pero además, de la Confederación Obrera, de las huelgas, del movimiento de los trabajadores. Dábale a leer mugrientos folletos, en los que Moreno —durante las horas que le dejaba su eventual ocupación de cargador— iba adquiriendo vagas ideas acerca de una I. W. W. y de la lucha de los hombres entre sí.

Pasó octubre con su fanfarria de colores patrios y su exhibición de vestidos nuevos. El patriotismo no había brillado mucho este año. El dólar, el terrible dólar, seguía alterando la vida del país. Vino noviembre, mes de los muertos. El obrero del aserrío refunfuñaba maldiciones y amenazas. A sus instancias, José Moreno concurrió a una reunión donde exaltados oradores hablaban de la justicia social, de la unión de los explotados, de la lucha por el pan. El no entendía claramente sus palabras, pero sí dábase cuenta de que esa lucha le pertenecía.

Después vinieron las reuniones callejeras. El 15 de noviembre, el viejo del aserrío le previno: "Compañero, traiga a su mujer. Hoy debemos ir todos, todos, para que vean que todo el pueblo está reclamando su pan". José Moreno se rió. ¿Qué iba a hacer la pobre montuvia asustada, entre tanta gente, tanto grito, tanto discurso?

Cuando se disponía a salir, se le acercó Tránsito. "Es cierto lo que dice el vecino —afirmó—, debemos ir todos. Dejo al chico aquí al lado." El la miró con una ternura en la que se confundían orgullo y temor, y salieron juntos, en silencio.

## VI

La compacta muchedumbre se movió pesadamente. Avanzaba hacia el oeste, majestuosa. Los hombres iban graves y ceñudos, pero había en sus rostros una serenidad de vegetales. Su actitud era la de quienes llevaban cientos de años adoptándola. Muchas mujeres llevaban en brazos a sus hijos. Otras sostenían carteles y banderas. Todas contestaban entusiastas a los gritos de los hombres.

De pronto la manifestación se detuvo. El viejo del aserrío alargó la cabeza e inquirió. "Los soldados", oyó decir Moreno. "Vienen los Zapadores", dijo otra voz. No hubo tiempo para más explicaciones. Se oyó una descarga cerrada y las filas apretadas se rompieron. "No corran", gritaba una voz enérgica. "¡Carajo! No tenemos armas", se escuchó por otro lado. Alaridos de mujeres y niños, mezclados al tétrico sonido de las balas, llenaron el aire.

José Moreno tuvo miedo. Había que huir. Buscó a su mujer con la mirada y no pudo localizarla. Angustiado, dió media vuelta para correr hacia su casa (hacia allá habría marchado Tránsito). Sintió en el brazo la presión poderosa de unos dedos huesudos, que lo paralizaba. A su lado, el viejo obrero del aserrío lo miraba fieramente. "Maricón, no corras", le dijo con voz sorda. Moreno se desasíó con un brusco movimiento que hizo tambalear al viejo y apretó la carrera. Chocaba con otros fugitivos, tropezaba con cuerpos de mujeres caídas, pero él huía, huía, sin reparar en nada. Una cuadra más allá, un mozo de anchas espaldas arengaba a un grupo: "Abramos la tienda de Casinelli, allí hay armas". Vieron cruzar apresurado a Moreno y uno de ellos lo apostrofó: "¡Maricón!".

Se había alejado bastante, mas por acá también escuchábanse los ruidos de la muerte. En la Avenida Olmedo la lucha estaba entablada. A los disparos de los soldados, hombres parapetados tras los estantes respondían con piedras. Un jinete del Zapadores dió en tierra aparatosamente. Dos mujeres emergieron del portal de una vieja casa y armadas de gruesos palos, atacaron por la espalda a dos soldados que apuntaban con sus fusiles; salieron triunfantes, se apoderaron de las armas y marcharon resueltas hacia la muerte, que las recibió veinte metros más allá; los fusiles cayeron a su lado como compañeros fieles.

Mientras se desarrollaban estas escenas, Moreno buscaba ansiosamente un refugio. A sus espaldas se entreabrió una pequeña puerta y en su cuadro apareció una vieja desdentada que fruncía la cara para mirarlo. Avanzó hacia ella con una expresión de angustia. La mujer comprendió, hizo un gesto de aprobación, exhibió una sonrisa cómplice y le dió acceso a la casa.

Era una pequeña frutería. Ya en el interior, Moreno se sentó en un asilla, sin esperar que se lo insinuaran. Secóse el sudor del rostro y exhaló un suspiro de alivio.

—Gracias — murmuró.

—¿Vamos ganando? — preguntó ella con voz gangosa.

Moreno la miró sorprendido. La vieja se había refugiado entre sus mercancías. Circundada de naranjas, aguacates, mangos, plátanos, mameyes, era la auténtica maga de los cuentos de hadas: vieja, sucia, fea, en medio de un mundo de maravillas.

—¿Cómo anda la cosa? — insistió ella.

—Vamos perdiendo — dijo Moreno, y sintió vergüenza de la palabra "vamos".

—No importa — replicó la vieja—. A la larga ganaremos. No te preocupes, muchacho,

Moreno habría querido decirle que se callara. Ansiaba olvidarse de ese día terrible, de la metralla, de su carrera, y pensar únicamente en Tránsito. Porque nó le cabía duda alguna de que ella esperábale angustiada en la covacha.

La mujer prosiguió:

—Lo que me calienta es no estar yo también en la danza. —Sonrió exhibiendo sus encías solitarias—. Me hubieras visto en tiempos de Alfaro. . . .

Moreno llevó un cigarrillo a los labios y ofreció otro a la vieja. Con su risa de niña, ella se burló.

—Barai, muchacho ¿crees que yo voy a fumar de eso? Cigarros dauleños no más—.

Extrajo del bolsillo de su bata un pucho casi enteramente consumido y continuó:

—¿Y por donde tú anduviste hubo mucha bronca?

Moreno la miró con odio, pero ella no se apreció.

—Mis hijos salieron temprano— agregó sin esperar respuesta.— El uno va con la mujer. Por donde ellos anden se va a ganar la cosa, porque ésa es gente de línea.— Hizo un alto, dio varias chupadas a su cigarro y prosiguió sonriente. —Te digo que la ganaremos, que la ganaremos.

Se escuchaba cada vez más intermitente el lúgubre estruendo del combate. La vieja continuaba hablando sin parar, pero Moreno no atendía a sus palabras. Soñaba en Tránsito y su piel tibia. La veía desesperarse por su tardanza. ¿Pero es que iba a exponerse cuando el peligro subsistía? ¿Qué sería de ella si lo hirieran a él?

Al fin, después de media hora de hablar continuó, la vieja se aburría de su oyente silencioso y se calló. Levantóse y fuése a las piezas interiores. Salió nuevamente y entrecabrió la puerta exterior. Afuera reinaba ya el silencio. Recorrió el cuarto nerviosamente, pasó adentro, miró la hora en un viejo reloj y tornó a la tenducha. Entonces reparó sorprendida en Moreno, cuya existencia había olvidado en medio de su propia angustia.

—¿Y por qué no vas a pelear tú? —gritó blandiendo los brazos—¿Qué haces aquí?

Moreno la miró hostilmente, sin contestar.

—Anda—dijo ella iracunda, señalándole la puerta.— Anda con mis hijos, so flojo.

Avanzó y abrió una hoja de la puerta. Volvióse y mi-

ró a Moreno con una sonrisa burlona. El se paró y anduvo pesadamente. Al llegar junto a la vieja, ésta lo tomó del brazo.

—Te digo que te vayas—dijo empujándolo hacia fuera.

—Gracias—murmuró Moreno, sin mirarla.

—Anda a pelear, cojudo—exclamó ella, agitando rítmicamente los brazos e iniciando una risa convulsiva.

## VII

Caminando con precauciones, llegó a la covacha. En las cercanías, no había señales de lucha y esto lo tranquilizó.

Avanzó hasta su habitación: nadie había en ella. “¡Tránsito!”, llamó con un rugido que le pareció impregnado del acento de la metralla. Sin obtener respuesta, salió al patio. En el cuarto de al lado, lloraban mujeres y niños. En el del frente una mujer gemía como un perro.

—¿Sabe?—le informó una vecina.—Está dando a luz y le acaban de matar al marido y al hijo.

—Tránsito . . .—dijo él lentamente. (Porque no quería preguntar; la llamaba tan sólo).

—La vecina Tránsito no ha vuelto en toda la tarde.

Quedó un instante paralizado. Salió a la calle y comenzó a andar hacia el centro. Entre las sombras, sus ojos veían a la ciudad como una sola mancha roja. Sentía a la muerte vivir en las calles. Sentía la ola de sangre; crecer, crecer.

La búsqueda angustiosa, más angustiosa por la vergüenza de su cobardía. Larga, interminable búsqueda, contrariando las órdenes de los soldados, que le exigen regresar. Larga búsqueda inútil. Ya han cesado los ruidos de la muerte. Pelotones de soldados cruzan las calles, deteniendo a los escasos transeúntes. La ciudad está llena de silencio y sombras. Sólo se escucha el trepidar de grandes camiones apresurados. De vez en cuando, un quejido parece surgir del pavimento.

Y los cuerpos inmóviles, doblados como interrogaciones, extendidos como calles de sangre. Cuerpos de mancebos bronceados, cuyos puños rígidos daban la sensación de que aún combatían. Pequeños cuerpos de niños que sonreían diabólicamente. Cuerpos de mujeres con los vestidos levantados, en una especie de muerte obscena. Era un campo de batalla como tantos otros, que la decoración de los edificios callados volvía más siniestra.

Con la cabeza pesándole como un fardo inútil, él seguía buscando. “¿Buscando qué? Yo sé que mi mujer no está aquí. Sé que ella ha regresado al cuarto y está intranquila por mí. Debo volver”.

Pero antes hubo de atender al llamado de esa imagen familiar que le hablaba con voz íntima, al llamado de la zaraza morada de ingenuas flores enrojecidas, abierta sobre la calle como una bandera derrotada. Tránsito lo esperaba, por última vez, con su expresión de paloma asustada.

Había llegado a tiempo. Un camión se acercó, uno de los vehículos que acababa de ver cruzar: carros de la muerte, con su carga macabra. Dos de sus ocupantes descendieron y comenzaron a recoger cadáveres que echaron bruscamente al interior del camión. Al caer producían un ruido elástico, siniestramente sensual. Le pareció que algunos se quejaban. Tal vez se quejaran efectivamente. Tal vez Tránsito no estuviera muerta. A pesar de la sangre, a pesar de su rigidez, a pesar de sus ojos vacíos. Se aferró al cadáver defendiéndolo fieramente. Dos hombres lo empujaron con violencia y recogieron el cuerpo de Tránsito, que fue a perderse entre el montón de muertos anónimos.

## VIII

José Moreno se estiró en su catre y hundió la cabeza entre las sábanas. ¡Basta ya de ese pasado deprimente! El lo había hecho suyo, lo reivindicaba en sus pasos cotidianos. Se limpiaba el estigma de su vergonzosa fuga de

jando a su mujer abandonada. Pero el recuerdo de la anécdota trágica constituía un elemento negativo, de desintegración histérica.

No obstante, sobre su voluntad se impusieron las letras orgullosas de los diarios :

#### DIPUTADO CABALLERO DEMUESTRA QUE EL 15 ESTABA LISTA REVOLUCION BOLCHEVIQUE

“Señor Presidente: Con profunda emoción traigo ante vosotros mi palabra adolorida de guayaquileño. Me presento ante vosotros, no como acusador del noble y generoso pueblo del Nueve de Octubre, sino como su defensor. Mas, precisamente, esta defensa sólo será posible si establecemos con la serenidad que ha menester el legislador, los antecedentes y las circunstancias de los trágicos sucesos del día quince. El hogar guayaquileño, ese santuario de la virtud y del honor, ha estado a punto de ser mancillado por la furia de esos hunos contemporáneos que son los anarquistas bolcheviques. Guayaquil estuvo a punto de vivir las terribles horas que hace poco padeciera la Rusia legendaria.

Porque vosotros sabéis, Honorables Diputados, que en su programa constaban como puntos esenciales la violación de las flores del pensil guayaquileño, el fusilamiento de todo cuanto de representativo tiene la ciudad, el saqueo, el pillaje, el asesinato. Y es un vil calumniador quien se atreve a afirmar que ese espartano pueblo de Guayaquil ha sido responsable de los luctuosos sucesos del día quince. El pueblo fué una víctima. Pero no de los poderes constituidos, ni de las clases dirigentes, como pretenden los menguados demagogos, sino de los politicastro que quisieron pescar a río revuelto, apoyándose en el hampa bolchevique. Y conste, señor Presidente, que no hago una afirmación gratuita. Está comprobado que el noventa por ciento de los muertos del día quince son gentes de la más baja condición moral, el hampa. Diríase que la Divina Providencia hubie-

ra guiado los proyectiles hacia los pechos de los responsables”.

Este terrible discurso, leído tantas veces, para no olvidarse de su odio, había llegado a grabarse fragmentariamente en su cerebro, y aparecía como una página siniestra cada vez que su recuerdo incidía en la tarde trágica. Para el doctor Caballero, Tránsito, el viejo obrero del aserrío, las madres verdaderas pidiendo el pan nuestro, eran el hampa.

## I X

Este fué el hombre que David Caballero encontro a bordo del “Cautín” y que le produjo tanto malestar por el contraste entre sus ropas refinadas y la orgullosa miseria del otro.

Ya entonces, Moreno había canalizado sus impulsos de venganza personal a la reivindicación colectiva. Mejor aún, la venganza en un sentido estricto había desaparecido de sus sentimientos. Ahora sabía que los ideales del viejo obrero de la I. W. W. eran un problema más científico que sentimental.

Pero ésta no es una historia de ángeles. José Moreno sabía esto y sin embargo no podía olvidar (¿quién se atrevería a pretender que lo olvidara!) el cadáver de su mujer abandonado en la fosa común; aún resonaba en sus oídos el lúgubre *ritornello*: “La ropa del doctor, la ropa del doctor”; aún se agitaba ante sus ojos el fantasma de un niño de catorce años encadenado como una fiera.

Y he aquí que nuevamente los Caballero... Ese joven que viaja en primera clase es el hijo único del doctor Tomás J. Caballero. Su presencia ha agitado los fantasmas.

Una vez en tierra se ha informado. El doctor Caballero y su amante han muerto hace algunos años. El tiempo se le ha adelantado, el caso Caballero ha concluído.

Mas, he aquí que David Caballero está en el local del

Partido. Penetra desafiante en el campo sagrado. Ahora no puede limitarse a despreciar pasivamente a ese jovenzuelo.

Pero tampoco puede mezclar sus sentimientos personales con su actuación política. Si David Caballero es un revolucionario, será un compañero más.

Se repite que la dolorosa película de su pasado, nada tiene que ver con ese joven. Si él es un revolucionario... José Moreno sonríe despectivamente. "¿Qué revolucionario pudo engendrar al doctor Caballero?"

"No se trata de un problema personal. Si lo fuera ¿qué mejor venganza podría tomar del asesino, que hacer de su hijo un revolucionario, igual en derechos y obligaciones al pequeño José, su sirviente propio? ¿Qué mejor venganza que ayudarlo a renegar de su estirpe, a traicionar cuánto fué querido por su padre?"

"Pero un hijo del doctor Caballero .... ¿qué puede ser?"

¡Ah! Su propio hijo, ése sí que nacido bajo el signo de la bandera roja, bautizado en sangre el quince de noviembre, educado en el dolor y despertado que será por sus enseñanzas y su ejemplo, se ha de convertir en un luchador auténtico.

Catorce años debe tener ahora. Mañana irá a buscarlo y lo traerá a vivir consigo. Lo hará terminar la escuela y conocer la luz y la sombra de la vida.

En los labios severos de José Moreno se dibuja una sonrisa. Rápidamente se incorpora, toma su saco extendido a los pies del lecho, busca su cartera y extrae cuidadosamente un escapulario envejecido. Lo contempla tiernamente y murmura: "Sirviente, no: revolucionario".

## X

José Moreno alzó los ojos y al ver entrar a David Caballero volvió a posarlos en las páginas del folletín que sostenían sus manos. Respondió con un seco "¿Qué tal?" al saludo del joven e inútilmente trató de seguir leyendo.

Porque estaban recién destrozados sus sueños últimos. Ayer había conocido la terrible verdad. "Sirviente, no. No lo es ¿pero habría sido eso peor que este otro?"

Su hijo estaba muerto en vida. Y era el hijo de su sangre y de la sangre de Tránsito. Y pudo haber sido el hijo de la sangre del pueblo. Otro hijo había tenido él, en Antofagasta. Háblalo visto crecer y sin embargo, jamás pudo llenar su vida como el recuerdo de este primer hijo dejado al cuidado de gentes extrañas. Desde que se incorporó conscientemente al Partido, fué mayor la obsesión. Muerta su madre por reclamar el pan, pocos niños tenían como él trazado su camino. En su destino se mezclaban la sangre y las palabras: la sangre de su madre y las palabras de su abuela. Porque ese grito de "Sirviente, no" tenía un sentido profético, mucho más vasto que el que pudo tener originalmente.

Y ahora ese hijo... ¡Muerto en vida! Estaba la herida recién abierta para que la presencia del heredero de la casa Caballero no provocara una conmoción en todo su sér.

"La crisis económica mundial conduce inevitablemente a nuevas guerras imperialistas, las cuales, desde ahora, están en pleno período de preparación", leía. Pero sólo sus ojos aprehendían las palabras. Al frente suyo estaba el hijo de su antiguo dueño, del responsable de su niñez encarcelada, del difamador de su mujer. "Del que forjó la bala que le abrió el pecho. O pudo forjarla. Pero él llevó a ese hijo a su final; su destino sí que lo forjó. ¿También el mío? Por él, huyendo de su discurso, me fuí al sur".

Si no se hubiera ido, acaso su conciencia no se hubiera abierto y no estuviera hoy dando un sentido universal y eterno al grito de su madre. ¿Entonces? ¿Es que la responsabilidad se diluía dentro de las clases y los sistemas? Talvez fuera así. "Pero hay ejecutores de esas órdenes, hay responsables directos, hay enemigos concretos de carne y hueso".

—¿No vendrá Rojas, compañero? El me citó aquí.

—No sé.

La respuesta fué tan hosca, tan llena de rencor, que David se estremeció. Y armándose de valor, lanzó la pregunta que le quemaba el pecho desde que conociera a este hombre taciturno.

—Moreno ¿qué tiene usted contra mí?

En el otro lo miró con rabia, plegáronse luego sus labios en una mueca despectiva y dijo:

—¿Contra usted? ¿Qué voy a tener!

—Sí, sí, no lo niegue. Es por nuestro viaje en el "Cautín" ¿verdad? Porque usted...

La risa ofensiva de Moreno, que él tanto conocía, lo interrumpió.

—¿Por qué entonces? —prosiguió alzando la voz— Soy un revolucionario, quiero ser miembro del Partido. Y usted me hostiliza, me persigue. ¿Por qué causa?

Temblaba la voz de David. Moreno no contestaba, pero el joven se dió cuenta de que ésta era su oportunidad de saber algo de su actitud y continuó, más exaltado:

—¿Por qué causa? ¿Por qué soy un intelectual? ¿No lo es Rojas, no lo es Fernández? ¿Por qué sólo contra mí?

—Ellos se han adaptado —dijo Moreno gravemente—. Porque debe saber que la revolución que hacemos es la revolución proletaria, no la revolución intelectual. No basta llegar al Partido y decir: "quiero ingresar".

Volvió sus ojos a la revista. David se puso de pié y se le acercó.

—Tenemos que ser como mendigos ¿no? Pero... a mí

¿por qué ni siquiera me concede una oportunidad? ¿Por qué?

Una rata cruzó apresurada por una viga del bajo techo. Moreno la vió y se nublaron sus ojos. "Es una rata... pero ¿tengo yo la culpa?", habíale dicho ayer. Sintió un deseo impetuoso de tomar a este hombre y acallar a golpes su preguntar obstinado. Pero al mirarlo recibió el mensaje de su pureza incansable. Estaba frente a un hombre que quería saber. Como un juez imparcial debía poner en sus manos la llave de la salvación y la perdición. Arrojó la revista sobre la mesa y se le enfrentó.

—¿Quiere saberlo?—dijo.—Está bien.

Sacó un paquete de cigarrillos y ofreció uno a David.

—Son nacionales —advirtió irónico.

Ambos hombres encendieron su tabaco, permanecieron unos segundos en silencio y de pronto Moreno comenzó a hablar con voz cavernosa:

—Cuando era un niño, mi madre me dijo que yo no era de raza de sirvientes. Después, su padre, el doctor Caballero, afirmó lo contrario.

Al escuchar la referencia a su padre, David se estremeció. Miró con ansiedad a su interlocutor, pero éste prosiguió sin haberlo visto.

—Los dos se equivocaban, claro: no hay razas de sirvientes. Pero sí es cierto que es la sangre lo que hace la vida de un hombre: la sangre que se hereda, pero sobre todo la sangre que, o es vencida o se rebela en los años primeros, la sangre que hierve o la sangre que duerme, la sangre que uno ve derramar o que uno hace verter con sus manos... o con sus palabras. Y cuando uno es hombre, tiene ya su sangre preparada a correr en uno u otro sentido, para el bien o para el mal, para la libertad o para la esclavitud, para el sacrificio o para el exterminio.

Aspiró profundamente su cigarrillo y siguió hablando con esa actitud casi mística que David la conociera, noches atrás, en este mismo local.

—Me habló usted de Rojas, de Fernández. Sí, como usted, ellos son de otra sangre. La de ustedes ha crecido hacia arriba, siempre queriendo subir, dominar; la nuestra se ha extendido horizontalmente, siempre queriendo desbordarse, lista a desbordarse. Para ustedes, la sangre es un instrumento; para nosotros es toda la vida. Ustedes poseen la palabra y la sangre, nosotros somos sólo sangre. Tal vez lo que quiso expresar mi madre al decir que mi raza no es de sirvientes, es que la revolución la llevamos en la sangre, no en la cabeza.

Se interrumpió y miró a David, buscando el efecto de sus palabras.

—Rojas, Fernández—continuó—, ellos no han venido por un camino de sangre: han venido guiados por las palabras. No es de ellos la culpa; ya dijo alguien que no se elige el lugar donde se nace. ¿Pero puedo sentirlos mis iguales absolutos? ¿Cómo, si sé que son distintos, si han mamado otra leche? ¡Iguales, nó! Para ellos la revolución es una palabra hermosa, un ideal, hasta una necesidad histórica. Para nosotros es una realidad que vive aquí—golpeóse el pecho rudamente—un imperativo físico como el respirar. ¡No, iguales no! Si ellos tienen la ciencia y el arte, si son dueños de la palabra, si es por amor a ella que han renunciado a una vida cómoda y se han dado a la revolución. Las palabras conducen hasta la sangre absoluta y los mejores intelectuales vienen a la revolución. ¿Pero sabemos cómo vienen? ¿Acaso su sangre ha perdido el ansia de dominio que le es propia?

Tiró al suelo su cigarrillo y lo pisó. Luego encendió otro y estuvo largo rato fumando en silencio.

—¡Ah!—dijo después mirando a David.—¡Cuán difícil es la vida para ustedes! Nosotros nos limitamos a dejar que la sangre siga su camino. Ustedes tienen que desviar el curso de la suya. No, yo no los desprecio; yo los compadezco. Y amo a aquéllos que doman totalmente su sangre. ¡Son tan pocos!—exclamó meneando la cabeza—. Cuando la lucha les proporciona las experiencias que la

vida les ha negado, entonces, o se alejan asustados, o triunfan. Estos últimos son ya iguales a nosotros. —Movié lentamente la cabeza y exclamó con voz sorda—¡Son como dioses!

Quedóse un rato contemplando fijamente la pared. David observaba deslumbrado a este hombre que lo llevaba de la mano a un país insospechado .

—Le dije que a un recién llegado lo miro con desconfianza—continuó Moreno—no con hostilidad. Más bien trato de ayudarlo. Para mí sólo representa el dramático caso de un hombre que lucha por salvarse. Sé que él, como todos ustedes . . . —vaciló un instante y repitió con los dientes apretados—Sí, como todos, arrastra un fardo de infamia ajena. De uno u otro modo, más tarde o más temprano, en la escuela o en el hogar, ha estado ligado a la ignominia. Ha participado de ella, aunque sea inconscientemente, aunque sea a través de sus padres, o sus hermanos. Es la verdad—agregó con énfasis al ver una chispa de duda en los ojos de David—y nuestro caso es diferente. Nosotros estamos ligados a prostitutas, rateros, o criminales—tembló su voz al pronunciar esta frase.—¿Pero qué es eso? Participamos de una vida grosera, tenebrosa. Pero no estamos contaminados de las grandes infamias, nada nos liga a la organización sistemática del crimen y la mentira. Nuestros pobres delincuentes son hojas que el viento arrastra, o gusanos que se retuercen y mueren en su propio territorio.

Secóse el sudor del rostro y prosiguió lentamente:

—Decía que yo olvido todo esto y sólo veo en el recién llegado al posible vencedor de su sangre. Veo lo que él quiere ser, no los lazos que lo sujetan. Pero usted . . .

Miró a David con dolor. Parecía que sólo por haberlo hecho su confidente, había decrecido su animadversión.

—¿Yo, qué?—dijo David valientemente.

—En usted no puedo olvidarlo—replicó Moreno.—No puedo olvidarlo porque detrás de usted hay dos muertos: uno, abaleado en las calles; el otro, muerto en vida. Por-

que detrás de usted hay un niño encadenado, una calumnia, un hombre con apellido robado. Porque conozco la ignominia a que se halla ligado y tendría que verlo puro como nadie lo es en el mundo, para olvidarlo. Porque nuestra historia es casi la misma, sólo que nos lanzaron en direcciones opuestas. Ante mí, usted representa, aunque no lo sepa, aunque no lo quiera, el sistema al que he entregado mi odio. Usted es la forma concreta del mal, porque usted es el hijo del doctor Tomás J. Caballero.

Pálido, con los puños crispados, David contemplaba a Moreno, sin entender el sentido de sus últimas palabras. ¿En presencia de qué abismo se encontraba? ¿A dónde lo conducían?

Sí, se lo voy a contar—prosiguió Moreno.—Para que comprenda mi actitud y para que conozca la tarea que tiene por delante . . . si quiere salvarse.

. . . Se recostó contra la pared y cerró los ojos. De pronto comenzó a hablar lentamente, contando su pasado hasta en sus menores detalles, como nunca lo había hecho antes. Era un feroz torrente de palabras que David escuchaba con el corazón en suspenso. E iba naciendo dentro de él una suave ternura por este hombre. Sí, ambos tenían la misma historia. Eran casi hermanos, víctimas los dos del mismo oprobio.

Y cuando Moreno terminó su relato, se acercó a él y lo tomó por los hombros.

—Tiene usted razón—dijo.—Pero yo he renunciado de mi familia, de todo mi pasado.

Moreno estaba como extenuado por su discurso. Durante varios segundos pareció no ver ni comprender la actitud de David y cuando al fin le alargó la mano, habríase dicho que sus mejillas se hallaban teñidas de intenso rubor.

—Pero usted—prosiguió David—me ha hecho ver claro otra cosa. Yo no soy digno (por mí mismo, no por mi origen) de la revolución.

Moreno le lanzó una mirada que quería ser cordial pero no llegaba a serlo.

—Tiempo—dijo lentamente, pero el tono de su voz revelaba que no creía mucho en su consejo.

David miró su reloj. Habían estado juntos casi dos horas. Rojas no había llegado y él necesitaba respirar aire fresco para no ahogarse. Invitó a Moreno a salir juntos, pero éste se negó.

Se despidieron en silencio y David salió solo. Afuera se detuvo unos segundos. Por allí había salido la noche en que ofreció a Luis Rojas ingresar al Partido: ahora iba decidido a quebrantar su promesa. Sin embargo, nunca había sentido más cerca del pueblo, que ahora que se alejaba de su revolución.

(Capítulo de la novela inédita "*Los animales puros*").

# **ESTUDIOS CIENTIFICOS**



JULIO ARAUZ

## Química Biológica General

### LA MATERIA VIVA

#### Característica de la vida

La más elemental observación de la Naturaleza nos indica que en Ella hay dos clases de seres completamente distintos: los seres inanimados o minerales y los seres vivos. Cada uno de estos grandes grupos es el objeto de ciencias especiales, siendo las ciencias llamadas BIOLÓGICAS las que se encargan, de un modo particular, de darnos a conocer los secretos del mundo de la vida.

Pero si los seres vivos se manifiestan tan diferentes del resto de la naturaleza muerta, no por eso, su estudio podemos efectuarlo sin contar con el concurso de las ciencias físicas, ya que todos los seres vivos están constituidos o fabricados en una proporción del ciento por ciento de su peso, de simple materia mineral, materia ésta que es el objeto especial de la química ordinaria y, ya, que toda la energía que entra en juego en el complicado acontecer inin-

terrumpido de la vida, es de naturaleza completamente física, capaz de ser reducida, si no ya, con el andar del tiempo y valiéndose de medidas adecuadas, a las unidades que estudiamos en los diversos capítulos de las ciencias positivas. El ciento por ciento de la energía que desarrollan los seres vivos es de naturaleza física, sin que la experiencia nos haga sospechar, siquiera, que en su funcionamiento intervengan otras formas de fuerza, que las ordinarias existentes en el universo físico, en el que, dicho sea de paso, figuramos como una porción insignificante. Hay ciencias metafísicas que consideran a los seres vivos y en especial al hombre, bajo otros puntos de vista, pero ellas no tienen nada que ver con nuestra cátedra de Bioquímica, en la que sólo tendremos que examinar el físicoquimismo de la vida, para lo cual nos basta y sobra, las enseñanzas que nos brindan las ciencias positivas.

La vida, bajo nuestro punto de vista, se caracteriza por un perpetuo trabajo físico - químico; el ser vivo es una máquina que no cesa de funcionar un solo instante, desde el nacimiento hasta la muerte, esta verdad es tan absoluta que no se puede imaginar que un ser vivo, en el que, su masa corporal, pueda encontrarse en reposo químico el menor intervalo de tiempo, pues, mientras más se repiten las observaciones y experiencias, uno se convence de que la vida se distingue por una actividad infatigable y perenne. Esta particularidad es una diferencia esencial entre la máquina viviente y las máquinas producidas por el ingenio humano, éstas pueden permanecer inactivas y volver a funcionar cada vez que se desee, pero aquella no descansa nunca, puede moderar o acelerar su trabajo, eso es todo, y cuando se paraliza lo hace de un modo definitivo, no hay potencia que lo haga marchar de nuevo.

Pero dicha actividad tiene algo de peculiar que es menester precisar; el ser vivo tiene la propiedad de captar materia del exterior, de asimilar esa materia y de utilizarla, sea como tal, sea como fuente de energía.

La palabra asimilar significa, que el ser vivo, con las sustancias extraídas del medio ambiente, elabora los materiales que llegan a formar al individuo, de tal suerte, que el ser vivo se fabrica, él mismo, su masa corporal. La captación en sí, en último término, se reduce a apoderarse de cuanto el ser encuentra a su paso o de cuanto venga a toparse con él, sin selección de ninguna clase, como podemos observar detalladamente en el caso de las amebas. La captación es una tendencia ciega; en cuanto a la utilización de lo captado, ya es un fenómeno sumamente complejo, que para muchos es la característica de la vida. El resultado natural del movimiento asimilatorio, es que el ser vivo tiende constantemente a aumentar de masa.

Lo que hemos denominado captación y asimilación son, pues, las singularidades que exteriorizan la esencia de la vida, lo demás; el crecimiento, la reproducción, el movimiento, etc., de que tanto caso hacen los tratados clásicos, no son sino consecuencias necesarias.

En efecto, el crecimiento es el resultado del hecho ininterrumpido, de que, a expensas del mundo mineral, el ser vivo está fabricando sustancias del todo iguales a las que encierra en su cuerpo, de suerte que, éstas, aumentan constantemente de peso, y el individuo, de contra golpe, aumenta de peso y de volumen. La reproducción es una consecuencia del crecimiento, ya que, si eliminamos toda la complicación aparente del fenómeno y sólo nos fijamos en el fondo, se reduce a que, el ser, a fuerza de crecer, llega un momento en que ya no le es dable, seguramente por razones de equilibrio físico-químico, soportar más masa, y, entonces, se divide en dos, resultando de la operación dos individuos, de los cuales no se puede saber quién a engendrado a quién. Tal es la reproducción bajo el punto de vista más sencillo y esencial.

En cuanto al movimiento, que necesariamente implica consumo de energía, sería inexplicable, si el ser vivo la sacara de la nada, pero ya dijimos, que el manantial energético de la vida era la misma materia asimilada.

La asimilación es, en suma, la única característica de la vida, y que se reduce al hecho por medio del cual, los seres, a expensas del mundo mineral, fabrican sus sustancias y las incorporan, sea para aumentar su peso y su volumen, sea para servirse como generadoras de fuerza.

### Asimilación y Desasimilación

Frecuentemente se nos presenta como un fenómeno contrapuesto a la asimilación, el conocido con el nombre de la desasimilación. Mirado éste, en su último aspecto, en realidad lo es, porque se reduce a una expulsión de materia fuera del ser, lo que implica disminución de peso y de volumen. Sin embargo, bien mirada la cosa, la desasimilación no es un fenómeno aparte del primero; podemos considerarlo lógicamente, como su continuación y mejor, como una consecuencia, esto es, como un acontecimiento que se inicia, se perfecciona y se termina sin solución de continuidad. Usando una comparación podemos figurarnos el fenómeno como una multitud de hilos delgados que por un agujero penetraran constantemente en un cofre, al interior del cual hubiera un mecanismo que en los primeros momentos, los retorciera, formando una cuerda, que continuaría su viaje en ese estado hasta un poco antes de la salida por la pared opuesta. Antes de abandonar el cofre, un mecanismo especial se encargaría de destorcer lo hecho, de tal suerte, que a la salida veríamos aparecer la cuerda convertida en hilos. Esencialmente, pues, asimilación y desasimilación no son dos cosas distintas, sino dos fases de un mismo fenómeno; el uno implica el otro: son inseparables, y no es de extrañar, que en el lenguaje corriente, se presente al primero como característica de la vida y no al segundo, lo que sucede es que, al decir asimilación como acontecimiento fundamental de la vida, sobreentendemos la desasimilación, es decir, todo el proceso, por más que para los efectos de la didáctica y de la metodología, formen dos capítulos totalmente distintos, aunque contiguos de la Biología.

## Metabolismo

Ahora bien, al proceso físico-químico indispensable para la realización de la asimilación, y de la desasimilación material, con el consiguiente juego de absorción y liberación de energía, se le ha bautizado con el nombre de METABOLISMO, por cuya razón, usando ya este término científico, podemos afirmar que la característica de la vida es el metabolismo, y que un ser vivo no es otra cosa, que una entidad de la Naturaleza en la que, de una manera exclusiva se observa dicha propiedad, y así, donde aparece el metabolismo aparece la vida y donde desaparece el metabolismo, principia la muerte, en cuyo caso los seres se destruyen totalmente, y la materia de que estaban formados, no se distingue ya de la ordinaria, por no decir vulgar, que forma la mayor parte del Universo y que la denominamos materia bruta.

No sabemos con precisión, es decir, a punto fijo, cómo en las intimidades del ser se efectúa el sutil y complicado proceso del metabolismo, pero nos damos cuenta de que es un fenómeno físico-químico, puesto que lo podemos medir y hacer el balance energético que él entraña.

Mirados a grandes rasgos, podemos considerar los seres vivos como fabricados por tres clases de substancias que son: hidratos de carbono, grasas y albúminas. Pero no debemos olvidar que tales productos los fabrican ellos mismos, y si tenemos en cuenta que las antedichas materias son de formación endotérmica, es decir, que sólo se pueden formar con absorción de energía, comprenderemos que el primer paso del metabolismo se concreta a una elaboración de substancias, que requieren para su nacimiento, del concurso de una energía externa, energía que no puede venir de la nada y que hasta sería absurdo suponer, sino que, de una manera comprobada, proviene del sol.

El segundo paso del metabolismo es la utilización de los productos elaborados y que, en resumen, se manifiesta

por una liberación de la energía solar que fué almacenada en las sustancias anteriormente fabricadas, por consiguiente, según este concepto los seres vivos son individuos, hijos de la Naturaleza, capaces de almacenar energía y de ponerla en libertad de una manera continua aunque lenta, y si bien no sabemos exactamente cómo se efectúa ese almacenamiento, hemos descubierto que toda la energía captada es de origen solar o sea físico, y eso es ya mucho. La liberación de energía o sea el segundo paso del metabolismo es más fácil de estudiarlo, porque los fenómenos exotérmicos se producen de suyo, algo así como la salida del agua de un tanque, cuando en él se ha practicado una perforación. Conviene aquí anotar, que toda la energía liberada en el fenómeno vital es de orden netamente físico, y que el calor desempeña un papel preponderante. Por consiguiente, la vida, mirada por la ciencia positiva, es un mecanismo material, por medio del cual se almacena y se libera energía, todo de una manera sui géneris.

En resumen, pudiéramos decir que la vida es el metabolismo, sin olvidar que este proceso tan peculiar de los seres vivos, es realizado en las intimidades de sus cuerpos por ellos mismos, como si dijéramos con mano propia, a la inversa de lo que acontece en los mecanismos que nosotros fabricamos, en los que, para que funcionen hay necesidad de cargarlos de materia y energía con mano ajena.

### **Principios inmediatos**

Por una razón histórica estamos acostumbrados a designar con la expresión de "PRINCIPIOS INMEDIATOS", a las sustancias que se encuentran en los seres vivos formando su masa corporal. Tal expresión que a primera vista no significa gran cosa, corresponde al hecho de que los primeros estudiosos del fenómeno vital, hallándose perplejos y desorientados ante la enorme complejidad de los hechos, denominaron así, en términos vagos, al conjunto de productos revelados por la primera observación, o sea, por

una observación superficial e inmediata, y que nada dicen ni de su número ni de su naturaleza.

Dichas substancias existen en número, que bien lo pudiéramos llamar infinito, tanto que establecer una lista de ellas sería una labor interminable. En cuanto a su estudio, sólo podemos decir que es muy complicado debido a la enorme variedad que de ellas existen, y si bien es cierto que la ciencia moderna ha logrado clasificarlas en familias perfectamente definidas, y en muchos casos precisar su constitución, hay que confesar también que, en muchos otros, han fracasado los intentos y que aún ignoramos mucho en ese terreno.

La labor constante de químicos y de biólogos va descubriendo sin cesar nuevos componentes, y bueno es advertir que, aún, queda trabajo para muchas generaciones, lo cual es un buen aliciente para todos aquellos que, ávidos de novedades, se sienten inclinados al sagrado trabajo de la investigación. El terreno de la bioquímica es casi un terreno virgen, es un campo nuevo por excelencia y se presta a maravilla para efectuar fructíferas cosechas.

Avanzando en nuestro estudio, con los conceptos adquiridos, ahora podemos anunciar que los seres vivos se hallan formados de principios inmediatos, que éstos son fabricados por la actividad de los primeros, a expensas de la materia bruta que forma la costra del globo terráqueo y con el concurso, además, de la energía, acerca de la cual podemos afirmar que, casi, es el sol quién mantiene la exclusiva.

Usando, así mismo, la nueva terminología diremos, que asimilar es, en primer término, fabricar principios inmediatos, en segundo, incorporarlos a la masa viviente, en tercero, hacerlos trabajar químicamente para utilizar la energía resultante y cuarto, expulsar los productos de las antedichas reacciones, cuando éstos ya son innecesarios o nocivos para el funcionamiento de la vida. Bien se compren-

de que en éste último caso nos referimos a la desasimilación, la cual, como se puede notar, también es una fuente de principios inmediatos. La asimilación crea sustancias y las incorpora al ser, pero éstas no permanecen simplemente almacenadas, sino que inmediatamente empiezan a sufrir una serie de transformaciones de orden químico, a consecuencia de las cuales, aparecen nuevos productos, contándose entre ellos una buena cantidad que deben abandonar el cuerpo vivo por desasimilación. Y como al engranaje asimilatorio y desasimilatorio, que es a la vez físico y químico, lo hemos llamado metabolismo, para concluir, diremos, que éste es el origen de los principios inmediatos.

### Estática y dinámica

Todos los seres vivos, grandes o chicos, mono o pluricelulares pueden ser considerados bajo cierto punto de vista, como un conjunto de principios inmediatos en perpetua acción físico-química, pero para estudiar la vida podemos hacerlo en etapas, esto es, primeramente haciendo la abstracción de que los principios inmediatos no trabajan, sino que sólo se encuentran presentes; en este caso el estudio se reduce a descubrir la cantidad y calidad de los diferentes principios y a establecer listas y clasificaciones de lo que se va identificando. Hecho este trabajo preliminar podemos considerar la acción mutua de los principios inmediatos en el ser, como origen de los complejos fenómenos que caracterizan la vida; esta segunda etapa del estudio ya no se puede contentar sólo con listas y clasificaciones, necesita de ellas como materia prima, pero su finalidad es averiguar cómo trabaja ella en las reconditeces del ser, rodeada como se halla ahí, de un ambiente y circunstancias que son especialísimas, las cuales permiten que la materia realice el fenómeno de la vida o sea que los principios inmediatos realicen el metabolismo.

Cuando la bioquímica estudia aisladamente los principios inmediatos, tal como se definió en la primera etapa,

se dice que se estudia la parte estática de esa ciencia, más, cuando se los considera como substancias activas, siempre en faena, vibrantes, ágiles, despiertas y en perpetua formación y transformación, viene la segunda etapa, que es la conocida como la dinámica de la bioquímica.

El conocimiento perfecto de la primera parte, es indispensable para el estudio de la segunda, pero esta última forma el capítulo verdaderamente interesante y sugestivo de la química biológica, capítulo que, por otro lado, se confunde con la Fisiología o, por lo menos, llega a ser un auxiliar tan necesario que, sin su conocimiento profundo la ciencia fisiológica es incapaz de cumplir la parte máxima de su misión, como es la de explicar el por qué de los fenómenos que estudia, resultando de ello, que sólo describe el cómo de las cosas y se convierte en una ciencia meramente descriptiva, memorista y carente de aquel poder maravilloso de la gran ciencia, de levantar el vuelo, hasta poder tocar las causas últimas de las cosas que especula.

### ¿Materia viva o ser vivo?

El estudio que hasta aquí hemos hecho de los principios inmediatos es por demás incompleto, pero por el momento es bastante, pues sólo deseábamos hacer comprender que ellos son los materiales con los que se hallan fabricados los seres vivos, así como las piedras, los ladrillos, la cal, el cemento, las vigas, etc., son los materiales con los que se fabrican nuestros edificios. El estudio detallado de los principios inmediatos es indispensable, pero se lo hará posteriormente.

Según lo expuesto, mediante el análisis químico, a un ser vivo se lo puede descomponer en sus constituyentes con el objeto de estudiarlos uno por uno. Este análisis especial se lo denomina análisis INMEDIATO y éste nos revela que todos los seres vivos, aún los más insignificantes de los conocidos, no nos ofrecen una sola variedad de material, sino, al contrario una buena colección de ellos, lo que nos

induce a creer que todo individuo viviente, es con certeza, un ser complejo.

Si, pues, el ciento por ciento de la masa corpórea de los seres vivos se reduce a principios inmediatos, cabe preguntar en cuál de ellos reside la vida o lo que es lo mismo, en cuál de los dichos, se presenta de un modo cualquiera, así fuera rudimentariamente, la propiedad del metabolismo. Si esta precisión nos fuera dable hacerla, la materia en cuestión sería por excelencia la MATERIA VIVA. Pero, ¿es que ésta existe?

Supongamos que por métodos apropiados pudiéramos sacar de los seres vivos todos los materiales que ellos encierran, y que, colocados sobre una mesa los estudiáramos con el mayor detenimiento, muestra por muestra. En primer lugar veríamos que la cantidad de tipos de materia sería fantástica, pero más admirable sería la cantidad de variedades que cada tipo encierra, tanto que no alcanzaríamos ni a contarlas en toda la vida. Además, el antedicho examen nos revelaría, que si bien conocemos la constitución y propiedades de muchas de ellas, ignoramos todavía lo concerniente a una enorme cantidad de otras.

Pero, de toda esta observación sacaríamos en limpio la verdad indiscutible, de que todas las substancias estudiadas, es decir los principios inmediatos, no son más que productos químicos, de la misma manera que lo son el agua, la sal, el amoníaco, etc., con la única diferencia de que, en vez de poseer moléculas de poca complicación, como es el caso en las substancias minerales que acabamos de nombrar, en tratándose de los principios inmediatos, generalmente se tropieza con moléculas tan pasmosamente enmarañadas y pesadas, que en la mayoría de las veces, nuestra química se declara impotente, en espera de mejores liempes, de descifrar la arquitectura de los edificios que forman los átomos componentes.

Lo más importante de todo lo que venimos diciendo es que, en ninguno de los productos, que imaginariamente hemos colocado sobre nuestra mesa, podemos encontrar el me-

nor rastro de vida; todos y cada uno de los principios inmediatos son principios muertos; ninguno presenta la propiedad del metabolismo, a pesar de ello, reunidos en el ser y en condiciones que aún se nos escapan, reflejan la vida con toda su riqueza y plenitud.

Por consiguiente, ante nuestra ciencia, la vida no aparece como radicada en un compuesto químico definido; no podemos hablar de materia viva, porque lo que así vulgarmente designamos, es en realidad un conjunto de materias muertas que funcionan produciendo la vida. Lo único que podemos afirmar es que hay seres vivos y que éstos, están formados de principios inmediatos en incesante trabajo físico-químico. En resumen, parece que la vida no es la propiedad de una sustancia tal o cual, de un principio inmediato, químicamente definido y determinado, sino ser el fruto, el resultado, del trabajo de un mecanismo terriblemente complicado.

### **Complejidad de la Vida**

El problema de la vida es el más escabroso que se conoce como problema científico; el hecho de que todos los materiales que figuran en la composición corporal de los seres vivos, sean muertos y, el no menos evidente de que toda la energía que ellos desarrollan y transforman, así como la que en ellos penetra, sea de orden físico y mensurable, a despecho de cualquiera otra afirmación, son causas para que, si no se guarda la serenidad, que indispensablemente debe presidir en toda investigación científica, nos hagan caer en desconcierto y busquemos su explicación en terrenos alejados de las ciencias positivas.

A consecuencia de la complejidad de los seres vivos, no podemos penetrar en su mecanismo con suficientes luces, ni bajo el punto de vista químico, ni bajo el punto de vista físico; en el primer caso porque, como ya lo dijimos, en la masa viva siempre se hallan representadas muchísimas sustancias cuyas estructuras moleculares se disputan en

complicación, tanto, que aún no hemos podido descubrirlas todas. Bajo el punto de vista físico, el asunto está también muy lejos de ser sencillo; los fenómenos observados son tan numerosos, intrincados y sutiles, que no alcanzamos a mirar todavía, cómo de todos ellos se desprende y realiza el metabolismo.

Pero, seguramente, la vida se nos presenta tan compleja, porque nuestra ciencia es impotente para hacernos conocer con exactitud las formas de vida más sencillas, que indiscutiblemente existen, puesto que aún las manejamos, escapándose, con todo a nuestra observación. Hasta aquí, en efecto, lo más simple que conocemos es la célula y es sabido que, precisamente ésta no es una cosa que se distingue por su homogeneidad, como se creía hace un siglo; ahora nos hace sonreír la afirmación del viejo Dujardin, que daba a sus "sarcodas" una constitución perfectamente homogénea, siendo su masa una materia parecida a la gelatina y, además, "glutinosa, diáfana, elástica y contráctil". El descubrimiento de Dujardin es de un valor incalculable en lo que se refiere a la parte de verdad que él encierra, como es el establecimiento de una unidad de vida. El antiguo sarcode o sarcoda es la célula de hoy, pero ésta, a la inversa de su predecesor, es todo un edificio.

El microscopio, ayudado por una serie de ingeniosidades, para fijar, teñir, impregnar, etc., las células, ha hecho descubrir, en lo que antes no era sino el llamado protoplasma homogéneo, una variedad de piezas insospechadas, que aparecen como granulaciones, filamentos, y sobre todo, la que se manifiesta como el llamado núcleo, en cuyo seno se hallan, entre otras cosas, las cromosomas en un número tan preciso, que hasta se las puede contar y distinguir por sus formas.

Una simplificación de la célula clásica la encontramos en el cuerpo de las bacterias, en el cual no hay núcleo diferenciado; dicho cuerpo se reduce a una vesícula llena de líquido complejo y en cuyo seno, nadan dispersos, los elementos nucleales correspondientes a las células que las pu-

diéramos llamar perfectas. Su masa es tan diminuta que no se presta para que en ella puedan existir mayores complicaciones; son seres que miden al rededor del milésimo de milímetro o sea de la micra, sin embargo, su pequeñez está formada de partes diferenciadas y son muchos, por otro lado, los principios inmediatos que la integran. Todo lo que conocemos como vida es, pues, necesariamente un mecanismo embrollado.

Tal vez esta afirmación sea estrictamente verdadera en todos los casos, pero hay razones que permiten esperar que la inaudita complicación hasta aquí observada, se simplifique un tanto, cuando conozcamos las formas de vida que hasta aquí se nos escapan.

### Prehistoria Celular

Tenemos que admitir que la vida apareció sobre la superficie de nuestro planeta en un momento dado de su historia. La hipótesis de la siembra cósmica de gérmenes vitales, no nos hace adelantar nada en el problema, y cuando más, lo retrocede en el espacio y en el tiempo, sin tocar en lo más mínimo el punto de los orígenes, por consiguiente, sin que nos importe mucho el dónde, podemos aceptar que nuestra vida es de creación terrestre, pues, aunque no lo fuera, lo mismo que decimos de aquí, en lo tocante a las primeras formas, tendríamos que decirlo con relación a cualquier otro mundo, el Planeta X, por ejemplo.

Lo cierto es que se nos hace inconcebible y por tanto, fuera de razón, que la vida haya empezado, sea donde sea, mediante la aparición de células, hechas y derechas, así fueran éstas del tipo bacteriano, ya que todas ellas representan edificios heterogéneos, cuyas diferentes partes se entrelazan química y físicamente de una manera muy compleja. Nuestras células deben ser el resultado final, terminado y bruñido, de un trabajo de larga duración, en el que se debió asistir a la aparición lenta de las diferentes piezas, al perfeccionamiento de los ensambles, a la unificación del

trabajo y a la coordinación de las reacciones. Nuestras células deben tener su historia y aún su prehistoria, que seguramente se remontan a los lejanos tiempos en que nuestro planeta, a fuerza de enfriarse, empezó a presentar una costra sólida en su superficie, y en el que las primeras aguas bajadas del cielo, la rociaban abundantemente y luego se estancaban en las partes bajas.

Nosotros consideramos la vida como un mecanismo embrollado y casi indescifrable, porque conocemos nuestras células con sus múltiples detalles, ignorando, por otro lado, su génesis y todas las peculiaridades de su larga gestación. La simple caldera de cocina, que levanta la tapa por la fuerza del vapor, la marmita de Papin, que no la levanta a pesar de los gases interiores, y las grandes locomotoras americanas, tipo ultra moderno, guardan entre sí una relación estrechísima de formación; la historia las une de una manera continua e innegable; el último tipo no es más que el resultado del perfeccionamiento de los tipos precedentes; toda la cadena está unida por verdaderos lazos de parentesco, a pesar de que en las extremidades hallemos objetos que en nada se parecen. Pues bien, en el mundo de la vida, nosotros conocemos, con nuestras células, tan sólo lo que pudiera corresponder a la locomotora del ejemplo, e ignoramos el resto, que ha quedado atrás, rodeado de las mayores tinieblas; conocemos la célula que es la culminación de un inmenso trabajo, que es una obra maestra, perfecta, ajustada y completa de millones de siglos de labor, pero ignoramos lo que hemos llamado su historia y prehistoria, y como es probable que jamás las conozcamos, la vida continuará siendo el fenómeno de más difícil explicación.

No sería de admirar, que desde los primeros amagos de la vida hasta su perfección en la forma de la célula clásica, esto es, de la vida en toda su plenitud y esplendor, haya mediado un tiempo tan grande como el que seguramente ha debido interponerse entre la aparición de la célula y su culminación en hombre, pero nosotros no sabe-

mos nada, y en este punto existe una laguna infranqueable. Sabemos que de la célula al hombre hay un trabajo lento; en algunos pasajes, hasta poseemos ciertos detalles, y, aunque ignoramos mucho, estamos convencidos, por medio de la Paleontología y sus ciencias afines, de que sucedió así y no de otra manera. Pero, de la célula para atrás, ignoramos todo, absolutamente todo, de ahí, nuestra total desorientación en la rebusca, de ahí nuestro asombro al examinar la vida y de ahí también, que el vocablo vida nos parezca sinónimo de complicación y tinieblas y que dicha palabra sea, para los mejores cerebros, un dédalo en el que cualquiera se extravía.

Nosotros conocemos células acabadas en todos sus detalles, pero es inadmisibile que tan diversos elementos morfológicos y químicos como ellas encierran, se hayan realizado de súbito y aún peor, colocado, así mismo, cada cual en su sitio y luego . . . sin más ni más, al trabajo, de la manera más inopinada del mundo. Así no procede la naturaleza; un ejemplo de ello no observamos en ningún punto del universo. Sería un absurdo que la locomotora de nuestro ejemplo brotara de la tierra, ya armada y resoplando, y con mayor razón lo es, pensar que nuestras células, que son máquinas mil veces más complejas que todos los colosos mecánicos de América, se hayan realizado de golpe, sin siquiera una breve historia.

Al contrario de lo dicho, es en el mundo de los seres vivos, en donde encontramos mayores relaciones de continuidad y en donde, hablando metafóricamente, la Naturaleza ha hecho más revelaciones de paciencia e ingeniosidad. Los seres vivos se han formado poco a poco; las mismas mutaciones que se las califican como saltos bruscos, en realidad no son sino exteriorizaciones, al parecer sin antecedentes, sin historia, pero que reconocen un largo y sordo trabajo de gestación en las intimidades celulares, trabajos acerca de los cuales, tenemos muchas razones para creer que son de orden químico y que tienen por asiento las albuminas de las células.

Siguiendo con la metáfora, digamos, que la Naturaleza se comporta como un paciente e infatigable artífice. En ocasiones ejecuta sus obras sin contratiempos hasta dejarlas perfectas, sólidas y hermosas, pero no es del todo raro, que alguna vez yerre el camino, y entonces, se diría que se la ve vacilar, efectuar tanteos y aún cambiar de derrotero. También acontece, que, excepcionalmente, se declare vencida, y en este punto, todas las criaturas, que de pronto se hallan guiadas por un sendero declaradamente falso e infranqueable, empiezan a decaer y, a la postre, parecen sin remedio, y es, porque, en estos casos, ciegamente, ha tropezado con una imposibilidad física. ¡Muchas especies han corrido esta suerte en la historia del planeta! Pero también ocurre que en estas circunstancias, para salvar sus obras, realiza los mayores juegos de paciencia: como no acostumbra volver atrás, penosamente contornea los tropezos con miras a rectificar lo hecho.

Así es como trabaja la naturaleza, aunque para mayor claridad hemos usado un lenguaje figurado, dicho lenguaje, en el fondo traduce la verdad con bastante precisión y claridad, y eso es lo que nos hemos propuesto. Rien se hubiera podido explicar lo mismo con términos más escogidos, pero jamás habríamos logrado traducir con palabras adecuadas la gran labor de la naturaleza; siempre que nos proponemos hablar de sus trabajos nos vemos en la ineludible necesidad de usar de metáforas más o menos declaradas; ya, Le Dantec, hace algunos años, se quejaba de que nuestro idioma científico era esencialmente finalista, y en realidad así lo es; no podemos hablar de los fenómenos naturales, sin admitir tácitamente, que la gran naturaleza se asemeja a la naturaleza humana, y como ésta, obra por medio de voliciones y tendencias, cuando hablamos de los fenómenos biológicos, nos expresamos sin quererlo y sin creerlo, como si la naturaleza tuviera una voluntad como la nuestra, como si se dejara guiar por instintos análogos a los instintos humanos, como si obedeciera a la misma ética que nosotros respetamos, y en fin como si la naturaleza

fuera un hombre enormemente grande, enormemente sabio, enormemente poderoso, pero hombre al fin y al cabo. El verdadero trabajo de la naturaleza podría explicarse con palabras, sólo a condición de que se inventase un idioma en el que fuera imposible confundir las acciones humanas con las acciones de la naturaleza. En otras palabras, habría que aprender su lenguaje, cuyas bases las desconocemos y no las descubriremos nunca. Por consiguiente, siempre tendremos que usar de nuestros términos y valores de comparaciones y metáforas, porque los términos precisos no existen en ningún idioma.

Después de estas consideraciones que las hemos creído necesarias, volvamos a la historia de la célula, que parece que la hubiéramos dejado olvidada.

Si, pues, reanudamos nuestra labor, el paso desde la célula clásica hasta los seres superiores implica un largo y metódico trabajo evolutivo, ¿cómo podemos admitir que ella, por excepción absurda, haya manado súbitamente, igual que el agua de las fuentes, con toda su sorprendente perfección?

No, nuestras células no pueden ser las formas originarias de la vida, debieron existir otras más simplificadas, que si nos fuera dable conocerlas, la vida, en lugar de confundirnos por su complejidad, nos abrumaría con su sencillez. Mas, si tal conocimiento nos es posiblemente vedado, por otra parte, en nuestra misma tierra y en nuestros días andamos rodeados de verdaderas legiones de seres vivos, cuyas formas ignoramos, pero cuyos cuerpos deben ser muchos más simples y muchísimas veces más pequeños que el de las bacterias más diminutas. Dichas insignificancias de vida son las llamadas por el momento, los **ULTRA VIRUS** y los **BACTERIOFAGOS**, que por su pequeñez, son verdaderos microbios para los microbios, de cuya existencia estamos seguros, por lo menos en el primer caso, sin que sepamos casi nada, o nada mismo acerca de su constitución y estructura. Es todo un mundo nuevo e insospe-

chado y el porvenir está lleno de esperanzas, ya que, cuando lo conozcamos, se nos aclararán muchos misterios y, talvez, estemos en la posibilidad de franquear el abismo que separa los dos mundos: el de las cosas muertas y el de la vida.

### Ultra microbios

Desde hace algún tiempo se ha sospechado la existencia de ciertos seres vivos, a los que, con razón, los pudiéramos denominar invisibles, y no sólo para la simple vista, que para ella, ya lo son los microbios clásicos, sino, también, invisibles para los mayores aumentos del microscopio, aumentos, que, hoy en día, avanzan hasta tres mil veces el tamaño del objeto. Estos nuevos seres han sido, primeramente, provistos por la medicina, como agentes de ciertas enfermedades infecciosas, a pesar de que por ningún medio se les había logrado mirar. Los agentes causantes del sarampión, de la hidrofobia, de la fiebre de las trincheras, de la peste aviaria, son evidentemente seres vivos, puesto que secretan diastilas y lo que es más, se reproducen, pero, como ya dijimos han sido rebeldes a todo intento de visión y por eso, tan sólo se los ha llegado a conocer por sus manifestaciones malignas: se los siente vivir, muchas veces los soportamos en la sangre de nuestras venas como huéspedes indeseables, los sufrimos, sabemos que viven, sabemos que a impulsos del menor hábito, se trasladan de un animal a otro para causar molestias y aún la muerte, conocemos que se multiplican con verdadera locura y, hasta en ciertos casos, sabemos cultivarlos, pero, ningún lente, por poderoso que sea, ha sido capaz de conducir sus imágenes hasta nuestra retina.

Y, lo dicho, no sucede por imperfección del microscopio; este aparato ha dado de sí todo lo que nuestra vista le ha pedido; es uno de los instrumentos más perfectos que poseemos. La industria moderna, sin gran dificultad, pudiera todavía proporcionarnos aparatos más poderosos, con

los cuales, teóricamente, pudiéramos ver los objetos examinados, de mayor tamaño, pero eso es ilusorio, porque tales artificios, no nos permitirían observar ningún detalle.

Poder ver más grande y no mirar detalles parece contradictorio, pero en realidad no es así. Nosotros vemos, porque nuestros ojos son sensibles a la luz y ésta es, o por lo menos se comporta como si fuera un movimiento ondulatorio, y sus ondas se distinguen por su longitud. Los objetos que podemos ver, aún con los microscopios, son siempre más grandes que las ondas luminosas; los microbios ordinarios lo son y por eso son susceptibles de ser vistos, pero, los seres que aquí analizamos, y que bien pudiéramos llamarlos ultra microbios, poseen dimensiones inferiores a las citadas ondas, y por eso su visión precisa es imposible.

Las ondas de la luz roja son las más largas y las que caracterizan a la luz violeta son las más cortas, debiendo recordar que estas longitudes son apreciadas en fracciones de la unidad llamada micra, a la que ya nos referimos en acápite anteriores.

En el límite inferior de la luz roja tenemos longitudes de onda entre las 0,8 décimas de micra, y en el extremo superior del violeta visible, dicha longitud es a lo sumo de 0,25 centésimos de micra; de donde se deduce que no podemos observar, por imposibilidad física valiéndonos de nuestros ojos, ningún objeto cuyo tamaño sea inferior al cuarto de micra, así nos valgamos de los más fuertes microscopios.

El cuerpo de las bacterias es siempre superior al límite fijado. Una de las más diminutas es la bacteria que produce la fiebre de Malta, y sin embargo, su tamaño es de, al rededor, una micra; hay bacterias que, en comparación con la mencionada, las pudiéramos llamar GIGANTES, así, el bacilo de la peste, es unas siete veces mayor; el de la tuberculosis unas diez y el del ántrax, unas veinte. Todos estos seres son perfectamente observables con nuestros aparatos de visión, por encontrarse por arriba de la

cuarta parte de la micra, pero los ultra microbios, no lo serán jamás, por hallarse por debajo del límite mencionado.

El ultramicroscopio nos ofrece un barrunto de perceptibilidad de las cosas, que traspasan en pequeñez, la frontera del violeta, pero, tales entes se reducen en el campo visual a simples puntos luminosos, a motitas brillantes, sin contornos, sin forma, a verdaderos puntos que revelan su existencia por un cierto temblor, pero sin indicar absolutamente nada de lo que son, de lo que ellos encierran, de la verdadera magnitud que tienen, de la forma que poseen, nada, nada fuera de aparecer ante el observador como entidades geométricas, omisoras de una cierta luminosidad. Como se ve, no es, tampoco, el ultramicroscopio el que podrá servirnos, para estudiar con detalles, las menudencias vivientes de que estamos tratando.

Pero tales seres existen; los médicos los han llamado ultra virus, porque los que hasta aquí han sido indentificados son reconocidos como terribles agentes de serias enfermedades, sin embargo eso no quiere decir que no existan otros, innominados por ahora, igualmente pequeños, o talvez, más exiguos, y que a la inversa de los primeros sean inofensivos y, quién sabe, si beneficiosos para la humana naturaleza. La causa para que se descubriera los ultra virus, pudiera ser el miedo que nos han infundido sus efectos, en cuanto a los otros, bastaría decir, que han seguido en la sombra, porque no nos han preocupado mayormente; estos serían propiamente sólo ultra microbios, ultra - bios, sin el terrible epíteto de virus, que trae consigo idea de calamidad y dolor.

A los ultra virus se los ha llamado también **VIRUS FILTRANTES**, porque, debido a su débil tamaño atraviesan los poros de los mejores filtros. La técnica moderna los fabrica tan finos, que sus agujerillos llegan a medir la insignificancia del cuarto de micra y aún algo menos; pues bien, por estos intersticios, la masa viviente de los virus filtrantes pasa con la mayor facilidad, lo que significa que el diámetro de sus cuerpos es inferior a dicha medida. Por

demás es decir que todos los microbios observables con nuestros lentes, aún las bacterias más insignificantes, son detenidos por las mallas de los filtros; de ahí que la práctica sanitaria de filtrar el agua destinada a la alimentación es buena para muchos casos, pero no para todos. No por nada se aconseja, pues, la ebullición del líquido, así como también su esterilización por medio de ciertos agentes químicos como el cloro y el ozono, o de agentes físicos, como las radiaciones ultra cortas.

Y volviendo a nuestro tema, continuemos; parece inconcebible que en un volumen tan reducido como el que corresponde a un ultramicrobio, pueda encerrarse un ser vivo, a pesar de ello, la cosa es exacta, y en esas peluzas de materia ahí contenidas, se realizan los actos metabólicos, que son la esencia de la vida, con todos sus rasgos característicos.

Lo más curioso en todo esto es que, según múltiples observaciones, parece que muchos ultravirus son engendrados por gérmenes visibles al microscopio, los cuales, variando las condiciones, pueden a su vez, reaparecer en su prístina forma, a expensas, de las formas filtrantes, y así, ahora, es corriente oír hablar, aunque talvez un poco precipitadamente, de las variedades invisibles del bacilo tifóideo, del bacilo tuberculoso, etc. En fin, cualquiera que sea la respuesta que dé el porvenir a esta fase del problema, lo que importa por el momento es saber positivamente, que existen individuos vivos más pequeños que las bacterias, y que esas formas deben ser enormemente menos complicadas, que las células perfectas que nos pone de manifiesto el microscopio.

Hemos dicho que hasta aquí, todos los virus filtrantes descubiertos, habían sido identificados como gérmenes propagadores de enfermedades infecciosas. Pero, la ciencia moderna, en los últimos lustros se ha enriquecido con un descubrimiento que bien merece ser mencionado. Helle observó que sin ningún precedente, en algunos cultivos de microbios, se veía que éstos sufrían una destrucción es-

ponlánea, esto es, se disolvían paulatinamente en el medio y desaparecían. Cosa rara: los microbios se destruían a sí mismos, contra toda ley de la naturaleza viviente. La verdadera explicación no debía estar ahí sino por otro lado.

Esta propiedad exterminadora puede, además, ser comunicada a cultivos sanos y robustos, por simple contacto con partículas procedentes de colonias, en las que había aparecido aquella propiedad suicida, dando la impresión de que se tratara de innegables casos de contagio. Ante un hecho tan patente y de tanto interés, Herelle llegó a concluir que se trataba aquí de la acción de un ultramicrobio, tan diminuto como jamás se había supuesto, pero, con todo, un ser vivo y con capacidades de reproducción. Este agente, que vendría a ser un amigo inestimable para la humanidad, un microbio maligno para los microbios corrientes, un flagelo invisible para los microbios visibles que nos azotan, por cuya razón se le ha denominado el BACTERIOFAGO; si su existencia pudiera demostrársela de un modo seguro, sería seguro también que no se trataría de un solo tipo de individuo, sino de toda una pléyade de variedades poseedoras de tan magníficas virtudes. El tamaño del bacteriófago estaría comprendido entre los dos centésimos de micra, y sería una de las cosas vivas más chicas que se ha podido estudiar.

Desgraciadamente, si los hechos imputados al poder bacteriófago son evidentes y no admiten discusión, no acontece lo mismo en lo tocante al bacteriófago en sí, respecto del cual han surgido ciertas dudas para adjudicarle una personalidad. Sea como sea, lo dicho nos indica que la investigación del hombre ya ha penetrado, y con pie firme, en el terreno de estos seres, simples chispas de vida, tan exiguos bajo el punto de vista de su masa, y que, para la ciencia presentan un interés de primer orden. Estos ultramicrobios no se parecen a nada a lo que hasta aquí hemos conocido; forman, por así decirlo, un reino aparte de la naturaleza, ya que, por lo poco que se sabe, su manera de asimilar y de reproducirse, su manera de

reaccionar ante los agentes exteriores, etc., son peculiares de ellos y deben responder a mecanismos inobservados en el resto de los seres corrientes.

Históricamente, ¿serán estas las formas primitivas de vida? ¿Serán éstos lo que algunos naturalistas y filósofos denominan los PROTOBIOS? Si no lo son, por lo menos deben ser algo semejantes. El verdadero protobio debió ser un ultra microbio o alguna cosa más simple, porque ya hemos demostrado que, para que la vida se manifieste, no hace falta la complicación que descubrimos en las células clásicas. La trama de la vida debe ser más sencilla de lo que nos imaginamos.

### Más conquistas

El estudio de los ultravirus nos promete una serie ininterrumpida de conquistas, apenas sospechadas, en las ciencias que estudian la vida, a pesar de que se trata de seres tan diminutos, que toda observación directa es imposible. Mas esto no quiere decir que no dispongamos de medios para introducirnos, con perspectivas de buen éxito, en el terreno que ellos gravitan, por ignorado que todavía sea; dichos medios son aún algo rudimentarios como lo es todo lo que recién comienza, y, con todo, ya cuentan en su activo un buen número de apreciables conquistas. En estas líneas vamos a reseñar los principales métodos ideados para explorar aquel mundillo tan leve, pero al mismo tiempo tan interesante.

Ya en el siglo pasado se advirtió, que para observar mejor los detalles en la visión microscópica, era preferible emplear, en vez de la luz blanca ordinaria, la luz azul o la violeta, y, en 1871, el naturalista Castracane utilizaba la última nombrada, para divisar los menudos detalles de las diatomeas. De aquí, al aprovechamiento de las radiaciones invisibles ultravioletas no hay sino un paso, pero las

dificultades técnicas parecían insuperables. En primer lugar, el vidrio no es transparente para dichas radiaciones y, en segundo lugar, el ojo humano es ciego para ellas.

El primer escollo ha sido salvado, empleando lentes de cuarzo, materia especial, muy dura, que funde a elevada temperatura y que, por consiguiente, se deja trabajar con mucha dificultad, tanto que, hasta hace poco tiempo no era posible obtener trozos fundidos que fueran del todo transparentes y exentos de burbujas de aire. Ahora es diferente, pues, la industria provee a la óptica de cuarzo tan límpido como el mejor vidrio, sin contar con que, para los objetos indicados se puede también utilizar el cuarzo hialino natural. Pero los instrumentos así contruidos no son acromáticos y para obtener buenos resultados, se hace indispensable emplear una radiación monocromática en la zona del ultravioleta; el caso es difícil, pero parece que ha dado buenos resultados el empleo de la radiación emitida por el metal cadmio.

La segunda dificultad ha sido menos escabrosa, porque, es un hecho demasíadamente conocido, que las pantallas fluorescentes, se iluminan por la acción de los rayos ultravioletas y, por otro lado, también se sabe, que la placa fotográfica es sensible a dichos rayos, de suerte que, valiéndonos de cualquiera de los dos citados intermediarios, y de un modo especial del segundo, nos es posible ver y observar, lo que de un modo directo es, físicamente vedado para nuestra vista.

Un microscopio construido sobre estos principios proporciona aumentos de hasta 5.000 diámetros y, aunque su manejo es embarazoso, con él, es factible obtener buenos detalles de visión y sobre todo, fotografías de objetos que, para los microscopios ordinarios, por finos que ellos sean, son prácticamente invisibles.

También se ha pensado y con razón, utilizar los rayos X, cuya longitud de onda es aún más nimia que la de la luz ultravioleta, pero no ha llegado a nuestras noticias que se hayan llevado a la práctica, al contrario, se sabe que

las dificultades técnicas que para ello se presentan son innumerables, y es de suponer, que pasará mucho tiempo antes de que se las venzan.

Hace unos 15 años, Barnard, con un microscopio para luz ultravioleta, observó una serie de ultravirús y logró obtener de ellos fotografías muy interesantes. Lo que es digno de notarse como resultados de estos trabajos, es que los antedichos seres no son bacterias diminutas, sino algo completamente nuevo; haciendo derroche de un mundo de paciencia, Barnard, ha podido seguir la historia del desarrollo de algunos ultravirus, y hay que decir que, en esto, tampoco se asemejan ni a las bacterias ni a nada de lo conocido. Es, pues, un universo ignorado, lleno de sorpresas y de encantos para el investigador.

Barnard ha obtenido con su aparato, fotografías de seres cuya dimensión longitudinal no es mayor de un décimo de micra, pero hay ultramicrobios, digamos protobios, aún más pequeños; el que produce la fiebre aviaria es un verdadero pigmeo en comparación con el citado de un décimo de micra y el bacteriófago, de ser real su existencia, sería un bichito 50 veces más insignificante que el último, en cuanto a corpulencia. Podemos decir, pues, que en este terreno hemos empezado a conocer por medio de la observación, tan sólo a sus representantes más abultados. En cuanto a los menores, como no nos dan todavía división alguna, continuamos conociéndolos únicamente por el hecho de que producen dolencias, de que devoran o lisan bacterias, y por el relativamente poco importante, de que atraviesan, como por puerta cochera, los minúsculos poros de los ultrafiltros.

Cosas más sorprendentes son todavía de esperar, con el uso del moderno microscopio llamado ELECTROTONICO. Este aparato es un microscopio, únicamente, porque, según sus raíces, la palabra microscopio quiere decir: mirar lo pequeño, pero en verdad, dicho instrumento, no tiene nada de común con lo que desde hace siglos, estamos acostumbrados a llamar un microscopio. Su fundamento es

algo completamente nuevo, y, aún, su construcción, tampoco recuerda, ni de lejos, ni los detalles, ni las líneas generales de los aparatos clásicos.

Broglie demostró hace algún tiempo, que los electrones en movimiento, generan unas ondas especiales denominadas ondas electrónicas, cuya longitud es de unas mil veces más corta, que la mediana correspondiente a la luz violeta, llegando a ser comparable, por lo mismo, a la magnitud de los rayos X. Una corriente de electrones, por otro lado, se desvía de su ruta, cuando atraviesa un campo sea eléctrico o sea magnético, lo que significa que dichos campos, vienen a operar con el chorro electrónico, y por ende con la radiación u ondas electrónicas, como un sistema refractor, comparable al papel que desempeña un lente de vidrio, cuando por él traspasa un rayo de luz ordinaria: las ondas electrónicas hacen el oficio de la luz del espectro visible y, el campo magnético, hace el oficio del vidrio de los lentes.

Las antedichas propiedades han servido para que algunos investigadores hayan buscado la manera de reproducir imágenes, por medio de aparatos especiales, que fueran sensibles a los rayos electrónicos y a las perturbaciones que ellos pudieran sufrir en circunstancias escogidas. No ha mucho el profesor Ruska demostró la posibilidad de tal realización y el modo de construir un instrumento adecuado, añadiendo que ellos darían, desde ya, aumentos comprendidos entre los 12.000 diámetros, sin que ello quisiera decir que fuera un límite, pues, el mismo autor estima factible la construcción de aparatos cuyo poder separador podría ir hasta las 50.000 veces el tamaño de las cosas observadas. Tales maquinarias serían ya capaces de proporcionarnos la visión de algunas moléculas.

Uno de los primeros instrumentos contruidos sobre estos principios fué debido al profesor Marton de la Universidad de Bruselas; su poder separador no resultó grande, pero con todo ha servido ya para investigaciones de suma importancia. Posteriormente se han fabricado modelos

más perfectos, cuyos aumentos han sobrepasado ya el límite inferior previsto por el cálculo. Tales aparatos, parece, que funcionan ya en algunos grandes centros científicos: ellos representan toda una instalación, costosísima y de difícil manejo, razón por la cual llevan camino de no difundirse fácilmente y de convertirse sólo en presa de contados Institutos.

Más sensible es aún el hecho de que con esos aparatos, no es posible la visión prolongada de los seres vivos, porque, éstos, son muy frágiles ante el haz de electrones, que actúan sobre ellos como verdaderas balas de metralla y provocan su destrucción casi inmediata. Sin embargo, se espera que valiéndose de ciertas ingeniosidades, muchas de las cuales ya están en ensayo, se logrará introducir la visión electrónica en el campo de la biología, cuando esto acontezca, nos será dado aprender muchas cosas hasta aquí ignoradas. Por de pronto, las conquistas más ruidosas están confinadas en lo inanimado, sobre todo en lo que concierne a la estructura de las moléculas, y aquí cabe anotar, que en un terreno que nos interesa particularmente, como es el de la Bioquímica, hemos recibido ya preciosos beneficios, porque el microscopio electrónico, nos está permitiendo desenredar el difícil problema de la constitución de las albúminas.

### **Simplificación de la vida**

Volviendo a los trabajos de Barnard que, por el momento son los verdaderamente efectivos en el campo de la biología, ya que, lo que se espera del microscopio electrónico en el estudio de los seres vivos, no pasa todavía ser, aunque fundadamente una bella ilusión, diremos, que dichos trabajos nos conducen a una notable simplificación del mecanismo de la vida.

En efecto, los seres observados por Barnard y los que llegarán a serlo con el tiempo, son tan pequeños, que sus cuerpecitos se encuentran ya en el límite de las dimensio-

nes de las grandes moléculas, como, por ejemplo, las que pertenecen a las albúminas, conocidas también con los nombres de prótidos, proteínas y de materia proteica.

Es de advertir que, entre los componentes infaltables de los seres vivos, hay que contar con las albúminas. Es inconcebible un ser viviente sin proteínas, concebirlo sin ellas sería tan absurdo como considerar un bosque sin árboles o un río sin agua; las albúminas son para la vida, lo que la miga al pan, lo que el alcohol a los licores, lo que el hierro a las máquinas, esto es, algo necesario, algo que físicamente y de un modo fatal no puede faltar en jamás de los jamases, porque en el momento en que hacemos abstracción de ellas, automáticamente, se esfuman, se anotan los seres vivos.

Las albúminas forman una familia de compuestos químicos cuyos representantes son, prácticamente, en número infinito. No pretendemos ahora iniciar su estudio que es largo y fastidioso, y por el momento nos contentaremos en recordar el volumen que ocupan sus moléculas; dicho volumen es inmenso en comparación con el de las moléculas ordinarias; son las moléculas más enormes que se conocen en toda la química, pero en medio de aquella inmensidad, las hay, comparativamente entre ellas, unas que son más grandes que las otras, las hay unas que las pudiéramos llamar gigantes y otras que las pudiéramos llamar pigmeas.

Y aquí conviene recordar que las células, así fueran las que forman el cuerpo de las bacterias, que como ya sabemos son monocelulares, contienen, aparte de otras sustancias, un número considerable de moléculas de materia proteica, contándose entre ellas, albúminas de los más variados tipos, ya en cuanto a sus propiedades físico-químicas, ya en cuanto al volumen que poseen, de donde resulta, que un ser vivo es siempre y necesariamente un individuo complejo, y que su tamaño sea, en consecuencia, muchísimas veces mayor que cualquiera de las moléculas albuminoides en él contenidas.

No sucede lo propio con los ultramicrobios de que venimos hablando; estos individuos son tan poco voluminosos, que en el espacio que ocupan no hay sitio para muchas moléculas proteicas, así éstas fueran de las más chicas, pero si consideráscmos las moléculas que acabamos de denominarlas como gigantes, cuando más habría lugar para una o para poquísimas. De este hecho podemos darnos cuenta examinando el cuadro que damos a continuación, en el que hemos exagerado deliberadamente las dimensiones con el fin de apreciar más fácilmente los hechos. Dicho cuadro es un cuadro de dimensiones comparadas, suponiendo que los objetos en él anotados, fueran completamente chatos y que sus cuerpos quedaran reducidos a simples círculos; la comparación la hacemos tomando como unidad el tamaño de una partícula que se encontrase en el límite de la visibilidad de los mejores microscopios de tipo ordinario; a esta partícula la representamos, para nuestro objeto, por un círculo de diez centímetros de diámetro.

El cuadro quedaría como sigue:

Partícula en el límite de la visibilidad microscópica .....	10	ctms.
Partícula que atraviesa el ultrafiltro .....	5	ctms.
Un bacteriófago .....	2,5	ctms.
Molécula proteica gigante .....	1	ctms.
Molécula proteica mediana .....	0,3	ctms.
Molécula proteica pigmea .....	0,2	ctms.

Hemos tomado el bacteriófago en nuestro cuadro comparativo, únicamente, por ser el ultrabio del que hemos hablado repetidas veces, y no porque se suponga sea el más pequeño de los seres vivos, pues, según se afirma en obras del célebre profesor Bohn, puede darse como evidente la existencia de seres que tendrían dimensiones 10 veces

más pequeñas que las del bacteriófago; en tales motas de vida no habría cabida ni para una molécula mediana de proteína, y mucho menos para una grande.

Como consecuencia de lo dicho, hemos llegado a un punto en que las dimensiones de los seres vivos son comparables con las magnitudes de las moléculas proteicas, moléculas que son simples compuestos químicos, y que por consiguiente caen bajo el dominio de la ciencia positiva y en especial de la química, que entre otras labores se encarga la de hacer y deshacer moléculas. Es de advertir sin embargo, que los seres vivos no sólo están constituidos por proteínas, sino también por algo más, que será objeto de ulteriores consideraciones. Anotemos también, que en el cuerpo de los seres inferiores, jamás se encuentran grandes albúminas, al contrario, el análisis nos revela que siempre son pequeñas. Parece que la materia proteica ha seguido la marcha evolutiva de los seres vivos, pues, se observa que a medida que éstos se perfeccionan, sus albúminas se hacen más complejas, y dicho sea de paso, que esta particularidad, mirada por la ciencia, parece ser algo más que una simple coincidencia.

### **Algo más sobre las albúminas**

Las moléculas en general son edificios equilibrados de átomos, y son tanto más pesadas mientras más átomos contiene; todas las moléculas son edificios minerales, porque sus componentes lo son sin excepción alguna, esto lo decimos, por más que exista una química llamada orgánica, que trabaja con moléculas ampulosamente denominadas orgánicas, pero todo el mundo sabe cuán artificiosa y por ende falsa, es tal designación.

La ciencia química, valiéndose de métodos especiales nos enseña a desbaratar los edificios moleculares: es el trabajo analítico. La misma ciencia por medio de otros procedimientos nos enseña a armar los mismos edificios: es el trabajo sintético.

Ocupándonos de lo último diremos que el trabajo creador es relativamente sencillo cuando se trata de moléculas de poco peso, pero que se vuelve complicado hasta convertirse en imposible a medida que la masa molecular va en aumento, y en este caso, llegan a fallar todos nuestros métodos sintéticos, por deficiencia de nuestra técnica operatoria y por deficiencia del material disponible.

Ya dijimos, que las moléculas proteicas son las mayores que se conocen en química, por consiguiente, va de suyo, que su síntesis ha sido y es el trabajo más arduo para el químico. Esto no quiere decir que no se ha hecho nada, sino, que lo que se ha hecho, es nada en comparación con lo que queda.

Para dar una idea del peso de algunas moléculas, invitamos a examinar el cuadro que sigue, que se lo ha hecho tomando como unidad, el peso del átomo de hidrógeno, cuya molécula, por contener dos átomos sería igual a 2.

Atomo de Hidrógeno .....	1
Molécula de amoniaco .....	17
Molécula de agua .....	18
Molécula de ácido clorhídrico .....	36,5
Molécula de ácido sulfúrico .....	98
Molécula de formol .....	30
Molécula de alcohol ordinario .....	46
Molécula de glicerina .....	92
Molécula de azúcar de caña .....	342
Molécula de pepturos de Fischer .....	1.213
Molécula de salmina (albúmina pequeña) ....	2.045
Molécula de ovoalbúmina (albúmina media) ....	4.900
Molécula de seroalbúmina (albúmina media) ..	5.100
Molécula de oxihemoglobina (albúmina gigante) .....	16.300

Fuera del cuadro podemos citar ciertas albúminas, superpesadas, resultantes de la soldadura de un cierto número de albúminas gigantes, y cuyo peso molecular alcan-

zaría a 50.000, y en otras ocasiones hasta sobrepasaría la enorme cifra de 100.000.

El examen del cuadro nos demuestra que los compuestos más complejos que maneja la química se encuentran en la familia de los prótidos, de ahí, que su obtención artificial haya sido tan difícil hasta el momento. Al gran Fischer se debe los primeros trabajos sobre síntesis de la materia proteica; sus albúminas son de la misma naturaleza que las albúminas naturales, pero las obtenidas hasta aquí son siempre del tipo liviano, análogas a las peptonas que se encuentran en el tubo digestivo, producidas a expensas de los alimentos. Las peptonas naturales y las albúminas de Fischer, también llamadas pepturos, son compuestos químicos de idéntica naturaleza y hasta asimilables por el organismo.

Las albúminas pesadas todavía no han sido reproducidas en nuestros laboratorios; con todo, así éstas a igual que las pequeñas, no son más que compuestos químicos, en el más estricto sentido de la palabra, y como tales son susceptibles de ser reproducidas por la ciencia humana, a condición de que se perfeccionen los métodos de que actualmente disponemos, los que, como ya queda dicho, tan sólo nos permiten obtener las proteínas de Fischer. El problema se complica a medida que el peso de la albúmina aumenta, y eso es natural, porque a mayor masa corresponde mayor complicación constitucional y por eso, si la estructura de las moléculas livianas nos es conocida, la correspondiente a las demás, nos es completamente ignorada, y siéndolo, de suyo se desprende, que su reproducción artificial sea imposible en nuestros días.

Lo esencial para nosotros es que, científicamente, no es un absurdo y, por consiguiente, un imposible, concebir que algún día se realice la síntesis de la materia proteica, y aún en el caso de que no la consiguiéramos, no sería porque se tratara de sustancias que fueran, por naturaleza, vedadas para nuestra ciencia, sino porque no habríamos descubierto los medios naturales para obtenerlas. No hay

que perder de vista que el estudio de las albúminas es el capítulo más oscuro y terriblemente enredado de la química, y no es de extrañar, que en ese camino cualquiera se extravíe, pero sea como sea, los trabajos de Fischer son una verdadera esperanza.

Con todo, no debemos suponer que la síntesis de las albúminas quiera decir la creación de seres vivos; éstos aún los más pequeños, continúan siendo, para la ciencia, verdaderos mecanismos, que en su más simple expresión, pueden encerrar unas pocas moléculas proteicas, agua y algo más, y lo interesante, como resumen de estos párrafos, es que, las albúminas y con mayor razón el resto de las piezas de la maquinaria, son susceptibles de síntesis de laboratorio. Pero si la obtención de dichas piezas presenta tantas dificultades, ¿cuántas no serán ellas, cuando tratemos de reproducir la maquinaria misma?

### Revisión y conclusiones

En este acápite trataremos de hacer una recapitulación de los conocimientos adquiridos en las líneas anteriores, con el fin de sacar en limpio alguna conclusión sobre el problema de la vida.

Si el cuerpo vivo de los ultramicrobios, se confunde en corpulencia con la masa de las moléculas proteicas, es de suponer que dichos seres se encuentran constituidos por una sola o por muy pocas de ellas, en cuyo caso, tal vez, pudiéramos sentir la tentación de hablar de moléculas químicas vivientes, tanto más, que, sin exageración, el 95% del fenómeno vital debe ser atribuido a la actividad de las albúminas. No debemos, sin embargo exagerar los hechos, y lo único que podemos asegurar es que, ante la simplicidad de los ultramicrobios, que bien pudieran ser considerados como verdaderos protobios, las células clásicas de la biología corriente, tomadas hasta aquí como unidades de vida, vienen a ser elementos particularmente complejos e indivi-

dos que se hallan en un alto nivel de perfeccionamiento orgánico.

El ultramicrobio es, o poco le falta para ser, un indiscutible protobio o sea una unidad a la que habría que referirse en la descripción de las células clásicas, porque seguramente, en ellas debemos encontrar, en su parte esencial, las partes esenciales de la unidad originaria.

La falta de complicación estructural del protobio nos interesa también, porque con él, bien pudiéramos haber hallado el punto de transición entre lo mineral y lo organizado, entre lo muerto y lo vivo, cosa que constituye un hecho básico, no sólo para ciencia positiva sino, a la vez para la filosofía y para el concepto que nos formemos del universo en general. Estas especulaciones son de tanto alcance, que no sólo abrigamos la esperanza de conocer a la familia de protobios por su conducta físico-química, sino también de llegarlos a mirar, cuando los aumentos de 50.000 veces preconizados para el microscopio electrónico, se exterioricen haciéndolos perceptibles para nuestros sentidos; entonces, talvez, daríamos razón al viejo Dujardin, porque la vida quedaría reducida a un poco, de algo como gelatina y de aspecto glutinoso, diáfano, elástico y contráctil.

Todo induce a creer en la simplicidad de los protobios, pero como esta verdad es demostrada más por el razonamiento que por la observación, bien pudieran caber algunas observaciones. Pero para dar complejidad al cuerpo de los protobios se necesitaría admitir que ellos no estuvieran hechos con las albúminas constitutivas de los demás seres vivientes; en efecto, complejidad significaría la presencia de muchas cosas, y está demostrado que en el volumen de un protobio no hay sitio para ellas. Complejidad en dichos seres implicaría, por consiguiente, la presencia de muchas cosas que no sean albúminas, pero por muchas razones, tal suposición no tiene fundamento.

Primeramente, las sustancias que sirven de alimento al reino de los protobios son las mismas con que se nutren

los microbios, las células aisladas y aún los seres superiores, lo cual indica un verdadero parentesco constitucional en cuanto a los materiales que entran en la edificación de sus cuerpos.

Tampoco está por demás recordar que en acápites anteriores, hicimos mención del importante fenómeno de transformación de algunos microbios conocidos en formas ultrafiltrantes y viceversa, lo cual sería imposible, si la materia prima fundamental de que están hechos unos y otros no fuera idéntica, y decimos sólo idéntica y no exactamente la misma, porque la materia albuminoide es tan sensible, tan inestable, que se presta admirablemente para fáciles cambios, que pueden ser de simplificación o de complicación; por consiguiente, ultramicrobios y microbios deben responder a una constitución proteica, de otro modo, insistentes, sería inexplicable aquel trueque de las formas visibles en invisibles, y de éstas en las primeras.

También puede ser ilustrativo anotar que la acción química de las células ordinarias se ejerce por medio de diastasas, y que estas últimas deben su presencia a reacciones químicas cuyo centro es el conjunto proteico celular. Podemos decir que las diastasas son productos que se forman a expensas de las albúminas, pero, que al efectuarse esta transformación, las diastasas no pierden su naturaleza de albúminas: son albúminas procedentes de otras albúminas.

Las diastasas son meros compuestos químicos, sin el menor rastro de vida. Son secreciones, digamos de un modo más comprensible, algo así, como exudaciones de las células vivas, por medio de las cuales, dichas células ejecutan la mayor parte de su metabolismo; hablando de otro modo, las células no trabajan ellas mismas sino por intermedio de las diastasas.

Propiedad general de los ultramicrobios es también la de secretar diastasas, que, como las ya nombradas son, así mismo, de naturaleza proteica y desempeñan un papel fisiológico del todo paralelo al oficio que ellas ejercen en las células perfectas. Ante tal similitud, no nos queda otro

camino que el de admitir que la parte específica del cuerpo del protobio es albuminoide.

Como conclusión formal de los argumentos expuestos, debemos consignar que para que se realice el metabolismo, no se requiere obligatoriamente, toda la maquinaria celular que con tantos detalles encontramos descrita en las obras de citología; el metabolismo, que es el fenómeno característico de la vida, resulta ser susceptible de realizarse en edificios, proteicos siempre, pero mucho más simples que los que corresponden a las células clásicas, las cuales, como ya hemos dicho tantas veces, son verdaderos monumentos de complejidad.

Para ser exactos no debemos olvidar de una propiedad singular de los ultramicrobios, que bien pudiera acarrear confusión en las conclusiones que venimos señalando. Hasta aquí, se han identificado, más o menos unas 50 variedades de ultramicrobios, y entre ellos, los más pequeños, es decir los que con toda propiedad pudieran ser catalogados como verdaderos protobios, se han mostrado rebeldes a dejarse cultivar *IN VITRO*; estos seres no se desarrollan sino dentro del cuerpo de otro ser vivo, y el profesor Hauduroy ha emitido la opinión de que esta propiedad es algo esencial en ellos. A nuestro juicio, el hecho de que hasta aquí hayan fracasado las tentativas de cultivo artificial, no es para concluir de facto, que esos seres son incultivables fuera de los organismos. Puede que así sea, pero también es probable, y talvez con mayores razones, que su conducta hostil se deba, más bien, a que no damos con el medio apropiado para su desarrollo. Recordemos aquí, las enormes dificultades que se tuvieron que vencer para lograr, *EX VIVTRO*, el cultivo de los tejidos, y, entonces, bien pudiera acontecer que cambiemos de opinión.

Somos del parecer que, la causa de tan repetidos fracasos, reside en la falta de conocimientos acerca de los ultramicrobios; ignoramos su constitución, su manera de vivir, sus necesidades, sus exigencias y en fin, todo, todo, aparte de que existen, y, mal podemos, por consiguiente

acertar, de lleno, con un medio artificial conveniente, para que en él encuentren cuánto les sea monester para su mantenimiento y progreso. Cierto, que seres tan nimios, casi molculares, no pueden tener muchas exigencias, pero, por la misma razón de su levedad, tienen que ser exageradamente sensibles a los agentes físicos y químicos, y sus condiciones de OPTIMA deben oscilar entre estrechísimos límites de máxima y mínima, condiciones todas, difícilmente realizables en medio muerto, en donde, para cada particularidad necesitaríamos un aparato regulador archiperfecto. De aquí parece natural, que a los protobios los encontremos sólo parasitando otros organismos, en los cuales el ambiente favorable requerido puede mantenerse constantemente, ya que, tanto animales como plantas, son maquinarias tan finamente hechas y acabadas, que se autorregulan maravillosamente en los más delicados procesos. La hipersensibilidad protobiana, que significa pocas necesidades, pero por otro lado bien delimitadas y precisas, sólo sería compaginable con un medio en el que se mantengan firmes una cantidad de minucias, cosa imposible de encontrar fuera de una máquina viviente, puesto que, nuestra industria no nos puede proporcionar instrumentos tan terminados.

La causa de nuestros fracasos pudiera residir, también, en que desde un principio hemos errado nuestro camino; en efecto, todas las iniciativas de cultivo han sido calcadas en los métodos imaginados para cultivar microbios ordinarios, pero ya hemos podido darnos cuenta por los trabajos de Barnard, que un protobio, morfológicamente, es una cosa muy distinta de un microbio, y, por ende, es probable, que la técnica aplicable para lo conocido no sea aplicable para lo desconocido. En estos trabajos se ha procedido, como dirían los matemáticos, por extrapolación, y es muy sabido que, en este terreno, si no se es prudente, aún en matemáticas, dicho método puede dar resultados detestables.

Pero, para lo que tratamos de definir, la materia viva, no es de mayor importancia, el que, el protobio, sea o no cultivable artificialmente; para nuestro objeto lo interesante es, que existe toda una categoría de seres vivos que llevan a cabo su metabolismo con una insignificancia de materia, en la cual, de suyo se descarta toda complejidad, y al contrario se adivina una sencillez, que cuando la descubramos, nos admiraremos de que haya sido tan penoso y tan largo el camino que nos condujera a descubrirla.

El estudio de los protobios nos abrirá la puerta del secreto de la vida; el hecho de que no sean cultivables se aclarará algún día, y lo único que podemos añadir al respecto es que, estos protobios modernos, puesto que se comportan como parásitos perfectos, no pueden constituir, históricamente, no deben constituir las formas primitivas de la vida en el globo terráqueo. La realidad de un parásito no implica en lo absoluta, que sus ancestras lo hayan sido, al contrario, es muy sabido que los parásitos han llegado a parasitarse en el transcurso del tiempo. Por consiguiente, concluyamos, que si los protobios, paleontológicamente considerados, no son los mismos que los existentes, debieron ser algo muy semejantes, ya que, para concebir una masa corporal formada de albúminas, tal vez, ya no quepa imaginar cosa más chica. La vida queda, así, reducida a una simplicidad extrema, esto es, al juego de unas pocas moléculas químicas mantenidas en equilibrio en un volumen insignificante, y relacionadas entre sí, tan armónicamente, que realizan el maravilloso fenómeno del metabolismo.

Pero, a pesar de haber simplificado la vida, no nos es dable hablar de materia viva. Materia viva, significaría una substancia química definida, con fórmula exacta y peso molecular numérico, capaces de ser escritos en una pizarra. Todo lo que hemos dicho se opone a tal concepción.

No hay vida sin albúminas; todos los fenómenos vitales son un reflejo, una traducción, una exteriorización de sus propiedades físicas y químicas, pero las albúminas, en sí, no tienen vida; ellas solas no pueden realizar el metabo-

lismo; ellas, como productos químicos son substancias muertas, son simples polvos blancos, que hasta pueden cristalizar, a la manera de los productos ordinarios. La vida se manifiesta cuando las albúminas se encuentran en condiciones especialísimas, entre las cuales, por lo menos, pudiéramos anotar, que es indispensable, que se hallen al estado coloidal en medio acuoso, y que el agua además, contenga una pequeña cantidad de sales y de principios inmediatos, todo esto, circunscrito en un pequeño espacio, más o menos delimitado, pero suficiente para que el conjunto se diferencie del ambiente, de tal modo, que aparezca en él como una verdadera entidad; pero un ser vivo no es sólo albúmina, ni sólo agua, ni sólo sales, etc., un ser vivo es el conjunto de todo ello o, más bien, la resultante de ese conjunto, o, si se quiere, la exteriorización del trabajo de aquel conjunto perpetuamente activo y bien equilibrado.



# POESIA



Alfredo GANGOTENA.

## P O E M A

Soledad de luces, soledad de alientos.  
¡Oh lágrimas me dais voces  
De su presencia en solar de mis adentros  
más remoto!  
Arrobado en tales ansias,  
Ora a vuelta de desmayos,  
Ora en tela de lamentos,  
Pasaré la noche en prenda  
De soledad

con el alma ahíta, a tientas,  
Con el alma enjuta en sienes de sudores y tormentas.

Voy clamando en graves ayes el deseo de mi boca.  
En todo el tu cuerpo te grité mis quejas  
Porque a fuer de tus enojos ni siquiera supíste me escuchar.  
Y no es de pan, ni es de vino el monester.  
Ni sed, ni ganas de aquesta colación.  
Ni el jugo, fuente y gota de tus senos:  
¡Oh prueba sin consejos!  
¡Sequedades del ansia viva!

¡Cuánto padecer! ¡Cuánta cosa he roto,  
y cuántos golpes en busca del alivio!  
Manos más en el huerto  
Derramad las flores llenas,  
Derramadlas  
Y dad sustento  
a esta sien que palpita en mi costado.

La pasión me desangra:  
Un tal querer clavado en las entrañas.  
Y los muslos entornados derramando de ellos su cabal fortuna.

Desde el otero

acudo al llano de tantas bajas tierras escondidas.

¿Mas, dónde están los senos que apetece mis sentidos?

¿Dónde el pecho de mi boca?

En sus altas horas,

y en el gozo, en la cima de estambres y deleites,

Vino el Huésped.

Abrió cuentas,

Y a vuelta de sorpresas no pudo menos que gritar,

A todo ámbito

la voz de su desmayo,

Qué gritar :

desolación, desolación!

Este cavilar nocturno.

Esta maga atroz de su presencia abierta en todo el rostro.

¡Soledad de luces, soledad de alientos!

Ni siquiera en sombra sus miradas me cubren ya.

Alimañas en mi senda.

¡Cuántos cuervos en la noche!

Atado al peso de lo oscuro, al clamor de mis entrañas,

Pronto dormiré mis sueños, bajo el sediento párpado de este in-  
somnia.

¡Oh moradas de cal viva!

Allá vuelo en desatino,

Con toda la mirada en trances de soslayo

arriba de estos grandes vuelos corporales.

Vino el Huésped.

Y desnudo me encontró:

Los oídos sin respuesta,

Tan reseco el albiñar

Desnudo de hambre, de venas y de espíritu.

Vino el Huésped, en sazón

De esperanzas y clamores,

Y único en las praderas de su huella

no pudo menos que exclamar

—Los ojos encendidos en la prenda de sus ayes—

A su vez que exclamar:

¡desolación, desolación!

Jorge CARREHA ANDRADE.

## CUADERNO DEL PARACAIDISTA

Sólo encontré dos pájaros y el viento,  
las nubes con sus mapas enrollados  
y unas flores de humo que se abrían buscándome  
en mi perpendicular viaje celeste.

Porque vengo del cielo  
como en las profecías y en los himnos,  
emisario de lo alto, con mi uniforme de hojas,  
mi provisión de vidas y de muertes.

Del cielo voy bajando como el día.  
Humedezco los párpados  
de aquellos que me esperan: he seguido  
la ruta de la luz y de la lluvia.

Buen arbusto, protégeme.  
Dile, tierra, a tu surco mojado que me acoja  
y a ese tronco caído  
que me enseñe el color, la forma inerte.

Aquí estoy, campesinos europeos!  
Vengo en nombre del pan de las madres del mundo,  
de toda la blancura degollada:  
la garza, la azucena, el cordero, la nieve.

Fortalecen mi brazo ciudades en escombros,  
familias mutiladas, dispersas por la tierra,  
niños y campos rubios viviendo desde hace años  
siglos de noche y sangre.

Campeños del mundo: he bajado del cielo  
como una blanca umbrela o medusa del aire.

Traigo ocultos relámpagos o provisión de muertes,  
pero traigo también las cosechas futuras.

Traigo la mies tranquila sin soldados,  
las ventanas con luz otra vez, persiguiendo  
la noche para siempre derrotada.  
Yo soy el nuevo ángel de este siglo.

Ciudadano del aire y de las nubes,  
poseo sin embargo una sangre terrestre  
que conoce el camino que entra a cada morada,  
el camino que fluye debajo de los carros,

las aguas que pretenden ser las mismas  
que ya pasaron antes,  
la tierra de animales y legumbres con lágrimas,  
donde voy a encender el día con mis manos.

Meira DELMAR

## VENCIMIENTO

Era el país lejano de la música,  
Como la espiga, hacia la luz erguido . . .  
Adelgazado en láminas sonoras  
a manera del viento por los pinos . . .  
El país de las manos extasiadas  
y los ojos, de pronto, pensativos,  
Yo lo oía crecer, pasar, fugarse,  
como se escucha, entre la noche un río . . .  
Era el país lejano de la música,  
¡y tú estabas conmigo!

Y el amor nos rondaba y acechaba,  
ojo vivo y tenaz, leopardo herido.  
En torno, a toda hora, su saeta  
buscándonos el pecho estremecido . . .  
¡Escudos y corazas fueron vanos!  
Y corazas y escudos descendimos . . .  
El corazón volvió transfigurado  
de la terrible huida de sí mismo,  
y rozaron la frente desvelada  
luceros desprendidos . . .

Los nombres de los sueños fueron dulces  
como cortar, bajo la tarde, lirios,  
o sorprender en busca nuestra un rostro  
que amamos y creíamos perdido.  
Los nombres de los sueños y tu nombre  
eran un nombre solo, desasido . . .  
.....Despierto entre la sombra,  
fugándose en la noche, como un río,  
el país de la música, lejano  
profundo, enardecido . . .

Y el corazón en mí, presente, ausente,  
como el vuelo de un pájaro perdido.

Alejandro CARRION.

## M I S T E R I O

Suavemente circula, suavemente, y la sangre  
en púrpura penumbra aclara su mar cálido.  
Suavemente. En el fondo de recóndita arteria  
surge de la penumbra una luz sollozante.  
Se acerca al corazón. El corazón no mira,  
el corazón trabaja, en la vida hasta el tierno  
cogollo sumergido. El corazón trabaja  
y una humilde burbuja de luz, en él nacida,  
va ciega y suplicante a través de mi sangre.  
Solloza. Sufre. Llega a la muñeca y mueve  
la mano en vago anhelo. Regresa por el hombro,  
hasta los pies desciende, y el paso vacilante  
cambia su rumbo. Al pasar por el sexo,  
el corazón de amor se estremece y mi alma suspira.  
Y cuando al labio llega  
una palabra trunca su verdad transitoria.  
Y, de pronto, en los ojos hay un vivo destello  
que de la sangre viene y a la sangre regresa.  
¡Y qué suave, y qué tierno, y qué lento y qué fino  
este ir de la luz, prisionera en las venas  
dirigida a morir en el oscuro seno  
de la sangre profunda que el corazón anega!

# NOTAS

## La Casa y sus actividades

Viejo anhelo de las generaciones ecuatorianas de cultura: tener un hogar espiritual, una empresa editora, una alta dirección de las producciones de la inteligencia en el país. Muchos intentos privados muertos al nacer. Alguno que otro —como esa benemérita Sociedad Jurídico Literaria, anciana gloriosa con sus cuarenta y dos años de vida, y que ha salvado el prestigio espiritual del país en casi medio siglo, gracias al esfuerzo de sus socios, y a la filantropía de Belisario Quevedo; o el Grupo América que, favorecido con débiles auxilios oficiales, ha pervivido años, realizando obra digna de consideración—, alguno que otro, decimos, de esos esfuerzos, han servido con lealtad y eficacia a la cultura ecuatoriana. Pero hacía falta la entidad alta, bien dotada, con responsabilidad nacional y finalidades específicas. Eso es la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

De acuerdo con el Decreto-Ley que la fundara, en ella están representadas todas las actividades culturales: las ciencias sociales, en sus diversas disciplinas; los géneros literarios; las artes plásticas; la música, las ciencias biológicas; las ciencias físicas, químicas y matemáticas; la geografía y la historia; las ciencias de la educación y la filosofía.

No es una academia, en el viejo sentido estático y conservador únicamente; es, ante todo, una entidad impulsora de la obra de cultura, un organismo encauzador y director de los esfuerzos del espíritu. Anohas sus puertas, se abren para todas las tendencias de la ciencia, del arte, de la investigación, sin ataduras de prejuicios, sin limitaciones de credos o proselitismos.

Su creación se debe al imperativo —tan objetivamente sentido por los Poderes Nacionales— de elevar el nivel de la cultura ecuatoriana en sus diversos aspectos: investigación científica, histórica y estética; producción de obras; edición de las mismas; realización periódica de exposiciones y conciertos en el territorio de la República y fuera de él; organización de conferencias, invitando para ellas a valores nacionales de la cultura o a personalidades extranjeras; dirección y fomento de Institutos de altos estudios.

El Decreto-Ley, que tanto honrará en el futuro al gobierno actual, presidido por el doctor Velasco Ibarra, adscribe a la Casa de la Cultura Ecuatoriana, algunas de las más altas instituciones culturales del Ecuador: la Biblioteca Nacional, el Museo Nacional de Artes Plásticas y el Archivo Histórico Nacional, concediéndole, por lo mismo, los instrumentos indispensables para su elevada misión, de los que ella sabrá servirse, haciendo una biblioteca moderna, móvil, llena de agilidad, que salga a buscar un museo que, asimismo, no se circunscriba a quienes pueden venir a la Capital de la República, sino que realice exposiciones dentro y fuera del país, con los tesoros del arte nacional; finalmente, un archivo de verdad, fácil de ser consultado, y que sirva de material de trabajo para investigadores, historiadores y analistas.

La Casa de la Cultura Ecuatoriana, además de los Miembros Titulares, en representación de las diversas actividades del espíritu, está designando, de acuerdo con sus estatutos, numerosos Miembros Correspondientes, para rendir homenaje y acercar a la vida de la Institución, a personalidades de alta valía cultural, tanto nacionales como ex-

tranjeras; y Miembros Asociados a valores de nuestra cultura, que deben estar junto a la entidad máxima, y trabajar con élla.

Esta Sección **La Casa y sus actividades**, que inauguramos hoy, registrará la obra de la institución, período por período, a fin de hacer conocer su vida y sus anhelos.

## NUESTROS CLASICOS

Heredera de una obra que venía realizándose lentamente, la edición de los Clásicos Ecuatorianos, que fuera confiada sucesivamente a la Comisión de Propaganda Cultural del Ecuador y al Instituto Cultural Ecuatoriano, la Casa de la Cultura, va a publicar en estos días la obra poética de Olmedo, con prólogo y notas del Dr. Aurelio Espinosa Pólit S. I., eminente polígrafo e investigador y distinguido poeta, Miembro Titular de esta Entidad. Anteriormente circularon "Villaroel" y "Aguirre", editados y prologados por Gonzalo Zaldumbide, con la colaboración de Espinosa Pólit; "El Nuevo Luiciano de Quito", de Espejo, editado por Espinosa Pólit, con un prólogo del escritor Isaac J. Barreira; y "González Suárez", una selección interesantísima, debida a don Jacinto Jijón y Caamaño, prologada y anotada por él y avalorada con una importantísima bibliografía del gran historiador. Está al entrar en prensa la selección de Montalvo debida al sociólogo don Julio E. Moreno. Seguirán las demás obras del plan por todos conocido, y entre los prologuistas vale mencionarse a Benjamín Carrión, José Rafael Bustamante, Pío Jaramillo Alvarado, Augusto Arias, Manuel Elicio Flor, Enrique Gil Gilbert, Alejandro Carrión, Gabriel Cevallos García, Abel Romeo Castillo, Leopoldo Benites Vinuesa y otros escritores de gran importancia nacional. La obra de completar la colección de clásicos ecuatorianos ha sido asignada como básica tarea para la Editorial de la Casa de la Cultura. A esta colección habrán de agregarse la obra de Luis Felipe Borja, el gran juris-

consulta, cuya edición nos encomendara la II. Asamblea Nacional Constituyente y que será dirigida por el jurista Alfredo Pérez Guerrero; y la selección de Manuel J. Calle, encomendada también por la H. Asamblea Nacional. Se están llevando actualmente negociaciones para conseguir que la señora Blanca Martínez de Tinajero, hija y heredera de Luis A. Martínez, ceda a la Casa de la Cultura los derechos de autor indispensables para poder incluir en los Clásicos al gran precursor—creador, mejor dicho—de la novela ecuatoriana, Luis A. Martínez, de cuya edición es de encargarse Enrique Gil Gilbert. A iniciativa de Leopoldo Benites, gran cuidador del patrimonio artístico de la nación y de sus documentos y tradiciones históricas, va a incluirse la edición de las obras y los documentos del Padre Vacas Galindo, de cuya edición, anotación y ordenación se encargará el P. José María Vargas, ilustre polígrafo, Miembro Titular de la Casa de la Cultura y hermano de religión del gran dominicano. La obra de ese gran maestro de dignidad y de civismo y, al mismo tiempo, gran médico y único historiador de la medicina en el Ecuador, que fué Gualberto Arcos, merecerá, igualmente, especial atención por parte de la Editorial de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

## ALTA CIENCIA

Fecunda fué para la cultura ecuatoriana la permanencia en el país del más grande penalista de habla hispana; doctor Luis Jiménez de Asúa, cuya obra de infatigable investigador en el campo de la ciencia de su especialidad lo ha colocado en un plano de verdadero apostolado. Vino por invitación de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y de la Universidad Central. Antes de él, estuvieron aquí otros grandes hombres de la España auténtica. Estuvieron, don Fernando de los Ríos, don Diego Martínez Barrios, don Alvaro de Albornoz y el General Miaja, héroe de la defensa de Madrid. Todos ellos nos trajeron la voz de la España verdadera. El Maes-

tro Jiménez de Asúa dictó, en el mes de Noviembre de 1944, bajo los auspicios de nuestra Institución, un curso de conferencias en el Teatro "Sucre", conforme al siguiente programa: Viernes 24: "El derecho penal del porvenir".—Sábado 25: "Derecho y libertad".—Domingo 26: "Eugenesia y Ley".—Lunes 27: "Crimen Pasional". A insinuación de "Acción Republicana Española del Ecuador", que preside el señor Mascaró, dictó una conferencia extra, interesantísima por su actualidad, apasionante y sincera: "El futuro español". Un crecidísimo público escuchó, entre ensordecedores aplausos, la palabra del que fué Vicepresidente de las Cortes Republicanas y Presidente de la Comisión de Constitución de la Segunda República. A este acto asistió el ilustre jurista que hoy preside nuestro Ecuador, doctor José María Velasco Ibarra, quien por medio del Canciller de la República, doctor Camilo Ponce Enríquez, hizo entrega al Maestro de la Condecoración de la Orden del Mérito en grado de Oficial. Hicieron uso de la palabra, además, don Leopoldo Benites Vinuesa, Miembro de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y el señor Presidente de Acción Republicana Española, don José Mascaró. Además, el Maestro presidió una sesión de la Asociación Nacional de Neuropsiquiatría y Ciencias Penales (de la que es Presidente Honorario) y en ella disertó sobre "La imputabilidad en el Código Penal Ecuatoriano". La H. Asamblea Constituyente, entonces en sesiones, lo recibió en Comisión General, en la cual hubo de saludarlo el distinguido jurisconsulto y diputado, doctor Gustavo Buendía, Profesor de la Universidad Central. El Maestro recordó sus afanes por la Constitución de la gran República mártir y deseó a la Constituyente Ecuatoriana la luz necesaria para que su obra sea firme y sabia.

## SOLIDARIDAD E INTERCAMBIO

Aprovechando el digno conducto de **Alfredo Pareja Diez Canseco**, nuestro culto representante diplomático en México, quien viajara por pocos días al Ecuador, por razones de su alto cargo, la Comisión Organizadora de la **Sociedad de Amigos del Ecuador**, con fecha 8 de Diciembre último, envía a nuestra Institución "su saludo cordial y sus expresiones de fraternidad en la obra, eminentemente inspirada en el ideal de solidaridad americana".

Quienes dirigen aquel honroso MENSAJE a la Casa de la Cultura Ecuatoriana—, Prof. Gilberto Bosques, Presidente; Germán List Arzubide y José Pérez Moreno, Secretarios—, nos dicen que la Sociedad de "Amigos del Ecuador" en ese gran país, se propone realizar una amplia labor de acercamiento entre los pueblos ecuatoriano y mexicano, suscitando un conocimiento y una comprensión más hondas de sus ideales y sus aspiraciones.

En nuestro país, expresan, "hay una corriente muy viva de afecto para ustedes, especialmente cuando la reciente obra revolucionaria instaure los principios libertarios que constituyen el anhelo de los pueblos amantes de la verdadera democracia. Por lo tanto, esperamos que la **Casa de la Cultura Ecuatoriana** y la **Sociedad de Amigos del Ecuador**, conjugarán sus esfuerzos a fin de lograr un intercambio de intelectuales, artistas, maestros y estudiantes, para lograr esos propósitos".

Así lo confirmó Pareja Diez Canseco, al hacer entrega del Mensaje, en la Sesión Especial de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, en que se recibiera la visita del gran escritor, cuyo prestigio intelectual y cuya obra internacionalmente aplaudida, honra el sitio de Encargado de Negocios del Ecuador en México, a quien se le pidió expresar el agradecimiento de la Institución a la Sociedad antes mencionada.

## CON SUS PINCELES

Y una primera demostración de que ese espíritu de colaboración e intercambio cultural será vivamente mantenido entre nuestros dos pueblos hermanos, es que nuestros Artistas GALO GALECIO y CARLOS RODRIGUEZ —el primero pintor, escultor y caricaturista, en cuya última especialidad es sin duda alguna el más grande de nuestro país; y el segundo pintor, de los magníficos; ambos muy jóvenes y en plena capacidad de recibir y de dar, en esta gran tarea de la construcción cultural de nuestra América—, han sido enviados por el Gobierno del Ecuador justamente a la ciudad de México, a perfeccionarse en el Arte de Cobarrubias y de Diego Rivera, conociendo de cerca, viviéndolo, el proceso creador de la contemporánea generación de artistas plásticos. La Casa de la Cultura Ecuatoriana, les ha confiado la labor de Corresponsales de Arte, en la Capital Azteca.

## REGRESO A LA FAENA CREADORA

Nuestro gran estudioso de la verdad histórica ecuatoriana, Catedrático Universitario, Sociólogo e Internacionlista Dr. PIO JARAMILLO ALAVARADO, que a su vez es Director del Instituto Indigenista del Ecuador y Miembro Titular de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, fué invitado por la Oficina del Coordinador de Asuntos Interamericanos, a realizar una visita al Gran País del Norte.

El Dr. Jaramillo Alvarado, ha realizado una gira muy provechosa para nuestra cultura. Fué recibido oficialmente en la unión Panamericana, en Washington, visitó al Instituto de Investigaciones Indígenas, dictó varias conferencias científicas en diversas ciudades, y luego vino por México y otras Repúblicas, observando objetivamente el movimiento de investigación y realización en el campo de las

ciencias sociales y del arte, fortaleciendo mediante acertadas iniciativas los nexos de fraternización y colaboración interamericana.

Está ya de regreso entre nosotros el Dr. Jaramillo Alvarado, después de medio año de viaje fructífero y feliz; al estrechar su mano en saludo de bienvenida, como lo hicieramos al despedirlo, le reiteramos nuestra creciente fe en que su obra de Maestro y de Guía, que hasta hoy la impulsado generosamente a nuestra juventud, continuará haciéndolo; y que con su excreta visión de investigador y de orientador en el campo del Derecho, preste su nítida y altísima contribución para la marcha del País, en este nuevo ciclo de su historia: la etapa constitucional, que ha comenzado ya a vivirse y que reclama cooperación y ordenamiento del espíritu y la obra ciudadanas.

## NUEVO HORIZONTE

También nuestro joven artista, quizá el más representativo artista plástico del nuevo Ecuador, EDUARDO KINGMAN; el pintor que vigorosamente traza la esencia vital de nuestra raza; captador del dolor y la alegría de nuestros hombres, de campos y ciudades; ha abandonado momentáneamente su puesto de labor como Representante Titular por las Artes Plásticas en la Casa de la Cultura Ecuatoriana, para trasladarse a San Francisco de California, a prestar su contingente en el Museo de Arte de esa Metrópoli, de donde tracrá un bagage de nuevas conquistas técnicas.

La Casa de la Cultura Ecuatoriana que transitoriamente se priva de la colaboración, inmediata y directa, de Kingman, sabe que a su regreso al país, volverá cargado de observaciones y experiencias artísticas, que enriquecerán el haber estético nacional, tan necesitado de esfuerzo creador y solidario, en esta hora de reconstrucción y de recauzamiento.

## HERALDOS DE LA PAZ

Una gran personalidad colombiana que recibimos fué el doctor Eduardo Santos, ex - Presidente de la hermana República y hombre esencial de la cultura colombiana. Vino en representación de la UNRRA. Explicó, clara, limpiamente, la alta misión que lo traía en una sesión en el Paraninfo de la Universidad Central. Hubo de recibirlo en sesión solemne la H. Asamblea Nacional Constituyente. La venida del doctor Santos actualizó una vez más —como la de Gerardo Molina y Antonio García— la profunda simpatía, el estrecho afecto, que une a esta gente del Ecuador con sus hermanos vecinos del Norte.

## LA UNIVERSIDAD DE HOY

Presidiendo una Delegación de Estudiantes y Profesores de la Universidad Nacional de Bogotá, vino al Ecuador el ilustre Rector de esa alta Casa de Estudios, Dr. Gerardo Molina, en misión de acercamiento real y sincero.

Hemos visto en él a un auténtico conductor de juventudes, y hemos oído de sus labios la Historia de la Universidad Colombiana, su marcha ascendente, sus grandes proyectos para la formación de la nueva generación de ese país. La Universidad Central del Ecuador lo nombró su Profesor Honorario. Idéntico y mercedido homenaje le rindió la Universidad de Guayaquil. Su visita fué de verdadera utilidad para las relaciones culturales —especialmente universitarias— de Colombia y Ecuador.

Merece señalarse con toda nitidez la impresión de unidad y de espontaneidad en la labor intelectual que distinguían a estos emisarios del nuevo pensamiento colombiano. Maestros y estudiantes revelaban un afán de trabajo inves-

tigador y un alto sentido social de la cultura. Informados de las últimas conclusiones de la ciencia, están empeñados en ponerla al servicio del hombre. Así se desprende del sentido constructivo y optimista de sus exposiciones, planteadas con toda claridad y con un firme propósito de cooperar al mejoramiento de nuestros pueblos.

## PREPARANDO EL FUTURO

Nuevamente, en esta hora nuestra cuajada de esperanzas, como ya lo hiciera en 1938, viene a nosotros Antonio García, unidad cimera de la joven Colombia intelectual. Infatigable investigador de la realidad económica de su patria, teórico de amplia base de estudios, con un espíritu a la vez tan buido y tan ágil, capaz de escoger el itinerario exacto, por entre la invitación de todos los caminos, en este período urgente y urgido, en que la guerra y la post-guerra nos reclaman —sobre todo a estos pueblos de América Latina— un gran poder de esclarecimiento y una gran voluntad de acción.

El primer contacto —ojos limpios, oídos atentos— de Antonio García con el Ecuador, fue fecundo. Un libro sustantivo: **PRESENTE Y PASADO DEL INDIO**, en el que juicio y visión empatan en forma tan justa, ha iluminado caudalosamente este gran tema social, sobre el que ya se habían vertido —en actitud pareja— las inteligencias poderosas de Jaramillo Alvarado, de Moisés Sáenz.

Nuestras gentes de letras, que ya se habían adentrado por la maestría relativista del autor de **COLOMBIA S. A.**, han reanudado el diálogo personal con este Antonio García de hoy, inmarcesiblemente joven, pero ya ungido con cierta grave austeridad producida por las responsabilidades que el momento del mundo impone —aquí y allá— a los hombres de su generación. De la generación que ha de recibir —es imprescindible el beneficio de inventario histórico— la herencia tremenda de esta guerra total.

Y los hombres de investigación y construcción en el terreno fundamental de los estudios y planes económicos, han encontrado en García al joven maestro ágil y profundo a la vez, en cuya compañía guiadora han estudiado problemas y discutido posibilidades.

Por todas partes —en la sencilla gravedad del diálogo como en la clasificación catedrática de la conferencia— Antonio García ha sembrado verdades y suscitado inquietudes. Y nunca como ahora —en esta patria que se busca a sí misma— ha sido tan fértil esta visita de voluntad e inteligencia.

LA CASA DE LA CLTURA ECUATORIANA, que invitó a García, se siente orgullosa de haberlo recibido.

Aquí el temario de sus conferencias, auspiciadas por nuestra Entidad, realizadas en el Paraninfo de la Universidad Central:

- 1.—Latinoamérica y la Post - guerra.
- 2.—Bases de una Federación Económica Grancolombiana.
- 3.—Bases de una reforma orgánica del movimiento cooperativo.
- 4.—Las generaciones en la historia de Colombia.
- 5.—Evolución del Pensamiento Social en Colombia.
- 6.—Principios reguladores de la Política Agraria en Colombia.

## MENSURACION Y MITO

Nuestro Miembro Titular por el Periodismo en la Sección de Literatura y Bellas Artes, distinguido catedrático y afilado escritor Señor Leopoldo Benites V., realizó un ciclo de conferencias, de carácter crítico y de divulgación, acerca de la personalidad de don Juan Montalvo, con el propósito de desvanecer la ampulosa interpretación mítica del gran ensayista y exaltar aspectos que, siendo auténticos y representativos de su vida y su obra, sirven para engran-

decer, aún más si cabe, su memoria, realizando así una verdadera y necesaria mensuración de su valor como hombre, como pensador y como maestro.

He aquí el programa de las conferencias del Prof. Benites, las mismas que tuvieron realización en el Salón Máximo de la Universidad Central y de las cuales la Prensa de la República se ocupó extensamente:

*MITO Y REALIDAD DE MONTALVO:  
UN ENSAYO DE NUEVA MENSURACION*

**El Filósofo y el Pensador Heterodoxo**

Posición de Montalvo frente a los problemas filosóficos: su solución optimista católica del problema fenomenológico; su antiempirismo frente al problema gnoseológico y su actitud ética.— Actitud de Montalvo frente a los problemas de su tiempo.— El mito de la herejía montalvina.— Anticlericalismo y ortodoxia.— Bases del pensamiento de don Juan.

**El Escritor y el Hombre**

¿Es Montalvo un clásico?— Sentido del clasicismo.— El romanticismo como fenómeno socio-económico, como tendencia literaria y como actitud ante la vida.— Posición de Montalvo frente al realismo y el naturalismo.— El atenuado romántico: escorzo de la vida de don Juan.— El amante, el luchador y el apóstol.

**El Político y Educador de Pueblos**

¿Es Montalvo un doctrinario de la política liberal?— Raíces históricas y doctrinarias del liberalismo.— La evolución de las ideas liberales en el siglo XIX.— Panorama de una política turbulenta: el Ecuador de Montalvo.— El enamorado romántico de la libertad y pedagogo del perio-

dismo.— El combatiente rebelde y el arcángel sangriento: don Juan y don Gabriel.— El sentido de la lucha política de Montalvo.— Presente y futuro de don Juan.

Evidentemente estas conferencias aun cuando su expositor quizo adjudicarles un valor de mera exploración y tentativa de valoración crítica, significaron la más completa y novísima interpretación acerca de la poliédrica personalidad de don Juan.

Oportunamente nos será grato ofrecer la versión taquigráfica de estas conferencias, como una contribución de nuestra Entidad a la auténtica interpretación de uno de los ecuatorianos que coloca el pensamiento de esta tierra en el plano continental: Montalvo.

## SOCIOLOGIA DE LA COLONIA

El distinguido profesor mexicano Dr. Silvio Zavala, Miembro del COLEGIO DE MEXICO, la organización que dirige y orienta en estos momentos el movimiento cultural del gran país azteca, de regreso a su patria, después de realizar amplios y profundos estudios especializados en el campo de las ciencias históricas en Montevideo, visitó esta Capital, con el objeto de conocer sus Archivos, Bibliotecas, Museos y más fuentes de ilustración respecto de nuestra realidad histórica.

El Profesor Zavala cuya preparación científica lo colocan entre los más altos exponentes de la cultura de su país, quizo regalar a la juventud universitaria el fruto de sus investigaciones. Y es así como la Casa de la Cultura Ecuatoriana tuvo la satisfacción y el honor de auspiciar su conferencia sobre: EXPERIENCIAS SOCIALES DE LA COLONIZACION EN HISPANOAMERICA, la cual tuvo lugar en el Paraninfo de la Universidad Central, ante un público eminentemente representativo de esta clase de estudios.

## HACIA UN NUEVO SENTIDO DEL TEATRO

La Universidad de Yale, EE. UU., ha tenido el acierto de enviar al Prof. José Juan Arrom, Catedrático de Literatura Dramática de su Facultad de Filosofía y Letras, para que realice una gira de observación del movimiento teatral en las naciones Hispanoamericanas. Y decimos acierto, porque el Prof. Arrom, de nacionalidad cubana, tiene por esta circunstancia mayores medios de conocimiento y compenetración con la realidad cultural de nuestros países, aparte de su preparación técnica.

Cuando recibimos su visita nos fué grato informarnos del verdadero interés que existe en los centros de alta cultura norteamericana por el desarrollo y evolución del teatro hispanoamericano. Y esto se confirmó a través de la docta conferencia que en el Salón de Sesiones de la Casa de la Cultura Ecuatoriana sustentó el inteligente Profesor.

En amena conversación dirigida ante un público integrado por elementos vinculados directa e indirectamente a esta clase de problemas: autores, actores, pintores, escultores, arquitectos, músicos, poetas, etc., especialmente invitados por la Entidad, el Prof. Arrom trazó un cuadro completo del proceso de evolución del teatro y de los medios de acelerar su desarrollo para que pueda servir de órgano de expresión y de fijación de las tradiciones y conquistas culturales de nuestros pueblos.

Es así como señaló las bases para la formación de una Sociedad de Amigos del Teatro que, al propio tiempo que se interesase por apoyar y fomentar la vida del teatro, cree las condiciones necesarias para la formación de una Escuela Dramática en nuestro país.

## ARQUEOLOGIA Y ESTILIZACION

En los Salones del Museo Nacional de Artes Plásticas, adscrito a la Casa de la Cultura Ecuatoriana, se realizó, bajo los auspicios de la misma, la conferencia del eminente arqueólogo norteamericano profesor Paul Kelemen.

La Institución tuvo así mismo la complacencia de invitar a este acto especialmente a las personas más estrechamente relacionadas con esta clase de investigaciones.

El Prof. Kelemen que permaneció en nuestro país algunos días investigando su tradición histórica, especialmente en lo relacionado con el arte, manifestó su admiración por la riqueza colonial de nuestros templos y museos y elogió el sentido estético de nuestra raza, cuyos elementos aborígenes conservan su capacidad creadora, reflejada en usos y costumbres. Señaló la posibilidad y la necesidad de utilizar en forma estilizada, pero sin desfigurar su esencia histórica, los elementos estéticos nacionales en la industria contemporánea.

El Prof. Kelemen ha dejado establecidas múltiples relaciones con nuestros artistas y hombres de ciencia, con quienes espera proseguir el intercambio de sus iniciativas.

## MUSICA PARA AMERICA

Con fecha 20 de marzo recibimos la gratísima visita del distinguido musicólogo y compositor, Prof. Myron Schaffer, Oficial de Enlace de Columbia Concerts Inc y Director del Instituto de Investigaciones Folklóricas de la Universidad Inter Americana de Panamá, quien se propone vincular a nuestro país a un programa internacional de difusión artística en el campo de la música.

El Prof. Schaffer, ofrece a nuestro país la posibilidad de traer mensualmente los elementos más destacados entre cantantes, pianistas, violinistas y directores de orques-

ta, inclusive conjuntos orquestales, todos de alta calidad. Así mismo ofrece la perspectiva de enviar a nuestros artistas musicales para que actúen en los escenarios de otros países del continente.

Para escuchar al Prof. la Casa de la Cultura Ecuatoriana invitó a personas que profesionalmente y como amantes del arte musical podrían interesarse en la formación de una Sociedad de Amigos de la Música, lo cual se logró, pues se están dando los pasos necesarios para la formación de dicha agrupación, lo más vasta posible, a fin de formar ambiente y garantizar en un futuro próximo el éxito de cualquier presentación en nuestro país de programas musicales como los citados.

## DEFENSA DE LA CULTURA

Un deber de solidaridad, un imperativo de elemental conciencia y dignidad, han primado para que nuestra institución tan pronto conociera la fatídica noticia de que el ilustre periodista español tan amigo del Ecuador, Francisco Ferrándiz Alborz (FEAFA), había sido condenado a la pena capital por el Gobierno que —para vergüenza de la humanidad— rige, mejor dicho, oprime, los destinos de España, se dirigiera al Jefe de dicho Gobierno para reclamarle sobre aquel posible atentado.

Así como lo ha hecho la Casa de la Cultura Ecuatoriana, lo han hecho todas las más representativas entidades del país, y, para orgullo de nuestro pueblo y de América, el Presidente Democrático del Ecuador Excelentísimo señor doctor José María Velasco Ibarra, ha reclamado, leal a sus principios, el indulto de tan injusta pena.

Este gesto ejemplar de nuestro Presidente, compromete, una vez más la gratitud y el reconocimiento de los hombres libres del Ecuador y de América.

La Casa de la Cultura Ecuatoriana deja pública constancia de su imperecedero reconocimiento a tan noble y com-

preensiva actitud del Excelentísimo Señor Presidente de la República.

Este fué el texto de nuestra protesta:

"Sr. Jefe del Gobierno de España.— Madrid.

La Casa de la Cultura Ecuatoriana, informada de que ha sido sentenciado con la pena de muerte el eminente escritor Francisco Ferrándiz Alborz (Feafa), cuya personalidad y cuya obra, de tan alto valor, se hallan vinculadas por fraternales lazos al movimiento cultural de nuestro País, pide a Ud. sea revocada dicha sentencia, por ser incompatible con la dignidad humana.— Muy atentamente,— (f.) **Benjamín Carrión**, Presidente.— (f) **Humberto Mata Martínez**, Secretario General.

Quito, 15 de Marzo de 1945.

## DANZAS ABORIGENES

La Casa de la Cultura Ecuatoriana, acogió la iniciativa de su Miembro Titular, Representante por las Artes Musicales, señor don Segundo Luis Moreno, de presentar un **Festival de Danzas Aborígenes**, el cual tuvo lugar en el Teatro Nacional "Sucre", el 5 de noviembre último.

La concurrencia del Cuerpo Diplomático, de Altos Magistrados de la Nación y representativas personalidades de nuestro mundo intelectual y social, fué una demostración del éxito y acierto de dicha iniciativa, que perseguía, en el fondo, no otra cosa que extraer de la raza motivos de arte y ponerlos al alcance de las grandes mayorías.

Esta fiesta que fué dedicada al Ex-Presidente de la hermana República de Cuba, General Fulgencio Batista, honroso huésped de nuestra Nación en esos días, sirvió para revelar, una vez más, el inagotable manantial de riqueza estética que significa nuestra realidad aborígen.

Grupos de indígenas de las parcialidades de Cotacachi, fueron trasladados a nuestra Capital, después de una

laboriosa faena de ensayos y de adaptaciones, dirigida por Moreno, en el mismo sitio donde viven y trabajan.

Fué digno de admirar en la realización de este traslado el que los indígenas, que deberían sentirse extraños en un ambiente relativamente artificial y ajeno, como es el escenario de un teatro, con sus luces y maquinarias de tramoya, actuaron como en su propio terreno, con un dominio escénico y un cariño para su música, que parecía estuviesen poseídos del éxtasis de la adoración de sus eternos ídolos.

Color y movimiento, que reflejaban lo auténtico y universal de su arte, estaban confirmando que el trasplante de ese conjunto musical y coreográfico, desde la montaña hasta las tablas de nuestro coliseo, no ejercían ninguna influencia deformadora, sino que les sirvió de necesaria atmósfera para exaltar nítidamente sus valores estéticos.

La música, quierase o nó, expresa una realidad social. Así como el minuet evoca la vida de las Cortes, con todas sus complicaciones, la danza indígena y su paralelo musical—yaravíes, sanjuanés, himnos idolátricos—son la expresión de otro mundo, de un mundo telúrico, transido de dolor y de esperanza.

Y cierta música, mejor dicho, toda música, requiere ser interpretada con sus propios instrumentos. Introducir, por ejemplo, un bandoneón o un saxofón, para ejecutar un yaraví, es traicionarlo. En cambio, ese dolor y esa esperanza de la raza, no puede ser mejor expresada, que por la flauta de cobre o de madera y por los tambores y bombos de pieles toscamente curtida, en que parece abrigarse mejor el sonido.

¿Pudiera ser que mentalidades predispuestas, o indispuestas, deseosas de escuchar algo que no entienden, por la distancia histórica y social que los separa, una ópera europea, o un concierto con selecciones de Wagner, Bach o Chopin, que requieren su público enterado y apropiado, se desorientasen ante la realización de un Festival de Danzas Indígenas. Pero para quienes no sufren de rastacuerismo y sí anhelan gustar, sinceramente, de la belleza donde se

la encuentre, el Festival de Danzas Aborígenes, presentado por Moreno, auspiciado por la Casa de la Cultura Ecuatoriana y cordialmente escuchado y aplaudido por nuestro gran público, fué una demostración cabal de que es posible y necesario ayudar a la raza a su expresión, que es una forma de su incorporación a la cultura.

## SALUDO A 1945

Vibran aún, acariciantes en el recuerdo, las deliciosas notas del Concierto de Año Nuevo, con que nuestra Institución quizo saludar y regalar al culto espíritu de nuestro público, con ocasión de la llegada de 1945.

¿Y cómo habría de hacerlo mejor, sino con música, en ese lenguaje universal y transparente del sonido? A ello colaboró el genio y la maestría inigualable de ese gran poeta del pentagrama que es **Nicanor Zabaleta**, el insigne arpista, de quien digera ese otro genio del verso, Federico García Lorca, "el hombre cuyas manos son un soplo de España".

Zabaleta, que ya había sido aplaudido en su larga y gratísima permanencia entre nosotros, por los públicos de nuestras principales ciudades, hizo con esta presentación su despedida al Ecuador. Parecía que toda la emoción recogida a través de su peregrinaje en nuestra tierra hubiera presidido la ejecución brillante y limpia del gran concertista, esa noche de Enero del presente año.

La interpretación del programa en su totalidad fué magnífica, pero en donde verdaderamente culminó fué en estas tres obras: la **Sonata Infantil** de doña **Corina del Parral de Velasco Ibarra**, Primera Dama de la República, inspirada compositora, que impregnó de toda su ternura y delicadeza espiritual esa pieza que sus manos escribieron para obsequio de los niños, que parecía hecha de luz y aire, como los cascabeles; la Suite Ecuatoriana N° 2, de **Segundo Luis Moreno**, cuya última parte, la **rondeña**,

fué motivo de gran lucimiento; Zabaleta, al ejecutar la Suite de Moreno, se manifestaba visiblemente emocionado y con él el público, que sentía como si estuviera rindiéndose homenaje a la ecuatorianidad; y la **Danza de las Silfides**, de **Bavia**, cumbre de la interpretación del artista y su arpa, que, acompañado por un coro de chelos y violines del Conservatorio Nacional de Música, pobló la Sala de nuestro Coliseo con un vuelo de armonías, que invitó a la concurrencia, a sentirse en una atmósfera de embriagadora y alegre contemplación; aquí, Zabaleta demostró que no es sólo un ejecutante magnífico, sino un intérprete, un traductor del signo musical para transformarlo en sentido musical; sus manos y sus miradas se entremezclaron con las cuerdas vibrantes, y las últimas notas de la danza maravillosa fueron ahogadas en el cariño de una salva prolongada y frenética de aplausos.

La Casa de la Cultura Ecuatoriana, tuvo en esta oportunidad, la complacencia de hacer escuchar este bellissimo concierto a la Delegación de Profesores y Estudiantes de la Universidad Nacional de Bogotá, que, presididos por Gerardo Molina, su joven Rector, visitaban el País.

Este Concierto de Zabaleta era el tercero que auspiciaba la Casa de la Cultura Ecuatoriana: así lo hizo también, primero en la Universidad de Guayaquil y luego en la de Cuenca, en que un público numerosísimo gozó y aplaudió al gran artista.

## ARTE Y VIDA

Bajo los auspicios de la Casa de la Cultura se inauguró el 17 de Febrero del presente año la exposición de dibujo y pintura del holandés Jan Schreuder, en el Paraninfo de la Universidad Central. Pronunció el discurso inaugural nuestro Presidente doctor Benjamín Carrión, quien hizo la crítica de la obra de este artista, que se encuentra profundamente vinculado al movimiento cultural

de nuestro país, pues ya reside algunos años entre nosotros, a través de los cuales ha realizado una labor de estudio y de captación de los motivos estéticos de nuestro paisaje humano.

Los cuadros de Schreuder, que para muchos pueden parecer sombríos y tétricos, tienen, en cambio, para quienes miran sinceramente nuestra realidad, un sentido de exaltación de la energía recóndita de la raza. No es el pintor colorista, que se entusiasma con reflejos, banales y efímeros de rostros e indumentarias. No le preocupa la envoltura exterior del hombre ecuatoriano, ni su apariencia, sino la esencia de su ser, su actitud ante la vida y, sobre todo, ha escogido aquellos elementos raciales que hacen radicar su belleza en la potencia telúrica de su estirpe: el negro, el mulato, el montuvio y el indio, en lo que tienen de esencial y en su significación de reserva racial ecuatoriana, son el motivo de predilección de este artista que, antes que describir caracteres, sienta una tesis social en cada cuadro.

## NUESTROS COMPOSITORES

Éxito grande y limpio, éxito que llenó de júbilo a quienes siempre mantuvieron su fe en la posibilidad de una auténtica música ecuatoriana, fué el obtenido por el maestro Segundo Luis Moreno en el Concierto Sinfónico que, dedicado por la Casa de la Cultura a la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de San Francisco de Quito, por intermedio de su Ilustre Municipalidad, dirigiera en el Teatro Sucre el lunes 12 de Marzo, ante un público atento y devoto, sumamente numeroso, y en el que estrenara su "Suite Ecuatoriana N° 1", conocida antes fragmentariamente por ejecuciones aisladas de sus movimientos interpretados por el original Ballet Ruso de Montecarlo, a su paso por esta Capital.

El programa, muy bien graduado, contenía música de Schubert, Ponchielli y Reuchscl, una versión del Himno

Nacional Ecuatoriano debida al Maestro Moreno y "La Coronación", marcha triunfal sobre un fragmento de nuestra canción patria, debida al mismo Maestro. La ejecución, discreta, acordada, sobria, conducida por el Maestro con firme mano, satisfizo al nutrido público.

Luego, abrió la "Suite Ecuatoriana Nº 1" su escenario de notas solemnes y vibrantes ante el teatro atento y cordial. El primer movimiento (lento) consiste en un prelude sinfónico sobre un canto popular religioso, el "Salve, salve Gran Señora", de profundo, solemne y conmovedor acento, canto de la pura, limpia, matinal fe religiosa del campesino ecuatoriano. El motivo del cántico, infinitamente variado por el Maestro, reaparece siempre con distinto ritmo y distinta instrumentación, y es, sobre la permanente realidad de su existir centenario y solemne, una idea nueva y encantadora.

El segundo movimiento (allegretto mosso) es la "Danza ecuatoriana" que, escenificada por Kenneth Mackenzie y con trajes de Lloyd Wulf fuera en otra ocasión presentada por el Ballet Ruso de Montecarlo. Consiste en una estilización pura y fina del sanjuanito ecuatoriano. Fué encantadora la reacción de las galerías cuando la orquesta, con sonoridad magnífica, tocó el primer tiempo de sanjuanito. La gente del pueblo que colmaba la galería comenzó a seguir, entusiastamente, el ritmo de la música entrañable, parte de su alma misma. Luego, a medida que la entrada de los tamboriles y clarinetes se iba distendiendo en la forma de exquisita danza moderna que tiene el movimiento, el entusiasmo inicial de la galería se fué haciendo un silencio lleno de admiración y de alegría. Ejemplo de verdadera estilización del canto popular, este movimiento de la Suite es una de las más exitosas creaciones del Maestro Moreno.

El tercer movimiento (moderato) titulado por su autor "Romanza sin palabras sobre un yaraví imbabureño", es una composición sobriamente melancólica y romántica. Es una serenata en la noche, con la tristeza clara y tenaz

del alma indígena. Al finalizar, el cambio a mayor da, según palabras de su autor, "la impresión de la llegada de la luz del alba", último instante en la vida efímera de la serenata.

En el movimiento final (allegretto grazioso) el Maestro ha hecho un pequeño edificio de encantadora alegría con reminiscencias de música negroide.

Auténtica música de nuestro Ecuador. Y buena ejecución de la Orquesta del Conservatorio, que volvió, conducida por la mano segura del Maestro Moreno, a su buen pie tradicional, tras el poco éxito que alcanzara con el Ballet Ruso de Montecarlo. Moreno conoce a la orquesta y entiende a cada uno de sus componentes. Ellos respondieron en forma leal a sus afanes por dar al Ecuador esta noche de verdadera emoción artística.

Es curioso anotar el detalle de que el Maestro Moreno sufrió, en la madrugada del día del concierto, un gravísimo quebranto de su salud, con verdadero peligro de muerte. Sin embargo, con admirable heroísmo artístico, no accedió a la postergación del concierto, y después de una curación de emergencia fué a dirigirlo. Ejemplo de férrea voluntad al servicio del arte, que habla muy a favor de este humilde y poderoso creador de la verdadera, de la auténtica música ecuatoriana.

## ESCENA FRANCESA

Pudimos ver en el Teatro Sucre, bajo los auspicios de la Casa de la Cultura, la admirable Compañía de Teatro Francés de Madeleine Ozcray. Actrices de profundo conocimiento en el arte de las tablas, de sensibilidad exquisita, de finura extraordinaria y actores de exactitud y fuerza dramática. Decorados de belleza total y lujo. Recursos no vistos antes aquí de iluminación. Todo esto nos trajo la divina Madeleine Ozcray. A su lado, Renée Barrel, Jacques Thierry y todo el personal de la Compañía,

realizaron obra artística meritoria y durable. Entre otras obras, vimos "Aladine y Palomides" e "Interieur" de Maurice Maeterlinck; "Poil de Carotte", de Jules Renard; "Le passant" de Francois Copée; "Jeanne D' Arc" de Charles Péguy y una admirable teatralización de "Les Nuits" de Alfred de Musset. Fué de alto gozo artístico la estadia de Madeleine Ozeray entre nosotros.

### LA CIUDADELA DE LA CULTURA

El espíritu de verdadero hombre progresista, que distingue al doctor Humberto Albornoz, Presidente del M. I. Concejo Municipal de Quito, y a todos los miembros de la Corporación Edilicia, les hizo prestar a la Casa de la Cultura el más grande servicio con que ella ha podido beneficiarse desde su fundación.

El I. Concejo ha puesto a disposición de la Casa los terrenos necesarios, situados frente al Parque de Mayo —la zona más bella de esta bella ciudad—, y actualmente ocupados por el Ecuador Tennis Club, el Estadio Municipal y el Campo de Deportes Populares. Estos tres campos deportivos, con consentimiento y beneplácito de las entidades rectoras del deporte quiteño, van a ser construidos con mayor amplitud en otro sitio de la capital.

La Casa de la Cultura ha comenzado ya, de común acuerdo con el I. Concejo, la elaboración de los planos para sus principales edificios. Los trabaja actualmente el distinguido arquitecto Alfonso Calderón Moreno, Miembro Correspondiente de la Institución. La edificación se iniciará por el Edificio Central, que contendrá, en su planta baja, el Salón de Sesiones, el Salón Biblioteca con capacidad para seis mil volúmenes y las oficinas de Presidencia y Secretaría. El segundo piso contendrá el Club de la Casa de la Cultura y el Departamento de Huéspedes. Al fondo, se levantará el gran Auditorium, con capacidad para 2.600 espectadores (100 más que el Teatro Bolívar) y escenario.

con 30 metros de boca. Allí funcionará la Escuela de Artes Dramáticas que se va a fundar bajo los auspicios de la Casa y de su filial (actualmente en organización) la Sociedad de Amigos del Teatro.

Calderón Moreno está trabajando, igualmente, los planos de los Museos de Ciencias Naturales y de Bellas Artes. Entre todos estos edificios, hermosos jardines continuarán el estilo general del Parque de Mayo, del cual no estarán separados por valla ni cerramiento alguno. La Ciudadela de la Cultura que así podríamos llamarla, constituirá, indudablemente, uno de los más hermosos sectores de la ciudad y será debido al patriotismo y entusiasmo del I. Concejo que, meritísimamente, preside el Dr. Humberto Albornoz.

Esperamos estar, para nuestro número próximo, en situación de publicar los planos de los hermosos edificios de la Casa de la Cultura.

## DESTINO DE LA POESIA

El distinguido escritor y catedrático, señor don Roberto Meza Fuentes, miembro de la redacción de "El Mercurio", de Chile, hombre de letras, especializado en el conocimiento de la Literatura Americana, es actualmente huésped de honor de la República. Ha venido al país invitado por el Excmo. señor Presidente de la República, doctor José María Velasco Ibarra, con quien cultivó noble y estrecha amistad en Santiago.

La Casa de la Cultura Ecuatoriana tuvo la satisfacción de enviarle un saludo y ofrecerle su cooperación para organizar y realizar en esta ciudad un ciclo de conferencias de su especialidad.

El profesor Meza Fuentes va a dictar en la Universidad Central, bajo los auspicios del Ministerio del Ramo, un

ciclo de conferencias de carácter didáctico sobre la Evolución de la Poesía en Hispanoamérica Contemporánea, con el siguiente programa: I.—Precursores del Modernismo.—II.—Rubén Darío.—III.—Generación Modernista.—IV.—Superación del Modernismo.

Paralelamente ha ofrecido en forma espontánea a la Casa de la Cultura Ecuatoriana dictar otras conferencias de carácter más general sobre Literatura. A la Casa le será muy placentero convocar a las personalidades que se interesen por este importante aspecto de la cultura a escuchar la palabra del ilustre catedrático.



Ha despertado vivo interés en los círculos artísticos la iniciativa de la Casa de la Cultura Ecuatoriana de presentar la gran exposición denominada SALON NACIONAL DE BELLAS ARTES y que según reglamento deberá realizarse cada año en la capital de la República con la participación de todos los pintores, y escultores ecuatorianos, del 24 de Mayo al 10 de Junio, en la que se adjudicarán los premios nacionales de escultura y pintura que ha creado la Institución, por valor de diez mil sucres cada uno.

\*

\* \*

Con el objeto de formar una biblioteca de autores nacionales lo más completa posible, que sirva tanto para intercambio con las otras bibliotecas del país y del exterior, así como para consultas de los Miembros Titulares, Correspondientes y Asociados y de los visitantes y hombres de estudio, la Casa de la Cultura Ecuatoriana ha resuelto comprar, por lo menos, dos ejemplares de todas y cada una de las publicaciones nacionales: libros, revistas, periódicos, folletos, etc. De creerlo conveniente, y de acuer-

do con la importancia de las obras, la Casa puede adquirir cantidades mayores de estas publicaciones para su servicio de difusión nacional e internacional.

\*  
\*     \*

A fin de tener a mano los datos biobibliográficos de la generalidad de los elementos productores en el campo de la cultura, tanto de dentro como de fuera del país, la Casa de la Cultura Ecuatoriana ha resuelto formar un registro de direcciones y datos acerca de las actividades culturales de las principales personalidades intelectuales tanto del país como del exterior. Una vez formado dicho registro se hará una edición del mismo para enviarlo a las distintas personas e instituciones que allí consten, para de esa manera cooperar al intercambio cultural.

\*  
\*     \*

La Casa de la Cultura Ecuatoriana publicará, aparte de esta revista, órgano de la entidad, otras de carácter especializada. Se encuentra en prensa y circulará en breve la revista LETRAS DEL ECUADOR, periódico quincenal de Literatura y Arte, publicado por la sección de Literatura y Bellas Artes de la Institución. En ella colaborarán los escritores y artistas de dentro y fuera del país.

\*  
\*     \*

La Asamblea Nacional Constituyente reconociendo la misión de la Casa de la Cultura le ha encargado, mediante Decreto, la publicación de las obras del esclarecido juriconsulto ecuatoriano, señor doctor Luis Felipe Borja, en homenaje a la obra del eminente catedrático, del que aca-

ba de celebrarse el primer centenario de su nacimiento. Asimismo, le ha comisionado la edición de las obras del connotado periodista Manuel J. Calle, cuya memoria honra las letras nacionales.

Igual encargo le ha hecho el Poder Legislativo a nuestra entidad respecto de la publicación de las obras del doctor Gualberto Arcos, quien fué Rector de la Universidad Central a cuyo espíritu de maestro y conductor de juventudes unió el mérito de ser el más entusiasta investigador de la Historia de la Medicina en el Ecuador.

\*

\* \*

Nuestra Entidad ha recibido la honrosa solicitud de otras similares para colaborar en varias actividades de orden cultural. Nos complace consignar que la Casa de la Cultura Ecuatoriana ha estado representada por sus respectivos Delegados en la composición de los Jurados Calificadores de los siguientes concursos: sobre la vida del doctor Luis Felipe Borja, organizado por el Comité Central pro-Centenario; sobre la vida de Sucre, organizado por el Comité respectivo. El M. I. Concejo Cantonal de Quito, que otorga el premio Tobar al mejor libro del año y que organizó el concurso para la mejor monografía sobre el cantón Quito, solicitó, también, la representación de la Casa de la Cultura Ecuatoriana en la integración del Jurado Calificador de estos torneos.

\*

\* \*

La especialización de Lengua y Literatura del Instituto Superior de Pedagogía y Letras solicitó a la Casa de la Cultura Ecuatoriana un premio para un concurso literario promovido entre los estudiantes de ese plantel de educación superior. La Casa accedió gustosa y le envió la valiosa colección de los "Clásicos Ecuatorianos".

\*  
\* \*

El Instituto Ecuatoriano de Estudios del Amazonas ha confiado a la Casa de la Cultura Ecuatoriana el honroso encargo de hacer, de ahora en adelante, la distribución de sus publicaciones dentro y fuera del país. Asimismo, le ha solicitado, y la Institución ha accedido gustosa, su cooperación para la edición de los tomos 2º y 8º de la colección amazónica.

\*  
\* \*

Por el digno intermedio de la comisión de estudiantes universitarios del Sexto Curso de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales de la Universidad Central, que viaja, en gira de acercamiento e intercambio estudiantil a las Repúblicas hermanas de Colombia y Venezuela, la Casa de la Cultura Ecuatoriana envió a los Excmos. Presidentes de ambas Repúblicas la Historia General del Ecuador, por el Ilmo. González Suárez, en ocho tomos. Asimismo entregó a esa embajada estudiantil sendas colecciones de los Clásicos Ecuatorianos y más publicaciones para las bibliotecas y más importantes Instituciones culturales de esos países.

\*  
\* \*

El paso por el Ecuador del Original Ballet Ruso de Montecarlo, que dirige el Coronel de Basil, dió a nuestro país la oportunidad de presenciar el espectáculo más hermoso que ha podido contemplarse en estos últimos treinta años, en nuestro medio. Este es un regalo de la guerra. Astros de la danza e intérpretes de los más altos motivos

de la belleza clásica integraban ese conjunto. La Casa de la Cultura tuvo el placer de auspiciar una función para que los estudiantes, maestros, artistas y más elementos interesados en el movimiento cultural, pudieran presenciarlo por invitación especial de ella.

\*

\* \*

La Escuela de Química y Farmacia de la Facultad de Ciencias de la Universidad Central ha organizado una exposición nacional de productos químicos y farmacéuticos con el objeto de promover la preocupación de los industriales del país, para mejorar el estado de la producción en este campo de la economía. La Casa de la Cultura, accediendo a la gentilísima gestión universitaria, ha otorgado un premio de dos mil sucres para el mejor preparado químico que sirva de insecticida. Además, ha votado la suma necesaria para cooperar a los gastos de propaganda de esta importante exposición.

ALFREDO PEREZ GUERRERO

## Homenaje a Luis Felipe Borja

1845 — 20 DE FEBRERO — 1945

Al cumplirse el Primer Centenario del Nacimiento del insigne Jurisconsulto Ecuatoriano, Dr. LUIS FELIPE BORJA, la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad Central del Ecuador, rindió homenaje a su memoria en Sesión Solemne, realizada el 20 de Febrero del presente año. En dicha Sesión el Sr. Dr. Alfredo Pérez Guerrero, Catedrático de esa Facultad, Procurador General de la Nación y Miembro Titular de la Casa de la Cultura Ecuatoriana por las Ciencias Jurídicas y Sociales, pronunció la brillante alocución que reproducimos.

El doctor Pérez Guerrero formó parte del Comité "LUIS FELIPE BORJA", en representación de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

Señor Presidente de la Corte Suprema de Justicia, señor Rector de la Universidad, señor Decano de la Facultad de Jurisprudencia, señores Profesores, señoras, señores :

La Casa de la Cultura Ecuatoriana y el Consejo Directivo de la Facultad de Jurisprudencia han tenido a bien designarme para que lleve la palabra en esta sesión destinada a conmemorar el primer centenario del nacimiento de uno de los más grandes ecuatorianos, el doctor Luis Felipe Borja.

No puedo atribuir sino a la generosa bondad de mis compañeros distinción tan honrosa. Para aquilatar y ponderar cabalmente las extraordinarias virtudes de Borja sería menester la palabra docta de Victor Manuel Peñaherrera; la frase acerada y diamantina del gran Arzobispo; el período armonioso y flexible de Alfredo Baquerizo Moreno. Ellos bien podían ensalzar los méritos del doctor Borja, porque llegaron con él o después de él, en los senderos del tiempo, a las altas cumbres de la sabiduría, de la literatura o del patriotismo.

El sabio no puede ser elogiado debidamente sino por el sabio, porque elogiar es comprender, es hermanarse con otra alma y participar de sus profundidades y de sus excelencias; es hacer propio el pensamiento ajeno y seguirlo, con alas veloces, a través de los espacios transparentes del espíritu. Y así como el dolor no puede ser apreciado sino por el que lo comparte, por el que lo compadrece—en la aceptación etimológica del vocablo—de igual manera la grandeza ha de ser descrita y ensalzada por quien de ella participa.

Se ha dicho con razón que en Borja hubo muchos grandes hombres: el jurisconsulto, el patriota, el legislador. Por ello, la debida estimación de su grandeza requeriría múltiples y altas dotes en quien la haga.

Lógicamente, pues, debía haberme excusado de cumplir la difícil misión confiada a mi persona. No lo he hecho, tanto por motivos disciplinarios de cumplimiento de un alto y honroso deber, cuanto porque ejerzo en esta Universidad el Profesorado de Derecho Civil, y sobre Derecho Civil versa la obra monumental del doctor Borja, obra que es el plinto de su inmortalidad y de su fama. La cortesía de este benévolo auditorio sabrá excusar el que, en vez del cuadro bien trazado, presente apenas un esbozo impreciso de la vida de este gran ecuatoriano. Impreciso e incomple-

to habrá de ser necesariamente, no sólo por falta de facultades mías, sino también porque el análisis y la síntesis cabal de la obra de Borja requerirían un libro. Su obra y su vida están ligadas y penetradas por los afanes y labores de la ciencia, y forman parte también de la historia de nuestra Patria en uno de sus períodos cruciales.

---

Después de todo, alguna utilidad tendrá este ensayo, pues, como decía Carlyle, "la compañía de los grandes hombres siempre es provechosa. No es posible fijar la consideración en un grande hombre, aunque lo hagamos de un modo imperfecto, sin que de ello beneficie nuestra alma. El grande hombre es foco de vívida luz, manantial en cuyo margen nos extasiamos, claridad que disipó las sombras del mundo, no a modo de lámpara refulgente, sino como luminaria natural resplandeciente con luz celeste; es una cascada fúlgida, abundante en nativa originalidad, a cuyo contacto no hay alma que deje de sentirse en su elemento".

---

Volvamos, pues, por unos momentos al pasado y, entre sus sombras, busquemos la compañía del gran jurisconsulto. El pasado se presenta a nuestro recuerdo como sucesión de cuadros de contornos definidos e inmóviles. Sólo la magia del artista puede resucitar en ellos el movimiento y la vida, y traer al presente lo que yace en la innumerable quietud de lo que fué. Pero para nosotros, recordar a un hombre es verlo en alguna etapa definida de su existir o conocer las varias obras que creó. La memoria abstrae de los hechos pasados aquello que interesa a los actuales menesteres de la vida, y hunde inexorablemente en el olvido un enorme acervo de fenómenos que fueron, como los otros

que perviven, forjados por el mismo pensamiento y por la misma voluntad. La memoria es, si vale así decirlo, materialista y utilitaria, no solamente con respecto a los demás, sino con respecto a nosotros mismos. Por eso, de nuestro pasado no quedan en el presente sino esquemas generales, conocimientos indispensables, emociones imprecisas, un hilo frágil que enlaza nuestros días. Somos casi extraños a la juventud, a la adolescencia, a la niñez que fueron nuestras, que latieron en nuestras mismas venas y las saturaron de gozo o de dolor.

Cuadros dispersos, inmóviles, eso es el ayer. Y así, en el tema de este discurso, no acierto a revivir con lumbre de actualidad la trayectoria continuada y profunda de la vida y del pensamiento del doctor Luis Felipe Borja. No es posible realmente describir ni narrar la savia y la raíz de espíritu, de carácter y de pasión que van creciendo, hundiéndose, corriendo a través de los días para ser tronco, ramas y frutos. No es posible conocer el crecimiento sino sus resultados. Al hombre mismo, después de pasados los años, no lo vemos sino como un retrato invariable que corresponde a su período de plenitud espiritual. Por eso al sabio lo tenemos presente en su madurez, así como de la mujer amada guardamos su imagen en el vértice de su hermosura.

Luis Felipe Borja, es, en su aspecto físico y en sus obras, una serie de grandes cuadros, de frutos maduros destinados a perdurar a través del tiempo, porque aunque éste corrompe y borra casi todo lo pasado, tiene, sin embargo, un raro y precioso elixir que lo reserva para conservar lo más precioso que ha creado el hombre como belleza, como virtud, como heroísmo o como sabiduría.

Borja fué, eso es en nuestro recuerdo, de estatura mediana, andar reposado y grave, porte erecto, cabeza ovalada, facciones agradables, la barba entrecana y abundante, grueso el labio inferior; su mirar era profundo, el mirar del alma que piensa. Vestido con levita negra o gris iba por las empedradas calles de Quito, seguido por la mirada respetuosa de sus conciudadanos que le señalaban como el

gran patriota. La mayor parte del tiempo la pasaba junto a un escritorio grande, con muchos libros y papeles, cuidadosamente arreglados, cada uno en su lugar. Trabajaba diez, doce, catorce horas diarias, incansablemente, como lo hacen aquéllos para quienes la vida por larga que sea, no es bastante para cumplir la facna asignada por el destino. Este afanar que era, como él lo decía, "sudor del alma", producía los alegatos clásicos ante los Tribunales de Justicia, los manifiestos de la Junta Patriótica Nacional, la enciclopedia jurídica llamada Estudios al Código Civil Chileno, los proyectos de leyes, los discursos, toda una frondosidad de labor bien cumplida y hecha hasta en sus detalles más pequeños. Y es que para el trabajador hay tiempo para todo; mientras que para el haragán, para el parásito, el tiempo se achica y huye entre su manos. La labor que representan los estudios jurídicos de Borja es bastante para un decenio ininterrumpido; y no obstante le fué posible, a la vez, defender pleitos ruidosos, asistir a Congresos, y no solamente asistir, sino tener en ellos el papel más destacado y difícil. Podía, además, intervenir en la política activa de su País desde un sitial de dirección indiscutible. Podía, en fin, idear y poner en práctica nuevos métodos para la producción agrícola, dando a la tierra el sudor de su frente, como daba a la sabiduría el sudor de su pensamiento.

---

Nace en Quito, el 20 de febrero de 1845, en la antigua Casa Presidencial, actualmente Facultad de Filosofía y Letras. Son sus padres el doctor Juan Borja Lizarzaburo y doña Leonor Pérez Pareja, de notables familias quiteñas. El primero tuvo actuación principal en la política ecuatoriana, y fué símbolo trágico y doloroso de la tiranía implacable de Gabriel García Moreno. Fué símbolo también de una raza cuyos remotos ascendientes partieron de España, y, a través de los tiempos, dieron al mundo santos, guerreros, artistas y pensadores: fueron los Borja o los Borgía,

cuyos hechos guarda la historia con caracteres de leyenda, y cuyas virtudes fueron la tenacidad, la paciencia, el carácter y la pasión. Raza de acero que puede doblar la tempestad del infortunio, pero quebrar jamás, conservó en sus ramas las raras virtudes de que he hablado, y, entre ellas, la de no perdonar los agravios ni olvidar los beneficios. Por eso, Juan Borja Lizarzaburo no pudo transigir con el Tirano, y fué perseguido, encarcelado y martirizado por éste, sin que todos los suplicios consiguieran doblegar su terco y firme espíritu de Borja. Los historiadores empeñados en elogiar a García Moreno dicen que Juan Borja, cargado de grillos y enfermo, se negó a aceptar la libertad. Otros afirman, y ello parece más cierto, que esa libertad le fué negada, no obstante las súplicas de su madre. La primera versión demostraría el carácter digno de un Borja; la segunda, el irreductible odio de García Moreno. Ambas son creíbles. Las primeras enseñanzas las recibió Luis Felipe Borja de su madre, mujer inteligente y culta. Ingresó después a alguna de las escuelas de su tiempo, en donde fué probablemente compañero de un niño pobre, descalzo, miserable, sin más ternura ni apoyo que los de una madre abandonada; un niño a quien el dolor y las privaciones habían puesto en su frente una arruga temprana, y en sus ojos una sombra: se llamaba Federico González Suárez, y había de ser más tarde el historiador más sabio, el patriota más puro, el espíritu más noble y recto de la Patria.

Pasaban los años. El padre del doctor Borja se empeñó en que dos hijos suyos cursaran Química, en el Colegio San Vicente de Lalacunga, dirigido entonces por un sabio italiano. De sus enseñanzas conservó el doctor Borja impercederos recuerdos; pero no pudo continuar los estudios porque ya para entonces—1.859—la situación económica de la familia desmejoraba gravemente. El padre de Borja era perseguido y desterrado. Había que enfrentarse con la necesidad y con la pobreza, y que ayudar a la madre y a los hermanos menores buscando una profesión que lo permitiera. Entonces ingresa Borja, a los quince años de edad,

no solamente a los institutos educacionales de San Fernando, San Luis y la Universidad Central, sino también a otra escuela de más arduas disciplinas y enseñanzas, en la cual no pueden triunfar sino un reducido número de almas escogidas, porque las demás desfallecen y se aniquilan: a la escuela magna de la pobreza y del dolor. No hay libros en esa escuela: hay que copiarlos o pedirlos; no hay luz en el hogar para el estudio: hay que acudir a los claustros de las iglesias para tenerla; ni alimento suficiente, ni vestido que resguarde del frío, ni estímulo, ni aplauso. Hay solamente la voluntad fuerte, inflexible; y el consuelo interior de una lejana estrella de esperanza que hay que seguir en la lobreguez de la noche. Los seres que luchan así se encierran en castillo de soledad, y aun cuando más tarde el triunfo, la riqueza y la gloria depositen a sus plantas laureles y tesoros, conservan siempre una especie de alejamiento y de amargura.

En esta época de pobreza se aceran y purifican más las cualidades innatas del doctor Borja; su personalidad íntegra queda formada e inmovible. Esa personalidad es de disciplina, de trabajo paciente e incansable, de método en el estudio y distribución del tiempo, de extraordinaria aplicación y cumplimiento del deber. Sus notas son sobresalientes; sus profesores expresan su asombro para el joven lleno de madurez, de carácter y de pensamiento. El sostiene por repetidas ocasiones los actos públicos de fin de año asignados a los alumnos más distinguidos. El obtiene en premio de su pobreza y sus merecimientos que se le exonere del pago de los derechos de los grados de Licenciado y de Doctor. Y así, el 20 de diciembre de 1869 ingresa al cuerpo de abogados de la República quien había de ser el primero de ellos.

En 1.875 contrae matrimonio con doña Carmen Amelia Chiriboga, y, como los hombres bíblicos, tiene numerosos hijos que perpetúan su nombre y su memoria. Entre ellos, Arturo, el exquisito y malogrado poeta, y Luis Felipe, el ilustre juriconsulto. La vida del hogar se deslizaba

suave y silenciosa, sin interferir las meditaciones y trabajos del gran sabio, y sin que éstos le impidieran dedicar su amor y sus cuidados a los suyos.

Lec, piensa, escribe y dicta. Son los discursos henchidos de ideas y de fuego patriótico; son los alegatos eruditos y sabios para defender la causa de la justicia, sin que importe la cuantía ni el honorario. El mismo afán, cuidado y esmero pone en los litigios pequeños que en los grandes; le basta que sea justo y que el derecho asista a su cliente. El y unos pocos más llenan a su cargo casi todas las defensas ante el Tribunal Supremo. Y luego son las cartas amistosas o familiares, en las que se revela el espíritu sin reveses, el corazón siempre abierto a la amistad, al amor paternal, a la generosidad. Nada de frases ampulosas ni de vocablos raros: todo él es sencillez, claridad, concisión. En los años de su madurez le posee la obsesión de sus estudios al Código Civil Chileno, de que hablaremos más adelante. Pero su cultura no es sólo la del jurisconsulto. Borja cultivó todas las disciplinas de su tiempo: aprendió por sí mismo, sin haber salido de su patria, varios idiomas. Le fueron familiares los grandes clásicos griegos y romanos de la antigüedad, y los modernos de Inglaterra, de Francia y de Italia. Habría dado, según su expresión, algunos años de vida para asistir a una representación del Gran Teatro Francés de Racine, de Corneille o de Molière. Leyó catorce veces la Biblia española, universal por española, Don Quijote de la Mancha, del cual conservaba muchas ediciones. Cuántas enseñanzas debió aprender y cuántos consuelos recibir de su lectura. Se dice que existen copiosos comentarios escritos por su puño y letra. No serán, es seguro, únicamente sobre léxico, elegancia y frondosidad del lenguaje, sino que penetrarán en la médula y esencia inmarcescibles del gran Libro, en el contrapunto simbólico de espíritu y materia que contiene, en la trágica y sublime grandeza del ideal siempre escarnecido, vilipendiado y apedreado por el pragmatismo y por la fuerza bruta, y siempre dispuesto, no obstante y precisamente por eso, a empren-

der nuevas gestas de heroísmo para redimir y para iluminar el mundo. El mismo se habrá sentido Quijote de la justicia, de la verdad, del patriotismo, y habrá pensado en otros Quijotes como él, en González Suárez, en Montalvo y en cuatro más, insultados, calumniados y proscritos por la muchedumbre espesa e innumerable de los Sanchos abogados, políticos y clérigos, repletos de sentido común, y armados con sus garrotes de malicias y de argucias. El habrá pensado que el Ecuador, como Pueblo, ha sido también un Quijote ingenuo y generoso, dispuesto siempre a dar su sangre en todas las guerras por la liberación de América, dispuesto siempre a crecer en el honor de los otros; y engañado siempre, traicionado y escarnecido . . . Porque no solamente se le arrebataron su hacienda y sus armas y sus vestiduras, sino que hasta se le negó la oportunidad de combatir. Habrá pensado el ilustre jurisconsulto en muchos símbolos al leer este libro de símbolos. Ojalá se nos brinde sus comentarios.

---

Fué hombre completo. Ya hablaremos del patriota y del jurisconsulto. Pero antes precisa iluminar una de las fases de su actividad multiforme. No sólo trabajaba con el cerebro sino también con el brazo. Fué el primer agricultor de su tiempo. De unas tierras áridas, secas, abandonadas, obtuvo frutos y árboles que hicieron su propia fortuna y la de sus hijos. Croó nuevos procedimientos para fertilizar la tierra, y para el sembrío de millares de eucaliptos, el árbol milagroso que aroma el aire, da calor al hogar y sirve para múltiples menesteres de construcción. Por ironía del destino, el árbol que fué introducido al Ecuador por García Moreno, había de servir para dar comodidad y riqueza a la familia del hombre a quien martirizó. Borja iba semanalmente en coche a sus terrenos del Norte, y ponía en los cultivos y administración igual esmero que en la erudita redacción de un manifiesto a la Corte Suprema. Fué

bueno con sus sirvientes. De su bondad son abono varias anécdotas que andan por allí, como la de entregar al indio que había robado una pieza de su vestido, las otras para que lo tuviera completo. Los indios eran para él "los pobrecitos", y recibían mejores salarios y mejor trato que con otros patronos.

Tuvo piedad y compasión para la raza desvalida y miserable. Los bucos de ese tiempo no podían tener sino piedad. La justicia para las clases y razas oprimidas no nacía aún. Ha sido menester que transeurricra medio siglo desde entonces para que llegáramos a comprender que esos seres esclavizados y martirizados durante cerca de cinco siglos, son hombres como nosotros, con iguales derechos a la vida, a la libertad y a la civilización. Solamente hoy sabemos que si no hay para el indio justicia clara, recta, sin hipocresías ni segundas intenciones, no habrá pueblo, ni patria ni cultura que merezcan ese nombre. El indio vuelve, después de su ostracismo de siglos, a ser otra vez el hombre que piensa, que siente y que puede levantar su mirada de la tierra a la cual españoles y mestizos lo encadenamos con hierros de explotación y de ignominia.

---

Borja fué también maestro, en la profunda y trascendental extensión del vocablo. Maestro por la sabiduría, por la sencillez, por la pulcritud de sus ejemplos, por la procera majestad de su presencia. Obtuvo en la Universidad Central la cátedra de Práctica Civil, por oposición, luego de sujetarse a los exámenes exigidos. Se adelantó a su tiempo en lo que respecta a métodos de enseñanza. No fué ya únicamente el aprendizaje textual de la ley y el tomar las lecciones sin que un punto ni una coma faltaran, sino el estímulo para que los alumnos usaran de su propio pensamiento y de su propia iniciativa; la siembra de problemas e inquietudes; la suprema dirección del rumbo, sin destruir la idiosincrasia y el espíritu propios. Alumnos suyos, eminentes

más tarde, fueron Alfredo Baquerizo Moreno, Leopoldo Pino, Manuel María Pólit.

Por este tiempo —1880— gobernaba el Ecuador el General Ignacio de Veintimilla, el hombre que mereció ser esculpido en el bajorrelieve de las Catilinarias por Montalvo. Veintemilla, como todo tirano, no podía tolerar una Universidad autónoma, dirigida por profesores propietarios, incapaces de doblegarse a la voluntad del déspota. Por eso cambió al Rector de la Universidad y declaró que los profesores quedaban en calidad de interinos, ofensa que fué rechazada con altivez y trajo como consecuencia la reorganización de la Universidad. Una de las innumerables reorganizaciones de que ha sido víctima por parte de dictadores y tiranos, a quienes ha molestado la lumbre de la rebeldía y de pensamiento que de ella surge. La Universidad ha sido y seguirá siendo, no sólo santuario de sabiduría y de pensamiento, sino también, y más que eso, reducto y estandarte de dignidad y de altivez ciudadana. Ella ha sido la que ha levantado del fango de la corrupción, de la cobardía y de la concupiscencia políticas la bandera de la revolución y del honor de este pueblo. Y cuando las tiranías han ahogado la voz de la nación mediante el hambre, la prisión o el destierro, ha habido siempre la voz clara y fuerte de la Universidad que nadie ha podido silenciar.

Borja volvió a la Universidad de Profesor, por poco tiempo. Luego, cuando triunfó la revolución de Alfaro, fué designado Rector y puso en el ejercicio de ese cargo el entusiasmo, la decisión y la constancia peculiares en él. Se preocupó por el incremento y creación de laboratorios y bibliotecas; mejoró los métodos de enseñanza; exigió a profesores y alumnos el cumplimiento cabal de sus deberes; tuvo valiosas iniciativas para la creación de un Jardín Botánico. Sería largo y prolijo enumerar los beneficiosos frutos de la administración del doctor Borja en el tiempo que tuvo a su cargo el Rectorado.

Borja fué también, ya lo hemos dicho, eminente político, legislador y patriota. Liberal por convicción y por herencia, luchó larga y denodadamente por sus ideales. Su labor política fué desinteresada y noble. Sus acciones y procedimientos, su integridad moral, la elevación de sus escritos y discursos, recuerdan los viejos y eternos tiempos de Cincinato y de Catón. Cuando Alfaro llega a Quito, en medio de una apoteosis sin ejemplo, cubierto con los laureles conquistados en cien combates, recibe, al pie de la estatua del Gran Mariscal de Ayacucho, el saludo de bienvenida del liberalismo. En el discurso, que lo pronuncia el doctor Luis Felipe Borja, no hay sino brevísimas frases de elogio y felicitación. Lo demás es una honda y vibrante lección de civismo y la enunciación de los principios que el Caudillo debe cumplir. "El Partido Liberal —le dice— os exige paz; mas no la paz cuyo lúgubre silencio sólo se interrumpe por el rechinar de las cadenas y el gemir de las víctimas, ni la de la esclavitud y el cadalso, sino la paz de la generosidad y el perdón, la bienhechora paz de cuyo fecundo seno brotan las artes y las ciencias, la que resucita con los certámenes de la inteligencia y del trabajo."

Como legislador intervino Borja en varios congresos y comisiones revisoras de nuestras leyes. Elaboró el proyecto de la Constitución de 1888 e intervino en su discusión y aprobación. Luego fué representante a varias Legislaturas y, en todas ellas su labor fué fecunda, recta y sabia. Imposible hacer siquiera una síntesis de los cargos que ocupó, de las comisiones de que formó parte, de las leyes que se aprobaron gracias a su iniciativa. La vida política y la legislación de su tiempo están penetradas de su personalidad y de su trabajo.

---

Hay que poner de relieve la actuación del doctor Borja como patriota. Era el período de 1904 a 1910. El litigio con el Perú efervorizaba a los ecuatorianos. Era una

inmensa hoguera de patriotismo en la que desaparecían las divergencias, los odios de partidos, las ambiciones personales, las oposiciones políticas. El Ecuador era un solo brazo para sostener el emblema de la Patria; un solo pensamiento para demostrar ante el mundo sus derechos; un solo coraje fuerte y viril dispuesto a la batalla y a la victoria. En ese tiempo era verdad, hecha carne y voluntad, aquello de "que el Ecuador desaparezca; pero en el campo del honor y con el arma al brazo, y no envuelto en los hilos diplomáticos." En ese tiempo había el verbo de González Suárez para transformar el heroísmo en virtud religiosa; había la espada de Alfaro para conducir las huestes aguerridas que, en un bando o en otro, habían regado con su sangre las breñas y los valles ecuatorianos; había una Junta Patriótica Nacional, fundada en 1904, y presidida por un patriota de mente profunda y de pecho encendido por el amor a su pueblo y a su tradición heroica, un patricio que estudió y pensó en todos los antecedentes jurídicos e históricos del más importante pleito que había de defender en su existencia, el pleito en que se jugaba todo el porvenir de esta Nación. Hizo su mejor alegato: invocó el derecho, la justicia, la solidaridad de América. Presentó y analizó los hechos que demostraban la justicia de su causa. Pulverizó los argumentos de la otra parte: hizo constar con claridad la red de sofismas y de fuerza con que estaban tejidos. Creyó haber triunfado el doctor Luis Felipe Borja. A lo menos se suspendió el fallo. No supo, afortunadamente, el gran abogado y el gran patriota que el pleito no llegaría a fallarse por ningún tribunal de justicia sino que se arreglaría por allí, como pleito de infinita cuantía, estorbo e inoportuno. . . .

---

Si el hombre ha de ser definido por su obra más excelsa, por aquella en que ha invertido largos y tenaces años de labor, y en la que ha puesto sus entusiasmos, estudios y

desvelos, deberemos definir la personalidad del doctor Luis Felipe Borja diciendo que fué antes que todo y más que todo, un eminente jurisconsulto. En Roma habría sido un Papiniano o un Gayo; en Francia se habría destacado a la altura de Demolombe o de Dalloz; en América es tan grande como Alessandri o Claro Solar. La obra de Borja se intitula ESTUDIOS AL CODIGO CIVIL CHILENO; consta de siete volúmenes con un total de más de tres mil páginas que contienen el análisis y comentario del Título Preliminar y del Libro Primero del Código Civil Chileno. Borja eligió este Código porque es la obra más inmediata de Andrés Bello, el maestro y poeta venezolano que fué, a la vez, el primer lingüista y gramático de América. El Proyecto de Bello es la legislación positiva en derecho civil de varias naciones de este Continente como Chile, Colombia, Ecuador, Nicaragua, e influyó decididamente en la formación de los Códigos de Argentina, Brasil y Uruguay. Las diferencias entre el Código Civil Chileno y el ecuatoriano son pequeñas; y por eso un trabajo sobre cualquiera de ellos, es válido para ambos.

En la obra de Borja hay varias excelencias que poner de manifiesto. El método seguido en ella es el de dar el texto de cada uno de los artículos del Código, y determinar los escritores a quienes puede consultarse sobre la materia tratada, transcribiendo con frecuencia sus doctrinas. Cada artículo contiene, además, las referencias a otros del mismo Código con el propósito de aclarar y precisar conceptos jurídicos y establecer un sistema completo de conocimientos legales sobre cada materia. Se transcriben también, con el nombre de concordancias, las normas de las legislaciones de Justiniano, el Digesto, las Partidas, la Novísima Recopilación, los Códigos de Napoleón, el español, argentino, peruano, etc. De esa manera se aprecia el estado de la legislación de la época de Borja, y pueden deducirse conclusiones, ya para el mejor conocimiento de la materia estudiada, ya para ulteriores innovaciones y reformas. Lo anterior demuestra la pasmosa erudición y paciencia del

autor: se citan o transcriben, en lo pertinente, más de noventa obras fundamentales que fueron leídas, meditadas y asimiladas por Borja. Las referencias, concordancias y citas, exigen una prolijidad, cuidado y constancia extraordinarios. Sin embargo de ser tan meritoria y útil esa labor, no es sino pequeña parte de la que se cumple en la obra. Porque, aparte de lo dicho, cada artículo tiene un comentario de Borja, en el cual se analizan en forma completa los alcances de la disposición legal, el criterio del autor al respecto, y la crítica profunda y sabia. Cada uno de esos comentarios podría constituir, en veces, un tratado sobre principios jurídicos importantes, como los conceptos de ley, sentencia, retroactividad, derecho civil internacional, etc. El lenguaje de los comentarios es sencillo, puro, comprensible para todos: para el doctor y para el ignorante, para el magistrado y para el alumno universitario. Todos ellos pueden encontrar utilidad y beneficio en ese inagotable tesoro jurídico. Se demuestra en la obra aquel principio de que los grandes libros son los que pueden ser comprendidos por todos, porque son tan hondos, tan humanos y fecundos, que quien los lee encuentra siempre una emoción, una idea o una esperanza.

Ninguna obra hay más completa y definitiva que la de Borja en su tiempo. Era la época en la que se cerraba el ciclo del derecho civil individualista. El gran edificio del derecho privado, cuyos cimientos durables fueron sentados por los romanos, había sido pulido y retochado en sus más pequeños detalles durante dos milenios. La Revolución Francesa, pese a aislados brotes de transformaciones radicales, terminó con el Código de Napoleón. Nada había que hacer ya. Por eso, como decía el que habla en alguna obra "quizá nada puede decirse de nuevo en cuanto al derecho civil individualista y romano que es el vigente en los Códigos de las naciones llamadas civilizadas. Cada norma, cada institución, cada palabra han originado la discusión y el análisis a través de millares de páginas, hasta el punto de que un Código es una especie de Biblia con sus

exégetas, y se puede hablar, en términos religiosos, de la ortodoxia y heterodoxia jurídicas, bien que creyentes y herejes sólo discrepan en cuestiones de detalle”.

“Sin embargo, hoy, desde este recodo del tiempo, observamos que la Biblia del derecho civil se halla en trance de destrucción y renovación; y las páginas más caras de su lógica y de su sabiduría se las lleva el viento de tempestad de un nuevo derecho y de una justicia más amplia. La familia, la propiedad, la sucesión por muerte, la libertad de contratar, instituciones inamovibles y sagradas, sin las cuales era inconcebible la existencia de la sociedad y del individuo, se van cambiando, agrietando, crujiendo por el temblor de la hora presente. Los axiomas del pasado no pueden explicarnos el sentido de esa crisis ni indicarnos su rumbo ni su finalidad. Tenemos que buscar en nosotros mismos, en la experiencia desengañada de la inutilidad de fórmulas políticas, sociales, jurídicas, la explicación de esa crisis y desmoronamiento del pasado, y la senda que debamos seguir para alcanzar otra cumbre, otro descanso en el afanoso andar de la humanidad en pos de la paz y de la justicia. Tenemos que acertar con la respuesta y la solución adecuadas a las preguntas de la Esfinge, so pena de la vida.”

La obra de Borja es, por una parte, la más alta cumbre de la sabiduría de su tiempo, y por otra, el punto de partida del nuevo derecho que surgirá de la sangre y del dolor de esta guerra.

---

Voy a terminar. He procurado, a grandes rasgos, trazar la silueta procerca del doctor Luis Felipe Borja. Deploro que la falta de tiempo y de dotes, me hayan impedido presentar el cuadro cabal de este ecuatoriano de pensamiento y de corazón luminosos. Ojalá que su recuerdo se torne en presencia que siga sirviendo, como cuando él vivió, de ejemplo de sabiduría y de dignidad. Ojalá que

abogados y jueces, estudiantes y ciudadanos, perpetúen su memoria, no solamente en el bronce de la inmortalidad y de la fama, sino también en el esfuerzo para seguir sus huellas, para emular sus enseñanzas de patriotismo, para mantener el afán y la voluntad de construir un pueblo en el que imperen la dignidad, el civismo y la justicia.

## NUESTRA MESA DE LIBROS

*César Andrade y Cordero.*—VENTANA AL HORIZONTE.

En un lugar del aire se encontraron la intención de poesía y la posibilidad de poesía, como el encuentro de dos golondrinas. Pocas veces me he puesto frente a una mayor fluidez lírica como ésta, obvia, clara, transparente, de César Andrade y Cordero; poeta de una tierra dueña de un tan extraordinario poder generador de poesía que, a pesar de la persistente y desafortunada desviación arcádica, que la dominara de medio siglo, está viendo hoy por sus caminos el sonoro errar de sus poetas que, como éste, expresan su poder telúrico, entregan sus esencias, como el vegetal lleva al aire el perfume; desde la raíz hasta la flor.

Poeta de Cuenca, muy de Cuenca, que se incorpora a la sensibilidad universal, y a los modos y formas de la sensibilidad universal, sin perder por ello su poderosa fuerza de originalidad, sin diluir sus atributos personales en un buscar de huellas ni en un seguir de trazas.

Escuchamos en el libro, primeramente, una trascendental voz humana, grave, acordada en ritmos lentos y solemnes :

"Encuétrame en la muerte, mírame en la honda muerte,  
Allá donde los prados de la sombra se quemán,  
Allá donde amenaza tu aroma mis sepulcros,  
Donde en un mudo lago los besos se congelan."

Y voz de hombre, expresadora de todas las emociones, surte en el mismo ritmo, como si el canto en el camino, hubiera de seguir el ritmo incambiable del paso del viandante a la muerte :

"Se' hace a la mar un largo velamen de esperanzas"

o en esta definición poética que ahorra mucho comentario:

"Siento nacer tu poema como nace un camino."

Es en ese terreno—un poco de ritmo eterno de versículo bíblico—donde mejor encuentra mi comprensión al poeta. Es allí, según creo, donde se hacen más anchas todas las anunciaciones. Algo de *Eclesiastés* conjugado con el "Cantar de los Cantares". El dulzor de la poma y, al final, la acidez de la poma. Y, dominando todo, un largo, un vital, un optimista grito de esperanza.

Pero el poeta huye de la monocordia. Por impulso vital y por sabiduría de artista. El sabe que los días se componen de mañanas, de tardes y de noches. Y por eso, junto a la trascendentalidad de sus poemas, halla tono en su voz para el romance, para la rima corta, que viste mejor las emociones cotidianas, esas que son como florecimientos de la vida :

"En esta noche de mentas  
Tu nombre se afila en ala:  
Yo enciendo mis tres caminos  
Para vestir tu distancia."

Finalmente, como el arroyo espera nuevos hontanares para crecer y arremansarse en la llanura, y entonces, ya millonario de caudales líquidos, lanzarse a la loca y suicida aventura del mar, Andrade y Cordero, que jugueteara y se entristeciera por los declives y las llanas praderas de la poesía, se siente con fuerzas para el ancho avatar de la desembocadura en su mar: la música.

Y tras la mesa del poeta, las grandes sombras dando el tono maestro para el ajuste lírico: Bach, Beethoven, la gota de lluvia en los cristales de Claude Debussy y, reidor, picaresco, el ruso que sabe la ciencia que yo quisiera saber entre todas, el jugar con los niños, Moussorgsky:

"Ocho niños. Ocho niños  
Con sus manzanas maduras,  
Con sus rosas encendidas,  
Vendiendo risas de fruta."

Algo muy serio y trascendental ha amanecido en nuestra poesía, con el canto de César Andrade y Cordero. Un fiel y exacto espíritu de comprensión estética, un crítico con poderes de buzo, Gabriel Cevallos, nos introduce al goce lírico, con alta autoridad. Esta nota, no quiere ser sino una incitación y una promesa: que nos dé nuevos júbilos el poeta; y el crítico se encargará de acompañarlo cordialmente, con un estudio amplio, como reclama la calidad de la obra.

**Benjamín CARRION.**

Fray José María Vargas.— *ARTE QUITENO COLONIAL.*

Libro de prieto saber y amorosa comprensión—saber de erudito y amor de artista—el que acaba de lanzar a la circulación Fray José María Vargas de la Orden de Predicadores. Para quienes pasan sin ver el lado de esa riqueza inmensurable del arte quiteño, el libro ejercerá una saludable incitación a sentir, penetrantemente, la poesía del pasado colonial hecha piedra labrada, madera esculpida, lienzo

en vibración de color; para quienes amamos sumergirnos en ese silencio de pasado, en viejos templos y entre estatuas y cuadros en que se hizo patético el genio de la estirpe, el libro es una senda breve y magnífica. De un modo u otro, es un servicio evidente para la cultura ecuatoriana.

La obra no es una guía. Acaso sólo una guía para sentir, no para pasear con indiferencia de turista. Es, más bien, un ensayo de documentación de un pasado en el que a cada instante se hace la sombra y la discontinuidad del dato documental rompe el hilo conductor en pleno laberinto.

Entre nosotros, el sondeo de la riqueza artística ecuatoriana es un hecho de la más estricta contemporaneidad. La minusvaloración de lo autóctono artístico ha sido la norma generalizada quizás como sedimento de la manera colonial y feudal de existencia ecuatoriana. El arte, desde las épocas remotas en que el Padre Goessel y Fray Jodoco fundaron para adiestramiento de indígenas la Escuela de San Andrés, fué misión de manos serviles, enteramente ajena a la ociosa aristocracia de la colonia repudiadora del trabajo manual.

Los nombres gloriosos de nuestro arte quiteño son en su mayoría de indígenas puros o de mestizos despreciados: desde Jorge de la Cruz Mitima y su hijo Francisco Morocho, Antonio Lorenzo y Francisco Machacoy, los orfebres primorosos de los Coros de La Catedral y San Francisco, hasta la excelcitud genial de Caspicara y de Pampite.

La indianidad y el mestizaje arrojan el porcentaje más alto de talento creador de la Colonia. Manos de indios y mestizos crearon el arte quiteño y lo elevaron a su altura cimera, del mismo modo que la sangre indiana, en mezcla con la efervorizada pasión del mulato, produjo el temperamento combativo y zahercoño de Francisco Xavier Eugenio de Santa Cruz y Espejo.

La cohorte indiana de pintores y escultores es abundosa. Solamente en la obra del Padre Vargas se pueden señalar numerosos nombres de pura cepa incana: Alonso Chacha, Gerónimo Vilcacho, Francisco Guajal, Sebastián

Cristóbal y Antonio Gualoto entre los pintores y Gabriel Guallachamín, los talladores Machacoy, el maestro Tipán, Uriaco, Jorge de la Cruz Mitima y su hijo Francisco Morrocho, Juan Bautista Menacho, Francisco Quispe, el desconocido Gregorito de quien habla Espejo, son jalones indios que tienen como remate glorioso los nombres inmortales de José de Olmos, apodado Pampite y de Manuel Chili a quien la posteridad conoce por Caspicara.

El mestizaje produjo también su genialidad evidente. Tras de la sombra que oculta en densa leyenda la figura de Miguel de Santiago hay el testimonio de Jorge Juan de Santacilia y Antonio de Ulloa quienes deponen que era un mestizo y, si se acepta el testimonio, habría también que aceptar el genio mestizo de Nicolás Gorívar así como parece indiscutible el sello mestizo de Bernardo Legarda quien comparte con Caspicara la más alta cima del genio escultórico quiteño.

\*  
\*   \*  
\*

Durante largos años de cultura importada y de rastrocristianismo intelectual, lo propio de nuestro arte quedó en el olvido y el menosprecio. Apenas si breves referencias de Espejo en *Las Primicias de la Cultura de Quito* recorren un poco el velo tenebroso. González Suárez, con frecuencia desdeña o no comprende la grandeza del arte quiteño. Referencias breves de erudito tiene don Pablo Herrera. Pero quien abre el camino de la investigación es ese gran estudioso olvidado que fué don Celiano Monge a quien sigue luego, con mayor vocación y conocimiento, José Gabriel Navarro. Mas, hasta hoy no existe un estudio documental e interpretativo del arte colonial quiteño, que la obra del Padre Vargas ahonda ciertamente pero sin agotarlo.

El libro del Padre Vargas carece de la pesadez documental de las obras de Navarro que sólo un ardiente amor a la colonialidad pueden hacer soportables. El estilo es

ágil y sencillo si bien con más proximidad a la didáctica adoctrinadora que a la elegancia de la interpretación artísticamente lograda. Pero es un libro hecho con amor, rico de sugerencias y de inquietudes.

Los problemas que plantea el estudio del arte colonial no han sido resueltos en forma exhaustiva ni han quedado aclarados misterios inquietantes. Falta mucho estudio y falta mucha interpretación crítica para llegar, si nó a agotar, cuando menos a completar el cuadro del desarrollo histórico. Mas el libro es de orientación para nuevas búsquedas.

Hay hitos para el estudio futuro. Las influencias formativas del arte colonial quedan señaladas en su propio hontanar: la tendencia renacentista que se revela en la maravilla arquitectónica de San Francisco y en la Catedral, deben su influjo a los frailes flamencos Jodoco y Gocsal; la influencia italiana de los cuadros de Fray Pedro Bedón queda demostrada por el hecho de haber sido su maestro Matco Pérez de Alcsio, a su vez discípulo de Miguel Angel y por la acción de Angélico de Meñoro; la huella española está marcada por Diego Rodríguez y Luis de Ribera.

A propósito de Diego Rodríguez se plantea un problema interesante. El Padre Vargas asegura que las dos magníficas esculturas que se admiran en San Sebastián son obra de la mano de Rodríguez. Tal aserción se desvirtúa tanto por la contemplación de las imágenes como por la nota marginal del libro: las dos estatuas son semejantes—bellísimos ejemplares de arte renacentista, de tipo apolíneo—pero se nota la evidente superioridad de una de ellas; y, por otra parte, consta que se entregaron a Rodríguez 60 pesos. “por la hechura de San Sebastián que se tomó para la dicha Iglesia” y que en 1571 “se dieron a Sandoval (cien pesos) por la imagen de San Sebastián, de cierta madera que se había traído para esta iglesia de San Sebastián”. ¿Sería lógico suponer que por la madera para la estatua se dieron 100 pesos y que por la obra hecha se pagaron sólo 60 pesos a Diego Rodríguez? Nos parece que son dos escultu-

ras gemelas hechas por distintos autores, uno de los cuales es Diego Rodríguez y otro quizás Diego de Sandoval.

Otro reparo que tenemos que hacer a la obra es la poca importancia que se da a Bernabé ( o Bernardo) Rodríguez en parangón con la exaltación que se hace de Samaniego. Evidentemente que Manuel de Samaniego es un pintor de primera clase aunque un poco dulzón en el color y monótono en la composición repetida de su cuadros. Pero no resiste comparación con la fuerza de expresión, el vigor del colorido, la audacia de concepción y la maravillosa ejecución de Bernabé Rodríguez cuyos cuadros se pueden admirar en las paredes de la Catedral de Quito. La reivindicación de Rodríguez como uno de los más grandes pintores quiteños, tan grande como Miguel de Santiago, es deber de justicia que tendrán que imponerse los críticos futuros.

Aún con tales reparos, la obra de Fray José María Vargas es un esfuerzo meritorio y un paso hacia adelante en la mensuración del arte quiteño colonial. Y merece la gratitud de quienes amamos el pasado quiteño encerrado en el silencio conventual de los claustros, en la quietud solemne de los templos, en la maravilla de sus maderas policromadas, en la expresión de sus telas pictóricas. Esa obra que debe conocer todo ecuatoriano, quizás despierte el amor de nuestro arte que hay que defender contra las injurias del tiempo, contra la rapacidad de extranjeros sin escrúpulos y, sobre todo, contra la ignorancia que destruye incesantemente la obra que es gloria de la estirpe.

**Leopoldo BENITES V.**

### **UN LIBRO DE MUJER Y AMOR**

*Meira Delmar.*— SITIO DEL AMOR.

En una hora de estremecido júbilo, puedo traer a América esta anunciación: nos ha nacido una nueva, una

grande poetisa. ¿Se llama, en verdad, Meira Delmar? Su suave, su rica, su segura voz de poesía, nos llega por primera vez. Otro libro "Alba del Olvido", que se anuncia como aparecido en 1942, se nos quedó en el viento, como una hoja, como un pétalo. SITIO DEL AMOR, es para nosotros la primera melodía. Por ella sabemos el tono de la voz.

Si se exceptúan las grandes voces del Sur, la de Gabriela, la de Delmira, la de Juana, hacia arriba de la América hispana, las voces de mujer sonaban muy bajito, muy quedo, en el aria íntima de su dolor y de su amor. Sor Juana le quedaba muy lejos a México y a toda América. ¿América? Tal vez España.

Esta voz de mujer colombiana, en trance de poesía, es una bella, una delgada, una diáfana voz. Toda interpretación la opacaría. Surto, límpida, como agua de cristal, sobre la fuente donde beben los pájaros, caen las flores y juegan los niños:

"Era el país lejano de la música  
 Como la espiga, hacia la luz erguido . . .  
 Adelgazado en láminas sonoras  
 a manera del viento por los pinos . . .  
 El país de las manos extasiadas  
 y los ojos, de pronto, pensativos.  
 Yo lo oía crecer, pasar, fugarse,  
 como se escucha, entre la noche, un río . . .  
 Era el país lejano de la música  
 ¡y tú estabas conmigo!"

O, cuando encuentra—feliz ella o quien con ella estuvo—el sitio del amor :

"¿Dónde? ¿Dónde . . . ?  
 ¡Allí! Detrás del viento . . . Donde pierde  
 sus trémulos cristales  
 el paso de la voz.

Más allá de la espina y de la rosa.  
 Más allá—¡mucho más!—de la emoción . . .  
 Lejos ya del silencio  
 y lo que rompe  
 la forma del silencio . . .  
 Allí el amor.

Más cerca del misterio que el Misterio . . .  
 —Más cerca que la sangre al corazón—  
 No hay palabra que diga su estatura,  
 la fuerza de sus alas,  
 su lento, ardido sol . . .  
 Tan sólo repetir: Y ¿dónde? ¿Dónde?  
 Y luego, nada más,  
 la obstinación  
 de decir sin decir, como en el sueño:  
 Allí el amor”.

O aún mejor cuando, por entre el amor y su sitio en-  
 contrado, asoma su luz negra el dolor :

“Dolor, dolor! De pronto amanecido  
 sobre mi vida limpia de sollozos . . .  
 Lenta vara de espinas demorada  
 sobre el pálido asombro de la carne  
 hasta el límite rojo de la herida . . .  
 Largo viento insistente descujando  
 raíces afianzadas en el gozo  
 y en la tierra con luz de la sonrisa . . .”

Pronto diremos más largamente sobre esta poesía que nos llega desde Barranquilla, la ciudad “que nació frente al alba—y en el sitio de la brisa”. Y sobre este dulce y fino espíritu de mujer, cuya esencia nos llega en el libro que en las manos tenemos: SITIO DEL AMOR.

**Benjamín CARRION.**

# BIBLIOTECA DE CLASICOS ECUATORIANOS

- I.—**Gaspar de Villarroel:** Gobierno Eclesiástico-Pacífico  
Prólogo y selección de Gonzalo Zaldumbide.  
Textos establecidos por Aurelio Espinosa P. S. I.
- III.—**Juan Bautista de Aguirre:** Poesías y obras oratorias.  
Prólogo de Gonzalo Zaldumbide.  
Textos establecidos por Gonzalo Zaldumbide y Aurelio Espinosa P. S. I.
- IV.—**Espejo:** El Nuevo Luciano de Quito.  
Prólogo de Isaac J. Barrera.  
Texto establecido y anotado por Aurelio Espinosa P. S. I.
- X.—**González Suárez:** Obras escogidas.  
Prólogo y selección de Jacinto Jijón y Caamaño.

## EN PRENSA :

- V.—**Olmedo:** Poesía.  
Edición cuidada por Aurelio Espinosa P. S. I.
- VI.—**Montalvo:** Selecciones.  
Prólogo y edición de Julio E. Moreno.

## En preparación, entre otros :

Aurelio Espinosa Pólit: **Poetas de la Colonia.**

## PRECIOS E INFORMES:

**CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA**

Apartado 67

Quito—Ecuador

# BIBLIOTECA AMAZONAS

EDITADA POR EL INSTITUTO ECUATORIANO DE ESTUDIOS DEL  
AMAZONAS Y DISTRIBUIDA POR LA  
CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

- I.—**P. Gaspar de Carvajal**: “Relación del nuevo descubrimiento del famoso Río Grande, que descubrió por muy gran ventura el Capitán Francisco de Orellana”. Transcripciones de Toribio Medina y Gonzalo Fernández de Oviedo.—Prólogo de Raúl Reyes y Reyes.—Estudio Crítico de Toribio Medina.
- III.—**Don Martín de Saavedra y Guzmán**: “Relación del descubrimiento del Río Amazonas”. Edición prologada por Raúl Reyes y Reyes.
- IV.—**P. Cristóbal de Acuña, S. I.**: “Nuevo descubrimiento del Río del Amazonas”. Prólogo de Raúl Reyes y Reyes.
- V.—**Fray José Maldonado**: “Relación del descubrimiento del Río de las Amazonas”. Edición dirigida por Raúl Reyes y Reyes.
- VI.—**P. Rodrigo Barnuevo**: “Relación apologética así del antiguo como del nuevo descubrimiento del Río de las Amazonas o Marañón”. Edición cuidada por Raúl Reyes y Reyes.
- VII.—**Fray Laureano de la Cruz**: “Nuevo descubrimiento del Río de Marañón, llamado de las Amazonas”. Edición cuidada por Raúl Reyes y Reyes.
- IX.—**Padre Juan de Velasco**: “Historia Moderna del Reyno de Quito y Crónica de la Provincia de la Compañía de Jesús del mismo Reyno”. Prólogo por Raúl Reyes y Reyes. Biografía del Padre Velasco por José Jouanen. (Tomo I.)

PRECIOS E INFORMES:

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

Apartado 67

Quito—Ecuador.

## Servicio de Librería

LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA,  
TIENE A DISPOSICION DEL PUBLICO UNA  
CONSIDERABLE EXISTENCIA DE LIBROS DE  
AUTORES ECUATORIANOS.

CATALOGOS, PRECIOS Y MAS INFORMES,

SOLICITARLOS A :

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

"SERVICIO DE LIBRERIA"

QUITO—ECUADOR

APARTADO 67

---

## A los Autores Ecuatorianos:

LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA,  
PARA FOMENTO DE SU BIBLIOTECA COMPRARA

DOS EJEMPLARES

DE TODAS LAS OBRAS DE AUTORES ECUATORIANOS

OFERTAS A :

Biblioteca de la Casa de la Cultura Ecuatoriana

Quito—Ecuador

Apartado Nº 67

# PROXIMAMENTE

POESIAS COMPLETAS

DE

JOSE JOAQUIN DE OLMEDO

VOLUMEN V DE LA COLECCION

"CLASICOS ECUATORIANOS"

EDICION AL CUIDADO DE

AURELIO ESPINOSA POLIT S. I.

PEDIDOS A :

Editorial de la Casa de la Cultura Ecuatoriana  
Quito—Ecuador Apartado 67

---

## Préstamos y Canjes

LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA,  
tendrá mucho agrado en facilitar en préstamo y  
canje a Instituciones Culturales y personas que  
lo solicitaren, desde cualquier lugar de la República, las  
obras de su Biblioteca y Librería, de conformidad  
con las condiciones establecidas en el Reglamento de

PRESTAMOS Y CANJES

# CASA D L A TVRA ATORIANA

## INDICE:

	Págs.
<b>ENSAYOS</b>	
<i>La Nueva Gran Colombia</i> . . . . .	Pío Jaramillo Alvarado . . . . . 9
<i>Don Juan: El Anti-Amor</i> . . . . .	Leopoldo Benites V. . . . . 27
<i>Caldas y Espejo</i> . . . . .	Julio Endara . . . . . 81
<i>Biografía del Trópico</i> . . . . .	Benjamín Carrión . . . . . 103
<i>Las Generaciones en la Historia de Colombia</i> . . . . .	Antonio García . . . . . 122
<b>RELATO</b>	
<i>Rumbo al Sur</i> . . . . .	Jorge Icaza . . . . . 165
<i>La Sangre y la Palabra</i> . . . . .	Pedro Jorge Vera . . . . . 177
<b>ESTUDIOS CIENTIFICOS</b>	
<i>Química Biológica General</i> . . . . .	Julio Aráuz . . . . . 203
<b>POESIA</b>	
<i>Poema</i> . . . . .	Alfredo Gangotena . . . . . 245
<i>Cuaderno del Paracaidista</i> . . . . .	Jorge Carrera Andrade . . . . . 247
<i>Vencimiento</i> . . . . .	Meira Delmar . . . . . 249
<i>Misterio</i> . . . . .	Alejandro Carrión . . . . . 253
<b>PAGINAS DE ANTOLOGIA</b>	
<i>Arturo Borja o la Voluntad de Sufrir</i> . . . . .	Alejandro Carrión . . . . . 255
<i>La Flauta de Onix</i> . . . . .	Arturo Borja . . . . . 251
<b>NOTAS</b>	
<i>La Casa y sus Actividades</i> . . . . .	281
<i>Homenaje a Luis F. Borja</i> . . . . .	Alfredo Pérez Guerrero . . . . . 311
<b>NUESTRA MESA DE LIBROS</b> . . . . .	328